



RESERVA
COPIA

RESERVA
COPIA

pensamiento
crítico

pensamiento crítico

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no corresponden necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

Director

Fernando Martínez

Consejo de Dirección

Aurelio Alonso

José Bell Lara

Jesús Díaz

Thalia Fung

Diseño y emplane

Balaguer

suscripción anual \$ 4.80

40 centavos

Redacción / Calle J No. 556, Vedado, Habana. Cuba. Telf. 32-2343

● **Precio del ejemplar** / 0.40 centavos ● **Circulación** / Distribuidora

Nacional de Publicaciones, Neptuno 674. Teléfono 7-8966 ●

SUSCRIPCIONES ● **En el territorio nacional** a / Distribuidora

Nacional de Publicaciones / Neptuno 674, teléfono 7-8966, La

Habana / precio de la suscripción anual: \$4.80 ● **En el extran-**

jero a / Departamento internacional del Instituto del Libro / 19

No. 1002 Vedado / La Habana Cuba ● **Precio de la suscripción**

anual / correo marítimo 5.00 dólares canadienses / Correo

aéreo / para Latinoamérica y Estados Unidos: 10.00 dólares

canadienses / para Europa: 25.00 dólares canadienses.



índice

- André G. Frank** **3** LATINOAMERICA: SUBDESARROLLO CAPITALISTA O REVOLUCION SOCIALISTA
- Jon Holliday** **42** JAPON: CAPITALISMO ASIATICO
- J. P. Vigier**
G. Waysand **81** REVOLUCION CIENTIFICA
E IMPERIALISMO
-
- Perry Anderson** **113** LIMITACIONES Y POSIBILIDADES
DE LA ACCION SINDICAL
- N. Krassó** **131** CRITICA DEL MARXISMO DE TROTSKI
- Norma Bahía** **161** CINE Y REALIDAD SOCIAL
-
- 186** INDEPENDENCIA O MUERTE. LIBERTAD
O MUERTE. PATRIA O MUERTE
-
- 215** LIBROS RECIBIDOS
- 216** LOS AUTORES



Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista' ANDRE GUNDER FRANK

Este ensayo se sustenta en las siguientes tesis:

1. El **enemigo inmediato** de la liberación nacional en Latinoamérica es, tácticamente, la burguesía propia en Brasil, Bolivia, México, etc. y la burguesía local en las zonas rurales. Así es —incluso en Asia y Africa— no obstante que estratégicamente el **enemigo principal** es, innegablemente, el imperialismo.
2. La estructura de clases latinoamericana fue formada y transformada por el desarrollo de la estructura colonial del capitalismo, desde el mercantilismo hasta el imperialismo. A través de esta estructura colonial las sucesivas metrópolis ibérica, británica y norteamericana han sometido a Latinoamérica a una explotación económica y dominación política que determinaron su actual estructura clasista y sociocultural. La misma estructura colonial se extiende dentro de Latinoamérica, donde las metrópolis nacionales someten a sus centros provinciales, y éstos a los locales, a un semejante colonialismo interno. Puesto que las estructuras se interpenetran totalmente, la determinación de la estructura de clases latinoamericana por la estructura colonial no quita que las contradicciones fundamentales en Latinoamérica sean «internas». Lo mismo vale para Asia y Africa.
3. Hoy, la lucha antimperialista en América Latina tiene que hacerse a través de la lucha de clases. La movilización popular contra el enemigo

¹ El trabajo que a continuación presentamos es la versión ampliada de nuestra ponencia presentada al Congreso Cultural de la Habana en enero 1968.

inmediato de clase a nivel local y nacional genera una confrontación con el enemigo principal imperialista, más fuerte que la movilización antimperialista directa; y la movilización nacionalista por medio de la alianza política de las «más amplias fuerzas antimperialistas» no desafía adecuadamente al enemigo inmediato clasista, y en general todavía ni siquiera resulta en la verdadera y precisa confrontación con el enemigo imperialista. Esto vale también para los países neocoloniales de Asia y Africa y quizás para algunos países coloniales a menos que sean ya militarmente ocupados por el imperialismo.

4. La coincidencia estratégica de la lucha de clases y la lucha antimperialista y la precedencia táctica de la lucha de clases en Latinoamérica sobre la lucha antimperialista contra la burguesía metropolitana vale evidentemente para la lucha guerrillera, que debe empezar contra la burguesía del país; y vale también para la lucha política e ideológica que hay que dirigir, no solamente contra el enemigo colonialista e imperialista, sino contra el enemigo de clase criollo.

Problemática Política.

¿Quién debe hacer en América Latina la Revolución, y contra quién? Dando la respuesta, Che y su ejemplo nos guían en la lucha revolucionaria contra todos los obstáculos, cualesquiera que sean y dondequiera que estén: en el imperialismo, en la sociedad latinoamericana misma, hasta en la ideología y la práctica contrarrevolucionarias incluso de alguna gente en países socialistas o partidos marxistas. El mensaje permanente de Che es comenzar ahora mismo a combatir al enemigo en el campo de batalla inmediato del país propio y desde ahí extender la revolución a todo el mundo. Desde ese campo de batalla llegó su mensaje a la Tricontinental: «En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, llegue hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar el fusil...» El arma de Che es su ejemplo, el de un revolucionario que es también un intelectual, y no un intelectual que aspira a ser revolucionario. En respuesta a alguien que una vez le preguntó qué podía él, como escritor, hacer por la revolución, Che dijo: «Yo era médico».

Fidel dedicó su discurso ante la OLAS a esta cuestión y dijo en parte: «Cuánta palabrería vana se ha malgastado en espera de una burguesía liberal, progresista, antimperialista. Y podemos preguntarnos si alguien,

en este momento, cree que alguna burguesía de este continente está haciendo un papel revolucionario». Fidel continuó: «El mundo, sobre todo nuestro mundo latinoamericano, necesita ideas guías... ¡Son ideas guías las que se necesitan! ¡Y las ideas revolucionarias serán las únicas y verdaderas guías de nuestros pueblos». No obstante, «esto no quiere decir que la acción debe aguardar por el triunfo de las ideas, y este es uno de los puntos esenciales de la cuestión... La acción es uno de los instrumentos más eficaces para hacer que las ideas triunfen entre las masas. Quien aguarde por el triunfo de las ideas entre las masas para iniciar la acción revolucionaria, no será jamás revolucionario... Y lo que distinga al verdadero revolucionario del seudo-revolucionario es precisamente esto: uno actúa para mover a las masas y el otro espera que la conciencia se desarrolle en las masas para empezar a actuar».

La OLAS reflejó una lucha ideológica latente y fue un triunfo de las ideas revolucionarias. Estas ideas más importantes, simbolizadas por las efigies de Simón Bolívar y Che Guevara que dominaban las sesiones plenarias y la de clausura, son, «Para nosotros la patria es América» y «El deber de todo revolucionario es hacer la revolución», confiando fundamentalmente en la lucha armada en el campo, en el que un foco guerrillero puede ser la semilla y el núcleo de un ejército de liberación masivo que tome el poder político y establezca el socialismo. La OLAS convino en que todas las formas de lucha, tanto las políticas como las ideológicas, deberían servir para promover y no para inhibir la fundamental: la lucha armada, y que, como sugiere Fidel, este movimiento popular es, en América Latina, mucho más amplio que el que sólo se compone de partidos comunistas.

Regis Debray adopta posiciones políticas adicionales, las cuales son que en las circunstancias contemporáneas de América Latina, un foco guerrillero que una y simultáneamente ejerza la dirigencia política y militar en un escenario rural, debe preceder a la formación de una vanguardia o partido de masas en un ambiente urbano.

Estas ideas revolucionarias deben ser reafirmadas hoy y la lucha revolucionaria extendida, porque no sólo el imperialismo tratará de explotar su asesinato de Che, sino que también, en la incesante lucha ideológica a la que Fidel se refiere, algunos, inevitablemente, sugerirán que estas ideas revolucionarias carecen de realismo. Mas no sólo el compromiso revolucionario, sino también la experiencia política y el estudio científico de la historia y la realidad de América Latina sustentan el realismo y la vida

de estas ideas revolucionarias. Ideas que, al mismo tiempo, deben ser extendidas y ampliadas con nuevas actividades revolucionarias, tanto a través de la práctica políticomilitar como de la investigación científica y del desarrollo de teoría e ideología revolucionarias. He ahí, pues, lo que reta al revolucionario, al revolucionario intelectual, y hasta al intelectual aún no revolucionario de América Latina, especialmente el consagrado a las ciencias sociales, porque si él ha de ser responsable, esto es, si ha de ser un verdadero intelectual, debe decidirse a tomar posición —no importa cuál sea ésta— ante los fundamentales problemas políticos de su sociedad. La cuestión política fundamental de quién debe hacer la revolución y contra quien, puede ser reformulada así: ¿Quién es el enemigo principal y quién es el enemigo inmediato? Todos los revolucionarios concuerdan y muchos reformistas también, en que estratégicamente el enemigo principal es el imperialismo. ¿Pero quién es tácticamente el enemigo inmediato, el primer enemigo al que se ha de enfrentar en la lucha revolucionaria? ¿Es el enemigo inmediato el imperialismo y la burguesía metropolitana? ¿O es tácticamente la burguesía latinoamericana (brasileña, peruana, guatemalteca, mexicana), y también la burguesía local en los distritos rurales latinoamericanos, el enemigo inmediato? ¿Puede ser movilizada la fuerza popular contra los puntos más débiles del sistema capitalista imperialista, como enemigo principal, por una coalición política lo más amplia posible, o en cambio, debe ser movilizado el pueblo contra la burguesía latinoamericana, como enemigo inmediato?

Para responder, vale hacer una distinción entre la estructura colonial (o neocolonial) y la estructura de clases en América Latina. La estructura de clases puede identificarse mediante la relación del pueblo con los medios de producción y su participación en el proceso productivo en este o aquel lugar. La estructura colonial relaciona entre sí los lugares, sectores, grupos raciales o étnicos identificables. El sistema capitalista posee una estructura colonial que sirve a la metrópoli imperialista para explotar a sus colonias latinoamericanas, a otras (y a sus colonias afroamericanas internas en el ámbito nacional), y sirve a las metrópolis nacionales de América Latina para explotar, por la vía del «colonialismo interior», a sus centros provinciales, los que a su vez explotan a sus respectivos *hinterlands* locales, formándose así una cadena expoliadora que se extiende ininterrumpidamente desde el centro imperialista hasta la más aislada región rural de los países subdesarrollados de América Latina y otros continentes.

No hacemos esta distinción para sugerir que la estructura colonial y la de clases están separadas, sino, al contrario, para inquirir cómo se determinan o relacionan mutuamente y averiguar dónde y cómo se puede combatir a las dos. La investigación históricosocial científica a lo largo de las líneas que más adelante se proponen, mostrará, probablemente, que en la historia de América Latina, las relaciones de producción y distribución coloniales y neocoloniales entre la metrópoli capitalista mercantil o imperialista y la América Latina —y también entre las metrópolis nacionales latinoamericanas y las colonias internas de sus respectivos **hinterlands**— han determinado la estructura de clases de América Latina en los niveles nacional y local, y no al revés. En consecuencia, sugerimos aquí, aunque puede parecer paradójico, que hoy la lucha antimperialista en Latinoamérica tiene que hacerse a través de la lucha de clases. La movilización popular contra el enemigo inmediato de clase en los niveles local y nacional genera una confrontación con el enemigo principal imperialista, más fuerte que la movilización antimperialista directa; y la movilización nacionalista por medio de la alianza política de las «más amplias fuerzas antimperialistas» no desafía adecuadamente al enemigo inmediato clasista, y en general todavía ni siquiera resulta en la verdadera y precisa confrontación con el enemigo imperialista.

La coincidencia estratégica de la lucha de clases y la lucha antimperialista y la precedencia táctica de la lucha de clases en Latinoamérica sobre la lucha antimperialista contra la burguesía metropolitana vale evidentemente para la lucha guerrillera, que debe empezar contra la burguesía del país; y vale también para la lucha política e ideológica que hay que dirigir no solamente contra el enemigo colonialista e imperialista sino contra el enemigo de clase criollo.

Esta sugerencia, que parece contradecir los principios generalmente aceptados por la política revolucionaria en América Latina, no es en modo alguno, como alguien podría sugerir, una tentativa de desalentar o desviar la necesaria lucha antimperialista en América Latina. Por lo contrario, insistimos en esta lucha, pero buscamos la vía más adecuada, e invitamos a la investigación científica de las circunstancias latinoamericanas correspondientes. Además, la experiencia revolucionaria apoya esta sugerencia: la confrontación entre el pueblo de Cuba y el imperialismo fue el producto de la movilización popular contra el enemigo de clase cubano, tanto en la Sierra Maestra como en La Habana, y no a la inversa. La Revolución de Octubre, que produjo la contradicción y confrontación entre el socia-

lismo y el imperialismo, fue resultado de la lucha contra el enemigo de clase interno, con incluso la neutralización parcial del imperialismo después de Brest-Litovsk. Varios fracasos de la revolución socialista y antimperialista deben atribuirse al excesivo énfasis en un enemigo extranjero con exclusión del doméstico y local. Incluso la confrontación de las fuerzas constitucionalistas de Santo Domingo con el imperialismo no ocurrió hasta después de haber retado aquellas al enemigo de clase local. Pero a causa de la estructura colonial del sistema capitalista imperialista y nacional y gracias al mutuo refuerzo de las estructuras colonial y de clases, el derrocamiento popular de la clase burguesa y hasta el reto del pueblo a su hegemonía hace que las fuerzas imperialistas intervengan en la lucha.

Pero a menos que éstas se encuentren ya en el país como fuerza militar de ocupación —tal y como estaban en China, Yugoslavia y Viet Nam, o como están en los países coloniales a diferencia de los neocoloniales— las fuerzas imperialistas parecen ser, en el caso de países interpenetrados con el imperialismo, más vigorosamente desafiados mediante la lucha contra el enemigo de clase inmediato que a través de los esfuerzos de una coalición de las clases nacionalistas por movilizar al pueblo contra un enemigo que a menudo es dicho extranjero, lo que hace parecer al imperialismo abstracto y no concreto. En las áreas rurales particularmente, el pueblo querrá luchar —y debería animársele a ello— contra el enemigo de clase inmediato que lo oprime allí, mejor que contra un enemigo extranjero al que no ve ni conoce. La estrategia de foco guerrillero debe dirigirse ciertamente —y debe movilizar al pueblo— contra el enemigo de clase inmediato, no sólo en la zona local de la guerrilla misma, sino en la capital de la nación. Ese producirá cuanto antes la verdadera confrontación con el imperialismo.

Examen Histórico

¿Cuál es, entonces, la estructura clasista y colonial de la América Latina; cuáles son sus características en diferentes partes del continente; cuál es su relación con el sistema imperialista en conjunto, y cómo puede o debe ser convertida en revolución la explotación clasista y colonial de la América Latina?

Latinoamérica y otras partes del mundo que se han subdesarrollado fueron incorporadas hace tiempo al expansivo sistema capitalista mundial, mercantil primero e imperialista después, como colonias políticas o eco-

nómicas, o ambas cosas. Toda comprensión adecuada de las características económicas, sociales, políticas y culturales de la América Latina y otras áreas subdesarrolladas, requiere, por tanto, un examen científico no sólo de las características mismas y de las sociedades en que se producen, sino también de la estructura colonial y de clases de este sistema capitalista mundial en su conjunto. Este estudio, en sus aspectos históricos y contemporáneos, debe ser emprendido, sobre todo por los historiadores, economistas y sociólogos de estos países subdesarrollados, si desean comprender a sus propias sociedades. Esto es tanto más necesario cuanto que el análisis de la capacidad productiva y las relaciones del capitalismo y el imperialismo, ha sido realizado hasta ahora, incluso por la mayoría de los marxistas, desde una perspectiva metropolitana que contempla a los países coloniales más como anexos complementarios que como partes integrantes de la estructura y desarrollo del sistema capitalista. La consiguiente distorsión de la imagen y el análisis del capitalismo debe ser corregida, especialmente por los sociólogos de la parte subdesarrollada del sistema capitalista, a través del examen científico desde una perspectiva mundial que corresponda a la realidad mundial del capitalismo.

La estructura de clases latinoamericana, a través del desarrollo del capitalismo mundial, ha sido básicamente el producto de la estructura colonial que la metrópoli ibérica, más tarde inglesa y norteamericana, impuso e inculcó a la América Latina durante su triunfante campaña por convertir al pueblo de ésta en productor y abastecedor de materia prima y capital para el proceso productivo mundial que condujo al desarrollo económico metropolitano. Por ende, y así es no sólo en el nivel nacional, sino también en el local, América Latina vino a tener, y todavía tiene, la estructura de clases de una economía exportadora colonial o neocolonial.

Como nota Ferrer: «La minería, la agricultura tropical, la pesca, la caza y la explotación de bosques (todas en función directa de la exportación) fueron las industrias que se desarrollaron en las economías coloniales y, por tanto, las que atraieron los recursos financieros y laborales disponibles... Los grupos con intereses en actividades exportadoras eran comerciantes y propietarios de altos ingresos y altos funcionarios de la corona y de la iglesia. Estos sectores de población... constituyeron el mercado colonial interno y la fuente de la acumulación de capital... En la medida en que la concentración de riquezas crecía en manos de un pequeño grupo de propietarios, comerciantes y políticos influyentes, aumentaba la propensión a obtener artículos manufacturados de consumo en el exte-

rior. De este modo, el sector de exportación, por su naturaleza misma, no permitiría la transformación del sistema como un todo siendo el principal obstáculo para la diversificación de la estructura interna de producción y, por consiguiente, para la consecuente elevación de los niveles técnicos y culturales de la población, el desarrollo de los grupos sociales en relación con la evolución de los mercados internos y la búsqueda de nuevos renglones de exportación libres de la autoridad metropolitana». ² Del capital restante potencialmente invertible, la estructura de subdesarrollo encauzó la mayor parte a la minería, la agricultura, el transporte y empresas comerciales de exportación a la metrópoli, casi la totalidad del sobrante a importaciones de lujo de las metrópolis, y sólo muy poco a las manufacturas y el consumo relacionados con el mercado interno. Debido al comercio y al capital extranjeros, los intereses económicos y políticos de la burguesía minera, agrícola y comercial nunca estuvieron dirigidos al desarrollo económico interno. ³ Las relaciones de producción y la estructura clasista del latifundio, de la mina y sus *hinterlands* económicos y sociales se desarrollaron en respuesta a las expoliadoras necesidades colonialistas de las metrópolis ultramarina y latinoamericana. No fueron, como con tanta frecuencia se pretende erróneamente, el resultado del traspaso en el siglo XVI de las instituciones feudales ibéricas. El desarrollo de esta estructura de clases y sus consecuencias económicas y políticas contemporáneas, requiere aún más investigación.

No obstante, incluso sobre la base de los hechos ya universalmente conocidos hoy, es posible afirmar con seguridad que la estructura de clases y las relaciones de producción que se vinculan al latifundio de los siglos XIX y XX en Cuba, Argentina, el litoral peruano, el Sao Paulo caficultor y el norte de México contemporáneo, posterior a la reforma agraria, no tienen absolutamente nada que ver con la supuesta importación de instituciones feudales de la península ibérica durante los tiempos coloniales (como tampoco, por supuesto, las muy similares instituciones de las Antillas británicas). Como he sostenido en *Pensamiento Crítico* No. 7, exactamente lo mismo resulta de la evidencia histórica de Chile en el siglo XVIII, de México en el XVII y otras regiones. En realidad, aunque esto

² Ferrer, Aldo. *La Economía Argentina*. México. Buenos Aires, 1963. F.C.E., páginas 31-32.

³ Para un análisis más detallado, véase Frank, André G. *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina*, Instituto del Libro, 1968 (próximo a publicarse).

requiere más estudio, han sido las necesidades de producción y comercio del sistema colonial mercantil capitalista e imperialista las que han dado forma a la estructura esencialmente capitalista de las clases de las regiones de exportación agrícola y minera. Más adelante referiremos a las consecuencias de la introducción de la industria moderna en esta estructura colonial y de clases.

La sola excepción de este esquema había sido el debilitamiento de los lazos del comercio y el capital extranjeros durante las guerras o depresiones metropolitanas, como la del siglo diez y siete, y la inicial relativa falta de tales lazos entre la metrópoli y regiones aisladas de exportación no orientadas hacia ultramar, que permitió una temporal o incipiente acumulación autónoma de capital y el desarrollo industrial para el mercado interno, tales como los de Sao Paulo en el Brasil, Tucumán y otros en la Argentina, Asunción en el Paraguay, Querétaro y Puebla en México en el siglo diez y ocho, y otros.

En la era colonial del desarrollo capitalista, el capital extranjero, el pillaje de recursos, la explotación del trabajo y el comercio colonial, iniciaron el desarrollo de la metrópoli europea y simultáneamente el subdesarrollo latinoamericano.

Después de la independencia política de la América Latina la primacía económica y política de la Gran Bretaña dejaron a tres grandes grupos de intereses la decisión del futuro de Latinoamérica en su lucha tripartita: (1) Los intereses agrícolas, mineros y comerciales de Latinoamérica, que aspiraban a mantener el subdesarrollo conservando la vieja estructura de exportación —y sólo deseaban sustituir a sus rivales ibéricos en sus privilegiadas posiciones; (2) Los industriales y otros grupos de intereses de las regiones arriba mencionadas y otras del interior, que intentaban defender sus nacientes y aún débiles economías de desarrollo contra el comercio libre y el financiamiento externo, que amenazaban aniquilarlos; y (3) La victoriosa Inglaterra, en expansión industrial, cuyo primer ministro, Lord Canning, anunció en 1822: «Hispanoamérica es libre; y si no manejamos mal nuestros asuntos, ella es inglesa». Las líneas de batalla estaban tendidas, con la tradicional burguesía latinoamericana en natural alianza con la burguesía industrial mercantil de la metrópoli, contra los débiles industriales nacionalistas de la América Latina. El resultado estaba prácticamente predeterminado por el anterior proceso del desarrollo capitalista, que de esta manera había dispuesto las cartas.

En el período que va de los años veinte, hasta mediados de los años cincuenta, los intereses nacionalistas del interior a veces eran todavía capaces de obligar a sus gobiernos a implantar tarifas proteccionistas en muchos países. Industria, sobre todo la textil, marina de bandera nacional, y otras actividades generadoras de desarrollo evidenciaban señales de vida. Al mismo tiempo, los propios latinoamericanos rehabilitaban las minas abandonadas y abrían nuevas, y comenzaron a incrementar sus sectores de exportación agrícola y de otras materias primas. Para favorecer e impulsar el desarrollo económico interno, tanto como para responder a la creciente demanda externa de materias primas, los liberales lucharon por diversas reformas, principalmente la agraria, tanto como por la inmigración, que incrementaría la fuerza nacional de trabajo y expandiría el mercado interno.

Las burguesías de América Latina, orientadas comercialmente hacia la metrópoli, y sus aliados nacionales de la minería y la agricultura, se opusieron a este desarrollo capitalista autónomo, ya que las tarifas proteccionistas interferían sus intereses comerciales, y lucharon contra los industriales nacionalistas y los derrotaron en las guerras civiles de los años treinta y cuarenta entre federalistas y centralistas. Las potencias metropolitanas ayudaron a sus socios menores de Latinoamérica con armas, bloqueo navales, e intervención militar directa e instigación de nuevas guerras, dondequiera que fue necesario, como la de la Triple Alianza contra Paraguay, que perdió los 6/7 de su población masculina en defensa de su ferrocarril financiado nacionalmente y de su esfuerzo de desarrollo autónomo genuinamente independiente.

El comercio y la espada estaban preparando a Latinoamérica para el libre comercio con la metrópoli, y para que así fuese había primero que eliminar la competencia del desarrollo industrial latinoamericano; y, con la victoria de los grupos de intereses económicos orientados hacia el exterior sobre los grupos nacionalistas, la economía y los estados latinoamericanos tenían que subordinarse aun más a la metrópoli. Sólo entonces se llegaría al libre comercio y regresaría el capital extranjero a sus dominios. Un nacionalista argentino de la época señalaba: «después de 1810... la balanza comercial del país ha sido permanentemente desfavorable, en tanto que los comerciantes del país han sufrido pérdidas irreparables. Tanto el comercio de exportación como el de importación y la venta al detalle han pasado a manos extranjeras. La conclusión no puede ser otra, sino que la apertura del país a los extranjeros ha demostrado ser perjudicial

a la balanza. Los extranjeros desplazaron a los nacionales no sólo del comercio, sino también de la industria y la agricultura» y otro añadía: «No es posible que Buenos Aires haya sacrificado sangre y riqueza con el sólo propósito de convertirse en consumidor de los productos y manufacturas de los países extranjeros, pues tal situación es degradante y no corresponde a las grandes potencialidades que la naturaleza ha otorgado al país... Es erróneo suponer que la protección genera el monopolio. El hecho es que la Argentina que ha sido colocada bajo un régimen de libre comercio por espacio de veinte años, está ahora controlada por un puñado de extranjeros. Si la protección desalojaría a los comerciantes extranjeros de sus posiciones de preeminencia económica, el país tendrá ocasión de felicitarse por haber dado el primer paso hacia la reconquista de su independencia económica... La nación no puede seguir sin restringir el comercio exterior, ya que sólo la restricción hace posible la expansión industrial; no debe soportar por más tiempo el peso de los monopolios extranjeros, que estrangula toda tentativa de industrialización».⁴ Pero lo soportó.

Según el correcto análisis de Burgin en su estudio sobre el federalismo argentino, «el desarrollo económico de la Argentina postrevolucionaria se caracterizó por un desplazamiento del centro de gravedad económica del interior hacia la costa, provocado por la rápida expansión de la última y el simultáneo retroceso del primero. El carácter desigual del desarrollo económico condujo a lo que fue en cierta medida una desigualdad que es perpetuada a sí misma. El país resultó dividido en provincias pobres y ricas. Las del interior tenían que despojarse de grandes proporciones del ingreso nacional en favor de Buenos Aires y otras provincias del Este».⁵ En Brasil, Chile, México, en toda Latinoamérica, los industriales, patriotas, y economistas esclarecidos denunciaron este mismo inevitable proceso del subdesarrollo capitalista. Pero en vano: el desarrollo capitalista mundial, y la espada, habían puesto el libre cambio a la orden del día. Y con él llegó el capital extranjero.

El libre comercio, como lo advirtió Friedrich List,⁶ se convirtió en el principal producto de exportación de la Gran Bretaña. No fue por casualidad

⁴ Burgin, Miron. «The Economic Aspects of Argentine Federalism» 1820-1852. Cambridge Harvard University Press. Pág. 234.

⁵ Burgin, Miron. Op. citada. Pág. 81.

⁶ Friedrich List, gran nacionalista alemán del siglo XIX; padre de la Unión aduanera alemana.

que el liberalismo manchesteriano nació en Algodonópolis. Pero fue abrazado con entusiasmo, por la mayor parte de los sectores agrícolas y mineros de exportación, de comerciantes importantes de la América Latina, que habían sobrevivido a los tiempos coloniales, derrotando a sus rivales nacionales representantes del desarrollo nacionalista y capturando el Estado en sus países y, ahora, se colocaban de aliados y sirvientes de los intereses extranjeros —a través del libre comercio exterior para asegurar el cerrado monopolio nacional para ellos y sus socios extranjeros.

No es extraño, pero en términos de la realidad histórica y de las necesidades políticas e ideológicas del presente es lamentable, que debamos a la mayoría de las interpretaciones conocidas de estos y otros acontecimientos latinoamericanos a escritores contemporáneos e historiadores liberales interesados, quiénes nos han dado de tales sucesos una imagen acorde con sus intereses. Para sus análisis, los marxistas han importado la teoría de Europa y han aceptado los hechos expuestos por los investigadores liberales latinoamericanos. En consecuencia, se ha embotellado con demasiada frecuencia una mezcla liberal de vino y agua bajo su rótulo marxista. La línea política revolucionaria de hoy podría beneficiarse mucho de una reinterpretación científicamente marxista de figuras históricas tales como Rosas y otros, en la Argentina; el doctor Francia y los López, padre e hijo, en Paraguay; Rengifo y Balmaceda en Chile; Mauá y Nabuco en Brasil; Mora o Lucas Alamán y Juárez en México, de sus respectivos programas económicos y políticos o sus épocas. Sugiero que, si hay que buscar la revolución democrática burguesa en América Latina, se debe buscar allí, aunque en su contexto colonial. Algunos de ellos parecen haber intentado, ya en los comienzos del siglo XIX, la revolución democrática burguesa y el programa de industrialización nacionalista para los que ciertos intereses políticos están tratando de ganar hoy el respaldo del pueblo en las postrimerías del siglo XX.

Este período preparó la irrupción del imperialismo y sus nuevas formas de manejo del capital, tanto en la metrópoli como en Latinoamérica, donde el libre comercio y las reformas liberales habían concentrado la tierra en pocas manos, creando así una mayor fuerza ociosa de trabajo agrícola y fomentando gobiernos dependientes de la metrópoli, que abrían ahora las puertas no sólo al comercio sino a las nuevas formas de inversión del capital imperialista, que rápidamente tomaba ventaja de esta situación.

La demanda metropolitana de materias primas y su lucrativa producción y exportación para Latinoamérica, atrajeron el capital privado y público

de esta última hacia la expansión de la infraestructura necesaria para esta producción. En Brasil, Argentina, Paraguay, Chile, Guatemala y México (en cuanto sepa el autor, pero probablemente también en otros países), el capital nacional construyó el primer ferrocarril. En Chile, dio acceso a las minas de nitrato y cobre, que iban a convertirse en las principales abastecedoras de fertilizantes y metal rojo del mundo; en Brasil, a los cafetales cuyo grano abasteció casi todo el consumo global, y así en todas partes. Sólo después que demostraron ser negocios brillantes —como una y otra vez ha acontecido en la historia de Latinoamérica— y cuando Inglaterra tuvo que encontrar salida para su acero, entró el capital extranjero a estos sectores a hacerse cargo de la propiedad y administración de estas empresas inicialmente latinoamericanas, mediante la compra —a menudo con propio capital latinoamericano— de las concesiones de los nativos.

En América Latina, este mismo comercio y capital imperialista hizo mucho más que incrementar el valor de la producción, comercio y beneficios por la acumulación de cerca de U. S. \$10,000 millones de inversiones en esa zona. La metrópoli imperialista utilizó su comercio y su capital para penetrar en la economía de Latinoamérica y utilizar su potencial productivo en forma mucho más completa, eficiente y exhaustiva a favor del desarrollo de la misma metrópoli, que de lo que fueron capaces las metrópolis colonialistas. Como anotaba Rosa Luxemburgo sobre un proceso similar, «despojadas de todos sus eslabones oscurecedores, estas relaciones consisten en el hecho simple de que el capital europeo ha absorbido totalmente la economía agrícola egipcia. Enormes extensiones de tierra, trabajo y productos sin número, afluyendo como tributos al Estado, han sido convertidos por último en capital europeo, y acumulados».⁷

En realidad, en América Latina el imperialismo fue más lejos y transformó —pero en sentido reaccionario— toda la estructura productiva, de clases. No sólo se sirvió del Estado para invadir la agricultura, sino que tomó posesión de casi todas las instituciones económicas y políticas para incorporar la economía entera al sistema imperialista. Los latifundios crecieron a un ritmo y en proporciones desconocidas en la historia, especialmente en Argentina, Brasil, Uruguay, Cuba, Méjico y Centroamérica. Con la ayuda de los gobiernos latinoamericanos, los extranjeros se adue-

⁷ Luxemburgo, Rosa. *The Accumulation of Capital*, New York, Monthly Review Press. Pág. 438.

ñaron —casi por nada— de inmensas extensiones de tierra. Y donde no se apropiaron de la tierra, fueron dueños de sus productos, porque la metrópoli también tomó el control y monopolizó el intercambio de los productos agrícolas y la mayoría de los demás. Tomó posesión de las minas de Latinoamérica y aumentó su rendimiento, agotando a veces recursos económicos, como los nitratos de Chile, en pocos años. Para exportar esas materias primas de Latinoamérica e importar sus equipos y mercancías, la metrópoli estimuló la construcción de puertos, ferrocarriles y otros servicios con recursos públicos. Las redes ferroviarias y eléctrica, lejos de ser verdaderas redes, irradiaban y conectaban el interior de cada país, y a veces de varios países, con el puerto de entrada y salida, que a su vez estaba conectado con la metrópoli. Hoy, ochenta años después, mucho de este esquema exportación-importación permanece aún, en parte porque el ferrocarril todavía está orientado en esa forma, pero principalmente porque el desarrollo urbano, económico y político orientado hacia la metrópoli, —que el imperialismo del siglo diecinueve generó en la América Latina—, dio origen a intereses de clase creados que, con el apoyo de la metrópoli, mantuvieron y expandieron este desarrollo del subdesarrollo latinoamericano durante el siglo veinte.

Es así que, implantada en la era colonial y ahondada en la del libre cambio, la estructura colonial y clasista del subdesarrollo se consolidó en América Latina con el comercio y el capital imperialista del siglo diecinueve. Se convirtió en una economía monoexportadora primaria con un lumpen proletariado explotado por una burguesía satelizada actuando a través del estado corrompido de un anti-país: **México bárbaro** (Turner); las **Repúblicas del Banano** de Centroamérica que no son sino «países compañía»; **La inexorable evolución del latifundio**; **sobre producción, dependencia económica y crecimiento de la pobreza en Cuba** (Guerra y Sánchez); **Argentina británica**; y **Chile patológico**, del que el historiador Francisco Encina escribió, en 1912, bajo el título **Nuestra Inferioridad Económica: Causa y Consecuencias**: «Nuestro desarrollo económico de los últimos años presenta síntesis que evidencian una situación realmente patológica. Hasta mediados del siglo diecinueve, el comercio exterior de Chile estaba casi exclusivamente en manos de los chilenos. En menos de cincuenta años, el comercio exterior ha asfixiado nuestra incipiente iniciativa comercial; y en nuestro propio suelo nos eliminó del comercio internacional y nos desalojó, en gran parte, del comercio al detalle... La marina mercante... ha caído en tristes dificultades y sigue cediendo campo a la navegación

extranjera aún en el comercio de cabotaje. La mayoría de las compañías de seguros que operan entre nosotros tienen su casa matriz en el exterior. Los bancos nacionales han cedido y siguen cediendo terreno a las sucursales de los bancos extranjeros. Una porción cada vez mayor de bonos de las instituciones de ahorro está pasando a manos de extranjeros que viven en el exterior».

Con el desarrollo de la nueva estructura colonial del imperialismo del siglo diecinueve, el capital extranjero vino a jugar un papel casi equivalente al del comercio exterior en la tarea de transformar la estructura económica, social, y política de Latinoamérica hasta que la estructura de su subdesarrollo estuvo firmemente consolidada.

Nacionalismo Burgués.

La Primera guerra mundial dio a las economías satélites de América Latina una tregua respecto del capital y el comercio exterior, tanto como de otros lazos con la metrópoli. Como había ocurrido en otras oportunidades, los latinoamericanos impulsaron su propio desarrollo industrial, principalmente por el mercado interno de bienes de consumo. No bien terminó la guerra, cuando la industria metropolitana, ahora principalmente norteamericana, penetró precisamente en aquellas regiones y sectores como los manufactureros de bienes de consumo de Buenos Aires y Sao Paulo, que los latinoamericanos acababan de encaminar hacia la industrialización. Después, apoyados en su poder financiero, tecnológico y político, las gigantescas corporaciones americanas y británicas desplazaron y aún, reemplazaron —esto es, desnacionalizaron— la industria latinoamericana. Las crisis de la balanza de pagos que naturalmente siguieron, fueron remediadas con empréstitos externos, que cubrían los déficits, pero también servían para obtener del gobierno concesiones para intensificar la penetración de la metrópoli en las economías de Latinoamérica.

La crisis de 1929, en contra de la teoría del comercio internacional, pero de acuerdo con los precedentes históricos, redujo fuertemente el capital extranjero, así como el comercio, y por consiguiente la transferencia de recursos de inversión desde los satélites hacia la metrópoli. Este debilitamiento de los lazos económicos con la reducción de la intromisión metropolitana en América Latina, se inició con la depresión de 1930, se mantuvo con la recesión de 1937, y continuó con la Segunda guerra mundial y la consiguiente reconstrucción hasta principios de la década de 1950.

Creó condiciones económicas y permitió cambios políticos en América Latina que redundaron en el comienzo de una fuerte política e ideología nacionalista y su más grande industrialización independiente desde las décadas del siglo anterior.

Es esencial comprender que los relacionados cambios de la estructura de clases en Brasil, Argentina, Chile, Venezuela, México y otras partes de América Latina, han ocurrido dentro de su estructura colonial externa e interna y en respuesta, sustancialmente, a cambios de sus relaciones coloniales generados por la metrópoli. Es importante interpretar estos cambios de la estructura clasista en función de la estructura colonial que los sustenta.

La conmoción económica resultante de la drástica reducción de la capacidad de América Latina para importar, del descenso de las exportaciones de manufacturas metropolitanas y de las inversiones y empréstitos extranjeros, causados por la gran depresión en la metrópoli, tuvo consecuencias económicas y políticas de largo alcance en muchas partes de Latinoamérica. Es esencial comprender tanto el alcance como las limitaciones de estas consecuencias para poder apreciar cabalmente los problemas económicos y políticos de hoy. El inicio de la depresión modificó a tal punto el ingreso nacional y su distribución, que la estructura institucional existente no pudo hacer frente a los necesarios reajustes: en 1930 o poco después ocurrieron revoluciones en Brasil, Argentina, Chile, Cuba y la revolución mexicana de 1910, que casi se había detenido, recibió un nuevo impulso. La actividad revolucionaria agitó a otras partes del continente. Los intereses exportadores aliados con la metrópoli se vieron obligados a entrar en coalición con los todavía débiles intereses industriales y (al menos en Brasil) con los nuevos intereses regionales, que se hicieron incluir en el gobierno. A los dos o tres años se intentaron contrarrevoluciones que representaban a algunos de los intereses tradicionales y tuvieron éxito parcial en Cuba y Chile, aunque no en los tres mayores países latinoamericanos. En este sentido, el aflojamiento de los lazos económicos coloniales con la metrópoli y, en general (aunque no en Cuba), la relativa paralización de la intervención política imperialista que la depresión metropolitana produjo en Latinoamérica, sentaron también las bases económicas y políticas para nuevas alineaciones de las clases y nuevos programas de industrialización. Mientras los gobiernos nacionales continuaron protegiendo a los intereses exportadores (como hizo el gobierno brasileño mediante el sostenimiento de los precios del café), estos intereses estuvie-

ron dispuestos, y en algunos casos se mostraron hasta ansiosos de permitir la promoción de la manufactura nacional, en momentos en que la depresión arruinaba el comercio de exportación de todos modos.

Ciertos países latinoamericanos comenzaron a producir los bienes de consumo que antes importaban. Pero este proceso de «sustitución de las importaciones» conllevaba dos importantes limitaciones, ambas derivadas de la estructura de clases existente. Primero, tenían que partir de la distribución del ingreso y la estructura de la demanda tal como era. Esto quiere decir que tenían que concentrarse en la producción de bienes de consumo, particularmente para el mercado de altos ingresos. Sin un cambio grande en la estructura de las clases y la distribución del ingreso, el mercado interno no podía crecer con bastante rapidez para sustentar indefinidamente el proceso de sustitución de las importaciones. Por la misma razón no produjeron suficiente equipo industrial o bienes de producción (el sector I en términos marxistas), a consecuencia de lo cual se vieron obligados a importarlos del exterior, a fin de mantener y continuar el proceso de sustitución de las importaciones. Esto es, terminaron sustituyendo únicamente un tipo de importaciones por otro, lo cual renovó su dependencia de la metrópoli y condujo a la renovación de las inversiones extranjeras. Para poder evitar estas dos limitaciones, estos países latinoamericanos tendrían que haber seguido el modelo de industrialización soviético, en el cual el estado y no la demanda de los consumidores es el que determina cuáles bienes —bienes esenciales— se producen primero. Pero para eso habrían debido tener un estado soviético, o sea una estructura socialista de clases. Las avenencias políticas nacionales de los años treinta pudieron sobrevivir a la depresión por algún tiempo, porque la Segunda guerra mundial, si bien mejoró el cuadro de las exportaciones, no permitía aún la renovación de las importaciones de la metrópoli. El cese de las hostilidades en Corea puso fin, por último, a esta luna de miel latinoamericana, en la que los intereses exportadores coloniales mantuvieron un quebradizo matrimonio con los intereses industriales de la burguesía nacional y los del creciente proletariado, cuyo vástago fue una mal formada industria nacional. Todo con las renuentes bendiciones del imperialismo.

Importa mucho comprender no sólo los éxitos, sino también las limitaciones de este período, porque dos problemas políticos principales del presente derivan de la supervivencia del vástago deforme y de los esfuerzos de cierta gente por reanimarlo o producir otro hijo semejante. Este período presencié el florecimiento de los movimientos políticos e ideológicos de Var-

gas, Perón, Cárdenas, Haya de la Torre, Aguirre Cerda, Gallegos y Betancourt, Figueres, Arévalo-Arbenz (y, pudiérase añadir de Ghandi y Nehru, en otra parte colonial del mismo sistema capitalista mundial). Fue ésta también la época del nacionalismo económico, del desarrollo nacional y en algunos casos industrial, del crecimiento de los sectores obreros urbanos y las capas medias, del reformismo democrático, el beneficentismo y el populismo, todos ligados a los antedichos nombres (excepto Haya de la Torre, que nunca llegó a ser gobierno, y Betancourt, de quien, notablemente, esto sólo vale para el primer período presidencial de Acción Democrática). Estos movimientos requieren mayor estudio, particularmente para explicar sus diferencias en cuanto a alcance y oportunidad. ¿Por qué, por ejemplo, el peronismo y el arévaloarbenzismo aparecen tan tarde, en comparación con lo que ocurre en Brasil, Chile y México?

Algunos podrían sentirse tentados de decir que ello fue la obra de la burguesía nacional latinoamericana, que quizás intentó una versión colonial de la «revolución democráticoburguesa» o de un «matrimonio de centeno y hierro» al estilo Bismarck en Alemania o de la restauración de Meiji en Japón, mientras los lazos coloniales eran temporalmente debilitados por la depresión y la guerra en la metrópoli imperialista.

No obstante, sostengo que si hemos de buscarla, es más históricamente exacto buscar esta revolución democráticoburguesa hace cien años atrás, cuando las generaciones del doctor Francia, López, Rosas (antes de cambiar de bandera, como Betancourt después), Juárez y más tarde, Nabuco y Balmaceda, simbolizaron esfuerzos en esencia similares, de desarrollo nacionalista y nacional.

Cualquiera que sea nuestra respuesta a esta cuestión, es imperativo comprender que este desarrollo industrial, este nacionalismo burgués, esta alianza de la clase obrera con elementos burgueses nacionales en contra del imperialismo y de los intereses exportadores latinoamericanos y de toda la superestructura ideológica que los acompaña, fueron el producto de circunstancias históricas particulares que llegaron definitivamente a su fin con la recuperación de la metrópoli después de la Segunda guerra mundial y con los importantes cambios por que han pasado la metrópoli y el resto del mundo desde entonces, particularmente la revolución tecnológica y la militarización de Estados Unidos y la revolución y desarrollo socialistas en algunas excolonias de la metrópoli. Estos acontecimientos, estos cambios de la estructura colonial capitalista mundial, imposibilitan la continuación de tal desarrollo nacionalista burgués en Latino-

américa y convierten en utópico todo sueño de recomenzarlo en el futuro; utópico, es decir, para la burguesía, pero políticamente suicida para el pueblo. Y esto es así no sólo en América Latina, sino también, como enseña la experiencia de las nuevas neocolonias de Africa, Asia y particularmente Indonesia, en toda la parte colonial del sistema imperialista en general.

NEO-IMPERIALISMO

El imperialismo, sin duda, es el principal enemigo de la humanidad hoy en día. ¿Pero cómo se manifiesta esta enemistad en el seno de la sociedad latinoamericana contemporánea? ¿Qué expresión asume este enemigo allí y cómo debemos combatirlo? Para encontrar respuesta a estas preguntas, conviene informarse más acerca de las complejas y todavía cambiantes relaciones entre las estructuras colonial y de clases de América Latina. Podemos empezar por algunas cuestiones planteadas por cambios recientes de la estructura colonial.

Las relaciones coloniales clásicas entre la metrópoli y Latinoamérica, en las que la explotación de la segunda por la primera se organizó principalmente a través de la división del trabajo productivo y el intercambio monopolista de manufacturas y materias primas, están siendo remplazadas o, al menos, completadas mediante una nueva forma de explotación: las inversiones extranjeras y la titulada ayuda. A medida que la metrópoli logra formas de producción más necesitadas de capital y, sobre todo, más tecnológicamente complejas, dentro de sí misma, reemplaza cada vez más el simple comercio exterior por las inversiones en fábricas subsidiarias fuera de ella, instalaciones que hoy producen localmente los bienes de consumo y algunos bienes de producción que antes se importaban, pero con equipo y tecnología traídos de la casa matriz, situada en la metrópoli imperialista. Las pérdidas de capital en Latinoamérica a causa de los términos de intercambio (no sólo su deterioro de que se quejan la CEPAL y la UNCTAD, sino también la explotación monopolista que estas condiciones del intercambio representan en su nivel más favorable, como durante el período de la guerra de Corea), son crecientemente aumentadas por un adicional flujo de capitales de las colonias a la metrópoli, en forma de remesas de utilidades, amortización de deudas, **royalties**, etc. Por ejemplo, en 1961-1963, los pagos latinoamericanos por estos «servicios» finan-

cieros «invisibles» ascendieron al 40% del ingreso de divisas del continente, y los pagos por el transporte en buques extranjeros y otros servicios representaron 21,5%, para hacer un total de 61,5% de las ganancias de divisas que Latinoamérica tuvo que pagar por servicios, sin recibir un solo centavo en mercancías. Esto significó un desembolso anual de más de 6,000 millones de dólares USA, o sea el 7% del producto nacional bruto (PNB) de Latinoamérica en estos años. En comparación, el deterioro de los términos de intercambio desde principios de la década del 50, queja principal de la CEPAL, representó una pérdida (adicional) de 3% del PNB de América Latina. Este drenaje de capital podría compararse con el total de gastos latinoamericanos dedicados a la educación, desde los kindergartens hasta la universidad, pública y privada, que sólo fue el 2,6% de su PNB. Más recientemente, la partida de «servicio de deudas» de esta pérdida de capital ha aumentado del 15% al 19% (en 1966) de las ganancias en divisas, lo que probablemente eleva el total de pagos por servicios a más de 65% del ingreso de divisas, o alrededor del 8% del PNB, sin contar el 3% o más que representa el deterioro de los términos de intercambio ni el incalculable monto de lo que se pierde por la explotación monopolista en este comercio.⁸ Sin embargo, hasta la fuga calculable de capitales de América Latina es tres o cuatro veces mayor que la suma mencionada por la **Segunda Declaración de la Habana** y por recientes estimados de Fidel. No en balde estas relaciones coloniales convierten el superávit de la balanza comercial de Latinoamérica en un crónico y creciente déficit de la balanza de pagos, lo que, en viciosa espiral, hace a la burguesía latinoamericana aun más dependiente del imperialismo. Este creciente problema merece más estudio del que hasta ahora ha recibido.

No obstante, más nefasto aún que el saqueo de capital, es la estructura del subdesarrollo y su freno y desvío del desarrollo nacional, que el imperialismo profundiza en Latinoamérica por medio de la creciente inversión extranjera. Los mecanismos institucionales a través de los cuales se efectúa este flujo de capitales del pobre al rico plantean también varias cuestiones. ¿Cuál es la fuente de este capital en Latinoamérica y, más concretamente, cómo se financian las inversiones extranjeras, principalmente de Estados Unidos, en el continente latinoamericano? Una parte

⁸ André G. Frank, *Servicios Extranjeros o Desarrollo Nacional. Comercio Exterior*, México, febrero de 1966.

cada vez más pequeña de las inversiones de capital «norteamericano» llega al continente desde Estados Unidos y la mayor parte se origina en la propia América Latina.

Así, de acuerdo con el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, del total del capital obtenido y empleado, teniendo en cuenta todas las fuentes de las operaciones de EE.UU. en Brasil, en 1957, un 26% salió de EE. UU. y el resto se fomentó en Brasil incluyendo 36% de fuentes brasileñas fuera de las firmas norteamericanas.⁹ Ese mismo año, del capital norteamericano de inversión directa en Canadá, 26% procedía de los EE. UU. mientras que el resto fue también obtenido en Canadá.¹⁰ Ya en 1964, sin embargo, la parte de inversión norteamericana en Canadá procedente de los EE. UU. había descendido a un 5%, haciendo que el promedio de contribución norteamericana al capital total manipulado por las firmas norteamericanas fuese sólo de un 15%, durante el período de 1957 a 1964. Todo el remanente de «inversión extranjera» fue obtenido en Canadá a través de ganancias retenidas (42%), reservas para depreciación (31%) y de fondos obtenidos por las firmas norteamericanas en el mercado de capital canadiense (12%). Según un survey realizado sobre las firmas norteamericanas de inversión directa que operaban en Canadá durante el período 1950-1959, el 79% de las firmas consiguió alrededor de un 25% del capital destinado a sus operaciones en Canadá, el 65% de las firmas consiguió un 50% aproximadamente en Canadá, y un 47% de las firmas norteamericanas con inversiones en Canadá obtuvo todo su capital operativo canadiense en este propio país y no en los Estados Unidos. Hay razones para creer que este provecho norteamericano del capital extranjero para financiar la «inversión extranjera» norteamericana, es mucho mayor aún en los países subdesarrollados, mucho más débiles o indefensos que Canadá.

No es extraño, entonces, que entre 1950 y 1965, el movimiento de capitales por inversiones privadas que registra el Departamento de Comercio de Estados Unidos, fuera de 9,000 millones de dólares de USA hacia el mundo excluyendo Europa y Canadá, y que 25,600 millones de dólares

⁹ Claude Mc Millan Jr.; Richard F. González; Leo Erickson, *International Enterprise in a Developing Economy. A study of U. S. Business in Brasil*. M. S. U. Business Studies. East Lansing; Michigan State. University Press, 1964. (p. 205).

¹⁰ Este y los siguientes datos sobre Canadá son tomados y calculados de A. E. Safarian, *Foreign Ownership of Canadian Industry*. Toronto: Mc Graw-Hill Company of Canada, 1966. (p. 235-241).

fueran de estos países Asia, Africa y América Latina y 11,300 hacia los Estados Unidos— de los cuales 3,800 millones desde EE. UU. hacia Latinoamérica y 11,300 millones de dólares desde Latinoamérica a USA.¹¹ Es, por ende, necesario investigar con mayor cuidado el sistema bancario latinoamericano (bancos gubernamentales, bancos de propiedad privada nacional y bancos extranjeros), las bolsas de acciones y otras instituciones financieras y las empresas industriales y comerciales extranjeras y nacionales, especialmente las de propiedad mixta, que hacen posible esta fuga de capitales.

Especialmente importante, por razones económicas y políticas, es la creciente asociación de capitales extranjeros y nacionales en estas empresas mixtas. Y aun más importante —y menos estudiado— es el creciente brote de empresas mixtas que asocian capital privado extranjero de gobiernos nacionales latinoamericanos, como en la «chilenización» del cobre. ¿Quién proporciona la mayor parte del capital? (los latinoamericanos, presumiblemente); ¿quién cosecha el grueso de las utilidades? (los yanquis presumiblemente); ¿quién tiene o consigue el control real de las empresas y por tanto decide qué bienes producir, qué equipos industriales y procesos usar, cuándo expandir y contraer, etc.? (los yanquis, presumiblemente); y ¿quién carga con las pérdidas cuando el negocio es desfavorable? (los latinoamericanos, presumiblemente). ¿Cómo se beneficia, o más bien se perjudica Latinoamérica, por este uso del capital latinoamericano? ¿Cuáles son las consecuencias políticas de esta asociación —mejor dicho, incorporación— no sólo de los intereses exportadores latinoamericanos, sino hoy también de la burguesía industrial latinoamericana, la en otro tiempo burguesía «nacional», con o en el monopolio imperialista? Algunos países latinoamericanos dictaron leyes que requerían un 49 ó un 51% de participación «nacional» en ciertas empresas, supuestamente para proteger los intereses nacionales. Hoy es evidente que estas medidas sólo sirvieron para sumergir a los elementos sobrevivientes de la burguesía «nacional» en la imperialista. Después algunos gobiernos burgueses latinoamericanos se propusieron «proteger» o incluso «fomentar» los intereses nacionales entrando ellos mismos en tales asociaciones mixtas. El resultado sólo puede ser que estos gobiernos coloniales perderán hasta el poco poder de regateo político que les haya quedado en su ya demasiado subalterna aso-

¹¹ Magdoff, Harry. Aspectos económicos del imperialismo norteamericano. Pensamiento Crítico No. 8.

ciación con el imperialismo. Este asunto también requiere mayor esclarecimiento científico y político.

El otro brazo de la ofensiva económica y política contemporánea del imperialismo norteamericano en América Latina es la «ayuda exterior» y, particularmente, su expresión institucional en la «Alianza para el Progreso» y la «integración económica». Estas expresiones han sido denunciadas por las izquierdas latinoamericanas, aunque la última apenas; pero no han sido en modo alguno adecuadamente analizadas. ¿Exactamente quién está aliado a quién y quién es ayudado por quién? Se tiene testimonios, que justifica más investigación, de que buena parte de la ayuda no llega siquiera a la burguesía latinoamericana, y mucho menos, claró está, al pueblo latinoamericano, sino más bien a las firmas norteamericanas que operan en América Latina. Si la burguesía latinoamericana ha de beneficiarse de esta parte de la «ayuda», debe hacerlo a través de su asociación con dichos monopolios imperialistas. Entonces, ¿cuál es, precisamente, la relación de esta ayuda con las inversiones extranjeras? Mucho se censuran las trabas monetarias, fiscales, cambiarias y de política salarial que se agregan a los empréstitos de Estados Unidos y las agencias de la ONU, especialmente el Fondo Monetario Internacional. Pero estas políticas no sólo benefician a la burguesía imperialista, sino también a casi todos los sectores de la gran burguesía latinoamericana, que las acepta y ejecuta —como la devaluación— con avidez. ¿Por qué? ¿Con cuáles implicaciones políticas?

La Alianza para el Progreso comenzó con mucha propaganda acerca de la reforma agraria, la reforma fiscal y otras, que antes habían sido promovidas por los sectores más progresistas y nacionalistas de la burguesía latinoamericana y que recientemente habían sido recomendadas por su personero ideológico, La Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL). Pero estas proposiciones de reforma no tardaron en ser archivadas junto con sus consiguientes «planes» económicos y su lugar de honor ha sido ocupado desde entonces —como se confirmó en la última reunión «interamericana» de presidentes en Punta del Este, en 1967 —por proposiciones para acelerar la formación de un mercado común «latinoamericano». Esta última propuesta goza de mucho más realismo económico y respaldo político desde el punto de vista de Estados Unidos, de la gran burguesía de los mayores países latinoamericanos y de los gobiernos, incluyendo el del «chilenista» Frei, que los sirven. Evidentemente, es mucho más realista tratar de expandir la indus-

tria, realineando la estructura colonial que reformando la estructura de las clases en estos países latinoamericanos, especialmente si en el curso del proceso se puede aumentar el grado de monopolización y el volumen de ganancias monopolistas a expensas de la débil burguesía mediana y las clases populares, mediante lo que equivaldría a una contrarreforma en la estructura de clases.

Vale la pena observar que estas proposiciones de «integración económica» gozan también de la aprobación de esa defensora de los intereses burgueses supuestamente nacionales, la CEPAL. Sin embargo, apenas se dispone de media docena de artículos y de ni un solo estudio serio de las bases o consecuencias económicas y las implicaciones políticas de este movimiento de la burguesía imperialista y latinoamericana hacia la integración económica, y, con ella, la integración política y la militar. ¿Quién hará a la patria América y en base de qué, el imperialismo o la revolución?

ESTRUCTURA DE CLASES

¿Cuál es, pues, la estructura de clases en América Latina y cómo hay que proseguir la lucha anticolonial y de clases hacia el socialismo? Examinamos sucesivamente la estructura de clases en niveles nacional, urbano y rural. Los gobiernos «nacionales» son, casi todos, más coloniales aún que las burguesías que representan. Parece legítimo preguntarse —y en el caso del Africa contemporánea apenas puede haber duda de ello— hasta qué punto han existido en Latinoamérica los estados nacionales en el sentido clásico, y hasta qué punto la maquinaria del Estado ha funcionado la mayoría de las veces como instrumento de una coalición entre la burguesía metropolitana y los sectores principales de las burguesías latinoamericanas, que siempre han sido el socio menor o a veces sólo los ejecutores del imperialismo. Se han instalado gobiernos militares para manejar los asuntos del Estado en beneficio de estos intereses cuando los gobiernos civiles no podían hacerlo adecuadamente. (De los nuevos gobiernos militares de Brasil y Argentina, que representan una nueva importante desviación, trataremos más adelante).

La burguesía exportadora, agrícola y minera, debe su existencia y sobrevivencia a la estructura colonial, y es leal a su patrón metropolitano. Así puede decirse tanto de su sector productivo como del comercial y en el

campo como en la ciudad. La «oligarquía» latifundista no tiene vida independiente y debemos cuestionar hasta dónde podemos identificarla separadamente de la burguesía comercial, y de la industrial. Este último sector de la burguesía, como se infiere del examen de las inversiones extranjeras, ha sido hoy sólidamente integrado también en la coalición del imperialismo y sus socios y ejecutores burgueses latinoamericanos, compradores y burocráticos. La penetración imperialista, combinada con el descenso de los términos de intercambio, la devaluación, la consiguiente reducción de la capacidad para importar por cuenta propia equipos industriales, la disminución de los porcentajes de crecimiento y ganancia, y en algunos casos la inflación, han forzado casi, desde mediados de la década de 1950, al fabricante «nacional» mediano y a su distribuidor a abandonar el negocio o a entrar en el imperio comercial de un «inversionista» extranjero que le compra sus instalaciones. La empresa extranjera lo convierte entonces, literalmente, en un empleado burocrático de la firma imperialista, en la que se le permite continuar como «gerente» o «consultor» de su antigua casa, percibiendo por ello un salario o algunas acciones de la empresa imperialista. ¿Qué parte de la burguesía nacional, desarrollada en condiciones particulares durante las décadas del 30 y el 40, ha podido sobrevivir a este proceso del 50 y 60? ¿Con qué poder político, si alguno retienen, pueden los que sobreviven tomar parte en una lucha antimperialista, cuando el estrujamiento imperialista los obliga a reaccionar oprimiendo a sus obreros y abandonando la pequeña burguesía a su suerte, rompiendo o debilitando la alianza que solía proporcionar a la burguesía nacional sus principales fuentes de poder político?

El desarrollo industrial produjo un proletariado de cierta importancia en algunos países latinoamericanos. Así ocurrió también en las industrias minera y petrolera. Este proletariado industrial, especialmente el de las industrias grandes, ha sido sindicalizado en parte bajo la égida de la burguesía nacional, que quiso asegurarse tanto el apoyo político como el control del movimiento obrero, y en parte por los partidos comunistas, que de manera general se han aliado a esta burguesía nacional. Los obreros industriales sindicalizados, aunque explotados, han sido recompensados a menudo con ingresos salariales que son altos cuando se les compara con los que recibe la mayor parte de la población, y con beneficios de seguridad social, de los cuales no disfrutaban mayormente el resto de los trabajadores.

Como la metrópoli se apodera de una porción creciente de los más lucrativos negocios de Latinoamérica y somete el resto a tremendas dificultades económicas, a la burguesía, que vive de estos negocios menos lucrativos, no le queda otra alternativa que luchar —aun en vano— por su supervivencia, agravando en precios y salarios el grado de explotación de la pequeña burguesía, obreros y campesinos, con el fin de exprimir alguna sangre adicional; y a veces, tiene que recurrir a la coacción militar directa para lograrlo. Por esta razón sin duda más aún que por motivos idealistas o ideológicos casi toda la burguesía latinoamericana se ve obligada a contraer alianzas políticas con la burguesía metropolitana —esto es, someterse: tienen algo más que un interés común a largo plazo en defender. Aún a corto plazo la burguesía latinoamericana no puede defender intereses nacionalistas y oponerse a la usurpación extranjera —en un Frente Popular— con obreros y campesinos de Latinoamérica porque la misma usurpación neoimperialista está forzando a la burguesía latinoamericana a explotar aún más a sus supuestos aliados obreros y campesinos, obligándola así a privarse de este apoyo político. En tanto que la burguesía de Latinoamérica persista en esa política de precios y salarios que aumenta la explotación de los trabajadores y en reprimir sus legítimas demandas para alivio de esta creciente explotación, no podrá recobrar su apoyo para enfrentarse a la burguesía de la metrópoli; así como la ineficiencia económica de esta explotación impide el ahorro doméstico para inversión, obliga a la burguesía a mirar hacia el exterior en busca de ayuda financiera y tecnológica. La burguesía de Brasil además, ha estado tratando de encontrar una salida adicional, primero a través de la política exterior «independiente» de los presidentes Quadros y Goulart (que buscaron nuevos mercados en Africa, Latinoamérica y los países socialistas) y, luego que esto resultó imposible en un mundo imperializado, a través de la política exterior subimperialista «interdependiente» iniciada por el actual gobierno militar como socio menor de los Estados Unidos. El subimperialismo brasileño requiere también bajos salarios en el país para que su burguesía pueda entrar al mercado latinoamericano, sobre una base de bajos costos, ya que es además del equipo norteamericano obsoleto, aunque aun moderno, la única ventaja que posee. En los países subimperializados de Latinoamérica, la invasión brasileña también lleva a la baja de salarios, ya que es la única reacción defensiva posible de la burguesía local. De este modo, el subimperialismo también ahonda las contradicciones

existentes entre la burguesía y los sectores trabajadores de cada uno de estos países.

En resumen, el neoimperialismo y el desarrollo del monopolio capitalista están obligando a todos los sectores de la clase burguesa de América Latina a una alianza económica y política y a una dependencia aún más estrecha respecto a la metrópoli imperialista. La vía del capitalismo nacional o estatal hacia el desarrollo económico les está cerrada por el neoimperialismo actual. La misión política de acabar con el desarrollo del subdesarrollo económico corresponde, por tanto, a los pueblos mismos.

En este cuadro, ¿cuál es el futuro económico y político del proletariado industrial y sus organizaciones políticas? El reciente estancamiento económico de buena parte de Latinoamérica se ha traducido, entre otras cosas, en un decreciente salario real para estos trabajadores. Esta realidad y la menguante suerte de la burguesía nacional parecen haber socavado seriamente la alianza obrero-burguesa. Los golpes militares de 1964 y 1966 en Brasil y la Argentina, que no fueron simples rebeliones palaciegas al modo «tradicional» latinoamericano, han destruido sustancialmente lo que quedaba del frágil matrimonio entre los intereses burgueses coloniales y nacionales de las épocas de Vargas y Perón y han cimentado eficazmente el matrimonio burgués de la industria y el comercio asociados a los intereses exportadores imperialistas. (En la esfera internacional, estos golpes se corresponden con la contraofensiva imperialista mundial que también incluye los golpes en África y en Indonesia). ¿Continuará reprimiendo este nuevo régimen burgués las demandas económicas y de democracia política de los obreros industriales, como ha ocurrido en Brasil, o intentará y conseguirá cohesionar al movimiento obrero, como hizo la burguesía nacional, siguiendo, quizás, el modelo mexicano? ¿Y cómo les irá a los obreros y su movimiento en los otros países latinoamericanos? ¿Hasta qué punto los partidos comunistas, gran parte de cuyo poder político descansa en esta base de obreros sindicalizados, han sido sustancial y burocráticamente integrados en la institución burguesa? ¿Qué papel desempeñarán los obreros industriales y los partidos comunistas en la presente etapa del proceso revolucionario?

Quedan otros dos «sectores» urbanos: las «clases» medias pequeño burguesas y la población «marginal» o «flotante», parte de la cual, pero no toda en modo alguno, está formada por recientes émigrantes de las

áreas rurales y que viven en las favelas, las villas miserias, las callampas, barriadas, ranchos, etc., y en los conventillos del centro de las ciudades (aunque parte de estos residentes son también obreros o ex-obreros industriales).¹² Estas gentes constituyen la grande y creciente masa de la población urbana. No es casual que a estos grupos de población se les defina generalmente por su ubicación en el medio de las otras clases y/o por su residencia. Esto se debe al hecho de que su relación con los medios de producción, o incluso el proceso productivo, es incierta en el mejor de los casos, y al de que su comportamiento político es en extremo volátil en el peor. Ambos grupos se caracterizan por pautas en extremo complejas y cambiantes de relaciones económicosociales y de conducta política, que requieren considerable esclarecimiento científico. ¿Son políticamente progresivos los sectores medios, o partes determinadas de ellos, exceptuando a la alta clase media, porque sus ingresos están comprimidos y su horizonte económicosocial restringido por la polarización de la economía y el estancamiento de muchos de sus sectores? ¿O es que la reducción de sus ingresos y la amenaza de proletarización les hace seguir cursos políticos reaccionarios, en alianza con la gran burguesía y su régimen militar? Grandes sectores de la clase media apoyaron con entusiasmo los golpes militares de Brasil y otros países, para desilusionarse más tarde con los programas económicos del nuevo régimen. ¿Por qué esta «clase» media engendra a la pequeña burguesía progresista y, especialmente, a los movimientos estudiantiles, (aunque hasta ahora, estos no representan a la mayoría de su base social)? ¿Es, en realidad, correcto desanimar la lucha de clases para retener a estos grupos sociales o atraerlos a una lucha electoral «antimperialista»? ¿O hay que llevar los sectores más amplios de la pequeña burguesía a la oposición política contra la gran burguesía latinoamericana y, por ende, contra el imperialismo?

¿Es la población «flotante» o «marginal», que bien puede representar la mitad de la población urbana latinoamericana (que a su vez se aproxima a la mitad de la población total), un «lumpen proletariado»? ¿Son estas gentes, en realidad, ideológicamente intocables y políticamente inorganizables? El imperialismo y la burguesía no lo creen así y hasta ahora han tenido sumo éxito en utilizarlas para sus propósitos políticos, que sólo en parte se manifiesta en el apoyo electoral de estos grupos a Odría, Frei,

¹² André G. Frank, *La inestabilidad urbana en Latinoamérica*. Cuadernos Americanos, México, enero de 1966.

Adhemar de Barros, etc. Sin embargo, en Caracas, la izquierda pudo movilizar a una parte de esta población, y en Santo Domingo ellos terminaron movilizándolo al coronel Caamaño.

Quizás la primera y más importante pregunta que se ha de hacer al respecto de la estructura rural de las clases es hasta qué punto se separa y diferencia en Latinoamérica de la estructura nacional y urbana. La importancia de esta pregunta deriva de la casi universal respuesta que le dan los eruditos y los dirigentes políticos, tanto los burgueses como los marxistas: que buena parte de la América Latina rural es un mundo «semi-feudal», separado del sistema capitalista urbano, nacional e internacional; y deriva también de la línea política que a este criterio se asocia. ¿Tiene la América Latina en realidad una economía y sociedad «dual», en una de cuyas partes «sobrevive» un patrón de relaciones productivas feudales o semif feudales y hasta una estructura no capitalista de las clases? ¿Reclama esta «sobrevivencia» en realidad una revolución democrática burguesa o siquiera una revolución democrática nacional, que extienda el capitalismo hacia el campo? ¿O es éste —como pensamos nosotros— uno de los modelos «marxistas» supuestamente científicos y revolucionarios, números 12, 13 y 14, los que Fidel calificó de catecismo absurdo y reaccionario en su discurso ante la OLAS?

El testimonio histórico y la realidad contemporánea, cuyo examen científico debe ser emprendido cuanto antes, sugieren que durante más de cuatro centurias ha sido la estructura colonial del capitalismo mundial y nacional la que ha formado las relaciones de producción y la estructura rural de las clases en América Latina. Esta parte de la sociedad, por ende, no ha estado nunca separada de las metrópolis capitalista mundial y nacional, y si ha sido diferente, es porque los intereses de la burguesía de la última han requerido que la América Latina sea rural devenga y permanezca así. La América Latina rural ha sido colonialmente explotada por la metrópoli capitalista mundial, tanto directa como indirectamente, a través de las metrópolis nacionales latinoamericanas, las cuales someten a su *hinterland* rural (y urbano) al mismo género de explotación colonial «interna» y drenaje de capitales que ellas sufren a manos del imperialismo. La burguesía de la metrópoli nacional colabora con el imperialismo en la explotación colonial y de clases de su propio pueblo. La parte de la burguesía que es dueña de los latifundios y ejerce el control monopolista del comercio interior es, por supuesto, un componente de esta organización capitalista de las colonias y las clases. Lejos de preguntar cuán aislada está

y cuán «feudal» es esta «oligarquía» rural, debemos inquirir cómo la burguesía latifundista (si acaso es rural) está comercialmente ligada a los principales monopolios comerciales e industriales urbanos; hasta qué punto, en realidad, el monopolio de la tierra está en manos de las mismas personas, familias o corporaciones con carácter de monopolio comercial e industrial; hasta qué punto los latifundistas derivan sus ingresos de la producción agrícola de sus tierras y hasta qué punto su posesión monopolista de la tierra les facilita, sencillamente, la explotación comercial, financiera y política de los trabajadores del latifundio y tierras vecinas. Pero esto nos hace preguntar también cómo la explotación capitalista colonial crea y mantiene las relaciones de producción del latifundio y la estructura de clases de la América Latina rural, que superficialmente pueden parecer feudales, pero que realmente posibilitan esta explotación capitalista. Por último, debemos preguntar quiénes quieren cambiar estas relaciones de producción y cómo se cambiarán; no ciertamente, por medio de una revolución democrático burguesa «antifeudal» o «antimperialista», sino por una revolución socialista.

¿Cuál es, entonces, la relación esencial entre los grandes comerciantes-terratenientes y los que en América Latina trabajan la tierra? ¿Constituyen estos últimos un campesinado, sea siervo o libre? Se sugiere aquí que un estudio más cuidadoso revelará que, no obstante la multitud de **formas** de remuneración que existan entre los que poseen la tierra y los que la trabajan, la relación esencial entrambos —no menos que en la industria— es la explotación de los últimos, carentes de medios de producción para sustentarse, por los primeros, que sí los poseen. Demasiado poco se sabe acerca de la diversidad de formas y, particularmente, acerca de las vastas áreas del Brasil (como en el nordeste), la Argentina, el Caribe y también los países de población indígena, como Perú y Guatemala, en que grandes partes de la población rural son, en esencia, trabajadores agrícolas —un proletariado rural— que trabajan por lo que en esencia es un salario, aunque insuficiente y variable, a la vez que emigran de una finca a otra, de una región a otra y hasta a otros países (como los braceros mexicanos) cuando así lo requieren las condiciones económicas y climatológicas. Ni trabajan únicamente para los grandes terratenientes, sino donde pueden y cuando pueden, en la agricultura o fuera de ella. Los contratan también los propietarios medianos, los pequeños y hasta los arrendatarios o aparceros quienes a veces se sirven de ellos para cumplir sus obligaciones laborales con sus propios terratenientes. ¿Cómo inter-

pretar este patrón tan complejo de explotación? ¿Hasta qué punto está interesado este proletariado rural en la tierra y hasta qué punto en jornales más altos o en mayor seguridad de empleo? ¿Y hasta qué punto se interesan los pequeños propietarios y los arrendatarios, víctimas de la explotación también, pero que a su vez toman jornaleros, en evitar que los salarios suban o que se aprueben y apliquen en las áreas rurales leyes de jornales mínimos, para que se empeore su propia posición competitiva frente a los grandes monopolios de la tierra? ¿Hasta qué punto son estos mismos pequeños propietarios y aparceros trabajadores a jornal —interesados en salarios más altos— o comerciantes —interesados en precios más altos— porque la tierra que poseen o arrienda o trabajan a la parte no les alcanza para mantener a sus familias? ¿Hasta qué punto los propietarios de fincas medianas no son agricultores en absoluto, sino comerciantes pequeños burgueses rurales y urbanos, empleados o profesionales, interesados en exprimir al máximo a los que trabajan sus tierras? Unos alegan que los pequeños propietarios y aparceros pueden movilizarse antes que los proletarios rurales, y la experiencia revolucionaria parece darles la razón. Pero otros mantienen lo contrario. ¿Dónde pues hay que empezar el trabajo político, bajo qué consignas, y con qué aliados?

Se dice que los indígenas latinoamericanos viven en un mundo aparte. Es cierto que, siempre que pueden, tratan de preservar sus culturas y, si es posible, una comunidad social como frente común al intruso. Esta ha sido su mejor protección —aunque casi siempre inadecuada— contra la explotación de que son víctimas por haber sido empujados hasta el mismo fondo de la estructura colonial interna y de la estructura nacional de las clases. Lejos de estar fuera de ambas estructuras, son, en realidad, sus miembros más íntegramente explotados. Como resultado, tienden a ver con suspicacia —basados en 400 años de explotación— toda proposición de eliminar ésta mediante reformas desde arriba. ¿Significa ésto que no han de incorporarse a la lucha revolucionaria desde abajo, una vez que la perciban como tal y una vez que la lucha sea lo bastante revolucionaria para permitir y justificar tal percepción? La historia enseña que el indígena puede ser políticamente movilizado, como en Guatemala; en realidad, que su gran movimiento multitudinario en la base puede excitar a la dirigencia revolucionaria a una mayor combatividad, como en Bolivia en 1952. No se trata tanto de si el indígena participará en la lucha como de si la dirigencia revolucionaria será capaz de canalizar esta participación hacia la revolución o hacia la reforma y la reacción.

Plantéase a este respecto varias cuestiones acerca de la organización revolucionaria y reformista en el campo en general y de su relación con la organización política de la revolución en la ciudad, en la nación, en el continente y en el mundo.

Los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial no están, como hasta ahora se ha argumentado, en la estructura metropolitana. Precisamente lo demuestran la revolución soviética, la china y la cubana, y otras. ¿Dónde están, entonces, en la estructura colonial del mundo y de Latinoamérica, los eslabones más débiles? ¿Qué hace la burguesía imperialista y latinoamericana con sus esfuerzos por fortificar estos eslabones mediante programas de desarrollo social, sanitarios, educativos, de «reforma agraria» y otros, que en la conferencia de la Alianza para el Progreso, en Punta del Este, el Che llamó «letrización» de América Latina? ¿Hasta dónde pueden ser llevados estos programas —el último esfuerzo, por ejemplo, es hacer que las fuerzas de ocupación militar latinoamericanas mejoren su «reputación» en el campo emprendiendo versiones latinoamericanas del programa de «pacificación» imperialista en Viet Nam— y qué efecto tendrán, si no sobre la aceleración del desarrollo económico, sí en la deceleración del desarrollo político de los campesinos?

Si acertamos a encontrar los eslabones más débiles de la estructura colonial y de clases, ¿cómo romperlos? No, por cierto, con exhortaciones a combatir a un enemigo imperialista invisible mediante la nacionalización en beneficio de «todo el pueblo», ni con explicaciones abstrusas para hacer visible a Wall Street, o quizás al palacio presidencial, en la casucha del campesino o el trabajador agrícola. Uno y otro se harán por demás visibles si las masas rurales latinoamericanas, o siquiera parte de ellas, se lanzan a la lucha contra sus tradicionales opresores inmediatamente visibles: los agentes económicos y políticos locales de la estructura capitalista, interior y exterior, colonial y clasista. ¿Qué aliados tendrán estas fuerzas populares, qué alianzas previas pueden formar y sobre qué base, con las de otras partes del país, de Latinoamérica y del mundo que están dispuestas a apoyarlas cuando la burguesía latinoamericana y luego la imperialista intervengan para salvar a sus agentes locales y con ellos a toda la expoliadora estructura colonial, y de clases del capitalismo?

La organización y movilización política revolucionaria podría obtener provecho del análisis marxista de la estructura colonial y de clases de determinadas regiones o áreas locales. Este estudio, por supuesto, no puede hacerse desde el extranjero o en términos de un esquema general preconce-

bido. Debe ser llevado a cabo allí mismo por marxistas revolucionarios que participen en el movimiento al que el estudio se propone servir. Pero el mismo principio es aplicable también al trabajo teórico sobre problemas políticos más amplios. La verdadera teoría marxista sólo puede surgir de la práctica política revolucionaria. Y para el intelectual de Latinoamérica y otros países subdesarrollados, ésta comprende también la lucha ideológica.

Ideología y Marxismo

La estructura colonial y la de clases producen contrapartes ideológicas para justificarse, y éstas se reflejan también en las «ciencias sociales» que se utilice para «estudiarlas». Para los revolucionarios, por ende, el campo de batalla incluye también la ideología, como sugiere Fidel. Para los sociólogos revolucionarios, la contienda ideológica se extiende al campo de la ciencia social. La ideología preponderante, incluyendo su componente «científico» social, fue desarrollada por la burguesía metropolitana para uso nacional y para la exportación a las colonias. Estas últimas, al menos en América Latina, siempre se dieron cuenta de algunos de los aspectos colonialistas de esta ideología y ciencia, particularmente durante las épocas de ascenso nacionalista. Los mismos sectores nacionalistas de América Latina han tratado de hacerle resistencia y de reemplazarlos por factores nacionalistas. Las alternativas nacionalistas que se presentan como un reto directo al orden colonial, y pueden parecer sustancialmente distintas de la ideología y ciencia imperialistas. Pero como estas alternativas nacionalistas proceden de la burguesía latinoamericana, lejos de retar, consolidan el orden clasista en el plano nacional. Toca a los revolucionarios investigar hasta qué punto es diferente realmente esta ideología y ciencia latinoamericana. En el sector ideológico del campo de batalla, así como en el político y el militar, se debe combatir la ideología de la clase enemiga a fin de combatir, por ende, al enemigo principal: el imperialismo.

Durante el siglo pasado, las principales exportaciones ideológicas de la burguesía imperialista fueron el liberalismo, el positivismo, y ahora una especie de pragmatismo tecnológico o tecnologismo pragmático. Parte de la burguesía latinoamericana ha aceptado ávidamente cada uno de esos «ismos», haciéndose a veces más papista que el Papa, como ocurrió con los intereses exportadores latinoamericanos al respecto de la doctrina del

libre cambio. Algunos sectores burgueses y pequeñoburgueses hicieron resistencia a los aspectos más flagrantemente colonialistas de estas doctrinas, pero las aceptaron, no obstante, en esencia, cuando favorecieron los intereses de su clase frente a los de las clases populares.

La última invasión ideológica propone que la «pericia» y la tecnología norteamericana pueden resolver todos los problemas de los pueblos del mundo, con sólo dejar que los yanquis las apliquen sin intromisión. En la industria, esto significa inversiones extranjeras y un grado más alto de monopolización... y desempleo. En la agricultura, significa métodos de cultivo, semillas, fertilizantes, maquinaria agrícola, etc., de Estados Unidos... y producción de abonos y máquinas por la Standard Oil y la Ford. Para la población, significa control de la natalidad mediante píldoras contraceptivas y medicamentos... y compañías farmacéuticas. Para la cultura significa el «american way of life» en todo, a través de medios de expresión «masivos», de la educación «popular», de la «ciencia» de la estadística electrónica, etc. La gran burguesía latinoamericana acepta todo esto sobre una base de socio menor. Los elementos «nacionalistas» de la burguesía y parte de la pequeña burguesía rechazan la participación «norteamericana», pero aceptan la tecnología, diciendo que la aplicarán ellos mismos... y mejor.

En las ciencias sociales, la ofensiva ideológica imperialista de tiempos recientes ha tomado dos formas principales: el estructuralismo y su degeneración en institucionalismo, culturalismo o behaviorismo. El estructuralismo dominó durante largo tiempo la ciencia económica y la sociología, pretendiendo analizar la estructura del mercado y de la sociedad. Pero esto era —y es— o bien el estudio abstracto de los modos idealizados de un mercado competitivo o de una sociedad consensual, término que puede referirse a cualquier sistema social imaginario, desde la familia a todo el mundo, pero que no explica ningún sistema social real.

O bien los estructuralistas se ocupan en algunos sistemas sociales determinados, que son siempre unidades locales, regionales o nacionales, pero nunca el sistema social predominante. Este «estructuralismo» abstracto o concreto, pero limitado, desvía la atención del investigador del verdadero sistema capitalista mundial, su estructuración de las colonias y las clases y la historia de su desarrollo, que han determinado la realidad social tanto en la parte metropolitana como en la colonial del sistema imperialista.

Recientes ampliaciones de la sociología metropolitana y su exportación a los países subdesarrollados, apartan aun más la atención del investigador de los problemas sociopolíticos fundamentales y sus soluciones. El institucionalismo describe las supuestas instituciones sociales y políticas de la sociedad y la «democracia» burguesa, tal como aparecen en la superficie. El culturalismo enfoca las manifestaciones culturales de la estructura económico social subyacente y, más recientemente, hasta las características sicoculturales (esto es, individuales). El behaviorismo, hoy común en la «ciencia» política y creciente en otras asignaturas sociales, expone técnicas aún más maquinizadas de rigurosos análisis estadísticos de todo tipo de variables sociales, sin entrar nunca en la estructura ni en el desarrollo del sistema no vaya a ocurrírseles la idea de que es necesario cambiarlo. Aparte las limitaciones (ventajas, desde el punto de vista de la burguesía) del estructuralismo, estas degeneraciones permiten diferenciar la misma cosa y comparar cosas diferentes, o sea, se enmascara el hecho de que la metrópoli y sus colonias son parte del mismo sistema capitalista mediante el descubrimiento de la existencia supuestamente independiente en ellas de las diferencias culturales e institucionales creadas por esta relación colonialista. A la vez, el descubrimiento de similitudes institucionales y behavioristas superficiales entre los países capitalistas y socialistas, permite a la burguesía «demostrar» estadísticamente (esto es, con «neutralidad» ideológica aparente) a la clase a la cual explota, que la estructura de las clases en realidad carece de importancia, alegando por ende, que no es necesario cambiarla.

Esta ideología a guisa de ciencia se divulga hoy por todo el mundo capitalista —y llega incluso al campo socialista— a través de incontables canales. Los elementos informados de la burguesía colonial latinoamericana colaboran en este proceso, tan ávidamente hoy como en otro tiempo, a la vez que ciertos elementos burgueses nacionales intentan lanzar una ofensiva científico social e ideológica propia. Después del ascenso nacionalista burgués del 30 y el 40, pero, al parecer, con un retraso cultural de una década o más, estos intereses burgueses latinoamericanos establecieron varias instituciones con el expreso propósito de desarrollar una ideología científica nacionalista. La primera y principal de estas instituciones es la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL) y su más reciente vástago, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), ambos en Santiago de Chile. En Brasil fue el Instituto Superior de Estudios Brasileiros (ISEB); en Argen-

tina, el Instituto Torcuato di Tella; en México, la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional (UNAM). Los nombres de sus fundadores, directores y principales colaboradores se han hecho ampliamente conocidos en la ciencia social latinoamericana y hasta en círculos intelectuales más amplios: Raúl Prebisch, Aníbal Pinto, Oswaldo Sunkel, Celso Furtado, Helio Jaguaribe, Gino Germani, Pablo González Casanova, etc.

Sus tesis principales son bien conocidas: la metrópoli explota a América Latina, a través de términos de intercambio que se deterioran. Se duelen, por ende, de una relación colonial, pero no llegan a analizar la estructura colonial monopolista ni el creciente papel que dentro de ella desempeñan las inversiones extranjeras y la ayuda exterior, que generalmente acogen bien, sujetas a ciertas «salvaguardias» solamente. Atribuyen el subdesarrollo latinoamericano a su errónea selección del «desarrollo hacia afuera» cuando, a mediados del siglo XIX, el continente despertó al fin de su «modorra feudal». De haber preferido el «desarrollo hacia adentro», no habría padecido de los menguantes términos del intercambio y habría podido industrializarse. Por consiguiente, arguyen, Latinoamérica debería escoger ahora el desarrollo capitalista nacional hacia adentro.

El obstáculo a vencer, dicen, es el reducido mercado interior. Exponen, de esta forma, en cuanto a lo nacional, la misma interpretación implícita en la Alianza para el Progreso y el estructuralismo ilustrado; América Latina constituye una economía y sociedad «dual», que es en parte capitalista y progresiva y en parte feudal y retrógrada. La reforma agraria, la reforma tributaria, etc., y la «planeación» económica iniciada por los industriales y las clases medias progresistas, eliminarían los obstáculos «feudales» e integrarían la vasta población rural, especialmente los indígenas, en el mercado y la sociedad nacional. Estos ideólogos «científicos» sostienen que los pobres del campo son pobres porque no están dentro de la economía mercantil o monetaria, razón por la cual —alegan— no avanza el desarrollo industrial y económico. Se llaman a sí mismos «estructuralistas» y emplean lo que encuentran útil en el análisis y la terminología marxista para proponer la reforma de la estructura.

Pero estos «estructuralistas» que se lamentan de la explotación metropolitana no observan o no analizan la estructura colonial interior de América Latina, que le sirve a la metrópoli nacional para extraer del campo «feudal» la mayor parte del capital que invierte en su limitado desarrollo industrial. Tampoco estos ideólogos de la burguesía nacional analizan la

estructura de clases en América Latina. En vez de ello, importan las últimas técnicas norteamericanas para el estudio de las «élites» y la «estratificación social», y sus estudiantes caen cada vez más en la trampa de la nueva oferta metropolitana de sustituir el análisis científico y la solución política de los problemas latinoamericanos por el análisis estadístico «objetivo».

Dicho de otro modo, la versión «nacionalista progresiva» latinoamericana de esta ciencia social burguesa sólo se diferencia superficialmente, no fundamentalmente, del patrón imperialista. En segundo lugar, la ofensiva ideológica nacionalista no comenzó en las ciencias sociales en realidad, hasta que el movimiento económico, social y político de donde procedía había llegado a su cúspide ya y empezado a convertirse en historia. Por último, el imperialismo en la década de 1960, ha iniciado una contraofensiva en este campo también, con el resultado de que su ciencia «behaviorista» está neutralizando crecientemente a aquellos elementos de la pequeña burguesía latinoamericana que hace pocos años eran políticamente progresistas. A este respecto es digno de notar el hecho de que el imperialismo se sirve ahora de invitaciones a conferencias, becas, programas de «investigación conjunta», tanto en Estados Unidos como en sus afiliados latinoamericanos, para cortejar precisamente a los intelectuales izquierdistas latinoamericanos (y otros) a quienes antes desdeñaba y perseguía. ¿Cuál será la respuesta de la izquierda revolucionaria latinoamericana a esta ofensiva ideológica en el campo de las ciencias sociales?

Millares de estudiantes y obreros latinoamericanos —entre ellos, quizás, otros Fidel, Che, Camilo...— están en busca de otra orientación científica y política que la que les ofrece la burguesía metropolitana, y sus partidarios o revisores latinoamericanos. ¿Qué podemos ofrecerles? ¿Esperamos que se guíen por los modelos «marxistas» de inspiración metropolitana números 14, 13 ó 12 (como los ridiculizó Fidel en la OLAS), según los cuales toda la humanidad pasa necesariamente por las sucesivas y al parecer prestablecidas etapas del comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo, el socialismo y el comunismo? ¿Serán los estudiantes, unidos y movilizados para la revolución, así como también los obreros industriales y agrícolas, por los teóricos y «teorías» que les dicen —no menos que los ideólogos burgueses nacionales— que América Latina está hoy dividida en dos partes, una en la etapa feudal todavía y otra ya en la capitalista? ¿Que una oligarquía feudal y el imperialismo extranjero, pero no la propia burguesía capitalista son los obstáculos en el ca-

mimo del desarrollo nacional? Jamás los latinoamericanos irán a la revolución si siguen la principal tesis política derivada de esta pseudociencia «marxista», que es —como dijo Fidel en la OLAS— «la famosa tesis acerca del papel de las burguesías nacionales, (...) ¿Cuánto papel, cuántas frases, cuánta palabrería vana se ha malgastado en espera de una burguesía liberal, progresista, antimperialista! (...) Y a muchos se les dice que esto es marxismo (...) ¿y en qué se diferencia esto del catecismo, en qué se diferencia de una letanía, de un rosario?».

En fin, la necesidad política nos plantea una tarea ideológica a ser cumplida, tanto para asegurar la firmeza de los militantes revolucionarios, como para reclutar cada vez más latinoamericanos, sobre todo jóvenes, a sus filas. También enfrentamos un trabajo teórico importante para poder complementar la práctica revolucionaria con la teoría revolucionaria precisa. Y requerimos del análisis de la sociedad latinoamericana, sobre todo en sus regiones rurales, para asesorar las fuerzas populares en su lucha revolucionaria. Para esto los marxistas tendrán que crear las ideas guías y revolucionarias que, como dice Fidel, reclama la revolución latinoamericana. La claridad ideológica con respecto a estos problemas se vuelve esencial en el momento en que el movimiento revolucionario encuentra trabas temporales, porque entonces se necesita la firmeza ideológica para resistir las tentaciones —siempre ofrecidas por la burguesía— de retroceder hacia una política reformista, postulando, por ejemplo, la supesta posibilidad y necesidad de una «paz democrática» como en estos momentos predica el PCV. Para alcanzar esta claridad ideológica y teórica los marxistas tendrán que obrar en lo intelectual, pero no sólo en lo intelectual, inspirados en el ejemplo del Che, que es primero revolucionario y después intelectual.

Seguir esta meta intelectual y revolucionaria, que es la responsabilidad del verdadero intelectual latinoamericano, y especialmente del marxista, implicará —como también lo encontró preciso el Che— salirse del marco institucional de la burguesía latinoamericana e imperialista. El intelectual latinoamericano —y esto vale para el escritor y artista tanto para el científico social— tendrá que tomar conciencia del hecho de que trabaja al servicio de la burguesía. Tendrá que darse cuenta también que, mientras más agudas se tornan las contradicciones y más avanza el proceso revolucionario, menos permitirá la burguesía que el intelectual latinoamericano se aproveche de sus instituciones burguesas —universidades, editoriales, prensa, etc.— para la elaboración de una teoría y una práctica

marxista verdaderamente revolucionaria. En algunas partes del continente, ya llegó la hora en que se cierran las puertas de las instituciones burguesas para el marxista; en las demás llegará luego. El intelectual marxista latinoamericano tendrá que decidirse si se queda dentro, siguiendo el reformismo o del otro lado con el pueblo, haciendo la revolución.

Enero de 1968.

JON HOLLIDAY JAPON: CAPITALISMO ASIATICO

Japón está, en la actualidad, a punto de convertirse en la tercera potencia industrial del mundo. Ya ocupa el segundo lugar entre los países productores de automóviles. En 1955, su producto nacional global estuvo ligeramente por debajo de la mitad del de la Gran Bretaña. Este año será casi en un 20% mayor. El Japón es el único país capitalista en el cual el capital norteamericano no domina la industria petrolera, siderúrgica, automotriz o electrónica. ¿Cuántos son los socialistas occidentales que están al tanto del repentino surgimiento de este nuevo centro dentro del mundo capitalista?. Sin embargo, las estadísticas económicas no significan una simple repetición de las normas sociales de occidente.

En un solo año, cuando estaba en su apogeo la locura de jugar pinball, los japoneses lanzaron una suma equivalente al 25% del presupuesto nacional en las máquinas **pachinko**. En ese mismo año, 1954, y todos los años después de la guerra, demostraron más propensión al ahorro que los ciudadanos de cualquier otro país industrializado. Estas son estadísticas económicas que revelan un antecedente social que difiere un poco del que fundamenta a los sistemas capitalistas del Atlántico. La observación parece obvia, pero hay que hacerla, porque en occidente, cuando no se habla del Japón como de un tema simplemente folklórico, se le evoca como un fenómeno puramente económico.

Esta evocación puede adoptar una u otra de estas dos formas. La primera establece la hipótesis de que la revolución industrial del Japón puede servir de modelo para los actuales países subdesarrollados.¹ La segunda des-

¹ Por ejemplo, en *Economía Política del Crecimiento* de Paul Baran, F.C.E. México, 1959.

taca el desarrollo reciente del Japón como el modelo ideal para los perezosos capitalistas británicos.² Hay que decir que ninguno de estos enfoques es de por sí particularmente revelador, pero siendo los que se adoptan con más frecuencia, tienen cierta utilidad para la comprensión de algunos de los hechos esenciales del escenario japonés contemporáneo. También indican lo distante que está el Japón de la discusión política de Europa occidental.

¿Es Japón un modelo?

Esto apenas sería digno de ser discutido, si no se hubiera establecido como un argumento que se repite constantemente. En su forma más compleja, como lo hace Baran, adopta la forma de un intento de ver qué es lo que hizo posible que solamente el Japón, entre todas las tierras de Asia, se desarrollase hasta convertirse en un país capitalista avanzado, y luego viene la interrogación de si las semejanzas que hay entre una situación y las de otros países, pesan más que las desigualdades. Pero aunque el propósito definitivo de Baran en escrutar el Japón y la India, es extraer lecciones de dos países del tercer mundo diametralmente opuestos, lo cierto es que no logra indicar lecciones útiles ni mucho menos. La semejanza, el más crudo enfoque neocapitalista, está ejemplificada en **Consider Japan**; después de partir intencionalmente de la aseveración de que: «es evidente que el Japón tiene que ser considerado como un presagio de posibilidades futuras para el resto de Asia y Africa», cinco páginas después llega a la conclusión de que «es extremadamente difícil convertir la experiencia relatada en estos últimos párrafos en una moraleja para el desarrollo de otros países...» «Difícil es averiguar cómo se podría implantar semejante política en una escala mundial».

Algunos aspectos del desarrollo del Japón.

En vez de falsear el desarrollo del Japón, llevándolo a paralelos no existentes, es más conveniente que indiquemos con brevedad algunas de las características principales de su crecimiento económico, las ventajas que le favorecieron. La primera fue una ventaja de tiempo y espacio. Aún a

² The Economist *passim*, especialmente en los dos largos informes de Norman Macrae en 1962 (reeditados y aumentados como *Considerere Japan*, y en 1967 (*The Risen Sun*, números del 27 de mayo y el 3 de junio).

mediados del siglo XIX, el espacio que hubo en el mundo para el desarrollo independiente fue mucho mayor que el que ha habido a mediados del siglo XX.³ El imperialismo era tan ladino entonces, como ahora para descuartizar el mundo, pero estaba concentrado en las áreas que parecían ser las más provechosas. El hecho de que el Japón se escapara se debió, en gran medida, a su falta de atracción: no tenía materias primas, y como mercado, la China parecía tener perspectivas muy superiores. De este modo no cayó en las garras de los países imperialistas de aquel entonces, algo que es inconcebible ahora. La situación del Japón en la época de su revolución industrial, en un mundo que ya estaba dominado por el imperialismo, era cualitativamente distinta de la de cualquier país subdesarrollado de nuestros días. Y aparte de todo esto, tenía ventajas internas específicas de que carecen actualmente casi todos los países del tercer mundo. Ya a principios del siglo XIX, el analfabetismo era probablemente más reducido en Japón que en Europa occidental. Había un gran mercado interno que permitía economías equilibradas. Edo era la ciudad más grande del mundo a fines del siglo XVIII. En 1868, Japón tenía una población cinco veces mayor que la que tenía Inglaterra al comienzo de su revolución industrial. Esta se hizo posible por un eficiente sistema agrícola con una cantidad de tierra fértil menor que la que había en Inglaterra, mantenía a 35 millones de personas en vez de 7. Los rendimientos del arroz eran más elevados en la época de la revolución meiji⁴ que actual-

³ Sobre este aspecto de la problemática del desarrollo véase, por ejemplo, de Sergio De Santis, *Vecchia e nuova condizione coloniale nell' America Latina*, Nuovi Argomenti 67-8: «la verdadera autonomía no está en una alternativa entre el desarrollo y el subdesarrollo, sino en alternativa entre el desarrollo dependiente y el desarrollo independiente. En otras palabras, el punto realmente decisivo en el subdesarrollo no es arrancar, sino la forma de arrancar». (pág. 216). Angus Maddison, en «Japanese Economic Performance», publicado en Banca Nazionale del Lavoro Quarterly Review, No. 75, Roma, calcula que la inversión global en todo el período meiji fue alrededor de un 11 por ciento del producto nacional global, bastante por debajo de la cifra mínima que da Rostow para el comienzo. «Parece improbable que en el período meiji, el Japón haya absorbido lucrativamente una tasa mucho mayor de la formación de capital... En lugar de ello invirtió copiosamente en la adquisición y difusión de los conocimientos, pericias, educación y tecnología adecuados a su situación en el costo de los factores».

⁴ Revolución meiji: Por la resistencia de algunos clanes japoneses a reconocer el nuevo gobierno dirigido por Mutsuhito (llamado Meiji), estalló en 1868 una guerra civil. Mutsuhito encarnaba aspiraciones nacionalistas frente a la penetración extranjera. El emperador triunfante trasladó la capital a Tokyo (Capital del Este) e inició reformas que transformaron el país, conociéndose esta época como Era Meiji (1868-1912). El análisis e interpretación de este hecho ha provocado numerosas discusiones entre los estudiosos de la historia universal. (N. de R.)

mente en muchos países asiáticos. Había un considerable excedente económico (extraído de tributos, impuestos al cultivo del arroz) que antes de la revolución meiji era consumido por los señores feudales y sus vasallos; los burócratas meiji no tardaron en arreglárselas para eliminar esta clase parasitaria y de esta manera «liberar» el excedente. Un proceso que muy difícilmente se puede reproducir en la mayoría de los países subdesarrollados, donde el excedente ya está siendo succionado por burócratas atrincherados que constituyen una clase cuya liquidación es mucho más difícil. Así, a mediados del siglo pasado (la llegada de Perry: 1853;⁵ la revolución meiji: 1867-68), el Japón disfrutaba de ventajas específicas que ya no son asequibles para los países subdesarrollados: 1) una agricultura eficiente, la única base posible para la acumulación sin dependencia de potencias extranjeras; 2) una población relativamente alfabetizada; y, 3) una oportunidad para desarrollarse en un mundo en que el imperialismo tenía un siglo de atraso con respecto a su experiencia y facilidades actuales. Y no solamente sucedió que Japón pudo escapar de ser objeto de la ambición colonial; la distancia tecnológica que lo separaba de los países más avanzados de aquella época era apenas la mitad de la que existe hoy entre los países desarrollados y los que están «desarrollándose».

Restauración meiji o revolución

La cuestión de cómo apreciar y examinar el desarrollo económico del Japón es sumamente compleja, y a menudo está íntimamente vinculada a distintas interpretaciones de la revolución meiji. La naturaleza de la revolución ha sido objeto de ardiente discusión entre los historiadores japoneses, discusión que ha tenido considerables consecuencias políticas, demasiado complejas para que las exponamos aquí.⁶ Pero de todos modos no puede haber duda alguna en cuanto a la importancia de la revolución

⁵ Perry: Comodoro norteamericano que llegó en 1853 al puerto Yokohama, con la misión de establecer relaciones comerciales con Japón. Al año siguiente el gobierno japonés aceptó abrir dos puertos al comercio con Estados Unidos (octubre de 1854) iniciándose una etapa de firmas de pactos comerciales con varias potencias europeas interesadas en el mercado japonés, cerrado hasta entonces. (N. de R.)

⁶ Hasta la precisa naturaleza de clases de la revolución es objeto de disputa. El problema parece radicar en el divorcio existente entre la fuerza que produjo la revolución (las crecientes relaciones capitalistas de producción y distribución) y la clase principal que respaldó a la propia revolución meiji (los guerreros), y entre las capas que controlaron el poder estatal después de la revolución y el carácter de clase que tenían sus programas.

meiji en la determinación del futuro económico del país. Dejando a un lado, por el momento, los argumentos económicos, podemos trazar una línea divisoria en el año 1868. La política meiji puede ser considerada como la mejor irrupción, en el país, del mundo exterior. El problema que afrontaron los nuevos gobernantes fue cómo asegurar la independencia en un arduo mundo competitivo. Los dos aspectos decisivos del nuevo régimen, según el profesor Thomas C. Smith, fueron el poder centralizado y el utilitarismo despiadado, factores que contribuyen grandemente a la explicación de la rápida industrialización japonesa,⁷ y que son precisamente las características de que careció la China en la misma época. En tanto que la reacción de China ante la irrupción de las potencias occidentales fue introspectiva, más interesada en la preservación de su civilización que en el mantenimiento del país como entidad, Japón se dedicó enérgica y pragmáticamente a conservarse como una entidad, aunque ello significase comprometer la cultura. Por consiguiente, mientras la política japonesa fue esencialmente proteccionista en todos los sentidos, fue en gran parte, como un conjunto, el resultado de «determinaciones ajenas a la 'situación' o a los 'intereses' de clase... del grupo dominante».⁸

El nuevo régimen, después de cierta vacilación inicial, se dedicó a trabajar en tres campos fundamentales: 1) la acumulación e inversión de capital en industrias seleccionadas bajo la inspección central del estado; 2) una reorganización de las instituciones políticas, con una constitución como piedra angular; 3) un cambio completo del sistema educacional, junto a una «modernización» operativa de la ideología. Estas realizaciones tuvieron efectos fundamentales de largo alcance.

Desde el mismo inicio de la era meiji la intervención del estado en la industria y la planificación dieron un papel muy importante a la burocracia. Los hombres de negocios como grupo jamás han discutido esta relación. El «derecho» del gobierno a poner entre la espada y la pared a los

⁷ Thomas C. Smith, en *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880*, Stanford, California, 1965 (segunda edición), p. 15. Esta es una obra fundamental sobre el período inmediatamente posterior a la restauración meiji. Es, además, la fuente principal que sirvió a Baran para sus observaciones sobre la revolución meiji en *Economía Política del Crecimiento*.

⁸ Roger Murray, en «Second Thoughts en Ghana», *NLR* 42, p. 31. Sus observaciones sobre los problemas de un análisis clasista de los regímenes poscoloniales bien podría aplicarse, *mutatis mutandis*, al período posterior a la restauración en Japón; allí el proceso también fue «un movimiento histórico incierto», ininteligible mediante un análisis puramente interior.

pequeños negociantes en cualquier momento, se acepta como un hecho inevitable. No obstante, es evidente que cualesquiera contradicciones potenciales han sido bien prevenidas por la imbricación casi completa de los grupos burocráticos y administrativos (imbricación que es mucho más estrecha en Japón que la que existe entre los grupos administrativos y políticos de la mayoría de los países capitalistas de occidente). La planificación se realiza dentro del sistema, y por el control que tiene el banco nacional sobre los fondos, ha sido mucho más que una simple sugerencia. La reorganización de las estructuras políticas revela dos importantes características: por una parte —con un criterio definido sobre ciertas instituciones,— se enviaron expertos a recorrer Europa en busca de los mejores modelos para una constitución (que fueron encontrados en Prusia), un sistema de gobierno local y un sistema judicial (ambos tomados del modelo francés). Sus recomendaciones fueron aceptadas sin gran oposición. Por otra parte, la propia reorganización reveló la extrema carencia de fundamentos de las nuevas instituciones. La única «institución» que suscitó controversias fue el emperador.

La vinculación necesaria entre estas exigencias claramente conflictivas fue proporcionada por una exhaustiva reforma educacional. Los problemas básicos eran evidentes: la nueva sociedad industrializada necesitaba un personal mucho más adiestrado que el que podían obtener de sus propias filas, la capa dominante; pero al mismo tiempo la reforma tenía que garantizar que una educación más amplia no crease un desbarajuste en toda la estructura de la sociedad. La reforma fue una obra maestra de conciliación. No había prisa alguna por llegar a una meta «democrática», tal como la educación universal. La única meta era la eficiencia.

Se introdujo la educación elemental de las masas para crear la base del crecimiento económico (facilitando la difusión de las nuevas técnicas agrícolas), pero no hubo tentativa alguna de instituir inmediatamente la educación superior con carácter universal. El único objetivo era «alimentar» la economía con toda la educación que necesitaba. Pero aun estando bajo estricto control, el incremento de la educación amenazaba con ser una fuente de mayor estímulo para el espíritu democrático que se había desatado con los cambios políticos que habían acompañado a la restauración meiji. La solución radicaba en hacer que el avance en la educación conllevase un retroceso en la ideología. La antigua ética confuciana que se había limitado a las clases guerreras, con una base educacional más amplia, se extendía ahora por toda la población. Hubo algunos aspectos

positivos en este sentido: las leyes se publicaban ahora por primera vez, se formó un grupo para traducir el concepto extranjero de los «derechos». Pero estos avances fueron anulados por el propósito esencial de la difusión de la ideología confuciana, que era proporcionar un medio de cimentar la estratificación social en una época de rápido cambio social. Una estructura que se habría destruido si hubiera sido construida en términos de clase hereditaria, podía salvarse si se la proponía como una jerarquía meritocrática. Era una operación muy delicada. El peligro principal estribaba en que los beneficiarios podían unirse para tomar el camino equivocado. El objetivo principal de la reforma era eliminar las barreras con que tropezaba la eficiencia económica. La nueva sociedad estaba estratificada, aunque no sobre la base de una clase hereditaria. El papel de la ideología confuciana era reintroducir la conformidad patriarcal a todos los niveles de la sociedad;⁹ dentro de este contexto cabían los diversos impulsos que inevitablemente acompañaban a la industrialización y modernización. Es verdad que Japón es una sociedad orientada por la situación y los logros, pero todo el sistema del patriarcado y la jerarquía ha servido hasta ahora para desmovilizar con extrema eficiencia la presión de las clases.

Así pues, hay tres efectos de las reformas meiji que a la larga se han destacado y que diferencian al Japón de todos los demás países capitalistas.

1. La iniciativa estatal en la industrialización sistemática ha dado a la burocracia un papel poderoso en todos los campos del gobierno.¹⁰
2. El control estatal sobre la acumulación y la inversión de capital ha generado una tradición financiera y un sistema bancario que difieren mucho del que existe en occidente. El gobierno ha ejercido siempre un rígido control sobre el crédito, y esto ha sido una característica del escenario de posguerra tanto como lo fue del siglo XIX. No hay mistificación alguna acerca de los accionistas.

⁹ «Patriarcal» es la clasificación aceptada para el confucianismo, pero tal como la usan Weber y los académicos japoneses, resulta un poco vaga. Sobre esto véase, por ejemplo, de John W. Bennett y Iwao Ishino, *Paternanism in the Japanese Economy*, Minneapolis, 1963, especialmente el Apéndice B, p. 260 y siguientes, donde discuten la obra precursora del profesor Wawashina, *The Familial Structure of Japanese Society*.

¹⁰ La posición y el prestigio de la burocracia ya estaban, por supuesto, bien establecidas dentro de la tradición confuciana. Antes de la restauración meiji, sin embargo, la burocracia japonesa era una organización mucho más selectiva (en lo concerniente a los orígenes de sus miembros) que la burocracia china.

3. La explotación implacable de la educación para asegurar la eficiencia económica, combinada con una ideología patriarcal destinada a transformar una meritocracia en una rígida jerarquía, ha dado al Japón una preponderancia considerable sobre países capitalistas como Gran Bretaña, que es ahora cuando están comenzando la ardua tarea de reforma sus sistemas educacionales.

Los inicios de la izquierda

Del mismo modo que el capitalismo engendra su proletariado, el sistema capitalista determina la organización de su proletariado. Es fácil ver las dificultades que tiene que afrontar todo movimiento que quiera desafiar un sistema tan totalitario, protegido a todos los niveles, y con una autoridad que dimana en última instancia de un emperador sacrosanto. Si Japón era considerado como una familia enorme y feliz, así cada fábrica estaba organizada de acuerdo con las pautas patriarcales. Hay una vasta plétora de clasificación en todas las organizaciones japonesas, desde la industria hasta el bajo mundo, que expresa los distintos grados de relación entre padres e hijos, implícitos en toda asociación. Después de un período fluido al principio de la industrialización, cuando muchos obreros trabajaban una parte del tiempo y emigraban temporalmente de las fincas a las fábricas, la industria japonesa se estableció en un régimen distintivo, caracterizado por el fenómeno conocido como el sistema de empleo vitalicio.

Los obreros contratados como empleados permanentes, tenían garantizado el trabajo durante toda la vida, con un salario fijo que aumentaba gradualmente de acuerdo a la antigüedad en el empleo (para los hombres). De este modo eran contratados sólo los empleados estrictamente necesarios; los demás ingresaban en el trabajo en condiciones completamente distintas, como obreros temporales, sin derechos de ninguna clase, sin seguridad de permanencia, sin aumento de salario garantizado. Y como toda empresa se consideraba una familia, sólo los obreros permanentes eran considerados como «hijos» y disfrutaban de la atención paternal del patrono.

Los sindicatos han subsistido esencialmente dentro de este marco, es decir, como propiedad de la empresa y, por tanto, sin otro control que el que ejercen sobre los obreros permanentes. Puesto que el capitalismo tuvo decididamente la sartén por el mango desde el principio, y no había protección que no proviniese de la empresa (que resolvía los problemas de viviendas, matrimonios y asistencia médica, cuando la había), los sindi-

catos empezaron a comprender que su papel tenía que ser esencialmente defensivo. Eran pocas las nociones que se tenían en cuanto a la organización mediante las normas de las empresas, y ninguna en absoluto en cuanto a la organización conjunta de los obreros permanentes y temporales, (barrera ésta mucho más difícil de franquear para los japoneses que la que existía entre los empleados de cuello y corbata y los de overol).

Esta actitud defensiva es atribuible en parte a los orígenes extraordinarios del comienzo del movimiento izquierdista en el Japón, sobre el cual influyó al principio no sólo el socialismo europeo, sino el movimiento norteamericano (en el cual era muy poca la idea que se tenía acerca del partido político). Los primeros dirigentes de la izquierda japonesa fueron en su mayoría teólogos e intelectuales, muchos de los cuales se habían «convertido» (en todos los sentidos) en el área de San Francisco. Cinco de los seis fundadores del Partido Socialdemócrata en 1901, eran cristianos. La ideología orientadora del primer movimiento no fue el socialismo revolucionario, sino una mezcla de cristianismo y gompersismo.¹¹

Bajo la represión policíaca, los dirigentes no tardaron en moverse hacia la izquierda, al comunismo o el anarquismo. Pero la primera organización importante que se formó, la Sociedad Yusikai o de Amor y Fraternidad, establecida en agosto de 1912 bajo la dirección de Suzuki Bunji (que estaba vinculado a la iglesia unitaria), estaba orientada por la AFL.¹² No

¹¹ Lo que dio por resultado contextos híbridos. Una exhortación a los trabajadores, un folleto distribuido en Tokio en 1897, contiene la primera expresión sistemática de las nuevas ideas de los obreros japoneses que habían estado en contacto con la AFL. Exhorta al proletariado japonés con estas palabras: «A menos que ustedes los obreros presten atención a los preceptos de nuestros antepasados y se preparen para la adversidad mientras sean capaces de hacerlo, adopten como propia, la práctica de proporcionar los medios de afrontar las dificultades futuras, mientras tengan el cuerpo fuerte y sano, será difícil para ustedes evitar la transgresión de las obligaciones fundamentales de un ser humano, un esposo o un padre. Esta cuestión debe ser considerada juiciosamente». Y termina con este argumento: «Ustedes los obreros no deben estar separados, sino sabiamente combinados para ponerse a tono con los avances de la sociedad. En su fuero interno deben ustedes abrigar pensamientos saludables, y exteriormente, comportarse con sobriedad y firmeza. ¿No han de tratar ustedes de remediar las prácticas perversas de los malvados patronos y de los extranjeros? Recuerden que habrá otros que piensen como ustedes. El trabajo es sagrado. En la unión está la fuerza. A ustedes, los que se dedican al sacrosanto trabajo corresponde llevar a cabo esa unión que es fuerza». (Citado en *Sources of Japanese Tradition*, Ed. de Bary, Nueva York, 1964, Vol. II, p. 301 y s. s.)

¹² 1912, el año en que comenzó el período de Taisho, (hijo de Meiji, que lo sustituyó en el gobierno), marcó una clara liberalidad en el clima político, que habría de durar hasta el período de Showa (a partir de 1926).

pasaría mucho tiempo sin que este movimiento se radicalizara, pero es importante tener en cuenta las condiciones en que la izquierda empezó a organizarse.

El segundo ingrediente procedente del exterior, que habría de tener un efecto poderoso sobre la izquierda japonesa, fue el marxismo. El éxito de la revolución rusa surgió en un momento en que existía una relativa libertad de expresión en Japón y en que los métodos organizativos norteamericanos estaban sufriendo una radicalización. A pesar de la implicación militar del Japón en Siberia, el marxismo adquirió contornos colosales después de la revolución bolchevique. No obstante, debido al gran aislamiento del Japón, que habría de hacerse casi total a partir de 1926, el marxismo se redujo a circunstancias sumamente difíciles que, paradójicamente, a la larga habrían de beneficiarlo en muchos sentidos. En primer lugar, aunque llegó cuando estaba en su apogeo una revolución victoriosa, nunca estuvo asociado con las experiencias concretas de la aplicación a que estaba destinado; aun antes de 1926, no había casi ningún medio para que un japonés aprendiese mucho acerca de la Unión Soviética. Lo que cuenta es que el marxismo se estableció como una teoría y una metodología independientes de algunas de las extravagancias de sus aplicaciones menos atractivas, que indiscutiblemente han tenido efectos negativos en Europa. El marxismo como ciencia está más sólidamente establecido en el Japón que en cualquier otro país capitalista. El segundo aspecto paradójico se debió a la imposibilidad de fomentar un movimiento izquierdista en gran escala dentro del marco de un partido comunista en lo que era esencialmente una política estatal (el PC fue proscrito inmediatamente después de su fundación en 1922 y desintegrado organizativamente un año después), produjo una situación en que el marxismo pudo disfrutar de una existencia independiente en un medio sólido —que no puede denominarse partido— bajo la dirección de Yamakawa Hitoshi, el padre del marxismo japonés, y de Fukomoto Kazuo. Esto produjo una tradición autónoma en el pensamiento marxista japonés, que ha subsistido hasta hoy, y ha retenido su propia fuerza independiente de los vaivenes de los diversos partidos izquierdistas.

El período fascista

Después de 1926, la izquierda tuvo cada vez más dificultades para organizarse, aunque la organización era algo más fácil para los sindicatos

que para los partidos. La presión aumentó después del incidente manchuriano (1931), y hacia 1940 todas las actividades izquierdistas estaban prácticamente proscritas, aunque la represión política que había en el interior era mucho menor que la existente en cualquiera de los países del eje en Europa; fue en 1942 (el año de la llamada «elección de Tojo») cuando el régimen se las arregló para eliminar de la Dieta toda oposición de procedencia electoral. Muchos dirigentes de los partidos y sindicatos «izquierdistas» colaboraron con el régimen militar. La dictadura militar, también a diferencia de los movimientos fascistas europeos, dejó de crear para sí misma una base política de masas y mantuvo intactas por igual la estructura formal y las formas de procedimiento del gobierno legítimo vigentes en la constitución meiji.

En su estudio *The Ideology and Dynamics of Japanese Facism*, el profesor Maruyama destaca tres características específicas del movimiento fascista en el Japón: su tendencia al sistema familiar, el agrarismo y el ideal de emancipación de los pueblos asiáticos respecto del colonialismo europeo.

La primera es una característica permanente de la sociedad japonesa. La última ha continuado hasta hoy en forma modificada. Pero fue la segunda, el agrarismo, la que respaldó a algunos de los mayores cambios económicos durante el período fascista. La crisis agrícola japonesa siguiente a la depresión mundial de 1929, fue la principal causa social que produjo la súbita aceleración del movimiento fascista en 1930-31. La inmensa mayoría del ejército japonés a todos los niveles era de origen campesino. Los militares eran ideológicamente enemigos de los *zaibatsu* (trusts familiares) y fomentaron el establecimiento de nuevos grupos (*Shinko zaibatsu*), que recibieron tratamiento preferencial. Pero aunque culturalmente empeñado en el agrarismo (y por ende el anticapitalismo), el régimen se vio atrapado inmediatamente en las contradicciones económicas impuestas por su propia estrategia militarista. Hubo dos resultados que a la larga tuvieron significación política: uno fue la intensa rivalidad entre los antiguos y nuevos *zaibatsu* que continuó después de la guerra en varias formas; el otro fue la configuración sociológica particular que fue producto de un experimento apoyado por capas sociales completamente distintas de las que sustentaron a regímenes similares en Europa. Sería necesario entrar en detalles prolijos para explicar plenamente por qué hubo tanta colaboración con el régimen; aunque era abiertamente anti-comunista y desconfiaba ideológicamente del proletariado urbano (con-

siderado esencialmente inferior al campesinado), era también hostil al colonialismo europeo en Asia y aparentemente anticapitalista.

La ocupación norteamericana

Aunque el Japón nunca fue colonizado, la ocupación norteamericana fue una experiencia muy similar a una colonización. Fue un esfuerzo exhaustivo de una potencia extranjera por cambiar tanto la estructura como la superestructura de todo un país mediante la fuerza (o por lo menos sin contar con el pueblo). Como tal provocó reacciones previsibles, que han seguido teniendo efectos trascendentales en la política japonesa. Básicamente, el período de posguerra se caracterizó por los proyectos norteamericanos tendientes a modificar el país; pero estos proyectos fueron modificados durante la ocupación, en primer lugar por la incapacidad norteamericana, en segundo lugar por la resistencia local, y en tercero por acontecimientos exteriores que causaron un cambio en varios aspectos de la política de Estados Unidos.

Cuando todavía los norteamericanos no habían llegado al Japón, ya sus planes eran agresivos. La terminación de la guerra se produjo aproximadamente un año antes de lo que habían calculado, y se vieron envueltos en la tarea de tratar de administrar un país que no conocían ni comprendían, contando solamente con un puñado de traductores adiestrados. Dejaron transcurrir un período de tres semanas entre la rendición sobre el *Missouri* y la llegada de las primeras fuerzas de ocupación, tiempo que aprovecharon bien los militares japoneses para inflar el presupuesto con pensiones y otros auspicios. Françoise Pons observa que en la segunda quincena de agosto de 1945, es decir, entre la terminación de la guerra y el inicio de la ocupación), el dinero circulante aumentó en un 40%: éste fue un factor importante que contribuyó a la inflación de posguerra.¹³ Pero la incapacidad de Estados Unidos para administrar al país burocráticamente tuvo otros dos efectos inmediatos. Uno fue la imposibilidad de desalojar por completo a los políticos que ocupaban el poder; el gabinete de Higashikuni que se había instalado el 17 de agosto se quedó en el poder después del comienzo de la ocupación e incluso siguió arrestando a sus opositores políticos (o sea, los izquierdistas) hasta que intervinieron los norteamericanos.

¹³ Françoise Pons, *Un caso de desarrollo sin inflación: Japón*, París, 1963.

americanos. El segundo resultado de la falta de preparación de los norteamericanos fue que todo japonés que sabía hablar inglés podía desempeñar un papel decisivo, un clásico ejemplo de ello fue Miyazawa Kiichi, que actuó como intérprete de Ikeda en las difíciles negociaciones financieras con Estados Unidos. Miyazawa es actualmente jefe de la APE (Agencia de Planificación Económica), uno de los organismos fundamentales del país. Así fue como empezaron muchas carreras políticas.

El proyecto norteamericano puede dividirse esquemáticamente en tres campos: económico, político e «ideológico».

A) Proyecto de reforma económica. El objetivo de las reformas económicas era reducir el nivel de vida de los japoneses hasta situarlo **por debajo** del más mísero que prevaleciese en cualquiera de los países que el Japón había ocupado. Al principio, todo el sistema industrial del país fue programado para el desmantelamiento y la transferencia a los que en otros tiempos habían sido sus víctimas. Finalmente se llevó a cabo alrededor de un 30% del desmantelamiento programado. La mitad de los equipos removidos pasó a la China, y la otra mitad pasó al Reino Unido, Holanda y Filipinas. Este proyecto entrañaba evidentemente la completa disolución de los zaibatsu. Se confeccionó una lista de 1,200 firmas que habrían de ser disueltas; la cantidad fue reduciéndose progresivamente hasta que hubo sólo 19 firmas en la lista y cuando ya habían sido abordadas nueve de estas firmas, una junta creada por la SCAP (formada por cinco prominentes hombres de negocios de Estados Unidos) decidió que ya se había hecho bastante. Hubo varias razones para este cambio de política: a) el peligroso ascenso del movimiento sindical, que los norteamericanos habían estimulado al principio bajo la euforia de su entusiasmo antizaibatsu; b) el reconocimiento de que un Japón fuerte y partidario de occidente sería un aliado más útil en la lucha por Asia que un Japón débil y hostil a occidente; y, c) la completa incapacidad de la administración para proporcionar estructuras productivas para sustituir las que intentaba destruir.

La segunda faceta del proyecto económico fue una reforma agraria. Esta fue concebida y aplicada eficientemente; pese a la inflación, la escasez de alimentos elevó los precios de éstos y los agricultores constituyeron un grupo relativamente próspero durante todo el difícil pe-

ríodo de la posguerra. Su mayor poder adquisitivo, gracias a la reforma, fue también un factor importante para poner nuevamente a flote la economía.

B) La reforma política. Junto a los proyectos de reforma económica, era muy natural que los norteamericanos considerasen una reforma política en grande. Esta se complicó a causa de dos factores especiales: primero la falta de conocimientos y personal adiestrado que mencionamos anteriormente; y segundo, la personalidad idiosincrásica del general Mac Arthur, quien puso en movimiento a un enorme país, que nunca vio desde su aislamiento en el hotel Dai Ichi. En febrero de 1946, pensando que la comisión japonesa encargada de confeccionar la constitución estaba remoloneándose, anunció súbitamente el día 4 que un equipo de su estado mayor redactaría la nueva constitución y que la terminaría dentro de ocho días... para conmemorar el natalicio de Lincoln.¹⁴

Al igual que en la economía, hubo una vasta serie de medidas reformadoras que invadieron todo el frente político: los derechos civiles, la función del emperador, una nueva constitución, mayor autonomía para el gobierno local, etc. Aparte de la constitución, con su famosa cláusula sobre la paz en el artículo IX, que prohibía el mantenimiento de fuerzas terrestres, marítimas y aéreas, fue la purga la medida que más trascendencia tuvo entre todas las que se adoptaron durante la ocupación. Comenzó en 1946, y cuando terminó había afectado a unas 200,000 personas. Las listas de la purga estaban divididas en siete categorías, aparentemente sobre una base puramente burocrática. En ello hubo dos problemas: el primero fue que las ideas norteamericanas (y británicas, soviéticas y australianas) sobre la «culpabilidad» eran incomprensibles para los japoneses.¹⁵ El segundo fue que en realidad la purga no se llevó a

¹⁴ Warren M. Tsuneishi, en *Japanese Political Style*, Nueva York, 1966, p. 34. Este borrador fue traducido luego, evidentemente a un japonés muy malo. Nada podría indicar mejor la impresión adversa que las reformas políticas de los norteamericanos causaron en la mayoría de los japoneses, con todo lo bien que pudieran caerles a la «democracia». Para encontrar una insensibilidad folklórica por el estilo, prodigada por otra creación norteamericana, véase *Newsweek* del 3 de abril de 1967: «Para el Presidente (Kennedy), el momento culminante llegó cuando se puso de pie y fue hasta la mesa de caoba filipina para presentar una copia de la constitución sudvietnamita de reciente creación...» «yo la miraba dijo el señor Johnson más tarde tan orgullosamente como miro a Lynda, mi hija mayor».

¹⁵ Una lectura esencial sobre éste y otros temas es la colección de ensayos titulada *Thought and Behaviour in Modern Japanes Politics*, por el profesor Maruyama; especialmente el ensayo titulado «Thought and Behaviour Patterns of Japan's War-time Leaders».

cabo conforme a criterios puramente formales. Un personaje importante que parece haber sido víctima de una venganza personal fue Ishibashi Tanzan, que posteriormente habría de suceder al Primer Ministro durante un breve período y fue purgado presuntamente por su «pasado profascista», en realidad porque no estaba de acuerdo con las rígidas medidas financieras de la SCAP. La víctima más importante fue sin duda Hito-yama Ichiro, que fue purgado repentinamente en mayo de 1946, precisamente en el momento en que estaba a punto de ser nombrado Primer Ministro. Su eliminación del escenario político fue lo que le abrió el camino a Yoshida (un bien conocido partidario de occidente), y las tensiones creadas por este episodio habrían de perdurar en la política japonesa hasta los últimos años de la década del cincuenta. Pero no fueron solamente los políticos derechistas los que se vieron sometidos a la purga; figuras dirigentes de la izquierda, como Kawakami Jotaro, fueron también proscritas por estar comprometidas con los militaristas.¹⁶ Aun antes de las tensiones interiores del partido creadas por la purga, el efecto más inmediato de ésta fue el fortalecimiento de la burocracia, ya mucho menos afectada que los políticos, porque, según la veían los norteamericanos, estaba mucho menos comprometida con la «sucia» política. Pero la burocracia fue precisamente tan culpable de la guerra como los militares y las finanzas. (Este enfoque bastante crudo tuvo su paralelo en el proyecto antizaibatsu, en el que Sumitomo se libró de ser afectado, sencillamente, porque dicho proyecto estaba basado en Osaka y por tanto la SCAP pensó que no podía tener nada que ver con los políticos, en tanto que Mitsui recibió el tratamiento más duro de todos porque su implicación en el comercio exterior dio lugar a acusaciones por explotación de trabajo

¹⁶ En un ensayo titulado «The Leadership of the Progressive Parties», reimpreso (en inglés) en el *Journal of Social and Political Ideas in Japan* (JSPIJ), Vol II, No. 3 (diciembre de 1964), el profesor Shinohara Hajime sugiere razones históricas y sociológicas por las cuales ciertos grupos políticos de la izquierda colaboraron más fácilmente que otros. También cita un buen ejemplo de la clase de razonamiento que algunos de ellos emplearon después para justificar sus acciones: «A diferencia de las personas que especulan principalmente con teorías y abstracciones, los políticos tienen que habérselas directamente con la realidad. Debido a ello, me fue imposible hacer nada sobre el gran impulso nacional hacia la guerra». Nishio Suehiro, en *Shinto e no michi*, 1960; Nishio un social demócrata importante antes de la guerra, ha tenido una flamante carrera después de la misma, principalmente como líder, con carácter alternativo, del ala derecha del PSJ como jefe, que lo es ahora del PSD; fue viceprimer ministro en el gobierno coaligado de Ashida hasta que fue arrestado bajo la acusación de soborno, de la cual fue exonerado finalmente diez años después porque se consideró que había recibido el dinero «en su carácter privado y no como dirigente político».

esclavo). La burocracia no solamente se fortaleció como institución en sí, sino que sacó de sus filas los hombres que necesariamente tenían que aparecer para sustituir a los políticos purgados. A excepción de los breves periodos de gobierno coaligado (1947-48) y el intervalo de Hitoyama Ishibashi (1954-57) el gabinete ha estado consistentemente dominado por burócratas procedentes de los partidos conservadores.¹⁷

C) **Reforma educacional y «moral».** Japón dejó completamente perplejos a los norteamericanos. Ruth Benedict empieza su libro exponiendo algunas de las características paradójicas que los occidentales solían atribuir a los japoneses: agresivos-pacíficos, militaristas-estéticos, insolentes-cortesés, rígidos-adaptables, etc. Los norteamericanos se habían preparado para recibir una resistencia desesperada en Japón propiamente dicho. No hubo tal resistencia ni mucho menos. Incluso el modo en que se efectuó la rendición fue un enigma para ellos.

La primera fase de la ocupación se caracterizó por el castigo, que tuvo su base en el doble principio de que el país se había descarriado bajo la dirección de líderes perversos (de ahí la disolución de los zaibatsu y la purga) y que la totalidad, o la mayoría, de los japoneses eran malos y necesitaban una reforma general y exhaustiva. Los norteamericanos pensaban que, al igual que la reforma política, los japoneses necesitaban la reforma «moral», es decir, un cambio del sistema educacional y una nueva perspectiva. Dada la crudeza de la ejecución, los japoneses comenzaron a reaccionar adoptando ese tipo de retraimiento cultural que suele estar asociado con la colonización. Por un lado se mantuvo una especie de contacto epidérmico en la coyuntura de las dos condiciones (prostitución, etc.), en tanto que, por el otro, los japoneses ejecutaban mecánicamente una serie de mandatos que caían sobre ellos desde la altura de la SCAP. Uno de tales mandatos procedentes de los norteamericanos fue el referente a que el sistema universitario debía ser reformado de acuerdo con el modelo estadounidense, con una universidad en cada prefectura (al igual que en cada estado de la unión norteamericana). El fracaso consiguiente se debió a que las instituciones de las prefecturas rurales difícilmente podían ascender hasta situarse en el plano universitario. El único resultado fue degradar y confundir un sistema educacional que

¹⁷ El profesor Shinohara categoriza convenientemente los diversos tipos de dirigentes dentro del PDL en su artículo «The Leadership of the Conservative Party», reimpresso en JSPJ, Vol. II, 3.

anteriormente había sido el mejor del mundo. Es importantísimo recordar el efecto de este extraño asalto moralizador sobre la conciencia de un país: es uno de los fundamentos de la fragilidad de las instituciones «democráticas» impuestas al Japón y también del «curso adverso»¹⁸ y las diversas formas de la oposición «izquierdista».

Resistencias

Como resultado de la ocupación norteamericana, la historia japonesa de la postguerra se caracteriza por una compleja dialéctica de la resistencia al capitalismo japonés por una parte y a las presiones norteamericanas por la otra, la presión militar, cultural, política y económica. De este modo se entrelazan varios factores: nacionalismo, anticapitalismo, y proteccionismo cultural. Esto dificulta la lectura de la historia de la postguerra. En realidad, la situación todavía indeterminada del Japón en el encuentro de dos esferas de influencia, que el país ha tratado de evadir, contemporalizando sus diferentes niveles de existencia, es de por sí la causa de alguna confusión y división entre los propios japoneses: observéanse los distintos argumentos acerca del «enemigo número uno», «la revolución de la segunda etapa», etc. Asimismo, el período de Hatoyama significa para un extranjero algo muy distinto de lo que significa para un japonés, es tan difícil construir en ello un enfoque sintético definitivo como lo es construirlo en el degaullismo. Debajo yacen tres zonas en las cuales se revelan importantes tendencias de largo alcance en la posguerra.

A) Los maestros. A partir de la revolución meiji la educación ha tenido siempre enorme prestigio en el Japón. El bando imperial sobre la edu-

¹⁸ Curso adverso es el nombre que suele dársele a una serie de medidas en los campos de la educación, el gobierno local y la policía, principalmente encaminadas a hacer retroceder las reformas estadounidenses. El más serio resurgimiento del nacionalismo reaccionario se ha producido en la educación: en 1956 el gobierno aprobó un proyecto de ley que estableció que las juntas escolares en vez de ser electivas se formaran por nombramientos, alegando que el sistema electoral había hecho imposible mantener la neutralidad política. En 1958 se restableció en el plan de estudios el curso de la «moral social». El curso adverso en la política policial fue iniciado por los propios norteamericanos antes de terminar la ocupación, para contrarrestar la fuerza de la izquierda. La policía, como el gobierno local, había sido descentralizada; pero con el estallido de la guerra coreana y la súbita partida de gran parte del ejército de ocupación, Mac Arthur decidió crear una Reserva Policiaca Nacional con 75,000 hombres. El control sobre la policía (y la fuerza de autodefensa) ha sido objeto de acaloradas disputas. Tanto la ley policiaca de Yoshida (1954), como el proyecto inconstitucional de Kishi sobre el Acta de Revisión de los Deberes Policiacos (1958) han ocasionado vigorosas protestas. Los acontecimientos de 1960 agravaron la preocupación del público por la función de la policía.

cación, promulgado en 1890, fue el más importante documento ideológico que se emitió en toda la historia del Japón desde el año 1868 hasta la guerra del Pacífico. Tanto la propia educación, como el adiestramiento de los maestros estaban absolutamente normalizados en toda la nación bajo el control del Ministerio de Educación. Con la rendición en 1945 se produjo un completo colapso en la moral, que se agudizó particularmente en el sector educacional, que junto a la familia había sido la base de la enseñanza moral y ética, componente de toda la estructura social. Sin embargo, simultáneamente con este colapso sobrevino un fuerte deseo de hallar un nuevo enfoque. El marxismo había mantenido su vigencia en la intelectualidad y no tuvo dificultades en superar su único competidor, el liberalismo norteamericano, rápidamente desacreditado por su deficiente enfoque en la aplicación de la «democracia racionada». El sindicato de maestros japoneses, Nikkyoso, se fundó en 1947 y no tardó en crecer hasta incluir más del 90% de los maestros de las escuelas primarias y secundarias de todo el país. Como en casi todos los campos, al principio la izquierda acogió con entusiasmo las propuestas norteamericanas relativas a las reformas. Esto fue parte de una visión generalmente mistificada del dominio norteamericano, en cierto modo explicable por el alivio que sentía el pueblo al verse liberado del régimen militarista. No obstante, ya para 1949, los proyectos estadounidenses estaban siendo objeto de un fuerte ataque procedente de una gran parte del cuerpo magisterial, y cuando el Nikkyoso publicó su Código de Ética en 1951, éste revelaba una radical posición marxista. El código declaraba que: «Sobre nuestros hombros han caído las tareas históricas de proteger la paz... y realizar una sociedad libre de explotación, miseria y desempleo... Los jóvenes del país tienen que ser criados y educados para convertirse en obreros capaces que se dediquen... a las realizaciones de estas tareas... Los maestros deben vivir y trabajar con la juventud... Cada maestro debe hacer un intenso examen crítico de sí mismo y debe estudiar y hacer esfuerzos por prepararse para su nueva función en la educación.

«Los maestros son trabajadores cuyos talleres son las escuelas. Los maestros, conociendo que el trabajo es el fundamento de todo lo que hay en la sociedad, deben sentirse orgullosos del hecho de que ellos mismos son trabajadores. En la presente etapa de la historia, la realización de una nueva sociedad... sólo es posible mediante la fuerza de las masas trabajadoras, cuyo núcleo es el aula de trabajo. Los maestros deben estar conscientes de su posición como trabajadores, están en la obligación de

vivir creyendo en el progreso histórico del hombre y deben considerar todo estancamiento y reacción como sus propios enemigos.

«Actualmente no hay un medio por el cual el maestro pueda establecerse como individuo que no sea el medio de la unidad de acción. Los maestros del Japón, a través del movimiento laboral, se unirán a los maestros del mundo y deben unir sus manos con las de todos los trabajadores. La unidad es la ética más elevada del maestro».¹⁹

Este documento da cierta idea de la atmósfera prevaleciente dentro del cuerpo magisterial después de la guerra. El marxismo derrotó decisivamente al liberalismo en el vacío posbélico. Pero el apogeo de la fuerza izquierdista se alcanzó bajo la ocupación yanqui, aun cuando la izquierda estaba concentrando sus ataques contra las ideas norteamericanas. Una vez pasada la ocupación, la vieja guardia de los dirigentes conservadores se volvió contra el Nikkyoso, y legisló para privar a las juntas locales de educación de un funcionamiento democrático. Dos logros de importancia se había obtenido no obstante: en primer lugar, toda una nueva generación de niños de edad escolar había asimilado, por lo menos, los elementos de una ética progresista; esto causaba indudablemente conflictos diarios en los hogares, pero gran parte de la nueva revelación prendió. Cuando la opinión pública se determina unánimemente en favor de una sola cuestión, «la hostilidad al capitalismo», ello es presumiblemente parte del legado todavía indefinido del Nikkyoso. En segundo lugar, la actitud militante adoptada por los maestros les dio un lugar integrante en el movimiento sindical; en ningún caso hubo las barreras de clase que aparecen en Europa opuestas a la cooperación entre el proletariado trabajador y la intelectualidad; dentro del Sohyo los dos sectores han trabajado estrechamente unidos, con la dedicación de los cuerpos magisteriales a dar cursos de marxismo para los miembros de los sindicatos.²⁰

B). El movimiento de la clase obrera. Al igual que el de los maestros el movimiento de la clase obrera floreció en un medio en que se había desplomado el sistema tradicional. Como parte de su política antizaibatsu, la SCAP respaldaba la idea de un movimiento sindical poderoso. En muchos sectores, la administración se limitó sencillamente a inhibirse por completo, y los obreros asumieron el mando de las fábricas y una parte del

¹⁹ Citado totalmente en JSPIJ, Vol. I No. 3.

²⁰ El más famoso de éstos fue el curso escolar ofrecido por el profesor Sakisaka Itsuro, en Miike, Kiushu.

transporte. Los trabajadores de la Keisei Electric Railway Co. permitían que todos los pasajeros viajasen gratuitamente en los trenes de la compañía como un medio de presionar a la administración para que les otorgase aumentos de salario (y de este modo no solamente privaban a los propietarios de las ganancias provenientes del pago de los pasajes, sino que realmente les hacían incurrir en pérdidas equivalentes a los gastos de funcionamiento de los equipos). Asimismo, durante las manifestaciones de masas contra el proyectado gobierno de Yoshida, en mayo de 1946, los sindicatos de la Japan National Railway permitieron que todos los manifestantes viajasen gratuitamente. Los mineros se apoderaron de la mina de carbón Bibai, de Mitsui, en Hobbaido, y duplicaron con creces la producción pese a que rebajaron la jornada de trabajo de doce a ocho horas. El sindicato del Yomiuri obligó a renunciar a Shoriki, el editor, a causa de su actuación durante la guerra, y durante algún tiempo se las arregló para mantener el periódico bajo el control de Suzuko Tomin, un progresista radical. Los ejemplos como éstos podrían multiplicarse. Durante el año 1946, los negocios se tambaleaban a causa de la desmoralización. Muchos empresarios que tenían dinero preferían dedicarse a vivir de él y cerrar la producción en lugar de invertir fondos en salarios (de ahí la situación que a menudo invitaba al «control de la producción».²¹ La purga facilitó el medio de perjudicar a todo el que de algún modo había estado comprometido (a ello se debió la facilidad con que la izquierda conquistó posiciones en el mundo periodístico y publicitario). Hacia el verano de 1947 había cerca de 6 millones de obreros sindicados, y alrededor de la mitad de ellos estaban afiliados a una de las dos federaciones principales, la Sodomei (la federación más importante de la derecha) o la Sanbetsu Kaigi (controlada en gran parte por el Partido comunista Japonés), cuya creación era bastante reciente, es decir, en agosto de 1946. Hay varios puntos que deben ser comentados:

I a. Casi todos los sindicatos se formaron de acuerdo con las normas de las empresas, y los resultados fueron muy precarios: hubo muy poca coordinación entre los sindicatos de las diferentes empresas, o entre los distintos sectores (los sindicatos de obreros de un sector determinado han resultado virtualmente imposibles de organizar —a excepción de los marineros y los

²¹ El «control de la producción» se había empleado también antes de la guerra; el primer ejemplo fue en 1921, cuando 35,000 obreros se apoderaron de los astilleros de Mitsubishi y los administraron durante 45 días.

obreros textiles— de ahí que la afiliación a una federación central haya sido frecuentemente el único contacto político de un sindicato).

1 b. Casi todos los sindicatos incluían trabajadores de cuello y corbata y otros que vestían camisas de trabajo (como sucede todavía): esto se solidificó durante el período inmediatamente posterior a la guerra, cuando los trabajadores de ambas clases trabajaron juntos por asegurar el «control de la producción».

2. A causa de la naturaleza del sistema salarial japonés y la carencia de procedimientos normalizados, las federaciones no han podido tomar parte en casi ninguna de las negociaciones contractuales (y su poder está realmente declinando en la actualidad). De este modo, la colosal explosión de la militancia de la clase obrera, aunque hizo erupción varias veces en distintos frentes después de la guerra, jamás se concentró en una fuerza compacta.

3. Uno de los principales motivos de esto fue el sentimiento anticomunista, principalmente entre los dirigentes de la preguerra, que aún subsistían en la Sodomei; la colaboración de ésta con la Sanbetsu Kaigise se utilizó en dos oportunidades como pretexto para tratar de controlar la organización Sanbetsu (el comité de lucha conjunta establecido en el otoño de 1946 y en Zenroren, en marzo de 1947 después del fracaso del proyecto de huelga general). Huelga decir que el anticomunismo de la Sodomei tuvo el apoyo decidido de la SCAP.

4. Después de estimular el movimiento sindical, la SCAP no tardó en darse cuenta de que había provocado algo que sobrepasaba lo que a ella le convenía; la decisión de MacArthur sobre la proscripción de la huelga general programada para febrero de 1947, marca el punto de viraje de la política norteamericana; a partir de entonces dicha política tuvo por objeto tratar de destruir la fuerza izquierdista en los sindicatos, particularmente la fuerza del PCJ. La Sohyo fue concebida originalmente con este propósito. Lo que cuenta en este caso es que el movimiento sindical que existe actualmente en el Japón se desarrolló teniendo muy en cuenta la presencia norteamericana. El movimiento, que no era antiyanqui al principio, se convirtió, bajo la presión de los acontecimientos, en una política militante contraria a los norteamericanos. Cuando los comunistas tuvieron que ir a la clandestinidad, la Sohyo mantuvo su posición antimperialista. Las circunstancias en que surgieron los sindicatos de la postguerra han influido

sobre el movimiento obrero en dos sentidos complementarios. Por una parte, el movimiento está sumamente alerta sobre los acontecimientos extranjeros: —es el único de los existentes en los grandes países capitalistas que ha sido capaz de escenificar una huelga general en favor de Viet Nam. Por otra parte, su imbricación con los Estados Unidos, desde el principio, le ha dado plena conciencia de la conexión indisoluble que hay entre la situación de la clase obrera japonesa y el compromiso del Japón con Estados Unidos; ya en 1951 la Sohyo desarrolló un programa en que atacaba las pésimas condiciones de trabajo de los empleados de las empresas e instalaciones norteamericanas, al mismo tiempo que recalca que la economía en general dependía demasiado de bases extranjeras. La comprensión de la magnitud del imperialismo es la característica más destacada de la izquierda japonesa: el Japón es el único país capitalista que encierra un movimiento de masas realmente antimperialista.

C) El nacionalismo. Este influye en las actitudes políticas desde sus mismas raíces. No hay nada que decir en cuanto a lo que es en sí el nacionalismo, pero en un contexto en que el imperialismo es, si no el enemigo número uno a secas, por lo menos el enemigo número uno externo, el nacionalismo tiene aspectos positivos bien definidos. El degaullismo es el fenómeno que más se le parece en Europa, pero el nacionalismo japonés es más resistente, más complejo, y está más profundamente arraigado. Detrás de este nacionalismo hay ciertos factores generales. Uno es el aislamiento del Japón. Son pocos los japoneses que dominan perfectamente un idioma extranjero; hasta hace poco ninguno de ellos había estado en el extranjero, a excepción de los que estuvieron en su calidad de miembros del ejército; aún en la actualidad se hace difícil un viaje fuera del país —Hong Kong y Manila están a 1500 millas de Tokio. Culturalmente, el único país con el cual el Japón tiene afinidad es la China y éste es un nexo que sigue siendo fuerte hoy por hoy, aunque no se refleje en las «encuestas de opinión pública» por el estilo de las de occidente.²² Para las sensibilidades japonesas fue un detestable choque cultural el de la experiencia de la ocupación yanqui, por la cual no sienten, por cierto, nostalgia alguna. La constante presencia de los norteamericanos en el Japón está identificada en gran parte con las bases militares, rechazadas de por sí en

²² Para una diáfana exposición de la situación que rebate completamente la posición sostenida por la mayoría de los comentaristas anglosajones, véase, de L. Vandermeersch, «Les relations sino-japonaises», en *Esprit* (diciembre de 1966).

cualesquiera circunstancias, pero particularmente cuando están dirigidas contra países que no son en modo alguno «enemigos» del Japón. El proceso realmente formidable del comunismo en la China, Corea, Viet Nam y Mongolia es algo que se reconoce ampliamente en el Japón. El nacionalismo ha tenido importancia en todos los sectores y en diversas ocasiones: en la política en general (especialmente el «curso adverso» y el gobierno de Hatoyama),²³ en la política económica (el proteccionismo por parte de los negocios y la banca), militarmente (hay un poderoso grupo militar que quisiera actuar con independencia y sin cortapisas) e ideológicamente (en un sentido reaccionario, como quedó evidenciado en el «curso adverso» de la educación).

El capitalismo japonés

El capitalismo japonés es una combinación híbrida de ultramodernismo y atraso feudal. Se ha desarrollado en un medio social y cultural muy diferente de todo lo que existe en los estados capitalistas del Atlántico. En *The Risen Sun*, Macrae expone siete puntos que considera fundamentales para el éxito japonés: libre empresa planificada («el mejor sistema de dirección que existe hoy en el mundo»), educación excelente, inversión muy elevada, mayor impulso del desarrollo, el sistema bancario, las leyes de los grupos y, finalmente, la burocracia japonesa. Ninguno de estos puntos —ni siquiera la inversión elevada— puede ser abstraído del

²³ Hatoyama fue primer ministro desde fines de 1954 hasta fines de 1956. Inicialmente fue elegido para ocupar el poder por una coalición heterogénea que se formó para combatir a Yoshida, y que incluía a los socialistas de izquierda y a los de derecha, con la esperanza de que disolviera la Dieta. Hatoyama representó la última gran arremetida de los políticos «puramente» de partido contra los burócratas, pero también representó a los que se consideraban postergados por la dictadura de Yoshida, los depurados, los políticos locales, los antiyanquis. Además, Yoshida había quebrantado una regla fundamental al negarse a reponer a Hatoyama en el cargo de primer ministro cuando fue depurado: esto causó resentimiento, particularmente entre los hombres del partido. Yoshida fue eliminado cuando intervino ilegalmente para impedir que el fiscal arrestara a Sato, secretario general del partido, y acusado de soborno. Hatoyama se decidió a restablecer las relaciones con la URSS; se había empeñado en obtener la libertad de los prisioneros de guerra japoneses y necesitaba el apoyo soviético para ingresar en las Naciones Unidas. Se dio a conocer por su posición en favor de la salida de todas las tropas extranjeras y el establecimiento de un ejército independiente; a ese efecto dirigió un memorándum a Dulles, que fue ampliamente conocido. Pero su faceta positiva del antagonismo hacia Estados Unidos tuvo un corolario negativo en el resurgimiento del militarismo y las duras medidas internas. El principal de los motivos (aparte de la salud) que derribaron a Hatoyama, fue su obstinada tentativa de machacar en una reforma del sistema electoral por distritos, que ahora está tratando de repetir el gobierno de Sato.

medio general: todos son partes constitutivas de un sistema coherente que existe como conjunto. El desarrollo reciente del Japón no puede ser aislado de las relaciones específicas entre los negocios y el aparato estatal por un lado, y la posición subordinada en que se mantiene la clase obrera, por el otro.

A) Antecedentes sociales. La organización originaria del capitalismo japonés refleja el intento de conciliar dos objetivos específicos: resultar «aceptable» para occidente (estableciendo instituciones de tipo occidental, poniendo fachadas occidentales a los edificios importantes, etc.) y, al mismo tiempo no chocar culturalmente con ninguna parte de la población— o sea, evitar toda contradicción. Un índice del clima ideológico de Japón lo ofrece el hecho que los negocios intentaron presentarse como «feudales» y familiares para encubrir su carácter advenedizo. El éxito que obtuvieron de esta manera dependió de dos factores: aparte del juego de manos ideológico: el mantenimiento de un control absoluto sobre toda la existencia de sus empleados; el resultado final de ello es que no hay seguridad alguna fuera de la «familia» a que pertenece el trabajador. Mas para asegurar la eficacia del sistema, era importante precisamente que el Estado no ofreciera ninguna otra seguridad: medidas tales como seguro contra el desempleo, subsidio estatal para las viviendas, etc, habrían echado a perder el dominio de las empresas sobre sus empleados. Así el control paternalista que en el Japón ejercen los patronos sobre las vidas de sus trabajadores, va acompañado de relaciones especiales entre el Estado y las esferas de influencia de los negocios privados en cuestiones sociales, que hacen extremadamente difícil para la clase obrera obtener beneficios provenientes de una autoridad que no sea su patrono. El segundo factor importante es que el sistema paternal divide a la clase obrera entre los que pertenecen a una familia y los que no pertenecen a ninguna: ésta es una división que ha tenido hasta hace poco el asentimiento de los sindicatos (por razones de autodefensa). Esto ha hecho imposible lograr unidad de clase sobre la base del anticapitalismo. Por añadidura, el hecho de que el Estado haya permanecido ausente de las esferas de actividad social ha contribuido a la dificultad de obtener la acción unida en las cuestiones sociales. De este modo, el efecto principal del sistema particular del Japón ha sido fragmentar a la clase obrera que, por ende, ha sido explotada más despiadadamente.

B) El capitalismo y el Estado. Antes de mirar las repercusiones de este estado de cosas en términos políticos de partido, hay que considerar un poco las relaciones entre los negocios privados y el Estado. Algunos comentaristas occidentales de todos los matices han separado acertadamente estas relaciones como un factor fundamental del reciente crecimiento económico del Japón. Pero tienen varios aspectos: el control burocrático sobre la planificación, el movimiento del personal burocrático hacia los partidos políticos, el control burocrático sobre ciertas zonas de la vida política que en otros países capitalistas están un poco más al aire libre. Este último aspecto es particularmente importante en el campo financiero, en el cual los accionistas (como sucede en Italia) no poseen más que un reducido tanto por ciento del capital de la empresa (del 20 al 30%), y la industria depende principalmente de préstamos bancarios rígidamente controlados por el Banco del Japón, que es capaz de lanzar fondos rápida e implacablemente en la dirección que se desee. La intervención del gobierno en la economía es mucho más diligente y el mismo tiempo más secreta. El engorroso método occidental de depender de medidas fiscales que tienen que ser trabajosamente manipuladas en parlamentos o congresos son sustituidas en el Japón por medidas monetarias por las cuales la burocracia se comunica directamente con los negocios, prescindiendo por completo del frente político.

Así, hay dos sentidos específicos en los cuales el sistema japonés difiere claramente de los que existen en occidente, y es, por lo tanto, menos vulnerable. En primer lugar el Estado se abstiene de asumir responsabilidades por la seguridad de grandes masas de la población, que se ven por ello obligadas a asumir una actitud de autoprotección, influida por la opresiva atmósfera ideológica, que hace extremadamente difícil todo enfoque verdaderamente colectivo. En segundo lugar, las capas dominantes han tenido más oportunidad que las capas oprimidas de la sociedad para explotar su combinación de métodos tradicionales (sistema paternalista en los negocios acompañado de burocracia) con instituciones «democráticas» importadas parlamento etc.: en el Japón es mucho más lo que se abstrae del dominio público que en los países capitalistas de occidente. El parlamento tiene aún más de fachada (sin raíces en las tradiciones del país) que en occidente.

C) Los partidos políticos. Japón es uno de los muchos países en que los partidos políticos no han prosperado. En la actualidad hay en el Japón

solamente dos partidos políticos con organizaciones realmente poderosas: el Partido comunista y el Komeito (instrumento político del Soka Gakkai). A falta de partidos fuertes (la fuerza organizativa del PCJ es reciente —a excepción de un breve período inmediatamente posterior a la guerra), los sindicatos han desempeñado en la izquierda, desde hace mucho tiempo, un importante papel político, pero su ineficacia es algo que reconocen por igual los partidos comunista y socialista. Dada la estructura de la sociedad japonesa, se puede asegurar enfáticamente que es imprescindible la sólida organización de la izquierda (ya sea en un partido o en más de uno) para hacer frente en cualquier nivel a la situación actual. Nos parece, por tanto, que vale la pena observar brevemente (y eclécticamente) la situación de los diversos partidos, que son, en todo caso, las instituciones por medio de las cuales se filtra al resto del mundo una gran parte de la política japonesa. Comprenderlas un poco es, tal vez, el medio más rápido de comprender lo que de otro modo puede parecer que es sencillamente una maraña.

1) **El partido liberal-demócrata.** Los dos partidos conservadores que surgieron a fines de la guerra fueron continuaciones directas de organizaciones anteriores a la misma: el Jiyuto (partido liberal) fue descendiente del Seiyukai, y el Shimpoto (partido progresista), que después se haría el Minshuto (partido demócrata) provino del Minseito de antes de la guerra. El Shimpoto fue al principio el mayor, con gran ventaja, de los dos que había en la Dieta, pero la purga de 1946 eliminó 256 de sus 288 miembros. La abrumadora presencia de los norteamericanos y la desacreditada situación general de los políticos «derechistas» se combinaron para producir una situación en que las facciones y el caudillismo predominaban sobre los programas definidos. Puesto que MacArthur se limitó a decretar programas, y los negocios en forma de zaibatsu fueron decayendo, los partidos conservadores necesitaron algún tiempo para reafirmarse. Su evolución desde 1945 hasta 1955 se caracteriza por constantes divisiones y fusiones, indicadoras de la confusión de aquellos tiempos, y por el predominio de la facción sobre la política.

El PDL fue creado en 1955 mediante la fusión de los liberales (encabezados por Yoshida) y los demócratas (dirigidos por Hatoyama) —algo así como un tiro a quemarropa precipitado por la formación del Partido Socialista Unido en octubre de ese mismo año. Pero la fusión no pudo

eliminar las facciones atrincheradas dentro de las dos alas del partido. Las facciones son un reflejo de su naturaleza caudillista y, al mismo tiempo, un aparato para amortiguar el problema de aplicar una ética de consenso en tiempos más modernos. Actualmente hay nueve facciones identificables en el PLD. La vigilancia de las facciones es la tarea principal de los comentaristas políticos del Japón. Los diarios y revistas informan ampliamente sobre las fuerzas relativas de las diferentes facciones que hay en las dos cámaras de la Dieta, las diversas comisiones, el aparato central, etc. Para la mayoría de los japoneses, las facciones, más que partidos, son el verdadero material de la política. La lucha faccionaria está regida por reglas estrictas y formales que tienen una inmensa complejidad. Todo el PLD está plagado de compromisos, deudas y obligaciones subterráneas que tienen que ser representadas de acuerdo con el ritual. Esta es una razón por la cual se hace difícil a menudo descubrir el cambio de política por medio de la composición del gobierno. Un gobierno del PLD tiene tanto de creación de la lucha faccionaria (que tiene vida propia) como expresión de la política de la capa dominante. De este modo es posible lograr un cambio por un gabinete más conservador en un momento en que la política del gobierno está haciéndose más liberal. Esto lo facilita la división del poder entre el gabinete y la burocracia. La lucha faccionaria es la razón principal que tiene un primer ministro para cambiar su gabinete por lo menos una vez al año y la brevedad de la permanencia de la mayoría de los ministros incrementa la función de los funcionarios permanentes (subsecretarios, etc.) y particularmente los que dependen directamente del departamento del primer ministro, que bajo el régimen de Yoshida ascendieron vertiginosamente a 165,000.

El logro principal del PLD ha sido atenuar las contradicciones sociales y mantener unida una coalición de clases heterogéneas a lo largo de un período de enorme cambio social —cambio considerablemente mayor (tanto en el nivel de vida como en el grado de urbanización) que en ningún país europeo, incluso Italia (y ha tenido más éxito que el DC en el mantenimiento del control exclusivo). El principal problema político que afronta el PLD es el de todos los partidos conservadores: cómo conciliar los intereses de las fuerzas sociales que **representa** con los de las fuerzas sociales que **lo apoyan**. Además, la industrialización y modernización han amenazado la base social del partido al reducir numéricamente a dos sectores: los agricultores, que siempre constituyen un

grupo conservador y corrientemente inclinado a votar por los jefes locales; y las empresas pequeñas y medianas. Estas son todavía un baluarte del conservadorismo, pero los patronos y muchos de los obreros de este sector, han ido ingresando, en número cada vez mayor, en el Komeito; como el Japón va eliminando gradualmente todo este sector arcaico, esta capa está condenada a la extinción —y parece que el PLD no tendrá grandes dificultades para soportar su pérdida, tanto en el orden electoral como en el social. Las dos contradicciones principales que por ahora se enfrentan al partido son la liberalización y China.

Una de las grandes ventajas de la política económica nacionalista fue que al no permitir que entrase en el Japón el capital extranjero, dio a los bancos japoneses el control exclusivo sobre los préstamos —durante un período en que el dinero tenía gran demanda. Las tasas de interés eran elevadas, y los bancos se beneficiaron con el proteccionismo tanto como los negocios. Los negocios en general están bastante confiados como para aceptar los grandes cortes de Kennedy, y, en realidad, ven con buenos ojos la liberalización, que llega en un momento muy oportuno. Pero puede que los bancos no sean tan entusiastas.²⁴

China no es tanto una contradicción en el seno del partido como una causa de tensión. China no es solamente el origen de la cultura japonesa, es, además, un buen negocio. Por el momento, el Japón parece estar dividido en algo así como una proporción de siete a cuatro en contra del reconocimiento de China, y la diferencia es bastante notable. El exprimer ministro Fujiyama reveló en el otoño pasado que sobre el particular había habido una división de opiniones en el gabinete, y éste es el primer caso que se conoce en que alguien haya revelado en público una división de ese tipo (considerada como un golpe demoledor para la lealtad de los grupos).

En el seno del PLD hay diferencias políticas de carácter secundario, pero el espacio de que disponemos no nos permite esbozarlas siquiera, puesto que no están concentradas en una sola facción: Ishida, Fujiyama, Miyazawa, Matsumuray Utsonomiya, que representan los puntos de vista más avanzados (en algunos aspectos), están todos en facciones diferentes.

²⁴ La contrapartida de la protección doméstica para los bancos ha sido que el Japón ha mantenido consecuentemente sus reservas de divisas extranjeras en la forma más ventajosa para los Estados Unidos: como depósitos en bancos norteamericanos y como tenencias de valores del tesoro estadounidense. También se ha abstenido de comprar oro (que asciende a menos del 15% del total de las reservas oficiales).

En resumen, las facciones desempeñan un importantísimo papel mistificador. En tiempos de crisis se puede hacer con ellas ciertos juegos malabares para dar la impresión que se produce un cambio. Se puede eliminar un ministro o sector oficial que estorbe sin que ello afecte la imagen general del partido. El PLD ha sobrevivido impunemente a toda una serie de tremendos escándalos. El partido ha logrado el poder inmediatamente después que las encuestas de la opinión pública lo habían situado en lo más bajo de las posibilidades electorales. El capitalismo ha desarrollado una eficiente máquina política que ha sobrevivido a través de un período de inmenso cataclismo social.

Sato Eisaku, el primer ministro actual, representa trágicamente la dirección política conservadora de Japón: burócrata, corrompido, «insincero» (una categoría política fundamental en Japón). La experiencia organizativa en los ferrocarriles (parcialmente en Manchuria) y la influencia de un hermano, Kishi Nobusuke (que estuvo en el gabinete de Tojo), fueron los factores que hicieron posible la meteórica carrera política de Sato después de la guerra, carrera que parecía haber llegado a un callejón sin salida cuando se le descubrió que había aceptado un soborno de 20,000 libras esterlinas. Yoshida impidió, de un modo ilegal y chapucero, el arresto de Sato, lo que contribuyó a la caída del gobierno (Sato era entonces secretario general del partido), pero hizo que Sato fuese olvidado temporalmente, aunque, como lo expone caritativamente el **Time**, «Sato sostiene hasta hoy que el dinero fue una aportación política, y que él meramente dejó de registrarlos de acuerdo con la ley». Actuó detrás de los bastidores mientras su hermano fue primer ministro, pero volvió al gabinete en 1960, cuando triunfó Ikeda. La hábil manipulación de las facciones y la consiguiente solidez de una base burocrática le permitieron llegar al puesto de primer ministro en 1964, cuando Ikeda tuvo que retirarse. Desde entonces Sato ha parecido estar sólidamente ubicado en el poder, a despecho de una ola de escándalos en 1966 (el período de la «niebla negra»), una grave elevación del costo de la vida y las oposiciones periódicas dentro del partido. El 26% que lo apoyaba, según las encuestas antes de las últimas elecciones generales, se trasformó como por arte de magia en un 57% de toda la votación en favor del partido, y los dos ministros corrompidos que él se había visto obligado a repudiar antes de las elecciones, fueron electos como «independientes».

2) El Komeito. Este es el instrumento político del Soka Gakkai, una de las sectas budistas «populares» que tiene militancia. En occidente no ha habido reparos para tildar de «fascista» al Soka Gakkai. Por lo que respecta a su composición social, los dos grupos principales de que depende son obreros y pequeños comerciantes. Habiendo comenzado en el campo, como casi todas las nuevas religiones, ya se ha movido decisivamente hacia las ciudades (uno de los medios primordiales de que se ha valido para ganar apoyo es la oferta de asistencia a los nuevos inmigrantes que proceden de las áreas rurales). Su éxito es, de por sí, un reflejo de la situación de Japón y los grandísimos defectos que tiene la sociedad: su negligencia en la provisión de viviendas adecuadas, los abrumadores problemas de la salubridad urbana²⁵ y la situación de opresión en que viven las mujeres. Combinando las predicaciones de resurrección con un fuerte celo poujadista, el Soka Gakkai y el Komeiko se han metido de verdad en el sistema social y político, muchos japoneses tienden a exasperarlo e ignorarlo, pero para un extranjero, se trata de un fenómeno sumamente interesante, que eminentemente ha sido capaz de triunfar porque ha ofrecido alguna compensación a ciertos grupos, particularmente a las amas de casa, cuya miserable existencia en casuchas de madera rodeadas de desagües pestilentes, excluidas de toda participación social por la opresión masculina, ha recibido por fin el aliento de algo. Es difícil apreciar el equilibrio que a la larga existirá entre la faceta conservadora y la «progresista» del movimiento: es evidente que el elemento poujadista del MRA predomina por ahora, y es de suponer que aumente más aún a medida que se vaya acentuando la opresión sobre los pequeños comerciantes y empresarios; en estos momentos la dirección es decididamente conservadora y mística.²⁶ Por el otro lado existe el gran

²⁵ Las estadísticas oficiales expresan que solamente el 70% del alcantarillado de Tokio ha sido depurado «científicamente». Pese a la escrupulosa limpieza personal, la inmensa cantidad de canales malolientes que hay en Tokio y otras ciudades no puede dejar de ser un gran peligro para la salud. Las familias que tienen baños con agua corriente no llegan al 5% del total, compárese con el 92% que hay en Gran Bretaña y el 89% en Estados Unidos.

²⁶ El cociente puramente religioso es elevado. Al principio, ello se manifestó esencialmente en la curación por fe (que tuvo la ayuda del pésimo estado de los servicios de salubridad). La oferta de curaciones milagrosas en los casos de silicosis fue lo que más contribuyó a que el Soka Gakkai progresara tanto entre los obreros de las minas de carbón de Hokkaido —decididamente absurdo, pero el éxito de la religión sólo estuvo en proporción al grado de miseria de la situación de los mineros. El Soka Gakkai ha logrado convencer a sus adeptos de que los aumentos de salario que han obtenido se lo deben a sus creencias religiosas. Esta forma de creencia no

apoyo de la clase obrera (principalmente de la pequeña industria), y en algunas cuestiones, donde es la tradición lo que cuenta, el Komeito tiene una posición objetivamente progresista; por ejemplo, defiende activamente el reconocimiento de China y es pasablemente antiyanqui, especialmente en el frente cultural. En la Dieta y en los consejos locales suele alinearse con el PLD pero, al mismo tiempo, parece estar dispuesta a trabajar tácticamente con la izquierda, si es que en ello puede ver alguna ventaja. Proclama que quiere una sociedad sin clases²⁷ y asegura que lo primero que hay que hacer para obtenerla es acabar con la corrupción (de ahí Komeito, partido del gobierno limpio).

3) **El Partido comunista japonés.** El PCJ ha tenido una accidentada vida política después de la guerra. Durante el primer período, que llegó hasta 1950, el partido siguió una línea de intensa actividad en los sindicatos, con una postura moderada frente al imperialismo. Hubo una confusión general en toda la izquierda en cuanto al modo de valorar la presencia norteamericana. Al principio fue aceptada como objetivamente beneficiosa: a su regreso del exilio en China, en 1946, Nozaka Sanzo saludó a MacArthur como un «libertador». Pero mantuvo esta posición cuando ya Estados Unidos había dejado de representar su papel original de libertador, y, en enero de 1950, el Cominform publicó una crítica oficial de Nozaka y la política del «partido».²⁸ La discusión que se produjo

²⁷ Esto se refleja en el tratamiento dado al movimiento sindical del período inmediatamente posterior a la guerra por Ikeda Daisaku, actual líder del Soka Gakkai en *The Human Revolution*, Tokio, 1966 (en inglés). Ikeda es una figura un tanto descolorida (de ahí el énfasis en la dirección colectiva) que sucedió a Toda Josei cuando éste falleció en 1958. Toda creó después de la guerra el movimiento que salió prácticamente de la nada, y planeó meticulosamente la campaña política del movimiento, hasta llegar al número exacto de candidatos que habría de presentar en la próxima serie de elecciones celebradas antes de su muerte. Su voz, grabada en cintas magnetofónicas, se emplea todavía para arengar a los creyentes.

²⁸ Nozaka se había dado a conocer por sus declaraciones de que existía la posibilidad de una revolución aun bajo la ocupación norteamericana. El PCJ trató de parecer indiferente ante la crítica del Cominform hasta que el Renmin Ribao intervino con una crítica de su «defensa». Aunque la crítica que el Cominform hizo a Nozaka fue por su derechismo, fue la izquierda del PCJ la que más rotundamente se negó a aceptar la crítica. El incidente revela, tanto la tradición de «coexistencia» doméstica en el PCJ, como su estrecha relación con el partido chino.

tiene nada de extraordinario; el profesor Sakisaka dijo al autor de este trabajo, tal vez entre veras y bromas, que «en el Japón se cree generalmente que los salarios son una donación caritativa que hace el emperador».

dentro del partido sobre esta cuestión no tuvo tiempo para desarrollarse plenamente antes del comienzo de la guerra coreana, cuando el partido tuvo que ir a la clandestinidad. Durante el período de clandestinidad, la política oficial enunciada por la facción principal, encabezada por Tokuda, fue una política de oposición militante al imperialismo norteamericano, incluyendo la lucha guerrillera en el propio Japón. Cuando el partido resurgió en 1955, hubo una reconciliación general entre las diversas facciones, en la cual Nozaka y Miyamoto aparecían en las posiciones determinantes (Tokuda había muerto en el exilio, en China). La política de Tokuda fue eliminada. En la VII Convención Nacional, celebrada en julio de 1958, hubo una discusión exhaustiva acerca de los temas esenciales que la afectaban. El proyecto de plataforma presentado por el partido, que describía al Japón como un país «dominado por el capital monopolista japonés» y, por ende, «subordinado al imperialismo norteamericano», no fue aprobado en la convención. El proyecto, en concordancia con su análisis, proclamaba una «revolución en dos etapas, contra dos enemigos»: una revolución democrática del pueblo para derribar al capital monopolista. Proclamaba que, de los dos enemigos, el imperialismo era el número uno: éste fue el punto más criticado, que el proyecto ponía demasiado énfasis en la servidumbre de Japón (se le describía como un país semiocupado). Uno de los opositores del proyecto, Nakanishi, insistió en que el Japón debía ser definido como «un país subordinado, controlado por el capital monopolista japonés», y que «la inminente revolución, en vez de ser una lucha por la liberación nacional, será sobre todo una lucha contra el capitalismo monopolista». Durante el curso de esta discusión fue cuando se enfocaron por primera vez en Japón las ideas de «reforma estructural», que posteriormente habría de ejercer gran influencia sobre el PSJ. La discusión iniciada en la VII Convención terminó en la VIII Convención, tres años más tarde, cuando el partido se puso de acuerdo unánimemente para una plataforma de «dos enemigos, dos etapas»: pero esto no fue sino después de los trastornos de 1960 y el movimiento de masas contra el acuerdo de seguridad enmendado, durante el cual el PCJ perdió terreno y prestigio considerables. (El movimiento de Zengakuren se caracterizó por su hospitalidad al PCJ). Los desacuerdos sobre la táctica condujeron a la expulsión de varios grupos, en tanto que otros renunciaron. En relación con los acontecimientos del movimiento internacional, la convención

del partido en 1961 colocó a éste claramente en el sector «prochino».²⁹ Pero en esta postura hay dos facetas importantes: en primer lugar está la prolongada conexión histórica entre Japón y China en general, que se concretó en relaciones personales sumamente íntimas entre muchos comunistas japoneses y los dirigentes chinos durante dos períodos de exilio (hasta 1945 y, luego, de 1950 a 1955). No hay historia alguna de relaciones íntimas con la URSS a ningún nivel. En segundo lugar, es imposible comprender en modo alguno los planes del PCJ estudiando simplemente su alineamiento internacional; como movimiento existente en semejante aislamiento, es natural que el partido haya buscado conexiones en el extranjero que fortalecieran su posición, pero éstos deben ser consideradas sobre la base de su política interna y es ahora su política interna lo que lo hace una fuerza poderosa en la vida del país.

Hay un sentido en el cual el PCJ ha conquistado un logro importantísimo: ha construido un partido estructurado, con una verdadera organización. Ahora tiene alrededor de 225,000 miembros, por lo menos cuatro veces más que el PSJ, que electoralmente es unas seis veces mayor que el PCJ. Además, la composición y los objetivos del partido lo caracterizan definitivamente: es en gran medida un partido proletario, con su mayor fuerza organizativa entre los obreros eventuales y no sindicalizados; está empeñado en el primer intento sistemático que haya hecho organización alguna de romper la barrera que hasta ahora ha dividido a la clase obrera japonesa.³⁰ Como se verá, la composición sociológica y laboral del PSJ (y mucho más del PDS) es tal, que fomenta

²⁹ La separación oficial del PCJ respecto de China en 1966 no tuvo efecto alguno sobre la política interior del partido —hecho que revela el carácter «artificial» de un enlace a fondo entre movimientos que operan en condiciones tan diferentes. La separación no tiene nada que ver con el supuesto disgusto de Japón ante la Revolución cultural, como se ha alegado en la prensa occidental. Los desacuerdos sobre Viet Nam y sobre la estrategia dentro de Japón fueron, por cierto, factores más importantes. Las simpatías del proletariado japonés están definitiva y grandemente con China. Lo cierto es que no ha aumentado la inclinación del partido hacia Moscú. La seguridad en sí mismo es sencillamente un reconocimiento de que en las circunstancias actuales es muy poco lo que hay que ganar mediante la estrecha identificación con otro país. Parece que éste es el razonamiento que respalda a la política similar de Corea del Norte, en cuyo interior tampoco ha habido cambios políticos después que se reunieron los partidos coreano y japonés en marzo 1966.

³⁰ Las enormes dificultades objetivas que se presentan al tratar de salir de este atolladero han hecho que el PCJ sea cauteloso y a veces indeciso en cuanto a arriesgar el fruto de su trabajo en una actividad precipitada —de ahí, por ejemplo, su negativa a apoyar una importante huelga proyectada en abril de 1964, una decisión que no fue acogida favorablemente por toda la izquierda.

planes que tienden a ser conservadores (proteccionistas) o encaminados a los objetivos de grupos que no se pueden identificar con las masas del proletariado. Aunque los sectores que el PCJ está tratando de movilizar actualmente no tienen una posición determinante en el proceso productivo, su movilización y unificación con otras fuerzas ya organizadas dentro de PSJ y el Sohyo es un requisito imprescindible para cualquier avance real en el frente industrial. Este es sin duda, el mayor logro del PCJ —y su fuerza organizativa ha estado creciendo constante y absolutamente a pesar de sus dificultades en cuestiones internacionales.

4) **El Partido demócrata socialista.** En diferentes etapas, el sector que se puede describir como «social demócrata» se ha organizado dentro del PSJ o, como ahora (desde 1959), como un partido independiente. De todos los partidos japoneses es el más «artificial» y, al mismo tiempo, el más personalista (su existencia depende de Nishio y está expuesta a desaparecer cuando desaparezca él). Carece virtualmente de organización. Sus programas son importados de Gran Bretaña, Suecia y otros países europeos, y tienen poca relación con la situación japonesa. Simpatiza abiertamente con occidente y tiene una posición comprometida y comprometedor sobre China, Viet Nam, etc. Alega que todas sus diferencias básicas con el PSJ son relativas a la política exterior, pero ha sido un aliado leal del PLD en cuestiones locales. Su estrecha relación con el Domei es lo que parece no haberle permitido desarrollar la fuerza suficiente para convertirse en partido.

5) **El Partido socialista japonés.** La desacreditada situación del capitalismo (tal como lo representan los zaibatsu) y las fuerte presión por una reforma general en el caos de la postguerra, colocaron a los partidos de la izquierda en una posición ventajosa. Al cabo de un año de estar gobernando Yoshida, en las elecciones de 1947, el Partido socialista resultó el mayor de todos los partidos de la lista computados aisladamente. Bajo el régimen de Katayama Tetsu se formó un gobierno de coalición. Este experimento habría de resultar desastroso. Las divisiones dentro del partido y las concesiones hechas a otros partidos hicieron que los socialistas de izquierda quedasen fuera del gobierno. Para empeorar las cosas, el experimento coincidió con una inclinación manifiestamente conservadora por parte de los norteamericanos. Los socialistas presidieron la inauguración de la legislación represiva, y como dicen Scalapino y Masumi, «ni una sola moción de legislación socialista fue promulgada

durante este período, y los socialistas sufrieron grandes derrotas». Al caer el gobierno de Katayama en marzo de 1948 (derribado por la desafección del ala izquierda del partido acerca del presupuesto), el error inicial se agravó severamente cuando algunos socialistas aceptaron puestos secundarios en el gabinete de Ashida, que era totalmente conservador.

A fines de 1948, los socialistas de la derecha, al igual que los de la izquierda, habían estado públicamente comprometidos con la reacción y con la ineficacia. Aunque el período de su gobierno fue más breve que el del Partido laborista en Gran Bretaña, sus logros fueron todavía peores.

En las elecciones siguientes (enero de 1949), descendieron de 143 a 48 sus escaños en la Cámara Baja. Y lo que es peor, el anticomunismo se había enconado, y las relaciones con los sindicatos y dentro de ellos se habían deteriorado. Esta experiencia negativa provocó controversias que duraron años. Fue un factor que contribuyó grandemente a la ulterior estabilidad del dominio conservador. La participación socialista en el gobierno terminó en un ignominioso escándalo de soborno que empezó con el arresto de Nishio y acabó por dar al traste con todo el gobierno de Ashida.

El partido, profundamente dividido, necesitó algún tiempo para recuperarse de este desastre, y hubo que esperar a que la situación política general se calmase con la salida de Yoshida en 1954 para poder acopiar el ímpetu que hacía falta para reunir las alas izquierda y derecha, que existían como organizaciones separadas. Esto no fue más que una solución sobre el papel, pues a fines de 1959 Nishio y una parte de la derecha se dieron a la tarea de fundar el PDS.

Aunque el PSJ obtiene regularmente más de 12 millones de votos en una elección general, los miembros del partido no pasan de 50,000. El Sohyo, con unos 4 500 000 miembros, es el verdadero baluarte organizativo del PSJ; y las relaciones entre el partido y la federación sindical han sido objeto de discusión permanente y abundante.

La exigüidad del partido desde el punto de vista organizativo es la causa de uno de sus mayores problemas: fuera del parlamento no se puede movilizar si no es mediante el Sohyo. Por otra parte, al igual que el PLD, está dividido en cinco facciones. El tercer problema es que su fortaleza en la Dieta, frecuentemente tiene poco que ver con el vigor de una facción en el aparato del partido o en el congreso. Y el cuarto es la tensión que existe entre los objetivos de los grupos interesados de

que depende el partido y los objetivos declarados de muchos de sus dirigentes.

Es imposible apreciar el cambio potencial del partido sin hacer alguna referencia a los complicados problemas de clases que tiene que afrontar.

En la actualidad el PSJ es un partido de la clase media, no del proletariado.³¹ La capa social de que deriva su mayor sostén es el sector de cuello y corbata (43%). Según las cifras del gobierno oficial, los dos grupos sociales (en la división normal entre cinco clases económicas) de los cuales el PSJ recibió el menor apoyo, fueron la clase superior (16%) y la clase inferior (17%).³²

Es indudable que hay que aprender muchas lecciones difíciles de Europa. El proletariado japonés sufre una fuerte explotación económica y, al mismo tiempo, está oprimido por la mistificación ideológica. A causa del sistema totalmente persuasivo a que está sometido, le es particularmente difícil tomar la ofensiva. Puesto que cada una de las muchas capas sociales completamente distintas en que está dividida la población mira sus propios intereses, todas están sumamente fraccionadas. La división de una gran parte de la producción (dos tercios de los obreros japoneses trabajan todavía en lo que se define como empresas pequeñas y medianas), la inseguridad relacionada con la urbanización y la estructura familiar introspectiva de la ocupación laboral, son factores que militan contra la unidad de las clases. Lo que el PSJ representa esencialmente por ahora es la capa más lúcida de la población, pero no organiza una coalición revolucionaria.³³

Dentro del propio partido el equilibrio de las fuerzas está en un perenne vaivén. Por ahora hay dos facciones que se destacan sobre las demás: la facción de Sasaki («corriente principal») y la facción de Eda («reforma estructural»), de las cuales se habla a menudo como «izquierda» y «dere-

³¹ Aunque esto es demasiado esquemático. Una encuesta de la opinión pública llevada a cabo en abril de este año puso de manifiesto que el 87% de todos los japoneses entrevistados se consideraban «de la clase media».

³² Véase, de Robert A. Scalapino y Junnosuke Masumi, *Parties and Politics in Contemporary Japan*, University of California Press, 1962, pág. 177.

³³ Este es, por supuesto, un problema que existe también en Europa. Quizás el modo más acertado de hablar sobre el Japón es decir que las capas de cuello y corbata ya están radicalizadas y el proletariado no está todavía organizado. ¿De qué depende la capacidad de una clase para influir en los acontecimientos: de su posición en el proceso productivo o del poder burocrático? En el Japón hay una tendencia a optar por lo último.

cha», respectivamente. Realmente es imposible categorizar estas facciones particulares en esos términos.³⁴ Sasaki representa, si es que representa algo, la antigua y tradicional posición «proteccionista»,³⁵ con todos sus puntos fuertes y todos sus puntos débiles, en tanto que el grupo de Eda tiene nuevas ideas, pero se ha aliado al ala derecha dentro del partido con el propósito de forzar a Sasaki a abandonar el poder.

La fuerza de las respectivas facciones en el partido es complicada por su dependencia del respaldo sindical. Puesto que los sindicatos no están integrados de un modo sistemático en la estructura del partido, existe la tendencia a ejercer presión de una manera informal. Sin embargo, como el 80% de los miembros del PSJ son también miembros de los sindicatos afiliados al Sohyo, y la mitad de los del PM proceden del Sohyo y todos sus candidatos dependen del apoyo del mismo, se hace evidente cuán alto es el grado en que la evolución del partido es influida por la opinión de los sindicatos. Hoy por hoy, la avalancha del Sohyo se inclina hacia la derecha, y puede que a la larga esto debilite a Sasaki y su facción de la corriente principal.

El principal de los factores que contribuyen al flujo hacia la derecha es la añeja cuestión de la búsqueda de unidad. La Damei Kaigi, la federación del PSJ (formada en 1962 por la fusión de la Zenro y la Sodomei) ha estado ganando terreno últimamente en muchas de las más nuevas industrias que se desarrollan. La Federación Internacional de Obreros Metalúrgicos, respaldada por Estados Unidos, inmediatamente después de aparecer en el escenario logró que se le afiliaran el Sohyo y el Domei. Exactamente como sucedió en el CGIL italiano en años recientes, la izquierda, deseosa de unidad, ha tenido que hacer concesiones para mantenerla, y en tales circunstancias es inevitable que la derecha obtenga ventajas —en este caso, «la eliminación del carácter político», la separación de los sindicatos respecto de los partidos y la exclusión de los comunistas. En favor de la facción de reforma estructural en el PSJ hay

³⁴ Aunque las otras tres facciones pueden ser situadas definitivamente en los extremos del campo político: las facciones de Wada y Kawakami en la derecha, la de Heiwa Doshikai (facción de la paz) en la izquierda, —ahora virtualmente coligada con el grupo de Sasaki.

³⁵ Por ejemplo, apoya a la pequeña burguesía contra los efectos de la «modernización»: el mismo tipo de política que siguieron Amendola y sus partidarios en el Partido comunista italiano.

que decir que es el grupo que ha pensado más seriamente en los problemas de la formación de una organización autónoma del PSJ.

Es evidente que PSJ tiene que evitar dejarse arrastrar a una posición transigente por el ala derecha del Sohyo. Uno de los puntos fuertes del partido ha radicado en que ha mantenido buenas relaciones con el PCJ.

Aunque los dos han respaldado organizaciones de paz separadas, han estado unidos en su antimperialismo. Ahora el PDS está ubicado claramente dentro de la órbita capitalista, y es esencial para el PSJ no alucinarse hasta el extremo de procurar la unidad con la derecha. La evolución de la sociedad en general (la urbanización, la estructura cambiante de la ocupación laboral en las industrias) no es una amenaza para el partido ni para sus planes de acción. En general, los votos de la izquierda han aumentado constantemente después de la guerra. A pesar del anticomunismo de los dirigentes del Sodomei de antes de la guerra, que se manifestó en los últimos años de la década del cuarenta, el PSJ se las ha arreglado para frustrar todos los intentos de desmovilizar a la izquierda y para evitar que la socialdemocracia obtenga el poderoso dominio organizativo e ideológico que tiene en Europa.

Perspectiva

Según las últimas predicciones de Herman Kahn, para fines de este siglo o principios del próximo el Japón sobrepasará a los Estados Unidos en producto nacional global per cápita. Marx habría sido la primera persona que se fijó en el Japón —un sistema capitalista racionalizado. Esta eficiencia depende sólidamente de la explotación. La diferencia entre la productividad media y el nivel de vida es la mayor que existe en todas las sociedades industriales, a excepción de Africa del Sur. Es indudable que el éxito del desarrollo ha paralizado la oposición política. Pero a despecho de los enormes esfuerzos por eliminar los antagonismos potenciales, la sociedad japonesa está todavía plagada de contradicciones pendientes de solución.

Estas contradicciones son, sobre todo, de carácter social. Y, sin embargo, éste es el aspecto más débil de los partidos de la izquierda. Pero con toda seguridad, éste es el campo donde con más facilidad se podría romper el carácter familiar y destruir la división cuidadosamente creada. Un extranjero se asombra ante el hecho de que la izquierda japonesa no le da

importancia a los nuevos problemas de la vida urbana. Las ciudades están perennemente envueltas en una densa capa de humo; los policías tienen que inhalar oxígeno puro después de andar media hora por las calles. En todas partes hay albañales abiertos y apestosos. El tránsito es criminal; en algunos cruces complicados se colocan cajas llenas de banderas amarillas —los peatones enarbolan estas banderas en un esfuerzo por cruzar la calle. El sistema de viviendas es pésimo —la tradicional casa japonesa es una construcción tropical y, por ende, no se presta para el riguroso invierno japonés. La situación de opresión en que viven las mujeres, la vida sexual en los burdeles y la implacable polarización del ritual y el comercialismo, crean un medio ambiente humano frecuentemente intolerable. Entrelazada con una ideología impregnada de pasividad y obediencia, hay una cultura fosilizada. La imagen idílica de que goza Japón en el extranjero no es más que puro folklore. En realidad, es una sociedad áspera y cruel, en la cual el desarrollo se construye sobre la explotación y la contradicción es acallada por la mistificación. No obstante, ha producido hechos sorprendentes: un explosivo movimiento sindical, movimientos radicales en la educación, tanto entre los maestros (el Nikkyoso) como entre los estudiantes (el Zengakuren), una intelectualidad inooclasta y un sólido antimperialismo.

Japón está capacitado para ser una potencia independiente en el mundo actual. Su tradición nacional milita en esta dirección. Como hemos visto, su desarrollo económico ha adoptado una forma que le permite actuar autónomamente. Durante el período de recuperación económica, el capitalismo japonés adoptó un enfoque cauteloso en su política exterior; ahora que el Japón vuelve a ser una sólida potencia económica, su diplomacia tiene inevitablemente que actuar con rapidez. Hoy nadie puede dudar de las posibilidades de la presencia japonesa. Desde Calcuta a Sajalín, y de Sajalín a Tasmania, el Japón está en el escenario —ya como un agente casi independiente en cuestiones económicas. La lógica de esto tiene que producir su efecto político. El futuro de la izquierda japonesa nos afectará a todos en definitiva.

REVOLUCION CIENTIFICA E IMPERIALISMO

J. P. VIGIER
G. WAYSAND

INTRODUCCION

El objeto de este informe, que es un trabajo colectivo, es el de analizar el fenómeno más importante de la infraestructura de este período: la revolución científica y su relación con el imperialismo.

Puede parecer paradójico unir el examen de los progresos científicos y técnicos con el de la naturaleza del imperialismo. Por una parte hay una explosión del saber que parece irresistible, por la otra, una inmensa explotación de la mayoría de la humanidad, que se traduce en millares de millones de dólares pero también en luchas cuyas asperezas se incrementan cada vez más. En realidad, el examen simultáneo de la revolución científica y del dominio imperialista es una paradoja sólo para los que se imaginan todavía que el desarrollo del conocimiento puede ser independiente de la estructura social en que tiene lugar y que por tanto el progreso científico se acompañaría automáticamente del progreso social.) A éstos, sin penetrar más profundamente en una polémica que debería desnudar una buena conciencia empapada del positivismo del siglo XIX, indicaremos simplemente que en la década que acaba de terminar hemos asistido a las primeras salidas del hombre al espacio mientras que se degradaba la situación material de los dos tercios de la humanidad. De hecho, si este trabajo asocia revolución científica e imperialismo es porque tenemos la convicción que en las últimas décadas, los progresos científicos y técnicos aportaron modificaciones importantes al proceso de producción, modificaciones que **explican** el funcionamiento actual del sistema imperialista. Es sin embargo, necesario que las fuerzas antime-

* Informe presentado por J. P. Vigier y G. Waysand ante el Congreso Cultural de La Habana, Enero de 1968.

rialistas tengan una visión clara de la situación y que sean examinados simultáneamente estos dos fenómenos: la revolución científica y el imperialismo, que están necesariamente relacionados.

Esta exposición comprenderá tres grandes partes:

- 1/ La revolución científica: lo que es, sus repercusiones sobre el proceso de producción.
- 2/ El funcionamiento actual de la dominación imperialista.
- 3/ La apreciación de las condiciones objetivas que determinan la estrategia de los movimientos socialistas.

Para mediar la extensión del fenómeno de la revolución científica y la técnica actual basta notar que desde hace 20 años:✓

- a/ El hombre se apoderó de una fuente de energía varios millones de veces más potente de la que disponía antes (carbón, petróleo), y de medios cualitativamente nuevos (electrónica), para trasmitirla y controlarla.
- b/ La velocidad «límite» de las maquinarias construidas por el hombre pasó de 700 a 300,000 k/h. La exploración del sistema solar es infinitamente más importante por sus consecuencias lejanas que la exploración del mundo por Colón, Cook, Magallanes.
- c/ Los progresos del sólido en física han mejorado en un factor 10 la «seguridad» (fiabilidad) del funcionamiento de los aparatos electrónicos (ejemplo, el descubrimiento del transistor), mientras que el tiempo de tratamiento por las máquinas de razonamientos lógicos (sistema binario, sistema del sí-no) pasó del milésimo a menos del milmillonésimo de segundo.
- d/ Asistimos a un extraordinario desarrollo de los medios de información que tienen lugar tanto en el plan de divulgación (nuevos medios, televisión mundial, etc.) como de sus soportes materiales. La cantidad de información transmisible sobre un solo soporte (laser) se multiplicó por mil. El físico japonés Yukawa, llegó hasta comparar la invención de la televisión con la de la imprenta por Gutenberg.
- e/ El número de científicos aumenta en un 7% al año en los países industrializados; es decir, que se duplica cada diez años

Este ritmo superior al de todas las otras categorías sociales tiende a incrementarse. Antes del fin de este siglo casi el 20% de la población de los países desarrollados estará compuesta de científicos lo que constituye un nivel posible de estabilización. Casi el 99% de los sabios de la humanidad se encontrará entonces en vida.

- f/ La potencia de los explosivos se multiplicó por más de 10 millones (pasó de la pólvora a la bomba H). El hombre detenta los medios de destruir el planeta donde nació.

En resumen, el progreso científico ha sido más importante en 40 años que en 40 siglos. Si trazamos un diagrama llevando en abscisas los milenios de la historia desconocida y en ordenadas las etapas del progreso técnico, obtendremos una curva de tipo exponencial; casi horizontal ante un período muy largo y casi vertical a mitad del siglo XX.

Se trata pues de una imagen ingenua, sin embargo, es aquí que detendremos esta descripción. Porque surge una pregunta: ¿qué es lo que motiva que hablemos de **revolución** científica? La respuesta no será dada por una comparación con la revolución industrial del siglo XIX. Lo que salta a primera vista es que esta primera revolución, resultaba de la aplicación de un número por fin limitado de resultados técnicos y científicos: período del carbón, período de la electricidad, período del petróleo. Es decir, que teníamos una serie de alzas sucesivas sin continuidad entre ellas aunque sus efectos sean acumulativos. A cada período sucedía un tiempo de adaptación y de estabilización relativa del nivel de las técnicas. Hoy, al contrario, las alzas científicas y tecnológicas, automatización, energía, química, se superponen y actúan las unas sobre las otras: la genética es ampliamente tributaria en la teoría de la información. En cuanto a lo que tenemos que seguir llamando el descubrimiento a la aplicación el plazo es ahora muy corto: 3 años para los circuitos integrados (1958-1961) contra los 50 años para el teléfono, en el siglo pasado. A este flujo constante de descubrimientos, hay que añadir también el hecho de que por primera vez las sociedades empiezan a poseer un dominio del proceso mismo del progreso científico, cuyo ritmo está determinado por las decisiones que se refieren a las inversiones científicas, técnicas, intelectuales, industriales. Este hecho en sí permite tener una primera aproximación a la importancia de los cambios en la organización de la división técnica y social del trabajo. Pero, sobre todo, detendremos aquí esta des-

cripción de la revolución científica porque nos parece que en lo que se refiere a nosotros en este Congreso, la importancia del fenómeno no reside tanto en su carácter específico como en su relación con el conjunto de la sociedad.

Es que en efecto esta relación se ha modificado considerablemente. En menos de un cuarto de siglo pasamos, en lo que se refiere al conjunto de los países capitalistas industriales, de la investigación en pequeñas dosis efectuadas por algunas individualidades brillantes de medios modestos a vastos equipos de trabajo que desbrozan el campo teórico desarrollando la experimentación con los medios técnicos más avanzados. La progresión del saber científico sin financiamiento y organización de la investigación es hoy insuficiente. Hubo que institucionalizar los gastos de la investigación. Esto es lo que indica el impacto económico de la ciencia, que vamos ahora a examinar.

Este examen presenta dificultades, la dificultad esencial es que el fenómeno científico en sí no es mesurable en términos económicos. Es decir, que aunque podamos obtener un cierto número de indicadores, discutibles por otra parte, de la actividad científica, no podemos saber cuál es el efecto real de una patente de un descubrimiento sobre la máquina económica. Por otra parte para que la medida sea correcta sería preciso que fuéramos capaces de apreciar este efecto a largo plazo.

Otra dificultad es que, de una manera general, la conciencia de la importancia del progreso científico en el crecimiento económico comienza a ser real. En los mismos Estados Unidos han sido necesarios muchos para que se vea la importancia de los ordenadores. En 1950, John Makhly, uno de los dirigentes de la industria norteamericana de ordenadores, estimaba que «solamente cuatro o cinco firmas gigantes podrían explotar, en una forma útil, esas máquinas». En 1960, los expertos del gobierno norteamericano preveían que el conjunto de las industrias de los Estados Unidos utilizaría en 1965 15,000 ordenadores. En la fecha anunciada había 25,000.

En Europa occidental es asombroso constatar que el tratado de Roma, firmado en 1958, que instituía el Mercado Común, consideraba la investigación científica como un aspecto de la política cultural: es decir, que la investigación científica no estaba considerada todavía claramente en 1958, en Europa, como uno de los medios de crecimiento económico.

Si se tiene en cuenta la disparidad existente entre la **utilización** del progreso técnico entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, se puede

deducir que ese fenómeno fue también desconocido durante largo tiempo en los países socialistas. Hay muy pocos trabajos marxistas sobre el asunto, que sin embargo, deberían haber despertado en primer lugar la atención de los marxistas. Esta carencia de análisis es una de las consecuencias del stalinismo, que se traduce no solamente por una falta de literatura, sino también por una dificultad real para organizar la utilización del progreso científico por el aparato de producción, como se destaca de la intervención del profesor Keldysh, secretario de la Academia de Ciencias de la URSS, en ocasión del XXIII Congreso del PCUS. A este retardo general de la toma de conciencia del fenómeno, conviene agregar que, sin excepción, esta toma de conciencia se ha hecho siempre sobre el terreno de la sociología empírica. Es ya tiempo de tomar en consideración el examen de la revolución científica, abordando, a pesar de las dificultades que nosotros hemos señalado, sus repercusiones sobre el proceso de producción.

Este examen será necesariamente parcial, discutible y quizás parecerá frágil, pero no es concebible que se continúe oscureciendo nuestra toma de conciencia del mundo contemporáneo con discursos que sean tan generales, que se puede, cada vez, menos sacar de ellos orientaciones para la acción.

LOS EFECTOS DE LA REVOLUCION CIENTIFICA

Si la revolución científica se ha convertido en un fenómeno importante es porque sus repercusiones económicas sobre las categorías fundamentales del análisis marxista no son coyunturales sino profundas. Así es en lo que se refiere a la fuerza de trabajo. Cuando después de la segunda guerra mundial se presentó la perspectiva de la automatización, muchos observadores predijeron una supresión masiva de empleos. Era una visión simplista. Si examinamos la situación en los Estados Unidos, no se puede decir que cuantitativamente el problema del desempleo sea distinto a pesar de que la automatización está lo suficientemente extendida como para que se pueda formar un juicio acerca de ella. La tasa de desempleo alcanzo el máximo de 7,1% en mayo de 1961 para disminuir a 5,2% a mediados de 1962. A pesar del incremento de la mano de obra de 7.000.000 de trabajadores entre 1961 y 1965, la tasa de desempleo alcanzó un 4% a finales de 1965. Antes de que este nivel hubiera sido alcanzado, penurias de mano de obra especializada se habían hecho sentir. Si el des-

empleo no aumentó fue porque la automatización y la generalización de los ordenadores acarrearán y acarrean la creación de un gran número de empleos nuevos más calificados (de ahí el creciente número de negros desempleados en Estados Unidos porque son menos calificados). De una manera general existe desplazamiento de la fuerza de trabajo desde la función de producción hacia las funciones de coordinación y de integración requeridas por los equipos más complejos de las nuevas industrias. Los mismos fenómenos pueden ser observados en todos los países capitalistas desarrollados. Esto se explica justamente por el carácter de continuidad que presenta hoy el ritmo de desarrollo de los conocimientos científicos y técnicos: se produce simultáneamente la expulsión de mano de obra de las industrias tradicionales y la creación de empleos en las nuevas industrias. El resultado es un aumento de la productividad, es decir, de la parte de la jornada de trabajo que el obrero brinda gratuitamente al capitalista. Este resultado es tanto más fuerte por cuanto las nuevas industrias absorben también la mano de obra que llega por primera vez al mercado de trabajo. El aumento de la productividad es por otra parte general; tiene lugar incluso en industrias en crisis: por ejemplo, en Bélgica, de 1949 a 1959 la industria textil se sitúa al frente de los progresos realizados en el rendimiento por hombre, inmediatamente después de la agricultura, la cual también es un sector cuya relativa importancia disminuye en los países capitalistas desarrollados.

En las nuevas industrias, además de la elevación general de la productividad, uno se enfrenta a productos siempre más complejos tecnológicamente, es decir, que contienen más trabajo muerto; de ahí el desplazamiento de la mano de obra hacia estos sectores.

La revolución científica está acompañada por esta razón de una modificación muy sensible de la relativa importancia de distintos sectores industriales y, por tanto, de la estructura del mercado. El examen de la evolución de las tareas de crecimiento relativas de las distintas ramas de la producción norteamericana, es particularmente significativo en cuanto a lo que a esto se refiere. Un reciente estudio las señala para el período 1947-1958. El valor de la producción de los componentes electrónicos aumentó a un 82%, el de los productos químicos a un 31%, el de los servicios de oficina a un 42%, el de las comunicaciones a un 33%.

Y lo que subraya todavía más nítidamente esa evolución es que durante el mismo período el valor de los componentes mecánicos tradicionales disminuyó a un 23%, el de las materias primas férreas a un 27%, el de

la madera a un 26%, el del carbón a un 40%. Es la permanencia de la revolución científica la que hizo posibles estos cambios al permitir a los capitalistas crear industrias nuevas que no agraven las condiciones del mercado de trabajo. Asistimos así a una expansión del segundo sector de la economía en la clasificación de Marx, el de los bienes de consumo; gracias a las técnicas de incitación esa expansión es casi ilimitada. Esto no quiere decir que (la contradicción entre capacidad de producción y capacidad de consumo sea automáticamente resuelta, sino que la revolución científica brinda al sistema capitalista un medio de atenuarla. Y esto explica el por qué nos hallemos hoy muy lejos de las predicciones que se hacían en el movimiento obrero de los años 50. El mercado interior en Estados Unidos, a pesar de serias oscilaciones, no ha dejado de desarrollarse; no se «retractó» como se predecía.¹ Además, la revolución científica permite incrementar considerablemente las posibilidades de gastos improductivos (se objeta generalmente que son imperativos militares los que empujan el aumento de gastos improductivos y se olvida decir que esos gastos alcanzan tal importancia sólo gracias a la utilización de las nuevas técnicas.

Los fenómenos de los cuales acabamos de hablar, aunque reconocidos, frecuentemente dan lugar a debates. En efecto, el sistema capitalista no tiene la regularidad de una máquina de vapor, y por tanto, una importancia relativa puede ser dada a la nueva repartición de la fuerza de trabajo, al papel del mercado o a los fenómenos de incitación al consumo. No tenemos nada que objetar a los que llevan a cabo esos debates, muchas veces con la preocupación de refugiarse en la espera de la próxima crisis del sistema, salvo que aun si se puede discutir la influencia relativa de esos factores, hay que reconocer, y esto debe ser el punto de partida de una evaluación seria de las estrategias socialistas, que estos factores actúan y actuarán cada vez más, puesto que la importancia de la investigación científica en los presupuestos de los países desarrollados no cesa de crecer y con ello el papel de esos factores.

No pensamos, pues, que los errores cometidos en el pasado sobre la apreciación de la evolución del capitalismo y la incapacidad actual de rendir cuenta de ella, estén únicamente ligados a una lectura insuficiente de una teoría que llevaría en su seno todos los desarrollos futuros. Pen-

¹ Por ejemplo, V. Perlo, *El Imperialismo Norteamericano*. Editora Política, La Habana, 1964.

samos que se trata de factores irreductibles a las conclusiones que se desprendían del análisis de Marx. El rigor teórico debe hacernos aceptar como tales esos factores.

Y particularmente, a propósito de las nuevas industrias, quisiéramos subrayar que el examen de la composición del capital, por ejemplo, en la industria de los ordenadores, que está muy lejos de haber llegado a su pleno desarrollo, muestra que esta industria es uno de los sectores industriales donde el capital invertido per cápita de empleado es el más débil. Es decir, que se trata de una de las industrias donde la relación del capital fijo al capital variable es la más baja. Tenemos aquí un fenómeno nuevo que permite al capitalismo oponerse a la baja tendencial de la tasa de utilidad.

Esto se debe a la importancia cada vez más débil del trabajo propiamente dicho de la materia en relación con la cantidad de trabajo de investigación necesario para concebir el producto acabado mismo. En esta vía sólo nos hallamos al principio de un cambio violento. En el período venidero el análisis de la evolución de estos fenómenos deberá ser, pues, emprendido en detalle.

Desde ahora las modificaciones de la repartición de la fuerza de trabajo y del mercado han tenido consecuencias políticas en los países capitalistas desarrollados. Consecuencia que tenemos, por lo menos, que señalar en este Congreso, una de las tareas del cual puede ser contribuir a un nuevo auge del internacionalismo de la lucha antimperialista. En particular, la revolución científica ha permitido que el sistema evite alargar la jornada de trabajo. Esto no quiere decir que su intensidad haya disminuido ni que nos encontremos en el borde de una civilización de recreo.

Sin embargo, esto tuvo indiscutiblemente por consecuencia el hacer menos espontáneo, si alguna vez lo fue, el despertar de una conciencia de clase.

La primera revolución industrial estaba acompañada en la organización del trabajo del surgimiento y desarrollo del taylorismo contra el cual el movimiento obrero de los países capitalistas encontró motivación para su auge. La segunda revolución industrial estaba acompañada de una extensión masiva del asalariado; pero las nuevas formas de la organización del trabajo, así como las exigencias técnicas de la producción, tuvieron simultáneamente incidencias profundas sobre la estructura de la clase obrera. Las funciones siempre más especializadas que requiere la producción moderna disminuyen la conciencia inmediata que puede tener

de su unidad la clase obrera; la ligan y la integran a la realidad social de los países capitalistas desarrollados.

Frente a esos fenómenos que son demasiado conocidos para que nos extendamos en describirlos, se puede pensar que ciertas actitudes, ciertos comportamientos políticos, indican que a pesar de todo, la potencialidad de un proceso socialista existe siempre en los países capitalistas desarrollados, particularmente en la Europa occidental. Su auge exige una ruptura política radical con el viejo juego electoral y parlamentarista, y el inicio de un trabajo real de investigación sobre el tema preciso de las posibilidades revolucionarias en la Europa occidental. Porque, en efecto, las reivindicaciones que de inmediato pueden expresar las organizaciones que se reclaman de la clase obrera (por ejemplo: en lo que se refiere a la planificación, al desarrollo de las fuerzas productivas y a las reivindicaciones sociales), por justificadas que sean moralmente, no son suficientes como para constituir realmente una crítica eficaz del régimen capitalista, una crítica que pueda solamente ser oída por esas fuerzas que son las primeras implicadas en ello. El sistema capitalista en los países desarrollados no sufrirá crisis si no se desarrolla en su seno una acción y una exigencia que constituyen una respuesta a esa sociedad, la cual, por el hecho mismo que desarrolla a un alto nivel el consumo, se muestra incapaz de sustituir el valor de uso por valor mercantil. Esta exigencia y esta acción de las cuales hablamos pueden ser constituidas sólo sobre el horizonte lejano y siempre postergado de lucha que deben milagrosamente converger; pero que al contrario, deben constituir, aun con las insuficiencias y las aproximaciones que existen en cuanto a ello, el punto de partida de la lucha por el poder en armonía con las luchas revolucionarias actuales. En el momento en que los países socialistas se enfrentan a la cuestión de saber cómo la sociedad socialista incorporará los logros científicos, sin dejar de desarrollar un modo de vida que con la evolución se distinguiría mal del de occidente capitalista, no es indiferente para todo el movimiento revolucionario que las cuestiones que acabamos de abordar sean el objeto de investigaciones y de acciones. El mayor peligro estaría en que estas investigaciones y acciones se detuviesen en medio del camino. En otros términos, que el movimiento obrero europeo sólo reconociera en los cambios ocurridos la necesidad de otra «forma» de trabajar, o, según una expresión demasiado famosa, «una adaptación de las consignas». Digamos francamente que el examen del estado del movimiento obrero en nuestro país (Francia), tanto en lo que se refiere a la

política de alianza en el interior, como a la lentitud para reaccionar ante la agresión sucia de la cual Viet Nam era objeto, nos inspira temores que nos parecen más que fundados; la conciencia revolucionaria nos parece más que afectada cuando un periódico del movimiento obrero se atreve a publicar un artículo cuyo título es «¿Por qué se ha ido a morir en Bolivia, Che Guevara?» Esta interrogante nos habla lo suficiente como para que no nos detengamos más sobre este asunto. El desprecio de las tentativas revolucionarias y la ignorancia del funcionamiento de lo que se quiere combatir son parte de la misma política oportunista. Por ello es necesario detallar un poco el breve panorama de la revolución científica que esbozamos aquí.

El examen de los debates entre los economistas burgueses, desde la crisis de 1929, muestra claramente la importancia del fenómeno de la revolución científica. Si hoy, por ejemplo, las teorías keynesianas tienen tanta audiencia, es porque el control de las inversiones, gracias a las posibilidades brindadas por la revolución científica, se hace posible.

El anexo comunicado a los congresistas muestra que en los países capitalistas desarrollados las inversiones en la investigación y el desarrollo son del orden de 1% del PNB (producto nacional bruto), y de 3,62 en los Estados Unidos. Esto quiere decir que la investigación y el desarrollo constituyen hoy un componente esencial del crecimiento en los países capitalistas avanzados. Los debates entre economistas tratan hoy los problemas de crecimiento y no ya los problemas de precios. Las disensiones que aparecen entre las grandes potencias se refieren ahora al control de las fuentes del conocimiento y no ya a las cuestiones territoriales. La revolución científica acelera la concentración del capital: la National Science Foundation, de los Estados Unidos, estima que en 1964, 300 empresas de más de mil empleados absorbieron el 97% de los créditos federales de investigación y desarrollo y el 83% de los fondos privados; el resto fue absorbido por 10,000 empresas (de un total de 262,000); las pequeñas empresas que representan el 80% del número de las firmas norteamericanas sólo recibieron del 5 al 6% del valor de los contratos de investigación estatal. Los grandes monopolios se apropian de los créditos de investigación, porque la posesión de una alta tecnicidad es una ventaja mayor en el mercado. Para hablar en términos keynesianos digamos que los progresos científicos y técnicos permiten mantener la eficacia marginal del capital gracias a una elevación de la productividad de los capitales. El latigazo dado a la economía de los Estados Unidos por la

segunda guerra mundial, se prolongó gracias a las inversiones masivas efectuadas en la investigación. Hubo para eso que modificar el papel del estado que ya no es sólo el gendarme de los capitalistas sino también el prestador de fondos. Es en los Estados Unidos donde este papel del estado se encuentra más desarrollado: en 1956, por primera vez, el importe de los créditos federales atribuidos a la investigación igualaba al de los capitales privados. En 1964 más del 60% de los créditos brindados a la investigación tenían un origen federal. En total, fondos públicos y privados, y el conjunto de las inversiones en la investigación y en el desarrollo se duplica cada seis años. Tal ritmo sólo se obtiene por la inversión en proyectos grandiosos, lo que se llama la «big science» (átomo, espacio). Resulta de ello que en cada rama de la industria hay un cierto nivel de recursos financieros materiales y humanos necesarios para participar en la competencia. De ahí, las rivalidades actuales entre los Estados Unidos y los países capitalistas europeos: al desarrollar masivamente la investigación y la divulgación de sus resultados en el aparato de producción los Estados Unidos han creado bajo su dominio un potencial científico y económico sin precedentes; con una población comparable los Estados Unidos invierten en la investigación tres veces y media más que Europa occidental y cinco veces más que el conjunto de los países del Mercado común. Aun si no se tiene en cuenta los gastos por la investigación con fines militares (incluido el espacio) se constata que los Estados Unidos gastan en sus investigaciones civiles el doble de lo que gastan los países del Mercado común en el conjunto de sus investigaciones. El «nivel» necesario del cual ya hablamos, interviene no sólo en la concentración de las empresas sino al nivel mismo de los estados. En la industria aeronáutica este nivel es tan elevado que Francia e Inglaterra se vieron obligadas a poner sus recursos en común para construir el avión Concorde: 136 pasajeros volando a 2,2 veces la velocidad del sonido. Este aparato volará en 1971, pero la firma Boeing, respaldada por los créditos federales, anuncia ya para dentro de algunos años solamente un avión más grande y más rápido. En otros términos, el nivel crítico para la aeronáutica es superior a las capacidades reunidas de Francia e Inglaterra. Ocurre lo mismo para los ordenadores en cuanto a las telecomunicaciones por satélites.

Con su potencia científica los Estados Unidos poseen los medios para dominar todo el mercado europeo: gracias a su potencial científico, las empresas americanas que acaban de implantar en Europa tienen que

traer actualmente sólo el 10% de los capitales; encuentran el 90% restante en el propio lugar.

La integración de la revolución científica al modo de producción capitalista provoca desigualdades de desarrollo en el interior mismo de los países capitalistas desarrollados.

La revolución científica se ha convertido en un factor estratégico. Las luchas por el socialismo dondequiera que se desarrollen no pueden ignorar este factor. El problema del imperialismo que vamos a abordar ahora, lo demuestra.

SEGUNDA PARTE / EL IMPERIALISMO

Lo que queremos mostrar al tratar el problema del imperialismo, no es sólo su dependencia de la revolución científica, sino cómo esa dependencia determina la situación que nosotros conocemos, la cual está dominada por la lucha heroica del pueblo vietnamita. En efecto, aun cuando no lo mencionáramos, no se puede, no se podría ignorar que la guerra que saquea al Viet Nam plantea de manera trágica la necesidad de apreciar las condiciones objetivas que deben determinar la estrategia de los movimientos socialistas.

Hasta ahora, implícita o explícitamente, prevaleció la idea de que el agravamiento de las rivalidades interimperialistas, los éxitos políticos de los movimientos de liberación nacional, en fin las contradicciones internas de los países capitalistas desarrollados, provocarán inevitablemente el derrumbamiento del sistema capitalista. Esto ha provocado el estado actual del movimiento obrero. Las aspiraciones en cuanto a la situación internacional, la concepción de las relaciones de fuerza a escala internacional hubieran dado lugar en su seno a expresiones muy distintas. Pero lo que hay en común es, en fin, una concepción de *statu quo* que debilitó fuertemente el internacionalismo y que en el momento decisivo, dejó a Viet Nam trágicamente solo. No podemos ignorarlo de igual modo que no podemos ignorar que si en última instancia, la contribución de la Europa occidental a la lucha del pueblo vietnamita no es más, en el mejor de los casos, que un movimiento conciente de solidaridad política y material, es porque justamente sufrimos esa estrategia del *statu quo*.

Nadie aquí, lo esperamos, tiene la ambición de arreglar con palabras esas dificultades. Pero lo que sí podemos hacer es aclarar nuestras ideas y ver desde ahora lo que puede ser hecho.

El folleto de Lenin: **El imperialismo fase superior del capitalismo** domina la cuestión del imperialismo. El espíritu con que Lenin redactó esta obra es perfectamente claro: se trataba para él de forjar un instrumento de lucha y, por tanto, dar un análisis preciso eliminando las generalidades que enmascaran los mecanismos del fenómeno de la dominación imperialista. Lenin escribe: «Los razonamientos de orden general sobre el imperialismo olvidan o relegan a un plano secundario la diferencia esencial de las formaciones económicas y sociales, degeneran infaliblemente en banalidades huecas o redundancias como la comparación entre “la gran Roma y la Gran Bretaña”; incluso la política colonial del capitalismo en las fases anteriores a ésta se distingue fundamentalmente de la política colonial del capital financiero».

Este trámite conduce a Lenin a caracterizar al imperialismo con cinco rasgos esenciales. Esos rasgos esenciales son, textualmente:

- 1/ Concentración de la producción llevada a un grado de desarrollo tan elevado que creó los monopolios, cuyo papel es decisivo en la vida económica.
- 2/ Fusión del capital bancario y del capital industrial y creación, sobre la base de ese «capital financiero» de una oligarquía financiera.
- 3/ Exportación de los capitales a diferencia de la exportación de las mercancías, toma una importancia muy particular.
- 4/ Formación de uniones internacionales monopolistas de capitalistas que se reparten el mundo.
- 5/ Fin de la repartición territorial del globo entre las grandes potenciales capitalistas.

(El imperialismo, fase superior del capitalismo: Capítulo VII). Los puntos 1, 2, 4 y 5, es decir, la creación de los monopolios, el desarrollo del capital financiero, la formación de uniones internacionales, el fin de la repartición territorial del globo resumen los comentarios y explicaciones: se trata de un hecho suficientemente conocido. El asunto que se trata hoy es el punto 3, es decir, la exportación de los capitales.

Es un punto esencial y es una de las características dominantes de este cuadro económico del capitalismo —en vísperas de la segunda guerra mundial,— trazado por Lenin. La exportación de los capitales significa la inversión en las colonias para hacer fructificar el capital que ya no encuentra uso en las metrópolis imperialistas. La necesidad de la expor-

tación de los capitales es el resultado, como explica Lenin, de la maduración excesiva del capitalismo. La creación de los monopolios al principio del siglo XX reunió un excedente de capitales en los países avanzados. Pero en estos países avanzados la agricultura es atrasada y las masas son miserables; una distorsión puede crearse en la capacidad de producción permitida por los capitales que acaban de ser multiplicados y la capacidad de consumo de las masas. Para evitar la crisis, hay que exportar los capitales, hace falta que el flujo de dinero vaya de las metrópolis hacia las colonias o a algún país como Rusia. Es en las colonias donde hace falta hacer «trabajar» el capital. En efecto, no escatiman ningún medio: se crean las colonias de población. El mejor ejemplo es sin duda el de Francia después de la guerra del setenta: Alemania tomó los territorios del este de Francia. ¿Qué hace el gobierno? Manda a los alsacianos, trabajadores distinguidos a Argelia. Para Lenin —vuelve sobre esto varias veces—, la exportación de los capitales es decisiva. El escribe: «Lo que caracteriza el antiguo capitalismo donde reinaba la libre concurrencia, es la exportación de las mercancías. Lo que caracteriza al capitalismo actual donde reinan los monopolios, es la exportación de los capitales» (Cap. IV, primer párrafo).

Pero Lenin no se contenta con formar con ellos, el criterio de diferenciación entre los estados del capitalismo; enseña todas las consecuencias de este estado de hechos: los capitales no siendo ya invertidos en las metrópolis, tienen tendencia a estancarse.

El burgués se hace un parásito que vive del fruto de los bonos de sus acciones. Lenin al examinar la situación de Inglaterra, el país capitalista más potente, constata que el deterioro de la producción es muy avanzado por el ritmo intensivo en que la exportación de los capitales se había practicado. El número de los rentistas se elevaba a un millón mientras que la proporción de los productos disminuía. De 1851 a 1901, cuando la población crece de 17,9 a 32,5 millones, el número de los obreros de las principales industrias varía solamente de 4,1 a 4,9 millones. En cincuenta años la proporción de productores han disminuido; de más de un 30% se reduce hasta un 23 o un 15% de la población total. El imperialismo es entonces la culminación del rentista. Es a la vez, en la crítica marxista, una evidencia muy fuerte. Cuando Bujarin empieza a escribir una «crítica de la economía marginalista» para hacerle frente a la audiencia de los trabajos de la escuela vienesa² muy naturalmente la

² Dominada por Bohm-Bawerk y donde Schumpeter hacía sus primeras armas.

intitula, cuando la publica en Moscú en 1919: **La economía política del rentista.**³

La lectura de esta obra dedicada a Lenin, es hoy por una parte ininteligible si uno precisamente no tiene presente la muy fuerte correlación que existía entonces entre rentista como fenómeno de masa y la exportación de los capitales, característica del imperialismo. Un análisis del imperialismo exige pues un examen de los mecanismos de producción del capital; lo mejor es tomar el ejemplo de los EUA. La situación de EUA es la siguiente: el 5% del total de las inversiones norteamericanas se encuentran en el extranjero. En 1963 menos de dos millares de millones de dólares salieron de EUA, mientras que la inversión interior en fábricas y equipos (excluidas las fincas y construcciones de edificios) alcanzó casi 40 millares de millones. Esto en sí enseña que nos hallamos en una situación muy distinta de la que existía en la Inglaterra victoriana. Esto no quiere decir que estas inversiones extranjeras no tienen importancia, traducen, al contrario, en parte, el dominio de los monopolios norteamericanos. Pero precisamente la repartición de esas inversiones en el extranjero es, también, muy distinta de la de los capitales ingleses a principios de siglo. De los 44 miles de millones de dólares de inversiones efectuadas en el extranjero hasta 1964 por Estados Unidos, 27,5 miles de millones estaban destinados a Canadá y a Europa occidental: menos de 2% del conjunto de los capitales de los Estados Unidos en el extranjero están colocados en los países subdesarrollados (US Department of Commerce, Survey of business). Ya no es con los países «económicamente atrasados» que se produce el movimiento de inversiones de los capitales sino al revés, con los países capitalistas desarrollados.

Un último elemento en cuanto a la inversión en el extranjero: desde 1929 hasta hoy, el porcentaje de las inversiones norteamericanas en el extranjero en relación con el producto nacional bruto pasó del 1% sólo durante los años 1938-40 (donde alcanzó 2,2%) y 1946-1947 donde alcanzó 3,8%. Son periodos que corresponden a la preparación de la guerra en cuanto al primero; al lanzamiento del plan Marshall en Europa en cuanto al segundo, es decir, dos situaciones muy coyunturales. Se puede criticar esta referencia a la noción de producto nacional bruto, que incluye en realidad servicios parasitarios y gastos improductivos, pero aquí

³ Como en una amplia parte de la obra, N. B. se limita a una crítica ideológica del marginalismo. Pues aunque se haya empeñado en un atento estudio (había seguido las clases de Bohm-Bawerk) el estado de la sociedad capitalista no le permitía encarar un devenir serio de esta escuela, entonces en sus primeros balbuceos.

sería un error puesto que nos colocamos desde el punto de vista del provecho. Por el contrario lo que se puede decir, es que este 1% representa una cantidad de sudor, de lágrimas, de explotación, cuya sequedad se traduce mal. Pero como vamos a verlo, no es esto lo esencial de la explotación imperialista. En todo caso, el examen de las inversiones en el extranjero muestra que la exportación de los capitales ya no es un elemento esencial de estabilización del sistema.

La realidad es que hoy en día el movimiento de los capitales se efectúa en sentido inverso: el flujo del dinero sale de los países pobres para llegar a los países ricos.

Hoy todavía y a pesar de que los hechos abundan, esto parece paradójico. Es que en realidad se reduce demasiado a menudo la cuestión del movimiento de los capitales a uno solo de sus componentes: la inversión en el extranjero. También hay que tener en cuenta los movimientos de capitales de estados, los impuestos por las patentes y las licencias de explotación, el ingreso de los capitales colocados en el extranjero.

Uno es llevado a examinar el balance de los pagos. Diversos economistas han hecho este trabajo, el valor numérico de los resultados puede diverger pero todos están de acuerdo sobre un punto: el movimiento de los capitales se efectúa en sentido inverso.

Es así que un economista marxista paquistanés, Hamza Alavi,⁴ calculó, según los datos del balance de los pagos de los Estados Unidos que de 1950 a 1960 las entradas de capitales han equilibrado las salidas. La misma conclusión es dada para 1956-1958 por el departamento de economía y de asuntos sociales, el cual era un documento titulado «Movimiento internacional de los capitales **privados** en 1956-1958» e indica: «El importe de los beneficios y de los dividendos repartidos por las empresas norteamericanas en el extranjero es muchas veces igual y a veces superior a las salidas de capitales norteamericanos destinados a las inversiones directas».

Como se puede ver, este último dato aporta sobre el fin del período examinado por Alavi y habla únicamente de los movimientos de capitales privados, los que se equilibran solos.

Ya ningún economista pone en duda hoy este fenómeno de importación de los capitales. No basta hacer la constatación de ello, colocarlo como

⁴ Hamza Alavi, Viejo y nuevo imperialismo. Pensamiento Crítico No. 12, La Habana, Enero 1968. (N. de la R.)

uno entre tantos y por fin hacer como si no existiera cuando se habla del imperialismo. El imperialismo presenta hoy un nuevo modo de explotación. La razón esencial es que, en los países capitalistas desarrollados, gracias a la revolución científica y técnica, la contradicción entre capacidad de producción y capacidad de consumo puede ser resuelta en una amplia medida, puesto que la revolución científica permite regular la tasa de inversiones y la estructura del mercado, incluidos los gastos militares. Las recientes discusiones en Estados Unidos sobre la elección del nuevo sistema antiohete aportaron mucho sobre la amplitud de la inversión deseable; por razón de la coyuntura presente, el Ministerio de defensa se limitó a una opción «mediatizada».

Desde el momento en que la contradicción producción-consumo no revestía ya la misma agudeza, era normal que los estados capitalistas desarrollados importaran estos capitales en sus países. Esta «tendencia» está reformada además por el hecho de que no sólo la producción y el consumo pueden ser ajustados sino también, en la competencia internacional, el avance tecnológico y científico es una forma de hegemonía. Permite en sí aumentar las tasas de provecho en el extranjero, y por tanto puede repatriar todavía más capitales. Es así que cuando una firma norteamericana quiere implantarse en Europa occidental, le basta aportar el promedio de un 10% de los capitales necesarios, y encuentra los demás en el propio lugar. Para que esa tendencia se mantenga, es importante que subsista el «technological gap» (atraso tecnológico). De ahí la necesidad de continuar las inversiones en los propios Estados Unidos. El crecimiento permitido por la revolución científica hizo necesario la inversión en las metrópolis imperialistas.

¡Allá los que no han respetado este imperativo! Es el caso de Gran Bretaña: inmediatamente después de la segunda guerra mundial, el imperialismo británico tenía que hacerle frente a una alternativa: seguir, adaptándola, la política colonialista tradicional o al contrario, romper el sistema de las relaciones del Commonwealth y rejuvenecer el aparato industrial particularmente anticuado (también es el caso de Bélgica). Por haber elegido la primera solución durante mucho tiempo, Gran Bretaña fue obligada a devaluar. El viraje del capitalismo francés en 1958 es también una característica de la agudización del problema de la asimilación de la revolución tecnológica y de la necesidad de las inversiones en la metrópoli. La importancia de las inversiones en los países imperialistas explica

que mientras las tasas de crecimiento de población en los países subdesarrollados varían de 2 a 3% al año, la parte global de estos mismos países en la producción industrial queda más o menos sin alteración (7,8% en 1958; 8,3% en 1965).⁵

El vuelo del movimiento de los capitales no es un fenómeno coyuntural pero sí un fenómeno característico del imperialismo contemporáneo. A medida que crece la integración de la revolución científica —en el proceso de producción, y se alejan los contragolpes de la segunda guerra mundial—, parece que el movimiento de los capitales se acelera.

¿Cómo se efectúa este movimiento inverso de los capitales? Sobre todo en ingreso de las inversiones colocadas en el extranjero; el examen efectuado por Harry Magdoff⁶ el balance de pagos de Estados Unidos muestra alrededor del período 1950-1965, que mientras que las inversiones norteamericanas representan 23,9 millones de millares de dólares, en el mismo tiempo han ingresado en Estados Unidos, gracias a estas inversiones, 37 millones de miles de dólares. Cuando se habla de la importancia de las inversiones en el extranjero conviene, pues, indicar que son efectivamente importantes para nutrir el flujo de inversiones norteamericanas. Resulta de esta situación que el imperialismo ya no se presenta hoy como un monstruo agonizante sino como un monstruo que absorbe siempre más para asegurar su dominación. No hace falta hacer un largo discurso para constatar que desde el punto de vista de la agresividad esto no cambió nada. Lo que ha cambiado es que ya no basta con una independencia política formal para romper los lazos con el imperialismo. Todos los imperialistas nos enseñan que ellos han sabido perfectamente adaptarse a la situación creada por el acceso a la independencia en numerosos países. Por intermedio de las ayudas, de los préstamos, de las cooperaciones técnicas, han sido tejidas de nuevo relaciones de sujeción.

La exportación de los capitalistas significa para los países que son víctimas de ellos, no sólo la renovación de las relaciones de explotación, sino también la pérdida bruta de sustancias, la frustración de este excedente de trabajo, el cual es imprescindible para el desarrollo. La exportación de los países pobres está pues reforzada: su trabajo sirve para reunir una parte

⁵ Organización de Naciones Unidas por el Desarrollo Industrial (ONUDI) «Problemas y perspectivas del desarrollo industrial». 13 de Octubre de 1967.

⁶ Harry Magdoff, Aspectos económicos del imperialismo norteamericano. Pensamiento Crítico No. 8, La Habana, Octubre de 1967. (N. de la R.)

de los capitales que permiten la acumulación de la riqueza en los países imperialistas.)

El examen de las inversiones norteamericanas y de los beneficios para el período 1950-1965 ingresados en Estados Unidos es particularmente elocuente:

	Europa	Canadá	América Latina	Otras regiones
Inversiones aportadas por Estados Unidos (miles de millones de dólares)	8,1	6,8	3,8	5,2
Ingreso de los repatriados a Estados Unidos (miles de millones de dólares)	5,5	5,9	11,3	14,3
Flujo resultante	+2,6	+0,9	-7,5	-9,1

Como se ve, esta tabla confirma la opinión de que Estados Unidos ha sacado de América Latina en 1965 dos millares de millones de dólares, mientras que no transfirieron ayuda incluida más que 1,6 millares de millones.

Si examinamos ahora brevemente las consecuencias del nuevo imperialismo, la relación con la revolución científica aparecerá más nítida puesto que se trata de fenómenos mejor conocidos.

Existe, por ejemplo, el problema del intercambio desigual: es decir, de la degradación absoluta del precio de los productos propuestos por los pobres en el mercado, mientras que al mismo tiempo los productos propuestos por los países ricos se hacen cada día más elevados. El «envejecimiento acelerado» que es una de las reglas esenciales de la gestión capitalista contemporánea, crea productos siempre más elaborados donde la importancia de la investigación de desarrollo es muy grande; esto hace que los precios aumenten por el simple juego de las leyes del sistema. Conviene añadir que cuando el producto es radicalmente nuevo, la innovación es también un factor de alza.

En los diez últimos años, el precio de las materias primas, fuente esencial de los países subdesarrollados, disminuyó un 25% mientras que los precios de los productos industriales aumentaron un 50%. De ello resultó

que la deuda exterior de las 97 naciones subdesarrolladas pasó de 9 millones de millones de dólares en 1955 a 30 millones de millones de dólares en 1953 y a casi 40, hoy. Si quisiéramos elaborar un cuadro completo de la situación en este terreno haría falta también indicar que este aumento general de los precios de los productos manufacturados no eliminó las prácticas más tradicionales del colonialismo. A la explotación de tipo clásico se añaden hoy nuevas formas de saqueo. Lo que caracteriza la situación presente es precisamente la simultaneidad de esas prácticas que tienden a asegurar la estabilidad del sistema. Del mismo modo que en los países capitalistas europeos los dirigentes se esfuerzan por restaurar los mecanismos de mercado, se puede decir que el funcionamiento actual del imperialismo tiende a oponerse a la evolución, descrita por Lenin, al sostener con el «technological gap» la exportación de las mercancías. Uno de los aspectos más nuevos de este saqueo es sin duda el «drenaje de los cerebros» (brain-drain), que ilustra la importancia que dan los capitalistas al control de la actividad científica y técnica.) Como lo constató el Dr. Parkins, consejero del presidente Johnson en cuanto a la ayuda al Tercer Mundo, en un informe oficial:

«La política de inmigración de los Estados Unidos, ha cambiado. Ya no se trata de un llamado del tipo 'Denme sus pobres, sus masas sin esperanza'; ahora decimos: 'Denme sus ciudadanos más brillantes, más sabios, más talentosos, nuestras máquinas harán el trabajo manual'».

Los Estados Unidos drenan precisamente la capa de hombres más necesaria al Tercer Mundo. De los 43 ingenieros y sabios inmigrados a Estados Unidos entre 1949 y 1961, más del 60% provenían de los países subdesarrollados. De los 11,206 emigrantes de Argentina, por ejemplo, entre 1951 y 1963 más del 50% eran ingenieros calificados, 15% administradores de categoría superior.

En 1965⁷ el presidente Johnson firmó una nueva ley sobre la inmigración refundiendo la famosa reglamentación de 1920 y liberalizando las condiciones de admisión de las personas «de capacidad excepcional en las profesiones, las artes y las ciencias». Al presentar el proyecto, el secretario de Estado, Dean Rusk no midió sus palabras: «Nuestro país tiene la escasa suerte de poder atraer del extranjero inmigrantes de elevada inteligencia y capacidad: la inmigración, si está bien administrada, puede ser uno de nuestros mayores recursos nacionales...»

⁷ V. Le Monde, p. 7, 26 de agosto de 1967. «Cerveaux a Vendre». Alain Murcier.

La administración de la inmigración se ha hecho efectivamente «sofisticada». Inmediatamente después del golpe de estado de junio de 1966, las universidades norteamericanas mandaban ofertas a los científicos que rehusaban prestar juramentos de fidelidad al general Onganía, ministro de Educación.

La inmigración de los científicos y de los ingenieros se produce al ritmo de 6,000 por año hoy contra 1,500 en 1950. No sólo los países pobres son privados de los cuadros necesarios pues hay que tener en cuenta también el hecho de que cada emigrante representa una pérdida bruta de gastos de enseñanza.

La primera consecuencia de esta situación es la aceleración del subdesarrollo. Los países pobres se hacen cada día más pobres, los países ricos, se hacen cada día más ricos.) Consecuencia necesaria del auge del progreso técnico, las «tijeras» no cesan de abrirse entre los países que franquearon el nivel de la revolución técnica y los antiguos países colonizados que se sofocan en vano para alcanzarlo. Al contrario, de hecho todo pasa como si les fuera cada día más difícil acceder a ello. El informe de ONUDI ya citado, indica que la situación de los países pobres presenta en cuanto al desarrollo industrial «algunos aspectos sombríos». La FAO constata una disminución de la producción alimenticia por habitante del Tercer Mundo. Su secretario general escribió hace tres meses: «Las dos últimas campañas de cosecha han dejado reducido a la nada los pocos progresos que los países en vía de desarrollo habían podido realizar desde hace unos diez años en lo que se refiere a la producción alimenticia por habitante». El GATT en su informe publicado el primero de octubre «El comercio internacional en 1966» explica que estos mismos países no han visto sus intercambios comerciales crecer tan rápido como los de los países desarrollados y que hay que esperar que ellos serán las primeras víctimas de la detención del crecimiento observada en los países industriales en 1967. El problema sería llevar los países a un cierto nivel a partir del cual éstos podrían «despegar». Se trataría pues, solamente, de llevar con una ayuda técnica apropiada, unos cambios en las estructuras de la agricultura, del artesanado y de los usos, de elevar el nivel cultural para entrar en la carrera alegre de los poseedores. ¿Cómo explicar entonces que la «ayuda» abastecida no haya podido siquiera contener la degradación de la situación de estos países? La realidad es otra. Para «despegar» los llamados países subdesarrollados deben efectivamente franquear un cierto nivel técnico pero para ello hace falta invertir completamente la política de inversión,

es decir, atacar el proceso de acumulación y por eso fundamentalmente las estructuras capitalistas en sí. Esto es, porque, como lo hemos señalado, la independencia política no puede ya tener sentido y el alcance que implicaba antes. Es también lo que hace caduco toda política cuyo eje estaría constituido por la alianza de las capas populares y de las supuestas «burguesías nacionales»; esto no por rehusos maximalista o «revolucionarista» de nuestra parte, pero sencillamente porque el análisis de las formas y contenido actuales del imperialismo indican evidentemente la inconsistencia de tal estrategia.

Que uno se coloque al nivel del análisis fundamental o que uno entienda los aspectos más visibles de su funcionamiento, demuestra hoy que el imperialismo integra la revolución científica al beneficio del mantenimiento de su dominación. Esto indica que el subdesarrollo no es de ninguna manera el hecho de que un cierto número de países tengan un determinado atraso con relación a otro o que exista de cierto modo un desnivel histórico, como lo sostienen unos economistas como W. W. Rostow al distinguir en la evolución social y económica de cualquier región del mundo cinco fases de desarrollo, suponiendo así que la historia social de toda región del mundo es siempre la misma. La situación actual de los países subdesarrollados no tiene nada que ver con las fases anteriores del desarrollo industrial en los países capitalistas desarrollados.⁸ A diferencia de la Europa del siglo XIX, los países subdesarrollados deben hoy hacerle frente a la presión de las grandes firmas internacionales que esclavizan su mano de obra, explotan sus fuentes de materias primas y exportan sus beneficios: el cuadro que hemos enseñado anteriormente muestra que estas firmas exportan tres veces más dólares de lo que traen los países subdesarrollados. Las presiones son enormes por el solo hecho de la dimensión de estas firmas. La cifra de negocios de la General Motors representa el presupuesto total de 35 países subdesarrollados. La Europa del siglo XIX no estaba sujeta a un capitalismo exterior.

Un segundo elemento no permite tomar en consideración la asimilación del subdesarrollo a un atraso histórico (aunque este atraso exista y haya sido el origen). El auge demográfico que se observa en los países subdesarrollados es la consecuencia directa de los desequilibrios provocados por

⁸ En relación con esta tesis, ver en este mismo número el trabajo de André G. Frank *Latinoamérica: subdesarrollo capitalista o revolución socialista* y *El desarrollo del subdesarrollo* en *Pensamiento Crítico* No. 7. (N. de la R.)

el imperialismo a principio del siglo. La industrialización en Europa no rompió el ajuste de las tasas demográficas con los recursos disponibles. El subdesarrollo no es una escoria del siglo XIX en un mundo que se dirigiera hacia la abundancia, es una parte de la realidad moderna. Hay una relación de causa y efecto entre la situación de los países capitalistas desarrollados y los países subdesarrollados.

El auge demográfico como exportación del excedente económico hace que la situación de los países subdesarrollados sea la de unos países que tienen un potencial productivo subutilizado. La escisión entre países ricos y países pobres no hace más que incrementarse. «El ingreso medio por habitante en más de 40 naciones del mundo, en los países subdesarrollados no pasa hoy de \$120 (dólares) al año. El ingreso medio por habitante en Estados Unidos es de más de \$3,000 (dólares). Es decir, una diferencia de 2,000%»; estas cifras fueron citadas por Mc Namara⁹ en febrero de 1967; y añade: «Una cifra tan fabulosa es una cifra volcánica que... no puede demorar en tener consecuencias explosivas... Si las naciones ricas del mundo no hacen un esfuerzo intenso y coordinado para llenar el vacío que se ahonda entre las dos mitades del planeta, ninguno de nosotros podrá asegurar ya la seguridad de su país ante las catástrofes que serán inevitables, ante las olas de violencia que se llevarán nuestras defensas. El caos económico que podemos prever ante tales disparidades es más amenazador para la seguridad de los Estados Unidos que las armas atómicas chinas».

Llegamos aquí a uno de los callejones sin salida de la política imperialista: para mantener su dinamismo, la economía capitalista engendra disparidades cada vez mayores (no sólo entre países ricos y pobres, sino también en los mismos países capitalistas desarrollados las distancias se incrementan). La amplitud de esas disparidades serán motivo esencial de las «explosiones» del futuro. Para hacerle frente en esta conferencia Mc Namara evoca la ayuda, la cual es el pastel de crema del subdesarrollo: lo echan en la cara de uno para ocultar las realidades. La primera realidad es que no existe ayuda cuando se da con una mano y se quita más con la otra. La realidad es que hay que mirar de cerca lo que se llama ayuda.

Los presupuestos de los países que deciden la «ayuda» colocan bajo esta denominación gastos de naturaleza distinta. Es así que son considerados como ayuda:

⁹ Robert Mc Namara. Seminario en Jackson (Mississippi).

- a) Los gastos militares, muchas veces muy importantes: la ayuda militar de EUA a América Latina representa por sí sola el 6% de toda la ayuda de EUA al extranjero. Es notorio que esta ayuda permite dar salida a los excedentes pasados de moda.
- b) Los gastos de interés común.
- c) Los gastos de representación.
- d) Los gastos de jubilación.

Cuando se descuentan estos importes de la «ayuda» inscrita al presupuesto, se obtienen reducciones espectaculares. Es así que para Francia, que gusta en darse la apariencia de una potencia no imperialista, se puede sacar el cuadro siguiente:

Año	«Ayuda total» en miles de millones de N.F. (\$0.02)	«Ayuda real» ¹⁰ en miles de millones de N.F. (\$0.02)
1960	11 859	5 444
1961	11 981	5 629
1962	11 211	5 478

Como se ve hay que aplicar un coeficiente de corrección de 50%. No disponemos de las cifras relativas a los Estados Unidos, pero es verosímil que un coeficiente de importancia igual, si no superior, debe aplicarse a este caso.

En 1960 las Naciones Unidas habían manifestado el deseo de que los países ricos dedicaran el 1% de sus recursos a la ayuda a los países subdesarrollados. Actualmente estamos lejos de la cuenta, la ayuda a los países subdesarrollados expresada en porcentaje del ingreso nacional no cesa de disminuir. Raúl Prebisch, secretario general del CNUCED, ha podido declarar este verano que el decenio del desarrollo deseado por las Naciones Unidas en 1960 es en realidad el de la frustración.

El aspecto más claro de la ayuda es que se trata siempre de una ayuda ligada: el país que recibe la ayuda debe comprar al país que la brinda. Lo que está puesto en evidencia con menos frecuencia es que, aun si esta ayuda no está acompañada de condiciones políticas o económicas precisas como a veces ocurre, contribuye implícitamente al mantenimiento de las

¹⁰ Tal y como está definida por la CAD de la OCDE. *Technique et démocratie*, octubre, 1967, p. 16.

estructuras sociales existentes en los países subdesarrollados donde muchas veces las relaciones de producción asocian de manera exorbitante determinados rasgos del feudalismo y del capitalismo: ver el sistema de las jornadas de trabajo en América Latina para los campesinos. Unas minorías extraen lo esencial de las riquezas del país e incrementan más su miseria al colocar sus capitales en el extranjero y al importar objetos de lujo. Son esas minorías a quienes se les ayuda cuando se practica la «ayuda desinteresada». Se entiende la perplejidad que puede levantar la repartición de la ayuda a los países socialistas. El problema en lo que se refiere a las relaciones entre países ricos y pobres no es tanto de saber si la ayuda proviene de un país capitalista o socialista sino de saber si contribuye a un reforzamiento del sistema de explotación o al respaldo de una experiencia socialista. El origen de la ayuda no es suficiente; si se le brinda a un país controlado por una minoría, la ayuda no es más que el mantenimiento del statu quo.

Se quiera o no, la cuestión del subdesarrollo se plantea hoy en términos de lucha. El funcionamiento del sistema imperialista no permite esperar que los países subdesarrollados incluidos en el mercado mundial capitalista, puedan salir de su situación. Asistimos precisamente al fenómeno inverso. Incluso Europa occidental se está atrasando en su desarrollo con relación a los Estados Unidos. Las proposiciones de carácter reformista sin hablar de los aspectos técnicos que puedan presentar, son callejones sin salida. ¿Cómo podemos esperar, por ejemplo, que se pueda ver una refundición del sistema monetario internacional cuando se ve la locura que provoca el debate actual? La única salida es la lucha por el socialismo así como lo anota Le Duan al evocar estas cuestiones, en ocasión del 50º aniversario de la revolución de octubre: «Hoy la independencia nacional debe estar necesariamente ligada al socialismo».

Un período nuevo de lucha se abre en el centro mismo de los antiguos países coloniales esclavizados bajo el yugo del neocolonialismo. La lucha de masas contra las burguesías y las burocracias locales resurgirá necesariamente, es la gran lección que se saca del análisis del imperialismo contemporáneo.

CONCLUSIONES

Para concluir queremos señalar algunos puntos que resultan del análisis que nosotros acabamos de hacer.

En primer lugar, está claro que los mecanismos que pesan sobre el subdesarrollo, y la creciente miseria —la mayor parte de los hombres de nuestro tiempo,— se deben a la naturaleza profunda del imperialismo y del capitalismo de nuestra época: es decir, al imperialismo y al capitalismo de la hora de la revolución científica. No es pues ni posible ni serio pretender resolver a fondo los problemas de los países subdesarrollados (es decir, de la masa de los hombres de Africa, Asia y América Latina), solamente con una «ayuda» material y técnica de los países avanzados a los países subdesarrollados. Para salir del subdesarrollo no existe otro camino que el de romper con el sistema, comprometerse con el camino revolucionario de las luchas de liberación nacional aunque esto sea difícil. Viet Nam, Cuba y otros, han abierto el camino. Sin independencia nacional real, no hay desarrollo posible en ningún campo.

En segundo lugar, nosotros creemos que hay que tener en cuenta, en relación con los problemas que ha traído como consecuencia la revolución científica moderna, una posición exactamente inversa a la posición defendida por la inmensa mayoría de los ideólogos burgueses y neosocialdemócratas. Sin revolución social el progreso científico no es capaz de resolver los problemas de la época. El desarrollo de la ciencia y de la técnica dentro del marco de las estructuras sociales actuales acrecienta, en lugar de disminuir, las contradicciones de nuestro tiempo. Dentro del marco imperialista la explosión científica abre nuevos períodos de luchas y alimenta el antagonismo entre las fuerzas imperialistas dirigidas por los Estados Unidos de América y el resto del mundo. Este antagonismo no solamente opone los Estados Unidos al Tercer Mundo. Se extiende también progresivamente a los países avanzados. Nuevas contradicciones entre Europa y los Estados Unidos se desarrollan, las cuales, convenientemente analizadas y explotadas, deberán permitir expandir a los países avanzados, la lucha antimperialista.

A la inversa, no es posible aceptar la subestimación sistemática de esos mismos ideólogos (cualquiera que sea la filosofía que ellos profesen) por el papel que debe jugar la ciencia en la edificación de la ideología revolucionaria.

El ritmo de progreso del conocimiento ha cambiado de naturaleza. Las relaciones entre el conocimiento y la filosofía se modifican. El tiempo de los pensadores solitarios ha muerto. Ha muerto también la posibilidad de descubrimientos a fuerza de citas de textos sagrados, por marxistas que éstos sean.

En tercer lugar, el problema decisivo del momento es el de unificar la lucha contra Estados Unidos: al mismo tiempo en el Tercer Mundo y en los países industrialmente avanzados.

Los intelectuales que se dicen progresistas, socialistas, revolucionarios, pueden hacer mucho por acelerar las cosas. Entre las dos primeras guerras mundiales, la unión entre la izquierda y la derecha se basó en el problema del fascismo. Hoy en día se basa en el problema del imperialismo norteamericano.

En Europa occidental, como dondequiera hoy en día, las luchas políticas e ideológicas que se dicen socialistas, no serán consecuentes si ellas no le hacen frente explícitamente a los problemas que hemos señalado aquí. Es necesario retomar la concepción internacionalista de la lucha revolucionaria. Lo más importante que Marx y Lenin han aportado a los hombres que luchan, es el concepto de internacionalismo proletario. Muchos intelectuales de occidente, ante la situación del movimiento obrero, se han refugiado en lo que podemos llamar una actitud «de Tercer Mundo», verbalmente revolucionaria: la revolución es para los otros. Otros no ven qué otra cosa pueden hacer, más que la ayuda técnica y científica. Nosotros creemos que se puede hacer mucho más a la vez sobre el terreno científico (es desde luego necesario utilizar la técnica para virar el arma de la ciencia contra las fuerzas de represión del imperialismo) y sobre el plano político, retomar el internacionalismo, esto es, por ejemplo, asociar el sostén político a Viet Nam en lucha con las batallas políticas internas de los países avanzados.

Ante nuestros ojos maduran las condiciones objetivas que ayudan a comprender que la lucha antimperialista, la lucha contra la ofensiva creciente de los Estados Unidos, no es una simple cuestión de relaciones internacionales, sino la condición necesaria para toda transformación verdadera de la sociedad. Así cada vez es más y más necesario que el problema de la lucha contra los Estados Unidos constituya el preámbulo indispensable de las batallas políticas dentro de los países avanzados.

Crear uno, dos, tres Viet Nam, quiere decir, en el nivel de los países industriales avanzados, crear, con prioridad, focos de oposición al desarrollo de la dominación de los Estados Unidos, luchar para crear condiciones revolucionarias que conduzcan a la ruptura con los dirigentes de la socialdemocracia y del centroizquierda que constituyen el ala izquierda del partido proamericano en Europa occidental. Los intelectuales deben com-

prender que el camino de todo progreso cultural y social atraviesa indefectiblemente por la lucha antimperialista, por la crítica implacable de la naturaleza y de los objetivos de Estados Unidos.

De tales posiciones se desprende, bastante frecuentemente en Europa, el escepticismo y la ironía. A nombre del realismo político, disimulado bajo un lenguaje progresista, se quiere hacer aceptar la dominación de los Estados Unidos. Tal «realismo» no es serio. En un mundo donde crecen las contradicciones, donde se multiplican los enfrentamientos, un pequeño pueblo de campesinos de Asia, atacado por la mayor potencia que el mundo jamás ha conocido, está en el camino de vencer en el terreno, que él ha escogido. En Viet Nam la prolongación de la lucha revolucionaria de todo un pueblo, enfrentando hombres con su genio y su coraje a las armas manejadas por los marines o los paracaidistas, ofrece la posibilidad al conjunto del campo socialista de recobrase. Ha permitido la toma de conciencia del movimiento negro en los Estados Unidos y el desarrollo de la batalla contra la guerra. Ha creado las primeras condiciones para la unificación de todas las fuerzas que hoy en día se dirigen en el mundo para barrer la explotación.

En el año 67, los dirigentes de los Estados Unidos se han quitado la careta: El 6 de julio de 1967 el presidente L. B. Johnson comentaba ante los periodistas la situación prepotente de su país, explicando que con el 8% de la población del globo, la mitad de sus riquezas, un tercio de las vías férreas mundiales y dos tercios de los automóviles, el 92% de la población del universo soñaría con estar en su lugar (lo cual es falso). Y el secretario de Estado, Mc Namara sacaba la conclusión siguiente el 16 de noviembre del 67 (lo cual es cierto): que en los años venideros los pueblos opondrían a los Estados Unidos la lucha guerrillera, y agrega que los Estados Unidos deben vencer en Viet Nam para probar a los hombres de Africa, Asia y América Latina que la lucha no paga.

Así pues las cartas están sobre la mesa; la elección de cada cual es muy clara según nuestro punto de vista. No hay otro camino que el de la lucha. Por el momento el destino del mundo, la suerte de la revolución, de la libertad de todos los hombres, se juega en los arrozales bombardeados de Viet Nam del Sur, en la jungla que arde y en las ciudades bombardeadas del Norte. El pueblo vietnamita se bate por nosotros.

Su victoria total será la victoria de todos.

TABLA COMPARATIVA DE LOS MEDIOS FINANCIEROS Y LOS EFECTIVOS ADSCRITOS A LA I y D EN VARIOS PAISES

UNIDAD	1963	1964	1964	1963	1963	1964	1964	1964 1965	1963-1964	1967	
	Bélgica	Francia	R.F.A.	Italia	Japón	Holanda	Suecia	Inglaterra	Estados Unidos	U.R.S.S. (1)	
Gastos nacionales brutos de I y D en moneda nacional (millones de unidades)	6 185,4	8 147	5 745,1	181 729,0	321 139,0	1 138,3	1 312,7	771,4	21 323	4 360 6 130	
en \$ EU (millones de unidades)	123,7	4 650	1 436,3	290,8	892,0	314,4	253,8	2 159,9	21 323	4 845 6 810	
colocados en \$ EU 1 C00	5,8	77,4	67,3	13,6	41,8	14,7	11,9	101,3	1 000	227 319	
Gastos interiores de I y D comparados con el PNB al precio del mercado	%	0,9	1,9	1,4	0,6	1,5	1,9	1,5	2,3 (2)	3,4	
Gastos interiores brutos de I y D comparados con el PNB al costo de los factores	%	1,0	2,2	1,6	0,7	1,6	2,1	1,6	2,7 (2)	3,8	
PNB por habitante al precio del mercado	\$ EU	1 502,0	1 836	1 774,0	897,0	622,0	1 385,0	2 281,0	1 700,0 (2)	3 243,0	
PNB por habitante al precio de los factores	\$ EU	1 335,0	1 550	1 536,0	785,0	565,0	1 257,0	2 019,0	1 497,0 (2)	2 947,0	
Gastos de I y D por habitante	\$ EU	13,3	34,00	24,6	5,3	9,3	25,9	33,1	39,8 (2)	111,8	21,8 30,7
Investigadores e ingenieros especializados en I y D	cifra equivalente	5 536	35 500	33 382	19 415	114 839	9 227	16 525	59 415 (3)	474 900	416 000 487 000
Investigadores e ingenieros especializados en I y D por diez mil habitantes		6	7	6	4	12	8	22	11 (3)	25	19 22
Efectivos de I y D	cifra total	20 323	150 000	187 013	42 655	289 292	42 929	24 668	—	—	1 039 000 1 472 000
Efectivos de I y D por diez mil habitantes		22	31	32	8	30	35	32	—	—	47 67

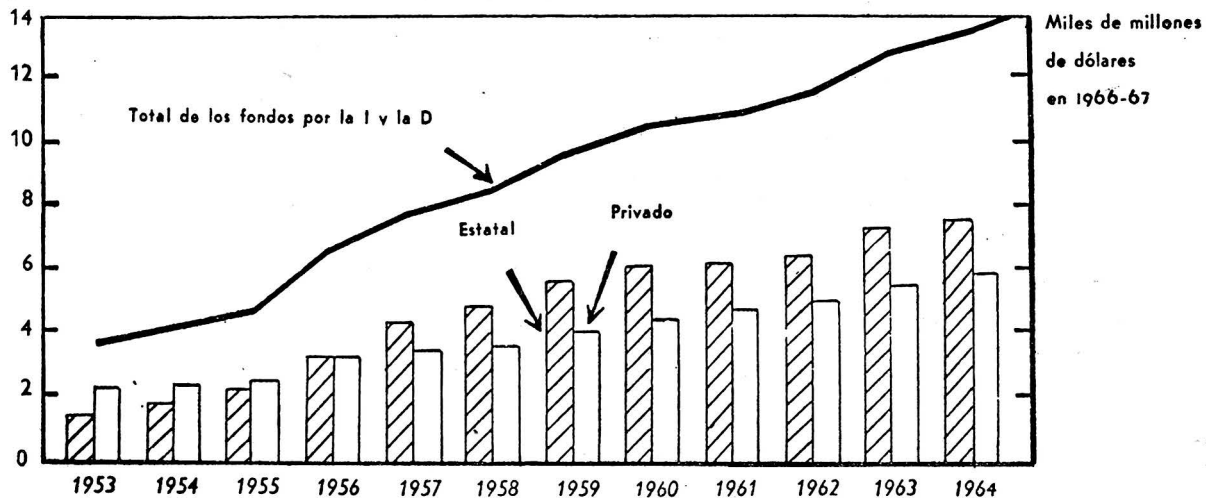
(1) En todo esta columna las principales cifras citadas corresponden a las evaluaciones moderadas, las segundas a las evaluaciones altas.

(2) 1965

(3) Excluidos los investigadores e ingenieros pertenecientes a instituciones privadas sin fin lucrativo.

Fondos dedicados a la I y a la D en las industrias, por origen de 1953 a 1964 en EUA.

Miles de millones



ANEXO I

Esta tabla toma sus datos de un reciente estudio de la Dirección científica del OCDE¹ pero las informaciones que presentan aconsejan algunas reservas.

Los años de referencias no son todos los mismos. La mayoría de las cifras citadas se refieren tanto al año 1963, como al año 1964. Para los Estados Unidos y la Gran Bretaña, se trata de los años fiscales 1963, 1964 y 1964-1965. Las cifras que se refieren a la Unión Soviética² son muy aproximadas y se remontan al año 1962. En esas condiciones es difícil establecer comparaciones rigurosas.

Además, las diferencias del costo de la investigación de un país al otro deben ser tomadas en consideración. La conversión en dólares de los importes afectados a la I y D³ por los países mencionados debería ser operada, no sobre la base de la tasa de cambio oficial de fecha indicada, sino sobre la base de una «tasa de cambio-investigación» teniendo en cuenta las distancias de costo más significativas.

¹ OCDE, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico que agrupa 17 países capitalistas.

² Tomando del estudio de C. Freeman y A. Young: El esfuerzo de investigación y desarrollo en Europa occidental, América del Norte y Unión Soviética (según estadísticas del año 1962).

³ I y D. Investigación y Desarrollo.



Las limitaciones y las posibilidades de la acción sindical

PERRY ANDERSON

De los sindicatos británicos generalmente conocemos una cosa: constituyen la cuna del reformismo. De ahí la virtud de este trabajo al analizar la función del sindicato en la sociedad capitalista, al señalar la tendencia del sistema a integrar la organización sindical en su estructura y plantear sus posibilidades de acción revolucionaria.

Aunque referido específicamente a Inglaterra, el trabajo conserva interés para otras situaciones del mundo capitalista desarrollado.

¿Cuál es el papel de los sindicatos en un movimiento socialista? ¿Cuál es su potencial de acción revolucionaria? ¿Cuáles deben ser las relaciones entre las clases, los sindicatos y el partido político? Estos problemas han constituido tradicionalmente el centro de la teoría socialista. Hoy está latente en Gran Bretaña, por el gobierno laborista, el asaltar sistemáticamente a los sindicatos, los ha relegado aparentemente al cam-

po de la especulación. Es evidente que ahora el deber de todo socialista es defender inequívoca y resueltamente el simple derecho de los sindicatos a existir en calidad de meras instituciones autónomas. Esto no significa que sean indefinidamente postpuestas por los socialistas la discusión fundamental de las relaciones a largo plazo entre el sindicalismo y el socialismo. Al contrario, la izquierda no tendrá grandes posibilidades de resistir la actual tendencia a acabar con el sindicalismo británico a menos que tenga una visión clara y conciente del lugar específico de los sindicatos en un movimiento socialista.

LIMITACIONES Y CRITICAS

Toda teoría socialista que haya adquirido madurez después de Lenin, ha empezado por enfatizar las *limitacio-*

nes insuperables de la acción sindical en una sociedad capitalista. Este énfasis surgió en la lucha contra las diversas formas del sindicalismo y la espontaneidad endémicas en el movimiento de la clase obrera europea en los primeros años de este siglo. La creencia de que los sindicatos eran los instrumentos escogidos para lograr el socialismo fue el credo principal del sindicalismo: la idea revolucionaria de confiar exclusivamente en los sindicatos. Para esta tradición de Leon, Sorel, Mann —la huelga general era un arma que aboliría la sociedad capitalista. La versión reformista era simplemente la creencia de que las demandas salariales de los sindicatos podrían conducir en definitiva a la transformación de las condiciones de la clase obrera, sin cambio alguno en la estructura social del poder. Estas dos corrientes fueron rechazadas por la tradición central del socialismo europeo. Marx, Lenin y Gramsci enfatizaron por igual que los sindicatos no podían ser de por sí vehículos de avance hacia el socialismo. El sindicalismo, en cualquiera de sus formas, era una variante incompleta y deformada de la conciencia de clase, que a toda costa tenía que ser superada por un crecimiento de la conciencia *política*, creada y sostenida en un *partido*. Luego, antes de discutir la función presente y la posibilidad real de la acción sindical, vale la pena resumir las críticas fun-

damentales a las limitaciones de los sindicatos. Pueden expresarse en varios niveles diferentes. Todas ellas están relacionadas con lo que puede llamarse el estatuto sociológico fundamental de los sindicatos en una sociedad capitalista. Son limitaciones estructurales, inherentes a la naturaleza de los sindicatos como tales.

1) Los sindicatos son una parte esencial de una sociedad capitalista porque encarnan la *diferencia* entre capital y trabajo, que define a la sociedad. Como escribió Gramsci una vez, los sindicatos son «... un tipo de organización proletaria específica del período en que el capital domina la historia... una parte integrante de la sociedad capitalista, cuya función es inherente al régimen de la propiedad privada».¹

En este sentido, los sindicatos son, dialécticamente, tanto opuestos al capitalismo, como componentes del mismo. Porque a la vez que se oponen, mediante sus demandas salariales, a la distribución desigual de la renta dentro de la sociedad, ratifican una distribución desigual con su propia existencia, que implica la existencia de la administración como su contrapartida complementaria. De ahí proviene la fuerza y perdurabilidad de la noción de las «dos vertientes de la industria» como marco inmutable de la acción sindical. La facilidad con

¹ *L'Ordine Nuovo*, (Turín, 1919-20).

que esta ideología del status quo se ha rodeado de una atmósfera de normalidad se deriva del hecho de que los sindicatos como tales no poseen perspectivas socialistas intrínsecas. Marx concibió el socialismo como la supresión de la sociedad de clases por el proletariado, quien, al hacerlo, se suprime a sí mismo. El sindicato carece de la visión de una futura autosupresión. Como instituciones, los sindicatos no desafían la existencia de una sociedad basada en la división de clases; se limitan a *expresarla*. De este modo los sindicatos no pueden ser jamás en sí mismos vehículos conductores del avance hacia el socialismo; por su propia naturaleza están atados al capitalismo. Pueden negociar más o menos favorablemente dentro de la sociedad, pero no pueden transformarla.

2) Los sindicatos son esencialmente una representación *defacto* de la clase obrera en sus centros de trabajo. Formalmente, son asociaciones voluntarias, pero en la práctica real tienen mucho más de reflejos institucionales del medio ambiente en que se desenvuelven. La formación de sindicatos en establecimientos, movimiento frecuentemente apoyado en la actualidad por los propios patronos, no ha hecho más que oficializar lo que de todos modos constituía una tendencia espontánea del sindicalismo. Cuando la organización sindical no se po-

ne a tono con los contornos naturales de la industria moderna, ello no se debe a una decisión voluntaria de suprimarlos por alguna razón estratégica, sino que es la consecuencia de la petrificación de un antiguo patrón «natural» que ha subsistido en una nueva era industrial como un sedimento geológico; tal es la fuerza de la inercia dentro de la organización sindical. La industria británica está repleta actualmente de anacronismos de este tipo, con sus miríadas de sindicatos de pequeñas empresas y sindicatos generales de carácter híbrido. Son indicaciones, no de esa orientación intencional hacia el futuro que es el distintivo de un movimiento revolucionario, sino de la dominación inerte del pasado sobre el presente. Por consiguiente, los sindicatos asumen el clamor *natural* del medio ambiente cerrado, dominado por el capital de la propia fábrica. Son un reflejo pasivo de la organización de la fuerza de trabajo. En cambio, un partido político es una *ruptura* con el medio ambiente natural de la sociedad civil, una colectividad *contractual* voluntarista, que reestructura los contornos sociales: el sindicato se adhiere a él en una relación recíproca. Un partido revolucionario, como recalcan constantemente Lenin y Gramsci, no se limita a abarcar a la clase obrera; incluye a los elementos intelectuales y de la clase media, que no están ligados en modo alguno al movimiento so-

cialista por vínculos inevitables. Su lealtad se crea, *contra la corriente de la estructura social*, mediante el trabajo del propio partido revolucionario. De este modo, sólo el partido político puede encarnar una verdadera negación de la sociedad existente y un proyecto de derribarla. El, por sí solo, es negatividad en la historia².

3) La adhesión inerte del sindicato al plan del sistema social tiene una consecuencia práctica decisiva. Su arma principal contra el sistema es una simple *ausencia*: la huelga, que es una *retirada* del trabajo. La eficacia de esta forma de acción es, por naturaleza muy limitada. Puede obtener aumentos de salarios, algunas mejoras en las condiciones del trabajo y, en muy pocos casos, algunos derechos constitucionales. Pero nunca puede derrocar un régimen social. Como arma política, las huelgas son casi siempre profundamente ineficaces. Ninguna huelga ha tenido éxito jamás. El motivo es que el socialismo requiere una conquista del poder, que es una *fuerza de acción*, una *sobreparticipación* agresiva en el sistema para acabar con él y crear un nuevo orden social. La huelga general es una abstención, no un asalto al capitalismo. En algunos casos, realmente ha desmovilizado a la clase obrera en medio de una crisis política, cuando lo que hacía falta era unirla rápidamente contra una amenaza conservadora: por

ejemplo, toda paralización del transporte público en una gran ciudad hace imposible la rapidez en las manifestaciones de masas en tanto que no afecta la movilidad de acción represiva de los militares.³ En otras palabras, puede ser contraproducente. La huelga es fundamentalmente un arma económica, que fácilmente se vuelve contra el que la esgrime si se la utiliza en un medio para el cual no está destinada. Puesto que la naturaleza de la economía como sistema es, en definitiva, una cuestión política, las huelgas tienen solamente una eficacia relativa, no absoluta, en la propia lucha económica. Esta es otra referencia al hecho que los sindicatos no pueden oponerse a la existencia del capitalismo como sistema social.

4) Los sindicatos por sí mismos sólo producen una conciencia sectorial gremial. La aseveración de Lenin sobre esta limitación en *¿Qué hacer?* es tan elocuente que desde que él la formuló nadie lo ha discutido con seriedad. El carácter gremial de la conciencia sin-

² Para una discusión de los conceptos de «positividad» y «negatividad proletarias», véase de Perry Anderson, «Origins of the Present Crisis» en *Towards Socialism*. (Londres, 1965).

³ Un clásico ejemplo de esto es la huelga general organizada en Río de Janeiro en 1964, en oposición al golpe militar que derrocó al régimen de Goulart. Simplemente se impidió que los obreros que vivían en los distritos suburbanos se trasladaran a la ciudad para movilizarse contra el golpe.

dical no proviene de la naturaleza de la acción sindical ni de su propósito, «mejores condiciones para la venta de la fuerza de trabajo», ni de «la abolición del sistema social que obliga a los desposeídos a venderse a los ricos».⁴ Ello tiene una base político-cultural. Los sindicatos representan solamente a la clase obrera. Un movimiento revolucionario —un partido— requiere algo más que esto: tiene que incluir a los intelectuales y pequeño-burgueses, que son los únicos que pueden proporcionar la *teoría* esencial del socialismo.

«La historia de todos los países pone de manifiesto que la clase obrera, exclusivamente por su propio esfuerzo, puede desarrollar solamente conciencia sindical, es decir, la convicción de que es necesario unirse en sindicatos, combatir a los patronos y esforzarse por obligar al gobierno a aprobar las leyes laborales necesarias, etc. Pero la teoría del socialismo se originó en las teorías filosóficas, históricas y económicas que fueron elaboradas por representantes cultos de las clases proletarias, por intelectuales. Por su situación social, los fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa.»⁵

La cultura en una sociedad capitalista es, en este sentido, una prerrogativa de las capas privilegiadas: solamente si algunos miembros de estas capas abrazan la causa de la clase

obrero puede nacer un movimiento revolucionario. Porque sin una teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario. Los sindicatos representan una base sociológica demasiado limitada para un movimiento socialista. Por sí mismos, producen inevitablemente una conciencia gremial.⁶ La introversión, que es tan notable actualmente en el movimiento sindical británico, es el signo natural de esta conciencia. Es la antítesis de la perspectiva universal que define a la conciencia socialista. «La conciencia de la clase obrera no puede ser una genuina conciencia política a menos que los trabajadores estén preparados para responder a *todos* los casos de tiranía, opresión, violencia y abuso, sea cual fuere *la clase* afectada... La conciencia de las masas trabajadoras no puede ser una genuina conciencia de *clase*, a menos que los obreros aprendan de los hechos políticos y concretos, y sobre todo locales, a observar a todas las demás clases en todas las manifestaciones de su vida intelectual, ética y política... Aquéllos que hacen que la clase obrera sólo concentre su atención, observación y conciencia exclusiva o principalmente en sí misma, no

⁴ *¿Qué hacer?* de V. I. Lenin.

⁵ *Ibid.*

⁶ Para una discusión de los términos «de corporación» y «hegemónico», véase op. cit., de Perry Anderson.

son socialdemócratas; porque el conocimiento que de sí misma tenga la clase obrera no ha de estar unido solamente a una comprensión teórica completamente clara —o más bien, debe estar unido a una comprensión no tanto teórica como práctica— de las relaciones que hay entre *todas* las diversas clases de la sociedad moderna, comprensión adquirida mediante la experiencia de la vida política»⁷.

Es muy evidente que el mundo sindical no ofrece esto.

5) El potencial de poder que tienen los sindicatos es sólo sectorial, no universal. En una sociedad capitalista no hay paridad de poder entre la «administración» y el «trabajo», porque el trabajo es un elemento no transformable que sólo puede ser retirado (o, a lo sumo, utilizado para la ocupación de fábricas, por ejemplo), en tanto que el capital es *dinero* —un medio de poder universalmente transformable que se puede «hacer efectivo» en muchas formas diferentes. Así, el capital puede emplearse para el control de medios de información, recursos para los paros, sostén para una campaña de propaganda, financiamiento de la educación privada, fondos para un partido político, presupuestos para armas, en una crisis social (en la década del treinta abundaron en los Estados Unidos los «comités de estaca»), etc.⁸ Los propios sindicatos acumulan, por supuesto, cierta cantidad de

capital; si no lo hicieran así no podrían llevar a cabo las huelgas. También pueden ofrecer alguna ayuda financiera a los partidos políticos, como lo hacen con el Partido laborista en Inglaterra. Pero esto es algo secundario, que no se puede comparar con los recursos de que dispone la clase poseedora. La única justificación *básica* de los sindicatos es el control que ejercen sobre la fuerza de trabajo, y ese control es un arma extraordinariamente rígida y limitada. Lo cierto es que un partido político marxista puede considerarse precisamente como un intento de crear, por contraste, un potencial *polivalente* de acción revolucionaria, que puede cristalizarse rápida y alternativamente en muchos campos distintos: elecciones, manifestaciones, boicots, agitación, educación política, insurrecciones, etc. Un partido político, por su propia naturaleza, es flexible y versátil, mientras que un sindicato está maniatado e inmóvil.

Esto se comprueba en cualquier examen que tengamos de la experiencia histórica de la acción sindical que rebasa los límites de la negociación salarial. Resulta curioso que un movi-

⁷ ¿Qué hacer? de V. I. Lenin.

⁸ Para una valiente narración de la lucha contra los «comités de estaca» y la guerra industrial desatados por los patronos, véase el volumen único, *Strike Strategy*, de John Steuben, el mejor manual que se haya escrito para el huelguista.

miento sindical, tiende a tropezar con las mismas *limitaciones estructurales* en su acción, ya sea que adopte una postura «revolucionaria» o «reformista». Estas limitaciones han condenado a un mismo fracaso a las tentativas inspiradas en los propósitos más diversos.

Control por intrusión. Esta estrategia consiste en avanzar poco a poco en el interior de la fábrica, dando pasos que arranquen sucesivamente prerrogativas locales a la administración —en lo referido a contrataciones y despidos, distribución de bonos, ritmo del trabajo, repartición de las cargas, etc. Esta, que es tradicionalmente la más práctica de las estrategias «políticas» en los sindicatos, fue intentada por el socialismo gremial, un movimiento reformista que hubo en Inglaterra durante la primera guerra mundial y poco tiempo después de su terminación. Los socialistas gremiales jamás fueron capaces de imponer su programa a los patronos en la industria pesada, donde desplegaron sus mayores esfuerzos. El movimiento se desintegró sin dejar huellas en los primeros años de la década del veinte. En la década del sesenta, el movimiento sindical italiano (CGIL) trató de iniciar una versión revolucionaria de la misma estrategia. El contrato de los obreros metalúrgicos en 1962 fue tal vez el ejemplo más destacado de esta política. Hasta ahora los resultados

han sido decepcionantes. El equilibrio de fuerzas en toda empresa capitalista es tan desigual que —*sin intervención colateral del partido o el Estado*— ningún sindicato puede tener la esperanza de arrancar a los patronos grandes prerrogativas administrativas. Los pocos casos en que los sindicatos tienen importantes prerrogativas de control prueban lo siguiente: en casi todos los casos lo que les ha permitido hacerlo es el apoyo político del Estado. Frecuentemente esto ha ocurrido en industrias nacionalizadas, como los Ferrocarriles brasileños (hasta 1964) y las minas de estaño bolivianas (hasta 1965). El «control por intrusión» no es un mito. Pero solamente es posible cuando el sindicato recibe refuerzos poderosos que no proceden de la organización sindical.

La ocupación de fábricas. Esta es ostensiblemente la forma de acción más agresiva que se puede llevar a cabo en los centros de trabajo y se ha efectuado, ya sea por medio de la iniciativa sindical o sin ella. Recientemente hubo un intento de emplear la ocupación de fábricas como un medio para combinar las demandas económicas y constitucionales (sueldos y pensiones más elevados y terminación de las restricciones a la actividad política), que fue el *plan de lucha* de los sindicatos peronistas en Argentina en el verano de 1964. El plan fracasó después que

más de quinientos mil obreros habían invadido sus fábricas, atrapado rehenes, obstruido entradas, etc. El mismo destino tuvieron esencialmente las ocupaciones espontáneas, no sindicales, de fábricas en Francia durante el frente popular (en 1936 y nuevamente en 1938) y en Italia después de la primera guerra mundial, (en Turín, 1919-1929). Estos fueron movimientos auténticos y eminentemente revolucionarios, pero en todos los casos perdieron su ímpetu cuando se hizo evidente que no había un horizonte político al cual pudieran desembocar. Porque la ocupación de una fábrica no es más que un acto puramente *simbólico*; no es, en modo alguno, una captura de la fábrica. En ningún caso pudieron los obreros hacer funcionar la planta, y, de este modo, apoderarse efectivamente de ella. Esto es naturalmente imposible en la industria moderna, donde hace falta el capital circulante para mantener la marcha de una instalación industrial, sea cual fuere. En la práctica, la ocupación de fábricas no pasa de ser una forma dramática de demostrar públicamente su inconformidad [picketing]: la presencia de obreros aglomerados en el interior de la fábrica es una demostración simbólica de que la misma les pertenece a ellos, los productores, por derecho propio. Pero esa presencia no puede convertir en realidad este alegato. La ley básica del

sindicalismo, consiste en que no hay más fuerza que la fuerza de la ausencia, está subrayada por la excepción: ésta es una presencia intensa pero inoperante.

La huelga general. También la huelga general puede adoptar una forma reformista o revolucionaria. La que hubo en Gran Bretaña en 1926 fue un movimiento defensivo contra las reducciones de los salarios que es el objetivo reformista mínimo que se puede concebir. Fue guiada en un espíritu apenado, ultraconstitucional, y fue derrotada pronta y decisivamente.

Las limitaciones del arma huelguística como una simple ausencia jamás se han ilustrado de una manera más gráfica: varios millones de hombres dejaban de asistir al trabajo, y todo lo que el consejo general pudo hacer con ellos fue que practicaran deportes —a veces con los policías que estaban encargados de reprimir la huelga.⁹ Nada podría estar en mayor contraste con este púdico episodio que el huracán revolucionario que azotó a Rusia en 1905, cuando una huelga general espontánea, sin previa organización, hizo erupción a todo lo largo y ancho del vasto imperio zarista, desde Varsovia hasta Chitá. Las condiciones históricas eran excepcionalmente favorables: la radio y el auto-

⁹ *The General Strike*, de Julian Symons, (Londres, 1957), ilustra perfectamente esta tragicomedia.

móvil no existían todavía, la magnitud del imperio daba a los ferrocarriles una singular importancia, de modo que se podía obtener una paralización completa una vez que los trabajadores gráficos y ferroviarios se lanzaran a la huelga. La propia maquinaria del Estado empezó a tambalearse a medida que los empleados del gobierno se unían con entusiasmo al movimiento. «No solamente habían dejado de funcionar las fábricas, sino las escuelas, los hospitales, los tribunales y las oficinas de los gobiernos locales... Los policías no tenían fuerza para intervenir, algunos llegaron a esconderse... en medio del estruendo y la furia de esta revuelta de las masas se había paralizado por completo el mecanismo de la vida urbana en Rusia».¹⁰ Si ha habido algún momento en que una huelga general haya tenido probabilidad de conquistar la victoria revolucionaria, ese momento fue en 1905. Pero esta primera explosión fue desvaneciéndose a medida que el hambre y la desmoralización menoscababan la confianza del pueblo y regresaron al trabajo en octubre cuando se hizo evidente que había un atolladero estratégico. Los bolcheviques, precisamente al terminar la huelga, vieron que ésta debió ser sustituida por la insurrección armada, su opuesto dialéctico. Se hizo un esfuerzo heroico por tomar a Moscú, pero las unidades militares aplastaron la in-

tentona. La lección les sirvió para conquistar la victoria doce años después.

Se ha intentado utilizar la huelga general como un arma política económica. En combinación con formas de acción complementarias —motines, elecciones, insurrecciones, etc.— los sindicatos pueden indudablemente desempeñar un papel importante en una crisis política: un buen ejemplo de ello es el derrocamiento del régimen neocolonial de Youlou en el Congo Brazzaville en 1963. Pero confiar solamente en la huelga general como tal es algo que ha estado casi siempre condenado al fracaso. La razón fundamental es evidente: el *paro*, sea cual fuere el grado de solidez, no es lo mismo que una *sustitución* de un orden social por otro.

LA INVERSION DE FUNCIONES: PARTIDOS Y SINDICATOS

Las limitaciones del sindicalismo son, pues, radicales. Tradicionalmente, la teoría socialista ha insistido en que estas limitaciones deben ser superadas con la labor de un partido político. Lenin expuso este criterio cuando escribió (en el año 1900):

«Para los socialistas, la lucha económica sirve de base para la organiza-

¹⁰ *The Twilight of Imperial Russia*, de R. D. Charques, (Londres, 1958).

ción de los obreros en un partido revolucionario, para el refuerzo y el desarrollo de la lucha de clases contra todo el sistema capitalista. Pero si se considera la lucha económica suficiente por sí misma, entonces no hay en ella nada de socialista. En la experiencia de todos los países europeos hemos tenido muchos sindicatos, no solamente socialistas, sino también antisocialistas. Prestar asistencia en la lucha económica del proletariado es tarea del político burgués. La tarea de los socialistas es hacer que la lucha económica de los obreros ayude al movimiento socialista a contribuir al éxito del partido socialista revolucionario.»

Solamente un partido revolucionario, y no un sindicato, puede derrocar al capitalismo. En la actualidad ha tenido lugar un cambio en Inglaterra y en cierta medida en toda Europa occidental: las relaciones entre los sindicatos y los partidos, entre la lucha económica y política se han invertido empíricamente. Como ha escrito Tom Nairn:

«Los sindicatos son otra vez —después de un largo período en que el partido político ocupó el centro del escenario— la vanguardia en la lucha de la clase obrera, los portaestandartes cuya posición domina todo lo demás». ¹¹

¿Cómo se ha producido esto? ¿Cuáles son las razones del actual eclipse del

partido político en todo el contexto socialista, y el resurgimiento de los sindicatos como vórtice principal del conflicto de clases? Es evidente que en Gran Bretaña hay una situación histórica especial que ha determinado la actual tentativa de deshacer la autonomía sindical: la crisis contemporánea del imperialismo británico, la tendencia a resolver la crisis a expensas de la clase obrera, la asimilación por parte del gobierno laborista de un papel abiertamente rompehuelgas.

Es probable, sin embargo, que el caso británico no sea más que el ejemplo más dramático de una tendencia general de los países capitalistas avanzados. Un partido político revolucionario es una superestructura artificial, contractual —una organización voluntaria creada contra la corriente de la sociedad. Sólo porque el partido no es inherente al sistema político y económico del capitalismo puede abolirlo decisivamente. Su estructura inicial se orienta hacia el futuro: ésta es la razón por la cual puede revolucionar a la sociedad en general. Pero lo contrario es igualmente cierto. Por ser más «artificial» y por no producirse y reproducirse automáticamente mediante las condiciones sociales, puede también ser totalmente asimilado por la sociedad, hasta el punto de desa-

¹¹ En «The Nature of the Labour Party» en *Towards Socialism*.

parecer como fuerza diferencial en todos los sentidos. Cuando la lucha política en una sociedad capitalista se ha convertido durante algún tiempo en la arena de la omnímoda victoria burguesa, como sucede actualmente en Gran Bretaña y Alemania Occidental —donde un «consenso» monolítico excluye la articulación de cualesquiera a opciones socialistas a nivel nacional—, los partidos tradicionales de la izquierda se convierten simplemente en agentes del status quo. Su degeneración es el reverso de su posibilidad para la transformación social. En cambio, los sindicatos no pueden lograr nunca tan alto nivel de acción como un partido político. Tampoco, por la misma razón, tienden a hundirse hasta llegar a su más bajo nivel: se funden *en bloque* con el sistema. Porque su función está enraizada en la organización del propio capitalismo: el mercado laboral. El resultado es que los sindicatos son cloroformados y suprimidos totalmente con menos facilidad que los partidos políticos, porque surgen espontáneamente del fundamento del sistema económico. Mientras existan clases —y ya no se discute que en occidente existen en la actualidad, tanto como existieron en el pasado—¹² habrá conflicto. Donde no haya articulación política de este conflicto, lo que habrá de subsistir será la forma más elemental: la lucha económica. Este último foco de la lu-

cha de clases es una perpetua anomalía para una sociedad que se dedica al mito de la armonía sin clases y la paz social. Todavía hoy, las huelgas son un escándalo para la ideología del sistema. Sin embargo, recientemente ha habido apremiantes exigencias económicas que han empezado a requerir la supresión práctica de las huelgas. Las demandas del neocapitalismo —la necesidad de controlar la inflación, de planificar las inversiones de capital a largo plazo, de incrementar los mercados de exportación— han conducido a un ataque político a la autonomía sindical en un buen número de naciones occidentales. Este ataque ha ido mucho más lejos en Gran Bretaña que en ningún otro país, y ahora el movimiento sindical británico se enfrenta al peligro más grave que ha tenido que afrontar durante toda su historia.

La campaña concertada para acabar con los sindicatos como fuerza independiente ratifica de un modo completamente decisivo el valor creador e insustituible de un movimiento socialista. Después de haber bosquejado las limitaciones externas de su acción, es necesario que expongamos ahora el valor y la eficacia específica de esta acción en su propio terreno. Entonces se hará evidente cuánto está en

¹² Para un examen decisivo de la evidencia, véase, de John Westergaard, «The Withering Away of Class —A Contemporary Myth» en *Towards Socialism*.

juego en la actual contienda entre los sindicatos y los gobiernos.¹³

1) Los sindicatos son incapaces hoy por hoy de aumentar sustancialmente la participación de los salarios en la renta nacional. Todas las investigaciones de los años recientes han puesto de manifiesto que la proporción que hay entre los salarios y las ganancias, rentas e intereses ha tenido la tendencia a permanecer constante por muchas décadas en Inglaterra y otros países capitalistas. Este hecho no es sorprendente: es una consecuencia necesaria de la estructura del poder en una sociedad capitalista, y sólo se puede cambiar cuando una revolución política echa abajo la estructura. Esto no quiere decir que la acción sindical es una labor ilusoria de Sísifo. Pero la presión de los salarios sindicales fuerzan el ascenso de la productividad, y de este modo, una participación constante en el producto nacional crea un nivel de vida más elevado para la clase obrera.¹⁴ Esta es la posición *mínima*, arduamente conquistada, de la oposición de la clase obrera en un sistema de explotación permanente y profunda. Esta posición es lo que ahora está amenazada. El intento de maniatar a los sindicatos es un esfuerzo por mantener un aumento neto en la participación de las ganancias en comparación con los salarios en la renta nacional, —y una caída relativa en los ingresos de la clase obrera. En Inglaterra, el gasto

excesivo de un sistema imperial caduco —militar, político y financiero— hace que ésta sea la opción política más atractiva para la clase dominante. La clase obrera inglesa sufrirá así una derrota y una regresión históricas si le son confiscadas sus organizaciones industriales.

¹³ Por supuesto, los sindicatos tienen que conservar su autonomía también bajo el socialismo. Sus derechos fueron enfáticamente salvaguardados por Lenin en su famoso debate contra Trotski y Bujarin, sobre esta cuestión, en el X Congreso del Partido, en 1921. Los sindicatos, recalcó él, deben estar libres de defender a los obreros, tanto contra los programas específicos del estado resultantes de los compromisos políticos entre los intereses de la clase obrera y el campesinado, como contra las arbitrariedades burocráticas en la implantación de los programas del Estado como tales. En términos teóricos, es axiomático que el socialismo no es una práctica monista, sino una unidad en la multiplicidad, tanto en el orden institucional como en la práctica. No obstante, la índole de los sindicatos en una sociedad socialista es tan diferente de la naturaleza de los mismos en una sociedad capitalista (Lenin los describió como «organizaciones educacionales, escuelas de administración, escuelas de dirección, escuelas de comunismo» que hemos omitido aquí la discusión de este importante problema. *Soviet Trade Unions*, de Isaac Deutscher (Londres, 1950), contiene un admirable análisis del gran debate sobre los sindicatos que tuvo lugar en Rusia durante los años veinte.

¹⁴ Esto no excluye las fases históricas en que la escasez de mano de obra y la competencia intercapitalista pueden tener el mismo efecto, aun donde el movimiento sindical está aherrojado. La economía de la Alemania nazi es un ejemplo. Pero a la larga, ha sido la presión de los sindicatos por la plena ocupación laboral lo que ha impedido la creación de constantes interrupciones en el crecimiento de la productividad.

2) Los sindicatos son armas de la lucha económica, que son absolutamente ineficaces para la acción política agresiva. Esto no quiere decir que no tengan significación política. Nada estaría más lejos de la verdad. La *identidad sociopolítica* de la clase obrera europea está, por encima de todo, encarnada en sus sindicatos. No se manifiesta como clase más que a través de sus instituciones colectivas, entre las cuales la más elemental es el sindicato. Fuera de estas instituciones históricas, la clase obrera tiene una identidad puramente inerte, impenetrable hasta para ella misma. Está separada del resto de la sociedad por sus ocupaciones, costumbres y cultura características, pero no es un grupo monolítico capaz de una acción política dada.¹⁵ Para esto, tiene que estar conciente de sí misma como clase —y no puede estarlo más que en las organizaciones que cree contra el sistema social en que está insertada. Cualquiera que sea el grado de colaboracionismo de los dirigentes sindicales, la misma existencia del sindicato afirma *de hecho* la irreducible *diferencia* entre el capital y el trabajo en una sociedad mercantil; entraña la negativa de la clase obrera a incorporarse al capitalismo en sus propios términos. De este modo los sindicatos producen en todas partes conciencia *de clase obrera*, o sea, la conciencia de la identidad separada del proletariado como fuerza so-

cial, con sus propios intereses aislados en la sociedad. Esto no es lo mismo que conciencia *socialista*— la visión y voluntad hegemónicas de crear un nuevo orden social, que sólo puede surgir por un partido revolucionario. Pero el uno es una etapa necesaria para llegar al otro. Aun en los sindicatos más apolíticos, hay una vasta evidencia empírica de esta misión política «preparatoria». En Gran Bretaña, la lealtad electoral de dos tercios de la clase obrera al Partido laborista se debe al hecho que se trata de miembros de los sindicatos más que a ningún otro factor aislado. Aquí los sindicatos *confieren visiblemente* su identidad a la clase; el otro tercio de la clase obrera que vota por los conservadores no está sindicalizado en su inmensa mayoría, sin que haya diferencias importantes en *ningún otro* sentido sociológico. La lógica de esta vinculación tradicional es ahora evidentemente problemática, un hecho trascendental con posibles consecuencias políticas. Pero la propia vinculación demuestra la verdad de la explicación de Marx sobre las relaciones recíprocas entre la lucha industrial y la lucha política.

«El movimiento político de la clase obrera tiene naturalmente como objetivo final la conquista para sí del po-

¹⁵ Para una discusión del concepto del «grupo monolítico», véase, de André Gorz, «Sartre y Marx» en *Pensamiento Crítico* No. 5 (junio de 1967).

der político: para esto es naturalmente necesaria la previa organización de la clase obrera; una organización desarrollada hasta cierto grado, que surja de las propias fuerzas económicas... Un movimiento político surge en todas partes del movimiento económico particular de los obreros, es decir un movimiento de la clase por llegar a sus fines en una forma general, una forma que tiene fuerza compulsoria en un sentido social general. Si estos movimientos presuponen cierta organización previa, son a su vez igualmente un medio de desarrollar la organización».¹⁶

La identidad y retentiva de la clase obrera como fuerza autónoma está así en juego con la libertad del movimiento sindical. La amenaza de subordinar los sindicatos al Estado amenaza, en definitiva, con la extinción de la conciencia de la clase obrera como tal. Equivale a intentar la creación de un conjunto social totalmente coordinado y purgado —la integración monolítica de «la sociedad unidimensional» de Marcuse.¹⁷ Hay que hacerle frente si se quiere que el socialismo siga teniendo un futuro en Gran Bretaña.

EL FUTURO

Desde cualquier punto de vista socialista, el movimiento sindical está hoy muy lejos de ser perfecto. Pero es evidente que no puede ser renova-

do a menos que tenga la libertad inicial de existir. Dada esta circunstancia, ¿cuáles son los cambios que se necesitan en el carácter actual del sindicalismo británico?

1) *La militancia industrial*. La mayoría de los sindicatos británicos son actualmente anticuados y burocráticos. No gozan de la absoluta confianza de sus miembros. Es notoria la participación mínima en las elecciones sindicales —el único medio formal de que pueden disponer los miembros para ejercer control sobre los funcionarios—, y el carácter derechista y la calidad mediocre de muchos dirigentes sindicales es, a la vez, causa y efecto de esta situación. No es simplemente el caso de que haya una fatal «ley férrea de oligarquía» que produce inevitablemente una burocracia sindical autoritaria, sin responsabilidad sobre las necesidades de sus miembros. Esta noción es meramente lo que Alvin Gouldner llama «el rasgo metafísico de la burocracia».¹⁸ No hay ninguna razón por la

¹⁶ Carta a Bolte, 1870. Para una buena explicación del criterio de Marx acerca de los sindicatos, véase, de A. Lozovski, *Marx and the Unions* (Londres, 1935).

¹⁷ En *One-Dimensional Man* (Londres, 1965). Véase también el ensayo de Marcuse «Industrialization and Capitalism» en *New Left Review*, 30, (marzo-abril de 1965).

¹⁸ «The Metaphysical Paths of Bureaucracy» en *Complex Organizations*, de Alvin Gouldner, editado por Amitai Etzioni (Estados Unidos, 1964).

cual los sindicatos, por grandes que sean, no puedan lograr participación en la democracia: el hecho que dejen de hacerlo normalmente no se debe atribuir a las necesidades ciegas de la organización en grande, sino al medio ambiente político en que trabajan. Dicho de otro modo, la carencia de democracia en los sindicatos se debe interpretar en términos de la naturaleza del sistema en que están insertados, o sea, el *capitalismo*.

Porque es una regla en una sociedad capitalista que toda institución o reforma creada *para* o *por* la clase obrera pueda convertirse, *por esa misma razón*, en un arma *contra* ella, y existe además la regla de que la clase dominante ejerce una constante presión hacia este fin. Aquí hay una reversibilidad [reversibility] social permanente. El motivo es que todo intento de hacer avanzar la causa de la clase obrera hacia la conquista del poder político *para* sí, tiene que entrañar una conquista preliminar del poder *sobre* ella, en forma de organización colectiva, ya tenga un carácter de cooperación sindicalista o de partido político. La sindicalización —o politización— de la clase obrera requiere la creación de instituciones que en determinado momento sean su *control*, como una necesidad de toda acción disciplinada. Desde luego, en otros momentos son también por ese hecho una *liberación* de la clase. La clase obrera es concre-

tamente libre sólo cuando puede pelear contra el sistema que la explota u oprime.¹⁹ Esto puede hacerlo solamente en sus instituciones colectivas: su unidad es su fuerza y, por ende, su libertad. Pero precisamente porque su unidad requiere una organización disciplinada, el objetivo principal del capitalismo consiste en apropiársela para la estabilización del sistema. Entonces puede volverse contra los mismos propósitos para los cuales fue creada. Esta ambigüedad —*poder para y poder sobre*— es lo que hace que las instituciones de la clase obrera sean las mejores de todas las armas contra la clase obrera. Así, muchos de los actuales sindicatos británicos, precisamente por carecer de democracia, están al servicio de la función objetiva que subordina la clase obrera al capitalismo. Los dirigentes sindicales que simbolizan este mecanicismo; con sus grotescos títulos de nobleza, son demasiado conocidos para que tengamos que discutirlos aquí. Las direcciones actúan simplemente como poleas de transmisión del capitalismo dentro del proletariado. Pero, al mismo tiempo, a causa de la naturaleza paradójica del sindicalismo —un componente del capitalismo que por su naturaleza lo es también antagónico—, ni siquiera los

¹⁹ Para una discusión de este problema véase, de J. P. Sartre, «Los comunistas y la paz» en *Situations*, (París, 1954). Existe una versión española.

peores sindicatos suelen ser *meras* organizaciones de adaptación a la situación imperante. Si lo fueran, a la larga perderían sus miembros por no obtener ventajas económicas. Sería, pues, incorrecto describir a los sindicatos derechistas, en el sentido clásico de la frase, como «extintores del fuego revolucionario». Realizan una doble función, ahorrojar sus miembros al sistema y, a la vez, obtener beneficios limitados dentro del mismo. En Gran Bretaña, aproximadamente la mitad de los aumentos de salario real en cualquier año se obtiene por medio de negociaciones a nivel nacional.

Ya dicho esto, hay que decir también que la otra mitad de los aumentos obtenidos anualmente en los salarios no se logra por los aparatos sindicales nacionales, sino por la militancia local contra la administración de las fábricas, que normalmente sobrepasan las líneas de demarcación sindicales desafiando abiertamente a la prohibición sindical. El noventa por ciento de todas las huelgas en Gran Bretaña carece actualmente de carácter oficial. El enorme aumento de la función de los representantes obreros ante la administración de las fábricas es un producto inevitable de la falta de democracia y responsabilidad de los principales sindicatos. Porque en una sociedad capitalista el conflicto de clases *no puede* ser suprimido totalmente: surge naturalmente

del funcionamiento del sistema. En la medida en que la función sindical no es realizada por las direcciones de los sindicatos, la contradicción entre el capital y el trabajo va *descendiendo* en jerarquía hasta llegar al nivel de la planta o al interior de la fábrica, y es «usurpada» por el representante obrero ante la administración. La represión burocrática en el sindicato —una consecuencia de su captura desde arriba por el medio ambiente capitalista—, tiende a conducir a una rebelión desde abajo que actúa como un restablecimiento de la situación anterior, la situación *natural* de la lucha inherente a la organización capitalista de la industria. El reciente desarrollo y militancia de la representación obrera es un signo de esta invencible presión. Todo socialista tiene que aceptar gustosamente este desarrollo y defender la libertad de acción de las representaciones obreras. Las numerosas persecuciones de que se les hace víctimas no hacen más que evidenciar la efectividad de su reto al sistema capitalista y sus intermediarios en el movimiento sindical. Pero es erróneo contraponerlas a los sindicatos como tales. Lo que demuestran es que la lucha por sindicatos más militantes es, además, a la larga, una lucha por el incremento de la democracia sindical. De inmediato, por supuesto, los miembros de los sindicatos suelen ser menos «políticos» aún que sus dirigentes, y la democratiza-

ción podría conducir a pérdidas locales en la izquierda. Pero este bajo nivel de conciencia política es precisamente una consecuencia del *tipo* de dirección sindical que suele existir hoy —mediocre, autoritaria y conformista. Una mayor libertad de discusión dentro del movimiento sindical tiene que crear una clase obrera más confiada en sí misma, y con ello sólo podría beneficiarse a la larga la izquierda militante. Porque es evidente que la militancia es industrialmente más eficaz que la colaboración de clases para el logro de aumentos salariales. Por consiguiente, la izquierda tiene que llevar la ventaja en la competencia libre y abierta.

Luego, la lucha económica, que ha sido el propósito tradicional del sindicalismo, debe tener hoy su complemento en la lucha por recuperar los sindicatos para sus miembros. Una es requisito de la otra. La lucha por un sindicato más democrático y militante es una pelea contra la penetración y dominación capitalista en el movimiento sindical.

2) *La lógica política.* Los sindicatos han negociado históricamente por la obtención de mejores condiciones para la venta de fuerza de trabajo; no han podido desafiar la propia existencia del mercado laboral. Hoy, sin embargo, han cambiado las relaciones entre la lucha «política» y la «económica». El surgimiento de una ten-

dencia estatal a imponer una política de ingresos centralizados es una de las características distintivas del capitalismo contemporáneo. Esto ha tenido como consecuencia la posibilidad de una agregación de las cuestiones y disputas locales a una lucha *nacional* sobre la distribución del superávit económico nacional. Una política de ingresos hace del capitalismo un sistema potencialmente transparente en un sentido en que jamás lo fue anteriormente. La distribución neta del superávit entre salarios y ganancias se hace mucho más visible e inequívoca. En este sentido, la propia discusión de los salarios puede convertirse en un proceso por la abolición de la «esclavitud asalariada». Así se hace posible ahora una lucha global por el superávit, en lugar de una dispersión de demandas locales y aisladas.²⁰ Esto es una realidad en Inglaterra, más aún que en ninguna otra parte. Porque toda nuestra situación histórica está dominada actualmente por el esfuerzo que hace el gobierno laborista por aplastar las demandas *económicas* de los sindicatos con el propósito de sufragar los gastos de una opción política —el mantenimiento del sistema militar y financiero del imperialismo británico: la presencia al este de Suez, la exportación de capital, el prestigio de la li-

²⁰ Esta tesis se desarrolla en «*The New Capitalism*», de Robin Blackburn, en *Towards Socialism*.

bra esterlina. Los sindicatos no pueden enfrentarse a este ataque si no es rechazando los programas *políticos* del gobierno y luchando por *programas socialistas*, que son los que se les oponen diametralmente. La lucha sindical es ahora, necesariamente, una lucha política. Las dos no pueden seguir estando disociadas, ni siquiera temporalmente.

¿Quiere esto decir que los sindicatos pueden o deben ahora, pese a todo lo que hemos dicho anteriormente, actuar como agencias políticas? No. Su eficacia radica en otro lugar. El nuevo factor es que sus demandas económicas tradicionales tienen ahora una dimensión política *inmediata*, de grado o por fuerza. Es la «lógica» de su lucha industrial. Pero esta lógica se puede proseguir con éxito solamente por medio de un partido político. Las implicaciones de esto tienen hoy un carácter fundamental. La ma-

yoría de los sindicalistas británicos están afiliados al Partido laborista, el mismo partido que ahora intenta bloquear su acción y deshacer su autonomía. ¿Puede esta inmensa contradicción continuar indefinidamente? ¿Hasta cuándo seguirán los sindicatos apoyando a su verdugo? Solamente el futuro podrá decirlo. Pero si el Partido laborista persiste en seguir por el camino que lleva, está claro que finalmente ha de llegar el día de ajustar cuentas. Entonces se replanteará toda la cuestión de la lealtad política del movimiento sindical. ¿Optará éste por un sindicalismo «negociador», sin partido? ¿Transferirá su lealtad? ¿Patrocinará nuevas instituciones políticas, como patrocinó una vez al Partido laborista? Estas cuestiones invaden toda el horizonte, esperando precisamente detrás de cada disputa, en la Gran Bretaña de los salarios congelados.

CRITICA DEL N. KRASSO MARXISMO DE TROTSKI

NOTA:

Con la publicación de la «Crítica del Marxismo de Trotsky», de Nicolás Krassó, Pensamiento Crítico continúa su labor de información sobre el pensamiento político y social del tiempo presente. El punto de vista de Krassó —uno de los tantos que se exponen en el debate sobre la Revolución Rusa y sus autores— ha sido directamente rebatido por Ernest Mandel en «El Marxismo de Trotsky: una anticrítica», que será publicado en nuestra entrega de abril.

En sus limitaciones y aportes, constituyen posiciones polares en un debate que continúa abierto; por entenderlo así los publicamos haciendo la salvedad de que no constituyen un criterio editorial.

La Redacción.

I

Durante muchos años, Trotsky constituyó un tema imposible para un marxista. La lucha en el seno del Partido Bolchevique en la década del veinte, produjo una polarización tan

violenta de su imagen dentro del movimiento obrero internacional que desapareció toda discusión racional acerca de sus obras y su persona. El anatema de Stalin convirtió su nombre en sinónimo de traición para millones de militantes en todas partes del mundo. Por otra parte, una minoría consagrada y segregada santificaba su memoria y creía que su pensamiento era el «leninismo de nuestro tiempo». Aún hoy, treinta años después de su muerte y un decenio después de la muerte de Stalin, existe todavía un tabú alrededor de las discusiones regulares sobre Trotsky en el movimiento comunista; subsiste el encantamiento de su figura, un sorprendente anacronismo en el mundo de hoy. La única excepción de esta regla es, por supuesto, la biografía en tres volúmenes de Isaac Deutscher, parte de una obra mayor. Pero, paradójicamente, la grandeza del logro de Deutscher ha sobrepasado aparentemente a cualesquiera otros colaboradores po-

tenciales al debate, dentro del marxismo, sobre el verdadero papel histórico de Trotski: Indudablemente resulta significativo que no haya habido nunca apreciación marxista alguna sobre la obra de Deutscher, de una calidad correspondiente a su magnitud. Se ha adelantado tanto a las actitudes contemporáneas que todavía no ha sido propiamente asimilada, y, por ende, jamás ha sido impugnada. Sus implicaciones, no obstante, serán asimiladas solamente mediante una discusión continua, en diferentes áreas, dentro de la historia soviética, aún donde se mantengan criterios divergentes. Sería un error no abordar los problemas específicos por temor a entrar en contacto con toda la epopeya revolucionaria, o con su historiador.

Este ensayo se propone enfocar tal problema: ¿cómo debemos juzgar a Trotski como marxista? Esto significa compararlo con Lenin, (más bien que con Stalin), y tratar de establecer la unidad específica de sus escritos teóricos y su actuación política. En este sentido, la vida de Trotski transcurre en cuatro etapas distintas: 1879-1917, 1917-21, 1921-29 y 1929-40. Nuestra tesis expuesta en este ensayo es que los cuatro períodos se comprenden mejor en el marco de un solo problema: la relación de Trotski con el partido como organización revolucionaria del proletariado y sus fundamentos teóricos latentes. El enfoque abarca todas las característi-

cas básicas, aciertos y errores del pensamiento de Trotski como marxista, y explica las vicisitudes de su carrera política.

1879-1917

El «garrote de Lenin», miembro fundador del menchevismo. Antes de la Revolución de Octubre, Trotski nunca fue miembro disciplinado de ninguna facción del Partido Socialdemócrata Ruso, bolchevique o menchevique. Este hecho se puede explicar, en parte, por los desacuerdos políticos, en diferentes coyunturas, con los bolcheviques y los mencheviques. Pero también se refleja, indudablemente, en una opción teórica más profunda, que gobernó sus acciones en este período. Uno de sus primeros escritos conocidos, según Deutscher, fue un ensayo sobre la organización del partido, escrito en Siberia. En él, Trotski abogaba por un despiadado control disciplinario sobre el movimiento revolucionario, ejercido por un fuerte Comité Central: «El Comité Central romperá sus relaciones (con cualquier organización indisciplinada) y de este modo aislará a esa organización de toda la revolución mundial».¹ Consecuente con este crite-

¹ Véase *The Prophet Armed*, Isaac Deutscher, p. 45.

Ediciones Era, de México, ha comenzado a publicar en español la trilogía de Deutscher sobre Trotski: *El Profeta Armado*, *El Profeta Desarmado* y *el Profeta Proscrito*. (N. de R.)

terio, cuando partió de Rusia en 1902, Trotski abogaría inicialmente por un férreo sistema disciplinario en la disputa entre Iskra y los economistas en el Tercer Congreso del POSDR, celebrado en Bruselas, en Julio de 1903. Los estatutos del partido, decía él, deben expresar «la desconfianza organizada de la dirección» hacia los miembros, una desconfianza ejercida por un control vigilante y vertical sobre el partido.

Esta formulación tiene un espíritu visiblemente distinto de todo lo que aparece en *¿Qué hacer?* En esta etapa, Trotski, recién llegado del exilio y novicio en el movimiento revolucionario nacional, era conocido como «el garrote de Lenin», pero si comparamos los escritos de ambos en este período, se hace evidente —como veremos— que la etapa «pro-bolchevique» de Trotski reproducía meramente los aspectos externos y formales de la teoría de Lenin sobre la organización del partido, sin su contenido sociológico, caricaturizándola necesariamente como una jerarquía de mando militarizada, una concepción completamente ajena a Lenin. Puesto que no se fundaba en ninguna teoría orgánica del partido revolucionario, no hay nada de sorprendente en el hecho de que Trotski se pasara súbitamente al extremo opuesto en el mismo Congreso, denunciando finalmente a Lenin como el «desorganizador del partido» y el arquitecto de un

plan para convertir al POSDR en una partida de conspiradores más bien que en el partido de la clase obrera rusa. «El garrote de Lenin» se convirtió así en un miembro fundador del menchevismo a fines de 1903. En abril de 1904, Trotski publicó en Ginebra *Nuestras tareas políticas*, ensayo dedicado al menchevique Axelrod. En el mismo rechazaba frontalmente toda la teoría de Lenin acerca del partido revolucionario, negando explícitamente la tesis fundamental de Lenin de que el socialismo como teoría tenía que ser llevado a la clase obrera desde el exterior, mediante un partido que incluyera a la intelectualidad revolucionaria.

Trotski atacó esta teoría como «substitucionismo» y denunció acerbamente: «Los métodos de Lenin conducen a esto: la organización del partido empieza por sustituir a la totalidad del partido; luego el Comité Central sustituye a la organización y, finalmente, un solo «dictador» sustituye al Comité Central». A continuación denunció a Lenin por su «suspiciosa maliciosa y moralmente repulsiva».²

Partido y clase

Su propio modelo del Partido Socialdemócrata fue tomado del partido alemán, e implicaba un partido coextensivo a la clase obrera. La evidente crí-

² Véase *The Prophet Armed*, Isaac Deutscher, pp. 90 y 92.

tica de semejante formulación, en una perspectiva marxista, es que los verdaderos problemas de la teoría revolucionaria y las relaciones entre partido y clase no pueden ser enfocadas científicamente con los conceptos de «sustitución» y su opuesto implícito, «la identidad». Partido y clase corresponden a diferentes niveles de la estructura social, y la relación entre ellos es siempre de articulación. Entre ellos no es posible ningún cambio («sustitución»), del mismo modo que no es posible ninguna identidad —porque son necesariamente distintas instancias de un conjunto social estratificado, no expresiones comparables o equivalentes de un nivel dado del mismo. Los conceptos especulativos de «sustitución» o «identidad» impiden, *ab initio*, toda comprensión acertada de la naturaleza específica de la práctica del partido revolucionario (en y dentro) de la clase obrera, como lo teorizó Lenin. Talés conceptos importan un fracaso radical en la comprensión del papel inevitablemente autónomo de las instituciones políticas en general, y del partido revolucionario en particular, autónomo con relación a las fuerzas de las masas dentro de una formación social, determinada en última instancia, desde luego, por la economía.

El fracaso en captar la especificidad de las organizaciones políticas y el papel del partido revolucionario, en otras palabras, la carencia de una

teoría del partido, explica los cambios súbitos y arbitrarios de Trotski hacia la organización del partido en esos años. Estos cambios tenían meramente un significado psicológico —expresiones de una ambivalencia entre actitudes «autoritarias» y «libertarias» (reproducidas posteriormente en los cambios repentinos desde sus actitudes ante el comunismo de guerra hasta el papel que desempeñó en el ataque a la «burocracia») cuya oposición abstracta indicaba de por sí un problema premarxista. No representaban una posición teórica propiamente dicha—, aparte de revelar una ausencia, una zona vacía en el pensamiento de Trotski.

Esta ausencia, sin embargo, estaba vinculada a una intuición particularmente intensa de las fuerzas sociales de las masas como tales. A fines de 1904, Trotski se separó de la facción menchevique y entró en sociedad intelectual con Parvus, un emigrado ruso perteneciente al Partido Socialdemócrata alemán. La extrema inconstancia de sus vínculos con toda agrupación organizativa quedó, por tanto, rápidamente confirmada. Sin embargo, esta posición inestable hizo posible, paradójicamente, su meteórico ascenso en la Revolución de 1905, erupción espontánea sobre la cual ninguna organización revolucionaria tuvo tiempo para obtener control efectivo antes de que decayera su ímpetu y fuese derrotada. Tanto los bolche-

viques como los mencheviques fueron sorprendidos por la Revolución, y sus dirigentes sólo arribaron a Rusia con algún retraso. Trotski, que estaba en San Petersburgo desde el principio, se adaptó mucho más rápidamente a la sublevación popular de octubre, inestructurada como estaba al no contar con la orientación de partido político alguno. No tardó en adquirir la dirigencia del Soviet de San Petersburgo. Deutscher observa con razón que precisamente en este éxito «él encarnó la inmadurez del movimiento». Esta falta de madurez, desde luego, produjo la derrota rápida y decisiva de la revolución cinco meses después —el funeral de la espontaneidad en la historia del movimiento de la clase obrera rusa.

«Resultados y perspectivas»

Sin embargo, esta experiencia fue la que sirvió de base para el primero y más importante de todos los escritos de Trotski —*Resultados y perspectivas*— redactado en prisión en 1906. Este trabajo contiene todos los elementos de los criterios posteriores expuestos en un panfleto polémico de 1928, *Revolución permanente*; pero es mucho más que esto. Es indiscutiblemente una brillante prefiguración de las principales características clasicistas de la Revolución de Octubre de 1917. «En un país económicamente atrasado, el proletariado puede to-

mar el poder antes que en los países donde el capitalismo es avanzado... La revolución rusa crea las condiciones en las cuales el poder puede... pasar al proletariado antes de que los políticos del liberalismo burgués hayan tenido oportunidad de mostrar adecuadamente su genio propio de estadistas... El proletariado en el poder aparecerá ante el campesinado como su liberador».³

Revolución permanente

Trotski predijo correctamente que la atomización del campesinado y la debilidad de la burguesía en Rusia harían posible la toma del poder por la clase obrera, aunque ésta constituía aún una minoría de la nación. Una vez en el poder, tendría que ganarse a toda costa el apoyo del campesinado, y estaría obligada a pasar de las medidas «democráticas» a las «socialistas» sin solución de continuidad. Llamó a este proceso «Revolución permanente», definición ineficaz que indicaba la falta de precisión científica aun en sus más profundos discernimientos. Evocar la idea de una conflagración continua en todo tiempo y todo lugar, —un carnaval metafísico de insurrección— se prestaba a la distorsión en la polémica, tanto de los opositores de Trotski como de sus partidarios. El carácter romántico idealista de la fórmula generaba inevita-

³ *Resultados y perspectivas*, p. 195.

blemente errores críticos en los propios pensamientos de Trotski, aún en esa fecha. Sobre todo, la fórmula confundía los dos problemas, completamente distintos, del carácter de clase de la inminente revolución rusa (ininterrumpida progresión de las demandas democráticas a las socialistas) y su capacidad de mantenerse internacionalmente. Porque en este ensayo Trotski proclamaba, reiteradamente, la imposibilidad de que la revolución rusa resistiera el asalto contrarrevolucionario sin la ayuda de revoluciones simultáneas en Europa occidental. La «lógica» de esta hipótesis se derivaba del confuso verbalismo de la «Revolución permanente», fórmula que permitió a Trotski pasar del carácter nacional de la revolución en Rusia a las condiciones internacionales de su supervivencia, como si tales condiciones fueran otros tantos peldaños de una escalera sin fin, «permanentemente» moviéndose hacia arriba. La naturaleza ilegítima de este procedimiento es demasiado evidente, y viciaba fundamentalmente las tesis de Trotski. Esto no menoscaba la magnitud de su acierto: predecir correctamente la naturaleza básica de la Revolución de Octubre 11 años antes de que ocurriese, cuando ningún otro dirigente ruso había rechazado las clásicas predicciones de Plejanov. Simplemente sitúa este acierto en las coordenadas específicas del marxismo de Trotski.

La ausencia del partido

Resultados y perspectivas es un ensayo extraordinario por su análisis de clases, pero no es menos extraordinario por su carencia de todo análisis de la función de la organización política en la lucha socialista. El partido, una vez más, está completamente ausente del escenario trazado por Trotski para la futura revolución. Cuando discute los requisitos previos al socialismo (producción planificada, dominación de las grandes fábricas y dictadura del proletariado) no menciona, en ninguna parte, al partido o su papel. Ataca a los blanquistas y anarquistas, pero dice meramente: «Los socialdemócratas hablan de la conquista del poder como la acción consciente de la clase revolucionaria».⁴ Su vanguardia ha sido olvidada.

La única discusión sobre los partidos en todo el ensayo, de cien páginas, es una crítica perceptiva de los partidos socialdemócratas de occidente, que fue un acertado comentario sobre estas organizaciones, pero cuya aplicación general implicaba una completa hostilidad a la existencia misma de un partido revolucionario.⁵ En realidad, cuando Trotski escribe acerca de la lucha política en Rusia, simplemente no se refiere nunca al

⁴ *Resultados y perspectivas*, p. 229.

⁵ *Resultados y perspectivas*, p. 246.

papel de las organizaciones revolucionarias, habla solamente de las fuerzas sociales.

Otro comentario podría hacerse sobre este trabajo premonitorio. Hay en él una evidente omisión del problema del partido. Por contraste, Trotski manifiesta una gran comprensión del *estado*, como aparato burocrático y militar. Ofrece, en efecto, una larga y gráfica relación del papel histórico del estado ruso en la moderna sociedad rusa. Trotski tomó gran parte de su análisis del historiador liberal Miliukov, y de su socio Parvus. Pero la elocuencia de esta digresión hace aún más relevante su silencio paralelo sobre el partido. Esta polarización no fue accidental, y resurgió en un contexto práctico, en una fase posterior. Sin embargo, las consecuencias inmediatas de esa ausencia crítica en el pensamiento de Trotski se evidenciaron concretamente después de su salida del presidio. Desde 1907 hasta 1914, la actuación política de Trotski se redujo a esfuerzos intermitentes e infructuosos por unificar las facciones socialdemócratas opuestas, y con ese objeto llegó a formar el efímero Bloque de Agosto, carente de principios. No tomó parte alguna en el decisivo trabajo de construir el Partido Bolchevique, emprendido por Lenin en aquellos años. No adquirió, por tanto, ninguna experiencia de la vida de partido, experiencia que sus contemporáneos Stalin, Zinoviev y Bujarin, sí

acumularon en este período formativo. Deutscher comenta acertadamente: «Los años transcurridos entre 1907 y 1913 forman en su vida un capítulo particularmente exento de actividad política... Sus escritos... consistieron en brillante periodismo y crítica literaria, pero no incluían un solo trabajo importante sobre teoría política... En esos años, sin embargo, Lenin, con la ayuda de sus partidarios, fue forjando su partido, y hombres como Zinoviev, Kamenev, Bujarin, y después Stalin, fueron creciendo hasta llegar a una estatura que les permitió en 1917 desempeñar funciones primordiales en el seno del partido, en tanto que Trotski, en el mismo período, añadió poco o nada a la estatura a que había llegado en 1904-6».⁶

«La intelectualidad y el socialismo»

Sin embargo, sería un error pensar que Trotski no produjo escritos importantes en este largo intervalo. Escribió un ensayo decisivo, que pone de manifiesto con particular claridad la médula de su pensamiento político. Se trata de *La intelectualidad y el socialismo*, escrito en 1910. En él, Trotski muestra una acre hostilidad hacia los intelectuales, dentro y fuera del movimiento socialista.

Esta hostilidad era un reflejo de sus ideas sobre la intelectualidad. En sus escritos se hace evidente que

⁶ *The Prophet Armed*, p. 176.

Trotsky veía a los intelectuales de una manera completamente preleninista, como individuos de origen burgués, preocupados por las «ideas» o la «literatura», y esencialmente divorciados del proletariado y la lucha política. En su obra, la imagen básica del intelectual es siempre la de un literato de salón. Ahora, esta imagen es precisamente la cultivada por la propia burguesía, que ha segregado el «arte» y el «pensamiento» de las actividades «mundanas» (tales como la economía y la política), difundiendo el ideal del intelectual como un consagrado a la extraña y esotérica búsqueda de aquello. Por otra parte, el antintelectualismo vulgar de una clase obrera, obrerista o laborista es la imagen reflejada en un espejo de esta concepción burguesa: el «intelectual» deviene una categoría peyorativa, un diletante, parásito o renegado. Esta serie de concepciones, desde luego, no tiene nada que ver con el marxismo. Pero explica por qué fue tan formal y externa la aparente aproximación de Trotsky a la posición de Lenin sobre la organización del partido en 1903. Porque la teoría de Lenin sobre la organización del partido en ¿Qué hacer? era inseparable de su teoría sobre la función y naturaleza de los intelectuales en un partido revolucionario. La esencia de esto era que: I) los intelectuales de origen burgués son indispensables para la constitución de un partido revolucio-

nario —sólo ellos capacitan a la clase obrera para dominar el socialismo científico—; II) el trabajo del partido revolucionario elimina la distinción entre «intelectuales» y «obreros» dentro de sus filas. Gramsci, desde luego, desarrolló la teoría de Lenin en su famoso análisis del partido revolucionario como el «Moderno Príncipe», cuyos miembros en su totalidad devienen intelectuales de nuevo tipo.

Esta compleja concepción contrasta con la aceptación de Trotsky de las categorías tradicionales y los prejuicios que las acompañan. Cuando escribía acerca de los intelectuales estaba pensando en los esotéricos círculos literarios de Moscú, a los cuales habría de atacar posteriormente en *Literatura y revolución*, jamás en los nuevos intelectuales forjados en y a través del Partido Bolchevique, como sus miembros. En una palabra, él carecía de una teoría marxista sobre los intelectuales y su relación con el movimiento revolucionario, y por ello se quedó en las meras actitudes. En su ensayo de 1910 expone claramente que a medida que crece el movimiento socialista en Europa son cada vez menos los intelectuales que se le unen. Esta ley es cierta también en cuanto a los estudiantes: «A lo largo de toda su historia... los estudiantes de Europa han sido meramente el barómetro sensible de las clases burguesas».⁷

⁷ *La intelectualidad y el socialismo* .

El meollo de su análisis de la relación entre los intelectuales y la clase obrera es una abrumadora eliminación de lo anterior, lo cual mostraba la magnitud de su fracaso en la asimilación de *¿Qué hacer?*⁸

Escribió: «Si la verdadera conquista actual del aparato de la sociedad dependiera del advenimiento previo de la intelectualidad al partido del proletariado europeo, las perspectivas del colectivismo serían por cierto bien miserables». Dado este punto de partida general, se hace evidente el por qué su breve «centralismo» de 1903 fue mecánico y deleznable. Era una parodia del leninismo, —un remedo militarizado de su disciplina, sin su significado interno— la transformación de «obreros» e «intelectuales» en *revolucionarios* mediante una práctica política unificada. El único papel político que Trotski llegó a otorgar a los intelectuales fue el del «sustitucionismo», en un ensayo dedicado especialmente a la intelectualidad rusa.⁹

Decembristas, populistas y marxistas fueron indistintamente condenados como grupos que sustituían a las clases sociales que alegaban representar, en lo que Deutscher denomina una «sombria revisión» de la historia rusa. Una vez más, la falta de una teoría de instancias o niveles diferenciados de la estructura social conduce a la noción de un cambio horizontal entre «intelectuales» y «clases», en el cual se hace posible una sustitución

de unos por otros. Así pues, la única posibilidad de los intelectuales para incorporarse a la política es necesariamente una usurpación —sólo puede llevarse a cabo a expensas del proletariado. Lo que falta, una vez más, es la idea del partido como una estructura autónoma, que combina y transforma dos fenómenos diferentes: la intelectualidad y la clase obrera. Dentro de esta concepción, no tiene sentido hablar de «sustituir» un elemento por otro, ya que no son conmensurables para ser intercambiables. Son *modificables*, en una nueva práctica política, que es un partido revolucionario.

La historia de Trotski antes de 1917 puede, por tanto, ser resumida del siguiente modo: fue siempre un francotirador fuera de las filas organizadas del movimiento de la clase obrera. Mostró una perspicacia intuitiva única en el carácter de clase de las fuerzas que estaban agrupándose para la Revolución Rusa. Pero esto iba acompañado de una profunda y consecuente falta de comprensión de la naturaleza y el papel de un partido revolucionario —falta vinculada con

⁸ La teoría de Lenin sobre el partido revolucionario no estaba, desde luego, completamente desarrollada en *¿Qué hacer?*. La madurez de su teoría cristalizó solamente después de la Revolución de 1905, en la práctica de la construcción del partido.

⁹ Véase *The Prophet Armed*, pp. 187 y siguientes.

su concepción premaxista de la teoría y las organizaciones. Todavía en 1915, la creencia de que el partido era un epifenómeno arbitrario en la lucha de clases es evidente en sus escritos: «Entre la posición de un partido y los intereses del estrato social en que se apoya puede haber una cierta falta de armonía, que más tarde puede convertirse en una profunda contradicción. La conducta de un partido puede cambiar bajo la influencia o el temperamento de las masas. Esto es indiscutible. Tanto mayor es, por ende, nuestra razón, en nuestros cálculos, *para dejar de depender de elementos menos estables y menos dignos de confianza, tales como las consignas y las tácticas de un partido*, y para recurrir a factores históricos más estables: la estructura social de la nación, la relación de las fuerzas de clase y las tendencias de desarrollo».¹⁰

Esta incompreensión del papel del partido leninista explica su abstención de cualquier participación en la formación decisiva del Partido Bolchevique a partir de 1907. El mismo caracterizó posteriormente su actitud en esta etapa con gran honradez y exactitud: «Nunca me esforcé por crear un grupo sobre la base de las ideas de la revolución permanente. Mi postura interpartidista era conciliatoria, y cuando en ciertos momentos me esforcé por la formación de grupos, fue precisamente sobre esta base. Mi

conciliabilidad surgió de una especie de fatalismo socialrevolucionario. Yo creía que la lógica de la lucha de clases obligaría a ambas facciones a seguir la misma línea revolucionaria. La gran significación histórica de la política de Lenin era todavía confusa para mí en aquel entonces, su política de demarcación ideológica irreconciliable, y de división, cuando fuese necesario, con el propósito de unificar y templar el corazón del partido revolucionario, verdaderamente revolucionario... En todos los casos más importantes, cuando me puse en contradicción con Lenin, táctica y organizativamente, la razón estaba de su parte».¹¹

Ahora es posible localizar la desviación teórica específica que está latente en el pensamiento de Trotski. Tradicionalmente, el marxismo ha estado constantemente sometido a la deformación llamada *economismo*. Esto es la reducción de todos los otros niveles de una formación social al movimien-

¹⁰ «La lucha por el poder». *La actitud de Trotsky hacia el partido en esos años puede ser comparada con la de Rosa Luxemburgo. Luxemburgo estuvo consciente del revisionismo del partido alemán mucho antes que Lenin, pero dejó disolver el partido socialdemócrata y de este modo retardó el trabajo de construir un partido revolucionario. Las consecuencias fueron fatales: la derrota de la insurrección espartaquista en 1918. Tanto Trotski como Luxemburgo confiaban en el entusiasmo de las masas y por ello dejaron de considerar el problema de su movilización a través de una organización revolucionaria.*

¹¹ *Le Revolución permanente*, p. 49.

to de la economía, que se hace una «esencia» idealista, de la cual son meramente «manifestaciones» los grupos sociales, las instituciones políticas y los productos culturales. Esta desviación, con todas sus consecuencias políticas prácticas, se difundió en la Segunda Internacional. Fue característica de la derecha, que predominaba en la Internacional. Lo que se ha observado menos es que la izquierda manifestaba frecuentemente una desviación análoga. Podemos llamar esto, por conveniencia, *sociologismo*. Aquí, no la economía, sino las *clases sociales*, son segregadas de la compleja totalidad histórica e *hipostasiadas* de una manera idealista como los demiurgos de cualquier situación política dada. La lucha de clases se convierte en la inmediata interna «verdad» de cualquier acontecimiento político, y las fuerzas de las masas, en agentes históricos exclusivos. El economismo conduce naturalmente a la pasividad y el taoísmo; el sociologismo, por el contrario, tiende a conducir hacia el voluntarismo. Luxemburgo representa la extrema lógica de esta tendencia dentro de la Segunda Internacional, donde adopta la forma de una explícita exaltación de la espontaneidad. Trotski representa una variante distinta de esta corriente, pero el principio fundamental es paralelo. En sus escritos, las fuerzas de las masas aparecen dominando constantemente la sociedad, sin instituciones ni organi-

zaciones políticas que intervengan como niveles necesarios y permanentes de la formación social. El marxismo de Lenin, por el contrario, se define por la noción de una totalidad compleja, en la cual todos los niveles —económico, social, político e ideológico— son siempre operativos, y hay entre ellos un trueque del principal foco de contradicciones. La extrapolación que hizo Trotski de las fuerzas de las masas, de ésta compleja cantidad de niveles, fue el origen definitivo de sus errores teóricos, tanto antes como después de la Revolución.

1917-21

Estadista

La irrupción de la Revolución de febrero transformó las relaciones políticas dentro del movimiento socialdemócrata ruso. La nueva situación liberó súbitamente a Trotski de su pasado. Al cabo de unos meses había abandonado a sus socios menchevíques y se había alineado en posiciones bolchevíques. Ahora emergía como un gran revolucionario. Esta fue la etapa heroica de su vida, cuando capturó la atención del mundo como arquitecto de la insurrección de octubre y jefe militar de la guerra civil. No sólo esto: él era el orador supremo de la Revolución. Encarnaba a la vez a Danton y a Carnot —el gran tribuno del pueblo y el gran dirigente

militar de la Revolución rusa. Como tal, Trotski era exactamente la clase de hombre que la mayoría de los observadores del exterior, simpatizadores u hostiles, imaginaban como un revolucionario. Parecía la encarnación de la continuidad entre las revoluciones francesas y rusa. Lenin, en cambio, era un hombre aparentemente prosaico— completamente distinto de los héroes declamatorios de 1789. Representaba un nuevo tipo de revolucionario. La diferencia entre los dos hombres era fundamental, y se hizo visible durante todo el período en que trabajaron íntimamente unidos. Trotski nunca se aclimató por completo dentro del Partido bolchevique. En julio de 1917, cayó como en paracaídas sobre la cumbre de la organización bolchevique, su Comité central, sin experiencia alguna sobre la vida o la práctica del partido. Por eso, él era visto de muy diferente manera dentro de las filas del partido que fuera de éste. Su imagen internacional no coincidió jamás con la que se tenía de él en el seno del partido; siempre se sospechó de él, en mayor o menor grado, como advenedizo e intruso. Resulta significativo que todavía en 1928, en medio de la lucha interna del partido, su colega y aliado Preobrazhenski pudiera hablar de «nosotros, los viejos bolcheviques», para distinguir sus posiciones de las de Trotski. En realidad, nunca fue completamente aceptado por los viejos

bolcheviques como uno de ellos. Esta situación marginal se hizo evidente en la Revolución y en la propia guerra civil. Trotski era el dinamó del Estado bolchevique militarizado en pie de guerra. No era un hombre de partido, y por aquellos años no tenía responsabilidad alguna en el mantenimiento y movilización de la organización del partido. Realmente, él fue criticado por muchos bolcheviques a causa de ciertos planes de acción dentro del ejército que era verdaderamente hostiles al partido como tal. Así, Trotski se decidió a fortalecer el poder de los oficiales militares profesionales, con un pasado zarista, en el Ejército rojo, y forzó la imposición de control sobre ellos por comisarios políticos nombrados por el partido. La disputa sobre esta cuestión, —en la cual Trotski chocaba ya con Stalin y Voroshilov,— creó una mayor controversia en el VIII Congreso del Partido, celebrado en 1919. Lenin apoyó a Trotski, pero en las instrucciones secretas presentadas al Congreso se hacía evidente el resentimiento del partido contra éste. El grito de Mikoyan: «¡Trotski es un hombre de Estado, no de partido!» fue por lo tanto un reflejo exacto de cómo lo veían los miembros permanentes de la dirección del partido.¹² La índole del talento de Trotski como orador era complementaria de su ta-

¹² *The Prophet Unarmed*, p. 32.

lento como jefe militar. Ambos eran exclusivos de una práctica de partido específica. Un organizador de un partido político tiene que persuadir individuos o grupos a aceptar los planes que defiende y su autoridad para llevarlos a cabo. Esto requiere gran paciencia, y capacidad para maniobrar inteligentemente dentro de una compleja lucha política, en la cual los actores están igualmente equipados para la discusión y la decisión. Esta capacidad es completamente distinta de la del orador de masas. Trotski estaba extraordinariamente dotado para la comunicación con las multitudes. Pero la naturaleza de su atractivo para ellas era necesariamente emocional una gran transmisión de urgencia y militancia. Como orador público, sin embargo, gozaba de una relación completamente unilateral con las multitudes: las arengaba para determinados fines, para movilizarlas en la lucha contra la contrarrevolución. Su don militar era de un carácter semejante. No era un organizador del partido, no tenía experiencia en lo relativo a cómo funcionaba verdaderamente el partido, y no parecía estar particularmente interesado en tales cuestiones. Pero realizó la hazaña de crear un Ejército rojo de 5 millones de hombres en dos años, virtualmente de la nada, y llevarlo a la victoria contra los ejércitos blancos y sus aliados extranjeros. Su habilidad organizativa tenía, pues, su carácter

esencialmente voluntarista.¹³ Tuvo autoridad *ab initio* para organizar el ejército; como Comisario del pueblo para la guerra, tuvo todo el prestigio de Lenin y el Estado soviético como respaldo. No tuvo que ganar esta autoridad en una línea política, convenciendo a sus iguales a que lo aceptasen. Era la autoridad del mando militar, y su poder para imponer estricta obediencia. La afinidad entre el jefe militar y el tribuno popular es, así, enteramente explicable. En ambos casos, el papel de Trotski fue implícitamente voluntarista. Como orador popular, tenía que hacer un llamado emocional para movilizar a las masas con propósitos definidos; como pilar del Estado soviético, tenía que dar

¹³ Es interesante notar que el brillante talento militar de Trotski como organizador y estratega no incluía una real apreciación de la guerra de guerrillas. En las controversias sobre el papel de las actividades guerrilleras en el período prerevolucionario se alineó contra Lenin y Stalin. Durante la Guerra civil frecuentemente entró en conflicto con jefes irregulares tales como Voroshilov y Budienny. En años posteriores tomó una visión algo negativa de la guerra de guerrillas, según practicada por Mao Tse Tung y otros.

Trotski fue responsable de importantes innovaciones en guerra de tipo convencional (especialmente en la explotación táctica de la movilidad en vastas expansiones rusas). El inventó el sistema de comisarios el cual posibilitó que el Ejército rojo utilizara oficiales exzaristas y posteriormente previó las potencialidades de las columnas de tanques y tropas aerotransportadas. Pero las formas de guerra *no convencional*, las cuales se han hecho tan importantes en el mundo moderno eran casi completamente ignoradas por Trotski.

órdenes a sus subordinados para propósitos definidos. Su tarea en cada una de esas funciones consistía en asegurar los medios para un fin previamente determinado. Esta es una tarea que difiere de la de asegurar que un nuevo fin prevalezca entre varias opiniones competitivas en una organización política. El voluntarista está en su elemento cuando arenga a las multitudes o despacha tropas —pero estas funciones no se deben confundir con la capacidad para dirigir un partido revolucionario.

De los problemas militares a los económicos

La guerra civil se ganó en 1921. Con la victoria, el Partido bolchevique tuvo que desviar toda su orientación de los problemas militares a los económicos. La reconstrucción y reorganización de la economía soviética era ahora su principal objetivo estratégico. La adaptación de Trotski a la situación reveló cuán consistente era toda su práctica política en esta etapa. Simplemente propuso soluciones militares para los problemas económicos —demandando un comunismo de guerra intensificado y la introducción del trabajo obligatorio. Este extraordinario episodio no fue precisamente un paréntesis o una aberración en su carrera. Tenía en su pasado profundos orígenes teóricos y prácti-

cos. Su función de Comisario de guerra lo predisponía hacia una política económica que se concebía como una movilización francamente militar: al defenderla, simplemente proseguía su práctica anterior. Al mismo tiempo, su propensión a la solución «de mando» reflejaba, indudablemente, su incompreensión del papel específico del partido, y su consecuente tendencia a buscar soluciones políticas al nivel del *Estado*. En verdad, su consigna en el debate sindical de 1921 fue explícitamente la «nacionalización» de los sindicatos. Trotski abogó también por una burocracia competente e inmovible, con algunos privilegios materiales; esto hizo que Stalin lo llamase más tarde el «corifeo de los burócratas».

Además, Trotski no justificó el trabajo obligatorio como una lamentable necesidad por la coyuntura política, producto temporal de una emergencia.

Trató de legitimarlo *sub specie aeternitatis*, explicando que en todas las sociedades el trabajo era obligatorio, —solamente variaban las formas de coacción. Combinaba esta abierta defensa de la coerción con una exaltada mística de la abnegación social, urgiendo a las brigadas de trabajo a cantar himnos socialistas mientras laboraban. «¡Desplegad energía incansable en vuestro trabajo, como si estuviéseis en una marcha o en una

batalla! ¡Un desertor del trabajo es tan censurable y despreciable como el desertor de un campo de batalla! ¡Ambos merecen severo castigo!... Empezad y completad vuestro trabajo, siempre que sea posible, al sonido de himnos y cantos socialistas. Vuestro trabajo no es una labor de esclavos, sino un elevado servicio a la patria socialista».¹⁴

Esta contradictoria amalgama se lograba, naturalmente, por el igual voluntarismo de ambas nociones: la economía como un mando coercitivo o como servicio místico.

Trotsky pudo ganar inicialmente el apoyo de Lenin para sus planes de militarización del trabajo. Pero después del gran debate de los sindicatos en 1921 y la terminación de la guerra polaca, su proposición de purgar en gran escala a los representantes electos en los sindicatos fue repudiada abiertamente por Lenin. El Comité central del Partido denunció públicamente las formas de trabajo «militarizadas y burocráticas». De este modo, los planes de Trotsky fueron rechazados por los bolcheviques, en medio de la repulsa general contra él como ideólogo del comunismo de guerra. El resultado del debate económico marcó la distancia entre la idea de Lenin, de un partido altamente disciplinado, y la defensa de Trotsky de un Estado militarmente organizado.

1921-29

Oposicionista

La lucha interna en el partido en los años veinte fue evidentemente la fase central de la vida de Trotsky. Durante algunos años se produjeron acontecimientos que resultaron decisivos para la historia mundial de varias décadas venideras. Estas decisiones fueron tomadas por muy pocas personas. No sucede con frecuencia que tales decisiones obtengan significación universal. ¿Cuál fue el papel de Trotsky en el funesto drama de los años veinte?

La lucha por el dominio del Partido bolchevique que debe ser separada en cierta medida de las cuestiones políticas que la provocaron. Durante mucho tiempo el conflicto en el seno del partido se concentró en el ejercicio del poder como tal —dentro del contexto, naturalmente, de las disputas

¹⁴ Véase *The Prophet Armed*, p. 495. Esta imagen recuerda al jesuita de Paraguay. Trotsky habría de escribir con posterioridad que la razón por la cual los filisteos burgueses detestaban tanto a los jesuitas radicaba en que éstos eran los soldados de la iglesia, en tanto que la mayoría de los presbíteros eran sus mercaderes. Lo cierto es, desde luego, que no hay razón alguna de discriminación entre ambos. Trotsky, no obstante, parece haber preferido los jesuitas a los demás sacerdotes. Claro está que en un período revolucionario un militante socialista ha de estar más cerca de un soldado que de un mercader, en lo que respecta a perspectivas; ¿pero este estado temporal de cosas debe hacer que un socialista olvide que la concepción militar es un producto de la sociedad de clases tanto como la mercantil?

ideológicas de los grupos contendientes. Se observará, en realidad, que uno de los más graves errores teóricos y políticos de Trotski fue una interpretación excesivamente ideológica de la situación interna del partido. Será conveniente, por tanto, dividir la consideración de la década del veinte en dos niveles: el de la lucha político-táctica propiamente dicha, y el del debate ideológico y estratégico sobre el destino de la Revolución.

La lucha político-táctica

A partir de 1921, Trotski fue aislado en la cúspide del Partido bolchevique. Es importante enfatizar que la lucha contra Trotski fue inicialmente una resistencia llevada a cabo virtualmente por toda la vieja guardia de los bolcheviques contra la posibilidad de que Trotski sucediera a Lenin. Esto explica la unanimidad con que todos los demás dirigente del Politburó —Zinoviev, Kamanev, Stalin, Kalinin y Tomski— se opusieron a él aún en vida de Lenin. Trotski parecía ser el dirigente revolucionario más destacado después de Lenin. Pero no era un miembro histórico del partido, dentro del cual se desconfiaba mucho de él. Su prominencia militar y su papel en los debates sindicales parecían tender un manto de bonapartismo potencial a través del panorama político. El propio Lenin no mostraba ninguna confianza especial en él. Esta fue la

situación que permitió a Stalin en 1923, último año de la vida de Lenin, apoderarse del control de la maquinaria del partido, y, con ella, de todo el poder político de la URSS.

Es evidente que Trotski no veía lo que estaba ocurriendo en aquellos años. Pensaba que Zinoviev y Kame-nev eran más importantes que Stalin, y no comprendió la significación del nuevo papel del Secretario general. Esta extraordinaria falta de lucidez puede ser contrastada con la aguda conciencia que tuvo Lenin, aún estando enfermo, al considerar el curso de los acontecimientos. En diciembre de 1922 Lenin redactó sus notas sobre las nacionalidades, en las que denunciaba con inusitada violencia a Stalin y Dzerzhinski por la represión que habían desatado en Georgia. Lenin dirigió estas notas a Trotski con una instrucción específica de llevar la cuestión a una resolución decisiva del Comité central. Trotski desconoció esta petición; creía que Lenin había exagerado grandemente el asunto. Un mes después Lenin redactó su famoso «testamento», que revela muy claramente que él comprendía la significación del ascenso de Stalin y preveía que el partido podía dividirse entre los «dos miembros más talentosos» del Comité central: Trotski y Stalin. Por aquel entonces el propio Trotski estaba abstraído de todo esto. No se esforzó por la publicación del testamento, cuando Lenin murió un

año más tarde. Las razones que tuvo para asumir esta actitud no se conocen exactamente. El testamento no era, sin embargo, un documento muy halagador que digamos para ninguno de los dirigentes bolcheviques. Stalin era ásperamente criticado; Trotski era tratado con muy poca ceremonia (métodos administrativos), como lo era Bujarin (incomprensión de la dialéctica). Nadie en el Politburó tenía un motivo poderoso para publicar este sombrío documento, con su virtual advertencia de desastres en el futuro. Lenin, arquitecto y líder del Partido bolchevique, tenía pues plena conciencia de lo que estaba ocurriendo dentro de él; demostró que conocía profundamente su situación interna un año antes de morir. Trotski, que tenía poca experiencia en la vida de partido, y que jamás había reflexionado en la índole y el papel específico del partido, permaneció absorto.

Después de la muerte de Lenin, Trotski se encontró solo en el Politburó. Desde entonces cometió un error tras otro. De 1923 a 1925 concentró su ataque sobre Zinoviev y Kamenev, y, haciendo uso de papel de estos en 1917, ayudó a Stalin a aislarlos más tarde. Pensaba entonces que Bujarin era su peor enemigo, y dedicó sus energías a combatirlo. Todavía en 1927, estaba considerando una alianza con Stalin contra Bujarin. Ignoró por completo que Stalin estaba decidido a expulsarlo del partido, y que

el único modo de evitarlo era a través de la alianza de la izquierda y la derecha contra el centro. En 1927 Bujarin se dio cuenta de esto y dijo a Kamenev: «es mucho más lo que nos separa de Stalin que lo que nos separa mutuamente.»¹⁵

En efecto, ya en 1923, Stalin era ya organizativamente amo del partido. De aquí que gran parte de la lucha interna del partido no pasaba de ser una pelea imaginaria. Lo único que podía haber derrotado a Stalin era la unidad política de los otros viejos bolcheviques contra él. Zinoviev, Kamenev y Bujarin vieron esto demasiado tarde. Trotski, sin embargo, estuvo en todo momento impedido de comprender la verdadera situación por el carácter teórico de su marxismo. Su constante subestimación del poder autónomo de las instituciones políticas, y su tendencia a contraerlas a las fuerzas de las masas, que eran presuntamente su «base social», fueron sus némesis. Porque a lo largo de toda la lucha interna del partido, siempre interpretó las posiciones políticas adaptadas por los diversos participantes, meramente como signos visibles de tendencias sociológicas ocultas dentro de la sociedad soviética. De este modo, la derecha, el centro y la izquierda del partido se convirtieron en los escritos de Trotski en categorías básicamente idealistas, divorciadas de

¹⁵ Véase *The Prophet Armed*, p. 442.

la política como tal, —campo concreto del poder y las instituciones. Así, pues, pese a las advertencias de Lenin acerca de la importancia de Stalin y el alarmante poder organizativo que éste estaba acumulando, Trotski persistió en ver a Zinoviev y Kaménev como la principal amenaza para él en el partido, porque ellos eran los ideólogos del triunvirato, que hablaban en el lenguaje convencional de las ideas. Esta constante correlación entre las ideas y las fuerzas sociales —con su carencia de toda teoría intermedia sobre el nivel político— condujeron a Trotski a desastrosos errores prácticos en la prosecución de su propia lucha.

Un ejemplo particularmente obvio de esto fue la publicación de la serie de artículos que forman *El nuevo curso* (1923). En dichos artículos declara explícitamente: «Las diferentes necesidades de la clase obrera, del campesinado, del aparato estatal y sus miembros, actúan sobre nuestro partido, a través del cual tratan de encontrar una expresión política. Las dificultades y contradicciones inherentes a nuestra época, la discrepancia temporal de intereses en las diferentes capas del proletariado, o del proletariado en su conjunto y el campesinado, actúan sobre el partido mediante las células obreras y campesinas, el aparato estatal y la juventud estudiantil. *Aun las diferencias episódicas en criterios y matices de opinión pueden*

expresar la remota presión de distintos intereses sociales. . .»¹⁶

Aquí se hace evidente el anverso de la noción de «substitucionismo», es decir, la hipótesis de la posible «identidad» entre partidos y clases. El uso de este binomio oscurecía el hecho evidente de que las relaciones entre estos dos términos no pueden nunca simplificarse a uno solo de estos polos. En cierto sentido, un partido es siempre un «substituto» de una clase, en el sentido de que no coincide con ella —si coincidiera no habría necesidad de un partido— y, sin embargo, actúa en nombre de ella. En otro sentido, nunca la «substituye», pues no puede abolir la naturaleza objetiva del proletariado y la relación global de las fuerzas de clases, que no dejan de existir aún cuando el proletariado se disperse y disminuya, como sucedió después de la guerra civil, o cuando el partido actúa contra los intereses inmediatos de la clase obrera, como lo hizo durante la Nueva Política económica. Las relaciones entre partido y clase forman un espectro de complejas posibilidades cambiables, que no son negociables con estas descripciones bipolares. Se podía observar, por tanto, que la noción del «substitucionismo» no ilustró la conducta de Trotski en la lucha interna del partido, precisamente en

¹⁶ *El nuevo curso*, p. 27 (subrayado de N. K.).

una etapa en que la importancia de los aparatos políticos —el partido— había aumentado enormemente en relación con la de las fuerzas sociales de las masas (sin abolirlas, no obstante). Fue el último en ver lo que estaba ocurriendo, a pesar de su condición polémica. En verdad, dado que lo implícitamente opuesto —«identidad»— era para él una noción reguladora, cometió gravísimos errores políticos cada vez que trató de apreciar en esta etapa las relaciones entre partido y clase. El propio *Nuevo curso* representa un ejemplo particularmente claro de esto. El credo del sociologismo citado anteriormente estuvo acompañado de una resonante petición de proletarización en la composición del partido y su rejuvenecimiento mediante la afluencia de la juventud. La confianza en las categorías sociológicas, concebidas de modo idealista, tuvo una irónica consecuencia. La misma política que Trotski defendió para la renovación del partido y su desburocratización fue implantada por Stalin con resultados diametralmente opuestos. La promoción Lenin de 1924 afianzó decisivamente el control de Stalin sobre el partido, empanzanando a los viejos cuadros bolcheviques con una enorme cantidad de obreros manipulables y sin formación política. Así nació la composición proletaria del partido. El error de pensar que las fuerzas sociales son inmediatamente «converti-

bles» en organizaciones políticas era, desde luego, inconcebible dentro de la teoría leninista del partido. Sin embargo, Trotski nunca la abandonó en estos años. En 1925 se mantuvo apartado cuando la troika se escindió, contemplando la lucha entre Stalin y Zinoviev como una disputa vulgar, en la cual no entraba en juego ningún principio. Cuando Zinoviev y Stalin se atacaban políticamente por medio de las respectivas organizaciones del partido en Leningrado y Moscú, escribió sarcásticamente a Kamenev: «¿Cuál es la base social de dos organizaciones obreras que se injurian mutuamente?». Su abstencionismo era, por supuesto, suicida. En cierto sentido, Trotski nunca combatió en el plano político —a diferencia de Zinoviev, por ejemplo. No estaba equipado para hacerlo, por toda su preparación teórica. Su conducta en la lucha interna del partido fluctuó entre una fiera agresiva (un gran *dafke*, en el sentido judío de la palabra) y una profunda pasividad (la única salvación de Rusia radicaba en la probabilidad de revoluciones en el extranjero).¹⁷ Nunca adquirió cohe-

¹⁷ El mismo Trotsky habló de «optimismo revolucionario» en años posteriores. Optimismo y pesimismo son, naturalmente, actitudes emocionales que tienen muy poco que ver con el marxismo. La ideología (*Weltanschauung*) burguesa se ha empanzanado tradicionalmente en tales categorías. El adjetivo «revolucionario» no ha hecho del «optimismo» una categoría más profunda que la que al «pesimismo» ha hecho el adjetivo «heroico».

rencia política táctica. El resultado fue que continuamente cayó en manos de Stalin. Al presentar una amenaza sin ningún respaldo institucional o político sólido y con gran aparato público, Trotski proporcionó precisamente lo que el gobierno y Stalin, como su más destacado representante, necesitaban para convertir al partido en una maquinaria burocrática y autoritaria. Casi podríamos decir que si Trotski no hubiera existido, Stalin hubiera tenido que inventarlo (y en cierto modo fue inventado por Stalin).

La lucha ideológica y estratégica

Hasta aquí lo que se refiere a la lucha político-táctica en el seno del Partido bolchevique. Ahora es necesario considerar en qué medida las grandes disputas ideológicas —sobre las opciones estratégicas de la Revolución—, reflejaron la misma constelación teórica en el pensamiento de Trotski. Se verá que el paralelismo es, en realidad, muy próximo. Esto se hace evidente en las dos controversias principales de estos años.

El socialismo en un solo país contra la revolución permanente

La disputa sobre esta cuestión dominó los debates ideológicos de los años veinte. Lenin había establecido lo que era indudablemente una posición correcta en los tiempos de Brest-Litovsk. Dijo que los bolcheviques de-

bían estar pensando siempre en posibilidades variables y no en falsas certidumbres. Resultaba ingenuo especular en términos generales sobre si se producirían revoluciones o no en occidente. La estrategia bolchevique no debía estar basada en la presunción de que se produjeran revoluciones en Europa; pero tampoco se debía descartar la posibilidad de que se produjese alguna. Sin embargo después de la muerte de Lenin esta postura dialéctica se desintegró en posiciones opuestas polarizadas dentro del partido. Stalin descartó efectivamente la posibilidad de revoluciones internacionales, e hizo de la construcción del socialismo en un solo país la tarea exclusiva, —necesaria y posible— del partido bolchevique. Trotski declaró que la Revolución de octubre estaba condenada al fracaso, a menos que vinieran en su ayuda revoluciones internacionales, y predijo que estas revoluciones ocurrirían con toda seguridad. La tergiversación del criterio de Lenin es evidente en ambos casos. Se puede argüir que Stalin, al descartar la posibilidad de revoluciones triunfantes en Europa, contribuyó efectivamente a la derrota eventual de las mismas —esta acusación se ha hecho frecuentemente contra la política asumida por él en los casos de Alemania y España. La satisfacción de las necesidades constituye indiscutiblemente un elemento de predicción de la tesis del socialismo en un solo

país. Sin embargo, dado este juicio crítico —el cual es precisamente que la política de Stalin representó una falsificación de la estrategia de Lenin— la superioridad de la perspectiva de Stalin sobre la de Trotski es innegable. Constituye todo el contexto histórico-práctico en el cual se desenvolvió la lucha por el poder, antes mencionado. Por muy fuerte que fuese la posición de Stalin en el aparato estatal, le habría servido de poco si su línea estratégica básica hubiese sido invalidada por el curso de los acontecimientos políticos. Al contrario, fue confirmada por la historia. En esto radicó la fortaleza definitiva e inquebrantable de Stalin en la década del veinte.

La concepción de Trotski

¿Cuál fue, en cambio, la concepción estratégica de Trotski? ¿Qué quería él decir con «revolución permanente»? En su folleto de 1928 publicado con ese título, incluía tres tesis completamente separadas en la misma fórmula: la continuidad inmediata entre etapas democrática y socialista de la revolución en un país determinado; la transformación permanente de la propia revolución socialista, ya victoriosa; y la inevitable vinculación del destino de la revolución en cualquier país con el de la revolución mundial en todas partes. La primera implicaba una generalización de su criterio sobre la

Revolución de octubre, que ya hemos analizado y que ahora se proclama como una ley en todos los países coloniales. La segunda era trivial y no polémica —nadie iba a negar que el Estado soviético sufriría cambios incesantemente. La tesis decisiva era la tercera: el criterio de que la supervivencia de la revolución soviética dependía de la victoria de las revoluciones en el exterior. Los argumentos de Trotski para esta aseveración, base sobre la cual se sustentaba toda su posición política, son asombrosamente débiles. Trotski no expone, en efecto, más que dos razones por las cuales el socialismo en un solo país no es practicable. Ambas son extremadamente vagas. Parecen radicar en que la inserción de Rusia en la economía mundial la haría desesperadamente vulnerable al bloqueo económico y a la subversión capitalista. Invoca «las rígidas restricciones del mercado mundial», sin tener en cuenta cuál sería el impacto preciso que tendrían sobre el naciente Estado soviético.¹⁸

En segundo lugar, Trotski apuntaba en su argumentación que la URSS

¹⁸ En un pasaje extraordinario, Trotski dice realmente que si el socialismo fuera posible en Rusia, la revolución mundial sería innecesaria, porque Rusia era tan grande que el éxito de la construcción del socialismo en la URSS sería equivalente a la victoria internacional del proletariado mundial. El ejemplo de un país atrasado, que en el curso de varios planes quinquenales fuese capaz de construir una po-

era militarmente indefendible y se desplomaría ante una invasión externa, a menos que las revoluciones europeas viniesen en su ayuda. Es perfectamente evidente que ninguno de estos argumentos estaba justificado en aquellos momentos y que ambos fueron totalmente desmentidos por los acontecimientos reales. El comercio exterior soviético fue un motor del desarrollo económico, no de regresión y capitulación, un factor de progreso en la rápida acumulación de las décadas del veinte y el treinta. Tampoco la burguesía mundial se lanzó al unísono sobre la Unión Soviética, ni envió ejércitos supranacionales sobre Moscú. Por el contrario, las contradicciones intercapitalistas fueron tales, que retardaron el ataque imperialista sobre la URSS veinte años después de la guerra civil. Cuando Alemania invadió eventualmente a Rusia, el Estado soviético, industrializado y armado bajo el régimen de Stalin y auxiliado por aliados burgueses, fue capaz de repeler triunfalmente a los agresores.¹⁹ No existía, por tanto, una argumentación sustancial en la tesis trotskista de que el socialismo en un solo país estaba condenado a la aniquilación.

El error teórico

Ahora es importante aislar el error teórico básico que subyacía en toda

la noción de la revolución permanente. Trotski, una vez más, partió de un esquema de las fuerzas sociales (hipostasiadas) de las masas— la burguesía contra el proletariado en alianza con el campesinado pobre — en un solo país, hacía una universalización de esta ecuación a través de su trasposición directa en escala mundial, en donde la burguesía «internacional» se enfrenta al prole-

¹⁹ Trotski siempre argumentaba que puesto que la contradicción entre capitalismo y socialismo era más fundamental que la existente entre los países burgueses, éstos estaban llamados a unirse en un ataque contra la Unión Soviética. Este es un ejemplo clásico de la confusión central entre la contradicción *determinante* en última instancia y la contradicción *dominante* en una coyuntura determinada.

derosa sociedad socialista con sus propias fuerzas, significaría un golpe mortal para el capitalismo mundial, y reduciría a un mínimo, si no a cero, los costos de la revolución proletaria mundial. Claro está que éste es precisamente el criterio defendido por Jruschov a principios de la década del sesenta.

Su utilización en este caso muestra cuán totalmente débil era el argumento de Trotski en *La Revolución permanente*. Lo que argumentaba Trotski contra el socialismo en un solo país no era que un socialismo auténtico fuera imposible en una sociedad con un nivel tan bajo de fuerzas productivas y acumulación cultural, sino que la Unión Soviética no podía sobrevivir a un ataque externo, tanto económica como militarmente. La calidad del socialismo soviético no era lo que le interesaba en este caso. La cita muestra que Trotski aceptaba en el debate una ecuación sumaria entre el socialismo y el desarrollo económico soviético.

tariado «internacional». La simple fórmula «revolución permanente» efectuaba este enorme salto. En toda ella se omitía la institución *política* de la *nación*, es decir, toda la estructura formal de las relaciones internacionales y el sistema que las mismas constituyen. Una «mera» institución política —burguesa en este caso— se esfumaba como tantas otras fosforescencias ante la descomunal confrontación de clases dictada inexorablemente por las leyes sociológicas. El rechazo a considerar la autonomía del nivel político, que había producido previamente un idealismo de acción de clase ajeno a toda organización partidista, producía ahora una coordinación (Gleichschaltung) global —una estructura social universal elevada por sobre sus articulaciones en cualquier sistema internacional concreto. El nivel intermedio —partido o nación— simplemente se omitía en ambos casos.

Este idealismo no tiene nada que ver con el marxismo. La noción de «revolución permanente» no tenía un contenido auténtico. Era un concepto ideológico destinado a unificar problemas disímiles dentro de un mismo ámbito, al margen de una apreciación correcta de cada uno de ellos.

La esperanza de que revoluciones triunfantes eran inminentes en Europa fue una consecuencia voluntarista de este monismo. Trotski no comprendió

las diferencias fundamentales entre las estructuras sociales de Rusia y Europa occidental. Para él, el capitalismo era uno e indivisible, y la agenda de la revolución era una e indivisible, en ambas orillas del Vístula. Este internacionalismo formal, reminiscencia del de Luxemburgo, eliminaba de hecho las diferencias internacionales concretas entre los diversos países europeos.²⁰

La desconfianza instintiva de Stalin respecto al proletariado europeo occidental, y su confianza en el particularismo ruso, ponían de manifiesto un conocimiento más preciso, aunque estrecho y falto de sentido crítico, de la naturaleza segmentada de Europa en los años veinte. Los hechos justificaron su creencia en la importancia permanente de la nación, como unidad que demarca una estructura social

²⁰ Gramsci comentaba con perceptibilidad el internacionalismo de Trotski algunos años después: «Debe tomarse en consideración si la famosa teoría de Trotski sobre la revolución permanente no podría ser un reflejo político de la teoría de la guerra de maniobra; en última instancia, el reflejo de las condiciones generales económico-culturales y sociales en un país donde las estructuras de la vida nacional son embrionarias e indefinidas, y no puede convertirse en 'trinchera o fortaleza'. En ese caso se podría decir que Trotski, aparentemente 'occidental', era, en realidad, un cosmopolita, superficialmente nacional y superficialmente occidental o europeo, en tanto que Lenin fue profundamente nacional y profundamente europeo...» *Notas sobre Maquiavelo*, p. 67.

de otra.²¹ Las agendas políticas no eran intercambiables a través de las fronteras geográficas en la Europa de Versalles. La Historia marcaba momentos distintos en París, Roma, Londres y Moscú.

Colectivización e industrialización

La segunda cuestión, subordinada, que dominaba los debates ideológicos de los años veinte era la política económica en la propia Rusia. Lo esencial de la disputa era la política agraria. Lenin había trazado una línea estratégica general para el sector rural de la Unión Soviética. El consideraba la colectivización como una política imperativa a largo plazo, que, sin embargo, solamente tenía sentido si iba acompañada de la producción de maquinaria agrícola moderna y una revolución cultural en el campesinado. Pensaba que la competencia económica entre los sectores colectivo y privado era necesaria, no sólo para evitar el antagonismo del campesinado, sino también para asegurar que la labranza colectiva fuera eficiente. Defendía la experimentación con diferentes formas de agricultura colectiva. Estos proyectos pilotos eran, desde luego, la antítesis absoluta de la colectivización stalinista, en la cual se establecían plazos para la colectivización de determinadas provincias y la «emulación socialista» estaba

distribuida entre las organizaciones del partido de las diferentes zonas, para cumplimentar sus metas antes que los vecinos. Una vez más, sin embargo, con la muerte de Lenin se desintegró su estrategia dialéctica, para polarizarse en extremos opuestos. Bujarín abogaba por una política ultraderechista de enriquecimiento de los campesinos privados a expensas de las ciudades: «Iremos hacia adelante con pasos lentos, muy lentos, empujando a nuestra zaga el gran carro de los campesinos». Preobrazhenski urgía la explotación del campesinado (en el sentido económico y técnico), para acumular un excedente con vistas a la rápida industrialización. Estas fórmulas violentamente contradictorias ocultaban una completariedad necesaria, que los planes de Lenin proyectaban precisamente proteger. Porque mientras más pobre fuese el campesinado, tanto menor sería el excedente sobre su propio consumo, y tanto menos «explotable» sería para la industrialización. La conciliación de Bujarín en cuanto al campesinado y la contraposición de éste con el proletaria-

²¹ Lucio Magri comenta esto en «Valor y Límite de las experiencias frentistas», *Crítica Marxista*, mayo-junio 1965; (reproducido por *Pensamiento Crítico* No. 5, junio de 1967.) Debe decirse que la posterior concepción de Stalin sobre la guerra fría como simple «lucha de clases a un nivel internacional», igualando efectivamente los Estados con las clases, representó un error opuesto pero idéntico al de Trotski en los años veinte.

do, auspiciada por Preobrazhenski, eran, en igual medida, deformaciones de la política de Lenin, dirigida a colectivizar pero no a aplastar al campesinado, no a declararle la guerra. Ambos protagonistas exhibían un marxismo vulgar, endémico en muchos de los bolcheviques de la vieja guardia. Preobrazhenski insistía en que la acumulación originaria socialista era una férrea e inevitable «ley» de la sociedad soviética. Atacaba a Bujarin de lukacsismo cuando éste proclamaba que la política económica en la URSS estaba sujeta a las decisiones políticas elaboradas. Bujarin, por su parte, escribió por entonces en su *Introducción al materialismo histórico* que el marxismo era comparable a las ciencias naturales, porque era capaz de predecir potencialmente, acontecimientos futuros con la precisión de la física. La enorme distancia existente entre formulaciones de esta naturaleza y el marxismo de Lenin es evidente. (Por supuesto, Lenin era el único dirigente bolchevique que había estudiado, desde el punto de vista de *El Capital*, a Hegel, Feuerbach y al joven Marx, en Suiza durante la guerra).

Dada esta desintegración del leninismo, es indudable, sin embargo, que, como en la controversia sobre el socialismo en un solo país, un criterio era superior al otro. Aquí, naturalmente, fueron Preobrazhenski y Trotski quienes tuvieron razón al subrayar la necesidad de contrarrestar la dife-

renciación social en el país, y poner el excedente agrícola bajo el control soviético. Trotski y Preobrazhenski vieron la urgente necesidad de industrializar el país, mucho antes y más claramente que ningún otro dirigente del partido. Este fue su gran mérito histórico en aquellos años. Ya en el XII Congreso del Partido, celebrado en 1923, Trotski se había declarado partidario de la industrialización planificada y la acumulación socialista originaria. Esta osada previsión de su actitud contrasta con la cómoda adaptación de Bujarin a las tendencias económicas retrógradas y las vacilaciones de Stalin por aquel entonces. La historia subsiguiente de la Unión Soviética confirmó la relativa justicia de las medidas que él defendía entonces. ¿Qué relación existe entre sus méritos en el debate económico y sus errores en el debate sobre el socialismo en un solo país? ¿Es meramente casual? La respuesta parece ser que mientras el debate sobre el socialismo en un solo país correspondía a las coyunturas políticas internacionales de la revolución, el debate económico correspondía a las opciones *administrativas del Estado* soviético. Aquí Trotski reveló sus dotes como administrador, que Lenin había observado, y su especial sensibilidad al Estado, que ha sido analizada anteriormente. Su lucidez en el debate económico estaba en consonancia con todo el alcance de su marxismo. Es-

taba plenamente consciente de las aptitudes económicas del Estado soviético, en una época en que los demás bolcheviques estaban meramente preocupados por los problemas cotidianos de la Nueva política económica. Sin embargo, una estrategia económica para la URSS requería algo más que una decisión administrativa del Estado soviético. Su ejecución requería un adecuado plan *político* del partido hacia las diferentes clases sociales, lo que más tarde Mao llamaría alusivamente «manejo de las contradicciones en el seno del pueblo». Trotski no podía ofrecer aquí ninguna perspectiva coherente. Su falta de comprensión de los problemas del partido hacia esto virtualmente inevitable. El resultado fue que la ejecución efectiva de sus planes fue dispuesta —y desnaturalizada— por Stalin. Después de derrotar a Trotski y a la izquierda, Stalin se volvió contra la derecha y puso en práctica la política económica de la oposición. Pero lo hizo con tanta rudeza y violencia que precipitó una crisis agraria permanente, a pesar de los inmensos logros de los planes quinquenales. Trotski no había contemplado nunca concretamente el problema de la ejecución política de sus planes económicos. Stalin resolvió el problema con una respuesta política concreta, la catástrofe de la colectivización forzada. Trotski, naturalmente, retrocedió con horror ante las campañas de colecti-

vización y denunció a Stalin por aplicar sus planes de manera totalmente contraria a la concepción que él tenía de ellos. Pero la semejanza era innegable. Esta relación se repitió en varias ocasiones. La promoción leninista, ya citada, fue una de ellas. Más tarde, como comenta Deutscher, Stalin parece haber tenido muy seriamente en cuenta las constantes advertencias de Trotski acerca del peligro de una restauración burguesa basada en el campesinado o un golpe burocrático militar. Las medidas que adoptó para combatir estos peligros fueron campañas de asesinatos. Parecía en estos momentos como si Stalin le hiciera frente a Trotski de igual forma que Smerdiakov a Iván Karamazov. No precisamente en el sentido de que desnaturalizase la inspiración original al ponerla en práctica, sino en que la propia inspiración tenía fallas originales que hacían esto posible. Ya hemos visto cuáles eran estas fallas.

Lo cierto es que en los años veinte, el leninismo desapareció con Lenin. Desde entonces el Partido bolchevique fue constantemente llevado de uno a otro extremo por la lógica de los hechos que ningún líder o grupo tuvo la comprensión teórica para manejar. Desintegrada la estrategia dialéctica de Lenin, de ella se bifurcaron las líneas políticas de la izquierda y la derecha, que, no obstante, eran constantemente combina-

das por las necesidades de la historia misma. Así, el socialismo en un solo país se llevó a cabo, eventualmente, con el programa económico de la oposición izquierdista. Pero como éste no era más que una combinación de los planes de izquierda y de derecha, no una unidad dialéctica de estrategia, la consecuencia fue el pragmatismo crudo, ad hoc de Salin, y los innumerables y costosos zigzags de su política interior y exterior. La historia del Comintern está particularmente repleta de estos cambios violentos, en los cuales nuevos disparates eran, a menudo, simplemente sumados a los anteriores en el esfuerzo de superarlos. En aquellos años el partido se abrió paso con el elemental pragmatismo político de Stalin y su capacidad para adaptarse y desviarse cuando cambiaban las circunstancias, o algo después. El hecho de que este pragmatismo triunfase no hace más que poner de relieve cuán violenta fue la caída del marxismo bolchevique después de la muerte de Lenin.

La tragedia de esta decadencia radicó en sus consecuencias históricas. Después de la revolución rusa hubo una situación en la cual el conocimiento teórico de un pequeño grupo pudo haber significado una inmensa diferencia para todo el futuro del género humano. Ahora, cuatro décadas después, podemos ver parcialmente los frutos del proceso que tuvo lugar en-

tonces, pero las últimas consecuencias están todavía por verse.

1927-40

Mito

Trotsky había comenzado su vida política como un *francotirador*, fuera de los destacamentos organizados del movimiento revolucionario. Durante la revolución emergió como gran tribuno del pueblo y organizador militar. En la década del veinte fue el dirigente fracasado de la oposición en Rusia. Después de su derrota y su exilio se convirtió en un mito. El último período de su vida estuvo dominado por su simbólica relación con el gran drama de la década anterior, que para él se había convertido en un trágico destino. Sus actividades se hicieron sumamente insignificantes.

Era completamente inefectivo: dirigente de un imaginario movimiento político, impotente, mientras sus allegados eran exterminados por Stalin, o detenidos en cualquier parte a donde fueran. Su principal función objetiva durante estos lastimosos años fue la de proporcionar el centro negativo imaginario que Stalin necesitaba en Rusia. Cuando ya no existía oposición alguna en el seno del Partido bolchevique, después de las purgas de Stalin, Trotsky continuaba publicando su Boletín de la oposición. Era el acusado principal en los procesos de

Moscú. Stalin instaló su férrea dictadura movilizandó el aparato del partido contra la amenaza «trotskista». El mito de su nombre era tal que las burguesías de Europa occidental estaban constantemente temerosas de él. En agosto de 1939, el embajador francés Coulondre dijo a Hitler que en el caso de una guerra europea, Trotski podría ser el vencedor definitivo. Hitler replicó que ésta era una razón por la cual Francia y Gran Bretaña no debían declararle la guerra.

Esta etapa de la vida de Trotski puede ser analizada en dos niveles. Sus esfuerzos por forjar organizaciones políticas —una IV Internacional—, estaban destinados al fracaso. Su desconocimiento de las estructuras sociopolíticas de occidente —ya evidente en el debate de la revolución permanente—, lo llevó a creer que la experiencia rusa de la primera década del siglo XX se podía repetir en Europa occidental y los Estados Unidos en la década del treinta. Este error estaba vinculado, desde luego, con su incomprensión paralela de la naturaleza de un partido revolucionario. En su vejez, Trotski pensaba que su gran error había sido subestimar la importancia del partido, que había sido vista por Lenin. Pero no había aprendido de Lenin. Una vez más, como en su primera juventud, su intento de copiar la construcción leninista del partido no hizo más que conducirlo

a una caricatura del mismo. Era una imitación externa de sus formas organizativas, sin ninguna comprensión de su naturaleza intrínseca. Inseguro del carácter de las nuevas sociedades en que se encontró, y desconocedor de la relación necesaria entre el partido y la sociedad, como la sostuvo Lenin, sus aventuras organizativas cayeron en un voluntarismo fútil. Por una suprema ironía, al final de su vida se encontró, con frecuencia, precisamente en medio de esos intelectuales de salón, antítesis del revolucionario leninista, que siempre había detestado y despreciado. Muchos de ellos fueron reclutados políticos de su causa, especialmente en los Estados Unidos —los Burnham, Schachtman y otros. Era verdaderamente patético que Trotski entrase en debates serios con criaturas como Burnham. Su mera asociación con ellos era una evidencia gráfica de cuan perdido y desorientado se encontraba en el contexto extraño de occidente. Los escritos de Trotski en el exilio tienen, desde luego, una importancia mucho mayor que la de estas malhadadas aventuras. No añaden nada esencial a la constelación teórica ya descrita. Pero confirman la estatura de Trotski como pensador revolucionario clásico, atascado en una insuperable dificultad histórica. Su intuición característica, aunque errática, de las fuerzas sociales de las masas, es lo que da mérito a sus últi-

mos escritos. *La Historia de la revolución rusa* es como se ha señalado frecuentemente, sobre todo, un brillante estudio de la psicología de las masas y su opuesto complementario, el bosquejo individual. No es tanto una explicación del papel del Partido bolchevique en la Revolución de octubre, como una epopeya de las multitudes que dicho partido condujo a la victoria. El sociologismo de Trotski encuentra aquí su más auténtica y poderosa expresión. El idealismo que necesariamente entraña produce una visión de la revolución que rechaza explícitamente las variables políticas o económicas como algo de importancia permanente. La *psicología* de la *clase*, la perfecta combinación de los dos miembros del permanente binomio —las fuerzas sociales y las ideas— se convierte en la instancia determinante de la revolución: «En una sociedad sacudida por la revolución, las clases están en conflicto.

Está perfectamente claro, sin embargo, que los cambios introducidos entre el principio y el fin de una revolución en las bases económicas de la sociedad y su sustrato social clasista, no son suficientes para explicar el curso de la propia revolución, que en un corto intervalo puede derribar viejas instituciones, crear otras nuevas y derribarlas nuevamente también. *La dinámica de los aconteci-*

*mientos revolucionarios está directamente determinada por los rápidos, intensos y apasionados cambios en la psicología de las clases, formadas ya antes de la revolución.»*²²

Los ensayos de Trotski sobre el fascismo alemán son una patología de la naturaleza de clase de la pequeña burguesía desposeída y sus paranoias. Estos ensayos, con su tremenda presencia, se destacan como los únicos escritos marxistas de estos años que predicen las consecuencias catastróficas del nazismo y el desatino de las medidas políticas adoptadas en el Tercer período del Comitern. La obra subsiguiente de Trotski sobre la propia Unión Soviética era más seria de lo que indicaba el demagógico título bajo el cual se publicó.²³ En ella fue un factor positivo el sociologismo que durante toda su vida sustentó el autor.

En la lucha política práctica, antes y después de la revolución, su subestimación de la eficacia específica de las instituciones políticas lo condujo de error en error. Pero cuando, finalmente, trató de confrontar el problema del carácter de la sociedad soviética en el régimen de Stalin, esta subestimación lo salvó del escollo de juzgar a Rusia por las normas de lo que después se convirtió en «Kremlinología».

²² *Historia de la revolución rusa*, p. XVII (subrayado del autor).

²³ *La revolución traicionada*.

Cuando muchos de sus partidarios estaban fabricando nuevas «clases dominantes» y «restauraciones capitalistas» en la Unión Soviética, Trotski, por el contrario, recalca en su análisis del Estado soviético y el aparato del partido que éste no era una clase social. Las debilidades del sociologismo de Trotski son particularmente visibles en lo que respecta a su evaluación sobre el curso de los acontecimientos en los territorios dominados por el imperialismo. Lenin naturalmente había situado todo el problema del imperialismo y la lucha contra el mismo en el centro del pensamiento bolchevique con su libro sobre el tema. Bajo el tutelaje de Lenin, Stalin había contribuido con una aseveración acerca del papel positivo que podría jugar el nacionalismo de las naciones oprimidas. Trotski tenía, junto a los otros líderes de la Unión Soviética y la Tercera internacional, grandes esperanzas de una revolución en el Oriente. Sin embargo, veía al proletariado de estas tierras como el principal motor de esta revolución y mantuvo que los ejércitos guerrilleros extraídos en forma desmesurada del campesinado no

podrían jamás llevar a cabo una revolución socialista. Disminuyó la posibilidad de que un ejército guerrillero pudiera ser una fuerza auténticamente socialista si estaba guiada por una dirigencia política que poseyera una perspectiva proletaria universal. Como consecuencia el inmenso impulso social revolucionario de los campesinos fue ignorado por él —de hecho todavía continuaba esperando que el socialismo adviniera primero en los propios países capitalistas avanzados. Se permitió el prever un corto camino hacia un mundo socialista en el cual unos Estados Unidos de América y unos Estados Unidos de Europa socialista, emanciparían pacíficamente a las naciones colonizadas.

Tal fue el marxismo de Trotski. Constituye una unidad consecuente y característica, desde su juventud hasta su vejez. Trotski debe ser estudiado en la actualidad, junto a Plejanov, Kautski, Luxemburgo, Bujarin y Stalin, porque la historia del marxismo nunca se ha reconstituido en occidente. Sólo cuando esto se haga será asequible la estatura de Lenin, el único gran marxista de aquella época.

NORMA BAHIA PONTES Cine y realidad social

Desde que el cine apareció como una posibilidad para las capacidades creadoras del hombre, quienes se han dedicado a él no han cesado de preguntarse acerca de la especificidad de esta nueva forma de lenguaje. Aún hoy, 83 años después de la primera proyección de un filme, y pese a las contribuciones al tema de teóricos tan destacados como Eisenstein, Balazs y, más recientemente, de los italianos Barbaro, Della Volpe y Baldelli, el problema no ha quedado elucidado satisfactoriamente. Quizás si debido a que el cine, síntesis de todas las artes y más estrechamente vinculado que ninguna de aquéllas al desarrollo de la tecnología, goza de un dinamismo que puede haber hecho variar esa especificidad en distintos momentos de su historia. . . Sea como fuere, he aquí una interesante aproximación al tema, desde la perspectiva del subdesarrollo latinoamericano.

Norma Bahía Pontes, una de las protagonistas del movimiento que ha dado en llamarse «Cinema Novo» (Rocha, Diéguez, Saraceni) dentro

del cine brasileño, esgrime la tesis, cuando menos original, de que es «la presencia del hombre, en lo que está socialmente relacionado, en cuanto se presenta un todo emocional y racional», la circunstancia capaz de conferir al cine su especificidad, una vez que éste ha superado la euforia espectacularista de los primeros años (Melies), los devaneos formulistas de la «avant-garde» francesa y el expresionismo alemán y la rígida conceptualización del llamado cine sociológico (Rouch, Morin). Sólo así afirma, podrá encontrar el cine el equilibrio socio-histórico-existencial-estético, (en que consistirá lo específico cinematográfico) al que sólo se ha aproximado en su criterio la obra de Rocha «Dios y el diablo en la tierra del sol».

Es de lamentar que el momento en que fue escrito el ensayo (1964) no le haya permitido tomar en cuenta el filme posterior de Rocha, «Tierra en trances», para muchos superior, desde varios puntos de vista, al primero.

I Preliminares generales

No nos proponemos establecer en este trabajo, hasta qué punto el cine puede abordar y exponer temas sociales.

Nuestro objetivo es intentar definir de qué forma la propia organización del lenguaje cinematográfico está fundada en una perspectiva de exposición de la realidad social.

Como la literatura, el cine es el arte de las relaciones amplias. Pero en vez de construir y describir estas relaciones en la hipertrofia del sujeto creador de la obra literaria, el cine cuenta con la presencia concreta. Su función básica es organizar estas presencias en un todo dialéctico. Sin embargo, ¿a partir de qué momento una simple organización de presencias se torna social? El cine, arte de las relaciones, se torna social desde que toma como objetivo la *presencia humana*. No se trata, pura y simplemente, de escoger al hombre como tema. Trátase de asumir, en su totalidad, la presencia humana, o sea, la presencia del hombre en lo que está socialmente relacionado, en cuanto se presenta como un todo emocional y racional presente. Será este carácter de presencia el que definirá el auténtico lenguaje cinematográfico. Desde el momento en que el cine cuenta con el hombre presente, su lenguaje no constituirá ya una pura sociología o un estudio de *conceptos* sociales, sino que se erigirá en una estética, en el sentido griego de la palabra, o sea, un lenguaje que incluye, *al lado del concepto*, la *sensación* y el *sentimiento*.

II *El cine como estética tradicional*

El término estético no postula necesariamente la categoría de lo bello. Esta categoría surge de una racionalización conceptual, posterior a lo

real emocionalmente sensible. Las realidades directamente ligadas a este término son, como decíamos antes, la sensación y el sentimiento. Tomando como base la primera de estas realidades estéticas —la sensación— iniciaremos nuestro abordaje del cine, considerado *puramente* como estética, para llegar a una conceptualización del cine como sociología y arribar finalmente al concepto del cine como estética sociológica, concepto éste, a nuestro juicio, en verdad definidor del lenguaje cinematográfico total.

Alrededor de 1920, Louis Delluc, realizador y teórico cinematográfico, echa las bases de una de las primeras corrientes de la vanguardia cinematográfica francesa: el *visualismo*. En su *Historia de las teorías del cine*, Guido Aristarco define esta corriente como una tentativa de creación de «atmósfera y dramatismo, sicología y exposición de sugerencias a través de imágenes y pormenores no considerados en sí mismos (...), sino aptos para crear, a través de una íntima fusión, estados de espíritu y emociones interiores. Lo *específico filmico* de esta época era el concepto de *fotogenia* creado por Louis Delluc y que, en ese entonces, quería significar «el especial aspecto poético de las cosas y los hombres, exclusivamente revelado por el nuevo lenguaje, el cine» (Guido Aristarco, op. cit.). Así, pues, podemos verificar que, en ese período,

el cine era considerado a través de una perspectiva ceñida al fenómeno cinematográfico como tal. El cine era el *transformador* de la realidad por excelencia. Era, sobre todo, el propiciador de una nueva estética, la estética de la *sensación cinematográfica en sí*. En la búsqueda de los *en sí* y los *específicos filmicos*, los cineastas de entonces desligáronse de la realidad práctica¹ y se perdieron en subjetivismos estériles y falsos. En la búsqueda de la sensación, confundieron con la *idea* de la sensación. Entraron en el terreno limitado y ya marcado por la decadencia de la estética ideal, o sea, de la estética de las ideas sueltas e imaginadas. Un ejemplo de esta decadencia se puede hallar en el filme de Germaine Dulac *La coquille et le clergyman*, realizado en 1926.

Sin embargo, el cine, por el carácter concreto y presente de su imagen, tiende necesariamente a la reflexión de esta presencia concreta. Una forma cinematográfica que se encamina hacia la hipertrofia de la imaginación subjetivista —como aconteció en la vanguardia francesa— tiende a señalar un empobrecimiento del lenguaje en el cine. La estética cinematográfica es, en principio, una estética de lo concreto. El cineasta es aquel que organiza, según su sensibilidad, una comprensión del mundo. En el momento en que el creador cinematográfico pierde sus ligámenes con la

realidad, entra en el laberinto de las formas gratuitas. La forma cinematográfica, sin el límite que la realidad concreta presenta, se pierde en el campo de lo onírico individual. En vez de contar con la complejidad de la presencia concreta, a través de la imagen real y con la reflexión del creador que *organiza* esta presencia, el cine desligado de la realidad falsea estos dos elementos —la presencia concreta y la reflexión— y las sustituye por la divagación imaginativa. La imagen cinematográfica pasa a ser *construida* de la misma forma que una obra pictórica, perdiendo todo su sentido de *captación de lo real* a través de una sensibilidad, la del autor cinematográfico. Su estética será transformada en criterio normativo de formas bellas. La auténtica perspectiva estética del cine, aquella que parte de una organización sensible de lo real, quedará olvidada.

Sin embargo, al lado de los purismos de la vanguardia francesa y de ciertas formas de expresionismo en el cine alemán, podemos distinguir una tendencia totalmente opuesta. Aquélla que aborda el cine como proceso de abertura a lo real, o sea, el cine como *forma de conocimiento*. No es incorrecto decir que este género de cine no presupone una estética. En rigor podemos hablar de estética a

¹ Este término se toma aquí en el sentido de la *praxis* de Marx.

propósito de lo que llamaríamos cine-conocimiento, una vez que también en este caso, la imagen cinematográfica parte de una exposición sensible de lo real. No obstante, si consideráramos el término estético como *lenguaje organizado* a través de la sensibilidad y el sentimiento, no es equivocado afirmar que no hay una preocupación estética en lo que se refiere al cine tomado como conocimiento.

La organización formal de este género de cine está ligada, ante todo, a la organización racional de los conceptos.

La realidad que abordamos en este trabajo es la realidad social, la realidad de la organización de la sociedad.

En el momento en que vayamos a abordar el cine como proceso de apertura, de conocimiento de lo real presente, el objeto por excelencia de este conocimiento será la sociedad y la organización de lo social. Así, pues, como tercera etapa de este trabajo, intentaremos exponer el cine como sociología, o sea, el cine tomado como conocimiento y estudio de la realidad social.

III *El cine como sociología*

Hay que distinguir inicialmente el cine verdaderamente sociológico del cine etnográfico y del etnológico. La primera forma puede ejemplificarse a través de un filme de Jean Rouch, *Pyramide Humaine*; la segunda forma tendrá un representante válido en

Pour la suite du monde, de Parrault y Brault y, finalmente, la tercera forma, la del cine etnológico, hallará como ejemplo otro filme de Jean Rouch, *Chronique d'un été*. Así, pues, el verdadero cine sociológico podría ser definido como el que apunta, sobre todo, a la organización social, a la sociedad tomada como un sistema de relaciones entre individuos, grupos, clases, naciones. A su vez, lo que llamamos cine etnográfico podrá ser definido como el que tiene por objeto el estudio *descriptivo* del hombre y de los grupos humanos considerados a través de sus usos y costumbres. Finalmente, la tercera forma citada antes, el cine etnológico, se relaciona con el estudio explicativo y generalizador de las realidades descritas por el análisis etnográfico. Estas distinciones no crean, sin embargo, categorías inmutables. El filme *Pour la suite du monde*, aunque se presenta, ante todo, como un estudio etnográfico, puede ser tomado también, en cierto punto, como un ensayo de microsociología y etnología cinematográfica. Lo mismo acontece con *Pyramide humaine*, que apunta al filme sociológico y posee, no obstante, varias características del cine etnológico.

El cine como proceso de apertura al mundo a través de los tipos citados antes, nació con la propia invención del cine, en especial con el fusil cronofotográfico de Marey, uno de los primeros instrumentos de filmación con

el cual el antropólogo Renault realizó un estudio de comportamiento comparado entre africanos y europeos. Sin embargo, el verdadero origen de este género cinematográfico será hallado en Flaherty con su documental *Nanook*, realizado en 1920-22, después de varios años de estudio y contacto con una comunidad esquimal. Al lado de Flaherty, más o menos en la misma época, surge en la Unión Soviética un grupo de cineastas, guiados por Dziga Vertov, que intentaba explotar la cámara como instrumento de captación de lo real. No obstante, tratábase todavía de una reproducción particularizadora, sin tener una verdadera organización de pesquisa social en el sentido cinematográfico que este término puede tener. Ocurría, inclusive, como en algunos filmes de Vertov que las imágenes cinematográficas concretas, por su aislamiento, toda vez que eran tomadas al azar en una tentativa frustrada de objetividad, transformábanse por el montaje, en meros elementos figurativos. Será en Francia, un poco más tarde, en 1929, donde la tentativa de captación de lo real por la cámara será cada vez más organizada. Jean Vigo, el realizador de *Zéro de conduite*, alcanzará en *A propos de Nice* una captación más estructurada y sistemática de lo real. El cine comienza a descubrir la realidad del hombre social, comienza a percibir de qué forma puede captar y reflejar lo real.

Una de las características fundamentales de un cine que pretenda alcanzar un valor sociológico específico es la tentativa de liberar al personaje o a la persona real abordada de un esquema anteriormente creado por el realizador del filme. Así, el personaje o la persona real, en vez de seguir una orientación dada, vive, bajo su propia responsabilidad, una experiencia que es suya. El cine funcionará entonces como deflagrador, condicionador y depositario de esta experiencia. El realizador, en vez de ser un puro creador, se transformará en un observador e investigador. Su creación se fundará en una organización. No habrá así, como en los primeros filmes de Dziga Vertov, una anulación del cineasta, una tentativa frustrada de hacer de la cámara el depositario y captador absoluto de la realidad. La cámara se transforma en un instrumento del realizador en la operación de *comprender*. El realizador pasa a organizar su reflexión contando con la presencia concreta del objeto real reflejado que la cámara proporciona. No se trata, sin embargo, de alcanzar *la verdad objetiva*, independiente del realizador, cuestión que no juzgamos necesario plantear, sino de *adaptar* el proceso de conocimiento y observación del autor cinematográfico a una realidad objetiva en la búsqueda de una verdad que es del realizador, en la proporción en que éste capta, en una forma hu-

mana, personal, una realidad fuera de él, y que también es verdad del objeto real en la medida en que a éste se *subordina*. Así, la selección del realizador no compromete la verdad objetiva, sino que *selecciona* un aspecto humano² de esta verdad. Como ejemplo de esta forma de selección podemos citar un filme de Jean Rouch, *Chronique d'un été*, lanzado en Francia en 1961. Para Edgar Morin, correalizador de este filme, el objetivo de *Chronique d'un été* es llegar a la creación de un *cine-verdad* que supere la oposición fundamental entre el cine novelesco (que podríamos clasificar, como aquél que confiere la *primacía* al sujeto creador) y el documental (o cine de la *primacía* de la realidad objetiva en nuestra opinión. Para Morin, mientras que en el cine novelesco los problemas privados del individuo constituyen casi la única preocupación, en el documental esta preocupación se orienta casi totalmente hacia los problemas exteriores al individuo en sí mismo, o sea, hacia los problemas sociales por excelencia. El gran objetivo en *Chronique d'un été*, según Rouch y Morin, fue realizar un filme cuya autenticidad fuese total, esto es, un filme cuya verdad alcanzase simultáneamente las esferas de lo objetivo y lo subjetivo, un filme que fuese en verdad un documental, aunque con el contenido del filme novelesco. Para Rouch y Morin lo importante era conseguir una intervención

activa en el dominio de las *apariencias*, a fin de extraer de éstas sus verdades desconocidas.

En rigor, *Chronique d'un été* no puede ser definido como un filme sociológico. La organización de esta obra aborda los problemas sociales en cuanto forman parte de la *reflexión* de sus personajes o, más exactamente, de las personas reales tomadas en el filme como personajes. Así, por ejemplo, problemas sociales, como el de la oposición y conflicto de clases surgen en el filme a través de la reflexión de uno de los personajes, —empleado de una fábrica de automóviles,— sin ningún análisis propiamente sociológico. De tal forma, lo social se aborda a través de una perspectiva que es, en principio, existencial. Este filme representa una fase de transición entre lo que inicialmente llamábamos cine sociológico con características etnológicas; y la forma cinematográfica que abordaremos más adelante, orientada también hacia una sociología,³ si bien se incluye en la forma de exposición de esta sociología, una

² El término humano representa aquí todo lo que respecta al *conocimiento del hombre* ante la realidad objetiva.

³ Es preciso considerar que cuando empleamos el término sociológico con relación al cine no pretendemos dar al término el rigor y la sistematización que éste adquiere en lo que se refiere a *ciencia sociológica*. Cine sociológico define aquí toda obra cinematográfica que, en vez de recrear la realidad social, capta esta realidad a través de la reflexión del realizador.

estética.⁴ Así, pues *Chronique d'un été* cuenta con el *concepto* del documental sociológico y con la organización estética de un filme de *creación*, organización ésta que incluye la sensibilidad del individuo como tal. Sin embargo, lo que diferencia *Chronique d'un été* de un filme de ficción, haciendo que pueda ser considerado todavía como un documental, es el origen de esta organización, que incluye la sensibilidad y la emotividad. Mientras que en un filme de ficción, el autor canaliza la organización de la sensibilidad de sus personajes, en *Chronique d'un été* los personajes, al ser personas reales, ven liberada su experiencia por el realizador y hácese responsables de sus conductas. No son guiados, sino observados y comprendidos por el realizador cinematográfico.

Más adelante veremos de qué modo se hizo posible la observación total de la realidad a través del cine y cuáles fueron los condicionamientos *técnicos* que propiciaron esta observación. Entre tanto, para ilustrar al lector sobre lo que representa esta fase de transición entre la organización estética y la organización documental-conceptual, citaremos en su integridad la sinopsis hecha por Edgar Morin para el filme que analizamos, *Chronique d'un été*. Esta sinopsis dará al lector una indicación sobre la forma, mediante la cual grupos y personas reales pueden ser abordados en el cine a través de la perspectiva de

la razón conceptual y de la estética. Después de la cita de esta sinopsis y tras el estudio de las condiciones técnicas que propiciaron el advenimiento de la compleja organización cinematográfica, intentaremos analizar la formación de un lenguaje de cine total, dirigido a la comprensión de la sociedad y de las reglas sociales. Sinopsis de *Chronique d'un été*, de Jean Rouch y Edgar Morin.⁵

«Este filme puede ser definido como una pesquisa. París es el lugar de esta pesquisa. No se trata de un filme novelesco. Nuestra pesquisa apunta a la realidad.

No se trata todavía de un filme documental en un sentido estricto. La pesquisa que realizaremos no tiene como objetivo la descripción. Se trata de una experiencia vivida por sus autores.⁶

⁴ Ver el sentido que dimos a este término al comienzo de este trabajo.

⁵ Esta sinopsis fue el único documento escrito del filme, que fue realizado sin ningún guión. Es preciso considerar que la orientación general de esta sinopsis fue muy modificada. Así, la preocupación existencial, más marcada al inicio, fue ampliada con una serie de connotaciones de valor social, como, por ejemplo, una tentativa de indagación de los personajes con respecto a temas sociales o históricos tales como la guerra de Argelia y sus consecuencias.

⁶ Morin usa aquí la palabra actor para definir a las personas reales que, algunas veces o casi siempre, «representan» ante las cámaras. Para Morin, esta «representación» es una forma de revelación de estas personas reales; por tanto, es también una verdad.

No se trata, finalmente, de un filme sociológico, hablando también en un sentido estricto. El filme verdaderamente sociológico tiene como objeto la sociedad. Se trata de un filme etnológico en el sentido fundamental del término: una búsqueda del hombre. Se trata de una experiencia de interrogación cinematográfica, realizada a través de la pregunta: *¿cómo vive usted?* Esta pregunta aborda e incluye no sólo la interrogación con respecto a un modo de vida (tipo de vivienda, trabajo, formas de diversión), sino que también supone todo lo que se refiere a lo que llamaríamos estilo de vida o sea, la actitud de la persona con respecto a sí misma y a los otros, la manera que cada uno tiene de concebir sus más profundos problemas, y la respuesta que ofrece a éstos. Tal pregunta (*¿cómo vive usted?*) se formula a través de los problemas más corrientes y más prácticos, hasta la interrogación sobre el hombre en sí mismo, sin que haya ninguna prioridad entre tales problemas. En esta pesquisa se distinguen algunas líneas básicas: la búsqueda de la felicidad (las personas estudiadas son felices o infelices), la cuestión del bienestar y la cuestión del amor, el equilibrio o el desequilibrio, la estabilidad o la inestabilidad, la rebelión o la aceptación.

Esta pesquisa se hace entre hombres y mujeres de diversas edades, de ambientes y grupos diversos (empleados

de oficina, obreros, comerciantes, intelectuales, personas mundanas, etc.), concentrándose en un cierto número de personajes (6 a 10), totalmente distintos unos de otros, sin que, no obstante, esta diversidad quiera representar la búsqueda de un *tipo social* para cada persona diversificada. Bajo este aspecto, podríamos definir este filme como una experiencia de 'dos autores en busca de seis personajes'. Este movimiento *pirandelliano* de búsqueda será el refuerzo dinámico del filme. Los autores se mezclan a los personajes. No hay ninguna valla entre un lado y otro de la cámara, sino circulación y trueque. Los personajes se asocian a la búsqueda, se disocian de ella, vuelven a asociarse, etc. Puntos comunes de interés se localizan (en un café, en un grupo de amigos) o se polarizan (en el problema del lugar, en el problema del jornalero).

Nuestras imágenes describirán, sin duda, gestos, actitudes en el trabajo, en la calle, en la vida cotidiana, etc., sin embargo, intentaremos, al lado de esta descripción, crear un clima de conversaciones, de discusiones espontáneas, libres, de las cuales emergerá la naturaleza profunda de nuestros personajes y sus problemas. Un universo así descubierto (no trataremos de escenas representadas ni de entrevistas, sino que organizaremos una especie de sicodrama para ser realizado en colectivo entre los autores y los

personajes) es un universo de expresión cinematográfica de los más ricos y menos explorados.

Al término de nuestra pesquisa reuniremos a nuestros personajes, de los cuales la mayoría no se conocen mutuamente o, si se conocen, trátase entonces de un conocimiento parcial y fortuito. Tales personajes reunidos asisten a la proyección de lo que ya ha sido filmado (en un montaje todavía no definitivo). Ahí, entonces, intentamos un último sicodrama, una última explicación. ¿Será que cada uno aprendió algo de sí mismo o de los otros? ¿Quedamos más unidos unos a otros o habrá apenas incomodidad, ironía, escepticismo? ¿Fue posible hablar de sí mismo? ¿Podemos verdaderamente hablar con los otros? ¿Nuestros rostros continuarán siendo máscaras? En caso de que el éxito fuera el resultado de este encuentro final, de esta tentativa de comunicación, tal éxito valdrá por sí mismo. No obstante, si el resultado fuera el fracaso, este sólo tendrá un significado como respuesta provisional, no impidiendo nuevas tentativas una vez que muestre las dificultades de comunicación, y de cualquier modo nos ilustrará sobre la verdad que buscamos. En un caso o en otro, éxito o fracaso, la ambición de este filme reside en la esperanza de que la pregunta hecha por los dos autores-pesquisidores y encarnada por personajes reales durante el filme sea proyectada en cada

espectador, que entonces se hará a sí mismo la interrogación original: ¿cómo vive usted?

No habrá la palabra FIN, sino un *continuará* abierto para cada espectador».

Como el lector puede observar y como antes se ha dicho, la realidad social forma parte de *Chronique d'un été*, como una reflexión a partir de los personajes. En esta selección los autores del filme delinean ya una nueva perspectiva de organización de lo real, más compleja que las formas del *realismo objetivo* de Dziga Vertov, como vimos anteriormente. La noción vulgar de la realidad tomada como aspectos exteriores e independientes del hombre, se contrapone a la concepción humana de la realidad, o sea, aquella que supone la realidad concreta y real fuera del hombre, pero sólo la afirma como concepto humano.

El cine va descubriendo los límites de su estética. Va dejando totalmente de lado el *visualismo* de la escuela de la vanguardia francesa. La estética cinematográfica —tomado el término en el sentido expuesto al comienzo de este trabajo— va siendo moldeada por lo real. Va siendo convertida en *forma de observación compleja*.

¿De qué manera se hizo posible alcanzar el grado de complejidad de observación de lo real, en *Chronique*

d'un été? ¿De qué instrumentos pudo disponer el lenguaje cinematográfico para organizarse como observación? ¿En resumen, cuáles fueron los condicionamientos técnicos que posibilitaron la complejidad de esta observación?

Durante la última guerra, los camarógrafos de noticieros habían utilizado con gran éxito cámaras para filmes de 16 mm. En esta época también se hacía ya, con buenos resultados, la ampliación del filme de 16 mm para el formato patrón de 35 mm. Así, un mercado comercial se abría al filme de 16 mm, que tenía la gran ventaja de utilizar una cámara ligera, fácilmente transportable. Con el advenimiento de la televisión, los filmes realizados con estas cámaras ligeras y películas de formato menor (16 mm), más barato por tanto, tuvieron un gran incremento. El realizador cinematográfico podía ya, con mayor facilidad, *penetrar* en el mundo real. Sin embargo, esta penetración era solamente posible en el dominio de la imagen, de la observación visual de esta realidad. El sonido todavía no podía ser *interiormente* ligado a la imagen cinematográfica. Se usaban sonidos fabricados artificialmente, posteriores a la imagen cinematográfica y adaptados a ésta. El sonido real podía ser captado, pero todavía no era posible captarlo en sincronismo interno con la imagen. Este sincronismo sólo era realizable en los estu-

dios o usando material por demás pesado para ser transportado con facilidad. El realizador en el ámbito de lo sonoro, todavía estaba un tanto inmovilizado. El contacto con la diversidad de la realidad cotidiana no era todavía posible a través del sonido y de la imagen. Las cámaras, mientras estaban siendo utilizadas, hacían un ruido muy fuerte, de manera que no era posible utilizar micrófonos a poca distancia de las mismas. El sonido grabado a través de estos micrófonos quedaba inutilizado por el ruido de las cámaras. La solución de estas dificultades iba a surgir simultáneamente en el Canadá, en los Estados Unidos y en Francia.

En Francia, el ingeniero André Coutant se hace especialista en la construcción de cámaras ligeras. Una de sus cámaras eléctricas —muy ligeras— se utiliza en una tentativa de construcción de una nueva cámara silenciosa. Coutant consigue construir entonces una cámara que, a pesar de no ser totalmente silenciosa, pesaba, empero, un kilo y pocos gramos, y poseía un carrete con capacidad para enrollar 120 metros de película de 16 mm, lo que daba a la cámara la posibilidad de rodar 10 minutos sin interrupción. Gracias a una especie de envoltorio usado como caja, sin el peso de los *blimps* tradicionales, el pequeño ruido producido por esta máquina quedaba anulado, permitiendo así las filmaciones en el exterior con

la colocación de micrófonos a pequeña distancia de la cámara. Estos micrófonos se hacen cada vez más manejables y pequeños hasta llegar a los formatos hoy comunes en televisión, llamados micrófonos-corbatas. En la actualidad se ha hecho posible, utilizando materiales ligeros, filmar y grabar en total sincronismo. Perfeccionamientos más recientes facilitan tanto el sistema de filmación y grabación sincronizadas, que se hace posible, a través de un esquema de control remoto, establecer una sincronía perfecta entre cámara y grabador, sin otra preocupación fuera de la operación elemental de apretar un botón para que la cámara comience a funcionar. Esto basta para que, inmediatamente, el grabador sea puesto en movimiento, obteniéndose un resultado perfectamente sincronizado con la imagen obtenida por la cámara. Cámaras aún más perfeccionadas han sido construida ya, inclusive las que tienen un dispositivo de grabación anexo que sustituye el grabador aparte.

Así, el realizador puede desembarazarse de las cuatro paredes de los estudios y de los equipos pesados. Su pesquisa puede extenderse a las regiones más distantes. Su observación comienza a disponer de una riqueza enorme de instrumentos.

El autor cinematográfico, que disponía ya de medios aptos para *construir* artificialmente sus imágenes (en

los estudios), puede ahora captar su propia observación y reflexión de la realidad objetiva en el *momento preciso en que éstas surgen*, contando también con un *registro*, a través del sonido y la imagen, que conserva, al lado de la reflexión y la observación, los objetos concretos de éstas. Fuera de la reflexión particular de lo real captado en el momento de su acontecer, durante la filmación, el realizador cuenta también con el proceso tradicional del montaje. Así, sus reflexiones sobre la realidad *directamente* captada pueden también ser organizadas en una perspectiva más amplia, a través del montaje que dispone esta realidad captada en un conjunto general. Obtiene así, a partir de la realidad concreta y *al lado de ésta*, el concepto. El cine se hace capaz de utilizar el *conocimiento* y la *abstracción*. El arte cinematográfico se amplía a un *conocimiento cinematográfico*.

Sin embargo, hasta este momento analizamos una forma de cine vuelta casi exclusivamente hacia el conocimiento *racional*. La fase de transición apuntada en *Chronique d'été*, aunque incluye ya una formación estética,⁷ conserva todavía una cierta perspectiva de observación racional, en lo que se refiere a la posición de sus realizadores.

⁷ Ver el sentido adoptado para este término en el comienzo de este trabajo.

Los personajes de este filme creaban y los autores *observaban*. La forma de esta obra no incluía, hablando en un sentido estricto, la organización estética de sus dos realizadores. Sus dos autores eran razón y sus personajes, creación estética. El lenguaje, que incluye al lado del concepto, la sensación y el sentimiento, y que definimos al comienzo de nuestro trabajo como el verdadero sentido del término estética, sólo se componía a través de la creación libre de los personajes del filme. La proximidad que sus autores mantenían con su obra era una proximidad de observación.

¿Será posible, por parte del autor cinematográfico, respetar el concepto de la realidad social, observándolo y organizándolo, *simultáneamente*, en una perspectiva estética personal?

IV *El cine como estética sociológica*

En rigor, todavía no se ha alcanzado el equilibrio exacto entre la observación de lo concreto y la creación personal. El filme tendía hacia el documental clásico (primacía de la razón objetiva) o se orientaba hacia la forma de ficción tradicional (primacía de la sensibilidad subjetiva).

En la búsqueda de este equilibrio, sin alcanzarlo, no obstante totalmente, podemos distinguir tres tendencias: la del *neorrealismo*, la del *realismo histórico* y, finalmente, la tendencia del *realismo existencial*. Analizaremos en

seguida, en sus líneas generales, la primera de estas tendencias.

La tendencia neorrealista:

(1945-1953)*

Una de las tendencias básicas de la temática neorrealista es la preocupación de una referencia constante a la *actualidad*. Para Zavattini, el mayor teórico de este movimiento, «el neorrealismo es hoy, hoy, hoy, hoy». La realidad de los filmes neorrealistas es la realidad presente, como también afirmaba Zavattini cuando decía: «El neorrealismo se une al presente como el sudor a la piel». Así, de las tendencias apuntadas antes, el neorrealismo representa la que se propone con mayor rigor el intento de una aproximación *directa* a la realidad social.

El cine neorrealista, ante todo, vuelto hacia los problemas de la actualidad, representa también una de las tentativas mejor logradas de abolición del argumento. Ocupado en la contemplación del presente, el realizador neorrealista relega a un segundo plano la trama y el desarrollo clásico del argumento. Según Zavattini, el cine no ha sido hecho para contar historias, sino para expresar las necesidades de una época. Este teórico —también era un realizador— procuró construir sus

* El período de 1945-1953 se refiere al apogeo de esa tendencia, cuyas influencias todavía se hacen sentir hasta hoy, a pesar de que el movimiento neorrealista terminó en rigor en 1953.

filmes, partiendo de los datos más simples posible y si estaba obligado a recurrir a una cierta forma de argumento, éste era siempre trivial y elemental. Sin embargo, para Zavattini esta historia elemental todavía representaba «una fase de compromiso, de espera, de transición hacia otra, en la cual el cine tendrá que afrontar la realidad directa y objetivamente». El ideal zavattiniano era «crear un espectáculo cinematográfico con los noventa minutos de la vida de un hombre, a quien nada acontece».

El cine neorrealista se vuelve, sin embargo, hacia una forma de conocimiento y contemplación. No obstante, al revés del cine estrictamente sociológico que hemos abordado anteriormente, este criterio cinematográfico incluye la organización estética, tomado este término en el sentido en que fue expuesto al comienzo de nuestro trabajo. En efecto, el realizador neorrealista, además de observador, es también un creador. Su creación, sin embargo, no representa un acto arbitrario. La forma creativa del neorrealismo se aproxima a la organización del acto de comprender. La realidad objetiva abordada es el elemento informador y formador de la creación.

Ligados a la línea general del neorrealismo, al cual aportaron algunas características nuevas, realizadores de la importancia de un Visconti, un de Sica y un Rossellini incrementaron consi-

derablemente esta búsqueda de un contacto creativo con la realidad social.

En *La tierra tiembla*, Luchino Visconti realizó, a través de una forma estética personal de las más perfectas, una obra notable de equilibrio interno entre la realidad social abordada y su observación. Sin guión previamente preparado, este filme representó un esfuerzo de su autor por captar una realidad objetiva presente. La acción de esta obra se desarrolla en Acitrezza, en Sicilia, cuyos habitantes, algunos pescadores y sus familias, son los «actores» del filme. Sin embargo, la observación de la realidad presente no fue hecha, en *La tierra tiembla*, partiendo de un criterio descriptivo. Este filme observó lo real-concreto en la medida en que lo captó en su significación *total*. No tenemos ya la distancia un tanto pasiva del observador en el cine sociológico, que, desde cierto punto de vista, reducía la realidad a fragmentos aparentes. Lucho Visconti, realizador neorrealista en *La tierra tiembla*,⁸ logró alcanzar la armonía entre la reflexión personal y la presencia concreta de la realidad abordada. Esta presencia, sin embargo, esta-

⁸ Este mismo autor realizó más tarde, libre de las influencias neorrealistas, *Rocco y sus hermanos*, donde el problema social se aborda ya a través de un prisma más complejo e individual, en el cual está incluido el conflicto del individuo ante la sociedad en formación. Su obra, desde entonces en adelante, se fundará en esta temática.

ba todavía controlada por un cierto esquema de trama que orientaba la acción real. Todavía no era una presencia *libre* reflejada por el realizador. En la conclusión de este trabajo veremos de qué forma puede hacerse posible la libertad de esta presencia.

Al lado de Visconti, en el movimiento neorrealista, aunque con características personales totalmente distintas a éste, Vittorio de Sica puede ser señalado, por su filme *Umberto D*, como el exponente máximo de la corriente neorrealista que pretendía incluir en la observación de lo real, la perspectiva de creación del realizador.

Umberto D tiene como tema central la vida de un viejo jubilado. No encontramos en este filme un segmento de trama tradicional. No hay historia, sino una observación de acontecimientos. La realidad fue creada, pero se mantuvo la estructura de su *acontecer*. Asistimos a la lucha, la desesperación y la aceptación del personaje ante los hechos, como si fuesen momentos reales y no fases de una trama. La sensibilidad personal del autor recreó la realidad, pero la forma de esta recreación fue determinada por la realidad concreta tomada como tema.

El realizador cinematográfico no liberó todavía lo real presente, pero observó ya la *forma* de su acontecer.

Para muchos críticos el verdadero fundador del neorrealismo es Roberto

Rossellini con su filme *Roma, ciudad abierta*. Sin embargo, es preciso considerar la diversidad total del estilo y, desde cierto punto de vista, de la temática rosselliniana. La obra neorrealista de Rossellini se orienta ya, en particular, hacia una perspectiva existencial. Es verdad que las bases del neorrealismo forman parte de la obra de Roberto Rossellini, pero comienzan a ser aplicadas ya de una forma original. En cierto sentido podemos decir que *Viaje a Italia*, realizado años más tarde, echa las bases de lo que posteriormente constituirá la preocupación fundamental de un cineasta nacido del neorrealismo que en seguida se desentendió totalmente de este movimiento, Michelangelo Antonioni. Por este motivo, aunque Rossellini sea considerado en general como el padre del neorrealismo, abordamos su obra después de la de Visconti y de Sica, en vez de colocarlo, como tradicionalmente debería hacerse, antes de estos dos cineastas.

Desde *Roma, ciudad abierta*, el filme más clásicamente neorrealista de Rossellini, el problema social se ve ya a partir de una contemplación existencial. Esta contemplación se hace patente en *Viaje a Italia*, donde, durante todo el filme, Rossellini *acompaña* a sus dos personajes centrales, un hombre y una mujer que no logran establecer una comunicación, descubriendo las diversas fases del aislamiento que los marca.

De tal manera, podemos concluir, tras este rápido análisis de la tendencia neorrealista, que la preocupación social dominante en este movimiento con algunas variaciones, como en el caso de Rossellini, todavía no incluía la observación de la historia. En efecto, como vimos inicialmente, el fundamento del neorrealismo era la realidad *actual* vista a través de un prisma particularizante. No se pensaba lo social como relación histórica, como momento singular de una amplia historia organizadora. El personaje era todavía individual, aunque inserto en una colectividad. La observación de la realidad social era todavía fragmentaria.

Es en la Unión Soviética donde va a surgir la verdadera perspectiva histórica en la creación de la obra cinematográfica.⁹

El realismo histórico (1924-1928)

S. M. Eisenstein, en su monumental *Acorazado Potemkin*, echa las bases, en el terreno de la creación, del lenguaje histórico en el cine. No se trata simplemente de seleccionar temas del pasado o de asegurar una veracidad de pesquisa en lo que se refiere a los datos históricos. Trátase en esencia de organizar una forma de narrativa histórica.

¿Cuál será esta forma de narrativa? Eisenstein descubre a Karl Marx y sus formas de relación histórica. Des-

cubre los conceptos marxistas y las categorías históricas estudiadas por Marx: las clases, el pueblo y la nación. Aprende que estas categorías no representan entidades absolutas, pero se forman unas a otras. Descubre finalmente la dialéctica.

La forma dialéctica y el abordaje de las grandes categorías histórico-sociales define el cine del realizador de *Acorazado Potemkin*.¹⁰ En este filme no encontraremos ya el personaje individual. Este es sustituido por el personaje histórico que se inserta en los grandes grupos sociales. Al revés del personaje tradicional, el personaje histórico, inserto en el grupo, tiene la capacidad de *modificarlo*. El cine descubre la esfera *política*.

El cine de Eisenstein en *Acorazado Potemkin* no es solamente histórico

⁹ Hay que señalar que no adoptamos aquí un criterio cronológico. Por este motivo citamos el cine histórico en la Unión Soviética, anterior cronológicamente al neorrealismo, después de este último. Nuestro criterio es acompañar el desarrollo de la *complejidad* del conocimiento cinematográfico de lo real. Dentro de este punto de vista, el cine de las relaciones históricas se presenta como una forma de conocimiento más complejo que el cine de la actualidad. La dialéctica constituye nuestro método, de manera que todavía volveremos, más adelante, a una forma menos compleja que el cine histórico, el cine existencial, para abordar finalmente una síntesis de los dos.

¹⁰ No tratamos los otros filmes de Eisenstein, como, por ejemplo, *Alejandro Nevski* e *Íván el Terrible*, que escapan en amplio margen a la orientación impresa a *Potemkin*.

por su tema —la vuelta de los marineros del «Potemkin»—, ni por la selección de las grandes categorías a través de las cuales se expone este tema. La calidad histórica alcanza también su *forma* cinematográfica, el *montaje dialéctico*. A través del proceso de montaje, tan desarrollado por Eisenstein, se hace posible colocar paralelamente situaciones conflictivas y resolver tales conflictos mediante una síntesis. Eisenstein descubre el equivalente cinematográfico del proceso de conocimiento dialéctico, apto para el examen de la realidad igualmente dialéctica de las grandes categorías móviles. Así, al revés de Dziga Vertov, que, como vimos al principio, simplificaba la realidad en fragmentos aparentes, Eisenstein la absorbe en su totalidad a través de un esquema de creación-observación.

La línea de creación-observación eisensteiniana ha sido reanudada en los días actuales por Francesco Rosi en su filme *Salvatore Giuliano*, aunque las categorías de Rosi en la obra citada sean menos amplias que las de Eisenstein.

Sin embargo, sería oportuno indagar si la complejidad de esta línea eisensteiniana fue mantenida sin intervalo hasta *Salvatore Giuliano* de Francesco Rosi.

La tendencia neorrealista, ya estudiada anteriormente, representa un hiato en esta línea, aunque esté ligada a ésta por una preocupación general,

vuelta hacia la realidad social. El contrapunto, empero, de la línea adoptada por Eisenstein va a ser hallado en la tercera de las tendencias citadas al comienzo del párrafo IV de nuestro trabajo: la tendencia del realismo existencial, vuelto hacia el factor social.

El realismo existencial

Esta tendencia tiene en los días actuales su representnnte máximo en Michelangelo Antonioni merced a tres de sus filmes sobre todo: *La aventura*, *La noche* y *El eclipse*. No se trata, sin embargo, de un existencialismo puro como el de Robert Bresson en *Pick-pocket*. Los personajes de Antonioni, en esas tres obras, forman parte de un grupo social determinado, el de la alta burguesía. Este grupo, sin embargo, queda apenas expuesto como una especie de ambiente en el cual los personajes viven sueltos y sin compromiso real. Estamos en el campo de la hipertrofia del individuo, de la existencia individual marcada ante una sociedad apática. En *El eclipse*, sobre todo, Antonioni opta por la disponibilidad de sus personajes. Será inclusive esta disponibilidad la que definirá el aislamiento del individuo. Las primeras escenas de este filme, aquéllas en que vemos a Monica Vitti andando de un lado a otro, viviendo sola los momentos de su existencia, representan de una manera perfecta esa especie de prisión en la cual se

inserta la persona humana en pura existencia, enajenada y sin compromisos, totalmente desligada de una participación social.

Así, en su hipertrofia de la existencia individual, *El eclipse* representa el contrapunto de la participación histórico-social de *Acorazado Potemkin*. ¿Será posible lograr una síntesis de estos dos momentos?

Después de haber abordado el cine como estética¹¹ a través del movimiento de la vanguardia francesa, fundado en la *idea* de la sensación; después de haber estudiado el cine como sociología,¹² basado en una forma de conocimiento y, finalmente, tras haber propuesto y analizado una perspectiva de abordaje del cine como estética sociológica¹³ a través de las tendencias neorrealista —realista-histórica y realista-existencial—, podemos afirmar que, en rigor, el equilibrio perfecto entre la creación personal y la observación de la realidad social en su *totalidad*, todavía no ha sido alcanzado. El individuo, cuando se escoge y aborda a través de una perspectiva y una creación personal, se aísla de la sociedad y la extingue. Lo social, cuando es tomado como objeto del proceso creativo personal (del realizador), supera al individuo y no lo incluye como tal. La realidad social, cuando es observada y expuesta por *la forma de conocimiento* del cine sociológico, se vuelve fragmentaria y aparente.

El cine todavía busca su *lenguaje total*. La realidad social, en su *entera complejidad*, no ha sido expuesta todavía.

¿Será posible alcanzar esta doble totalidad del individuo y lo social a través de la obra cinematográfica en cuanto observación y creación?

Al término de este trabajo intentaremos exponer de qué forma es posible, por lo menos en principio, alcanzar esta totalidad.

Por ahora nos ocuparemos de las experiencias realizadas en el Brasil en busca de un cine estético-sociológico vuelto hacia la comprensión de la realidad nacional.

V *La formación de un cine estético-sociológico en el Brasil*

En rigor, dentro de la formulación que hemos hecho anteriormente para la definición de un auténtico cine estético-sociológico, todavía no ha surgido en el Brasil un filme que se encuadre en una armonía entre la organización estética y la observación sociológica *total*, dentro de las características ya expuestas. Sin embargo, es preciso considerar en particular la importante tentativa de *Dios y el diablo en la tierra del sol*, de Glauber Rocha, en este terreno. Antes de abor-

¹¹ Ver p. 1.

¹² Ver p. 3.

¹³ Ver p. 10.

dar, empero, esta obra, de tan gran valor para la formación de un cine estético-sociológico brasileño, haremos un rápido análisis de algunos filmes integrados en este largo camino de búsqueda.

Alejados de una preocupación estética, tomado este término en el sentido expuesto al comienzo de este trabajo, y casi vueltos totalmente hacia la observación de la realidad social-concreta, filmes como *Arraial do Cabo*, de Paulo Saraceni, *Garrincha*, de Joaquín Pedro de Andrade y, en cierto sentido, *Integración racial*, de Paulo Saraceni, representan un esfuerzo en pro de la formulación de una perspectiva de conocimiento cinematográfico *directamente* ligado a lo real-concreto.¹⁴ *Garrincha* e *Integración racial*, sin embargo, este último sobre todo, exponen la realidad a través de una perspectiva fragmentaria y aparente. La complejidad de la observación de lo real no es alcanzada todavía. Estamos ante una *presencia real*. La realidad abordada, empero, no ha sido expuesta en su todo.

En *Garrincha*, Joaquín Pedro expone *sucesiones* reales, pero no organiza estas sucesiones en un todo «relacional». El filme tiene la autenticidad de la comunicación real inmediata, pero no alcanza la reflexión.¹⁵ *Garrincha* podría ser definido como una especie de reportaje de valor social, lo que coloca a su autor muy cerca del docu-

mentalista americano Richard Leacock.

En lo que se refiere al filme *Integración racial*, la fragmentación de que hablábamos antes se hace más patente. Un tema de orden reflexivo queda expuesto a través de apariencias sueltas. No obstante, en este sentido, *Integración* es más coherente que *Garrincha*: un cierto ligamen, muy superficial empero, se establece entre sus personajes reales. Por ejemplo, en la escena de las dos mujeres cuyos hijos —uno negro y otro blanco— son cambiados, y en el momento en que una de ellas oye la declaración de la otra a través de la grabadora portátil, hubo un resultado de reflexión que sobrepasó la mera reproducción de la imagen real. Las primeras secuencias en São Paulo pueden ser citadas también como momentos de cohesión interna.

Si examinamos, sin embargo, *Arraial do Cabo*, también realizado por Saraceni, encontramos en este filme la organización coherente de lo real-concreto que faltó a *Integración racial*.

¹⁴ Ver nuestro estudio, «El cine como proceso de conciencia de la realidad brasileña», publicado en la revista *Tempo Brasileiro*, No. 5, p. 84.

¹⁵ Cuando hablamos aquí de realidad, de presencia real, no adoptamos el término desde un punto de vista absoluto. Al hablar de la realidad *captada* no excluimos la participación del realizador cinematográfico que la captó. Este participa en cuanto *observador* y *desencadenador* de momentos reales.

Pero, esta organización no dispone, en este caso, de una presencia concreta amplia, sonora y visual. *Arraial do Cabo* cuenta con una organización reflexiva, pero no posee la imagen ni el sonido inmediatos de *Integración racial*. Así, mientras *Arraial do Cabo* parte de una reflexión, sin contar, empero, con la presencia concreta amplia de lo real reflejado, *Integración racial* dispone de esta presencia, pero no posee una organización reflexiva. ¿Será posible una armonía de los dos elementos?

En el campo del cine como *observación de la realidad*, todavía no se ha hecho en el Brasil un filme que logre un perfecto equilibrio entre la observación de la presencia real y su organización reflexiva.

En el terreno de la *recreación crítica de lo real*, *Vidas secas*, de Nelson Pereira Dos Santos, representa una tentativa lograda en la búsqueda de ese equilibrio.

Basado en Graciliano Ramos, que en la literatura realizó el equivalente de esa armonía *observación + reflexión*, Nelson Pereira, al abordar la realidad social de Fabiano, construye un lenguaje reflexivo totalmente adaptado a la creación de la realidad expuesta. Así, su forma de reflexión aparece también como *forma descriptiva*. La creación del realizador queda organizada en una forma de comprensión de lo real. No se trata aquí de imponer ideas prefabricadas o de aprisionar al

personaje, transformándolo en simple portavoz del autor. Fabiano, Sinha Vitoria y sus hijos son expuestos como personajes vivos, existiendo en sus vidas.

Vidas secas es un verdadero estudio sociológico en el terreno de la creación cinematográfica. Si sus personajes no están ligados a la sociedad, si no asumen la participación historicosocial de los personajes de *Acorazado Potemkin*, por ejemplo, esta situación no resulta de una deficiencia de abordaje completo por parte de su autor. Fabiano y Sinha Vitoria son personajes *históricos*, viven una realidad primitiva que los condiciona y les impide cualquier participación. A través de *Vidas secas* el cine brasileño comienza a descubrir el primitivismo estático de su situación colonial. Su autor optó por la *exposición* de este primitivismo.

Estamos hasta ahora en el dominio casi exclusivo de lo social propiamente dicho. El individuo, por ahora, aparece como un fragmento de la realidad social (*Arraial do Cabo*, *Garrincha e Integración racial*) o como el individuo-tipo absorbido por una sociedad cerrada y estática (*Vidas secas*).

¿Cómo irá a surgir la deflagración del personaje dentro de la perspectiva social?

En *Ganga Zumba*, de Carlos Diegues, el personaje intenta salir de la sociedad cerrada, pero esta emersión no

alcanza una complejidad necesaria. El personaje no es todavía modificador.

La auténtica posibilidad de *emersión del personaje* y el inicio del contexto de *modificación de la sociedad cerrada* va a hallar su perspectiva de abordaje en el filme de Glauber Rocha, *Dios y el diablo en la tierra del sol*. Hablábamos al final del capítulo IV de la oposición entre el cine de tendencia existencial y el cine historicosocial.

¿Sería válido intentar un análisis de *Dios y el diablo en la tierra de' sol* a través de una perspectiva armonizadora entre estas dos tendencias?

La perspectiva existencial-históric-social nos parece perfectamente adecuada como referencia básica para un estudio de la obra de Glauber Rocha.

Mientras que en un cine de tendencia existencial, como *El eclipse*, de Antonioni, el personaje-individuo se aleja de una verdadera participación social, el aislamiento de su existencia suelta, en el cine de tendencia historicosocial, como el *Acorazado Potemkin*, de Eisenstein, el personaje pierde sus características individuales a través de una colocación amplia y absorbente en la esfera de la sociedad.

Los valores existenciales tienen primacía o son absorbidos por lo social. No se ha logrado el equilibrio entre estos dos factores ni ha sido posible por lo menos lograr la colocación de

la presencia de lo existencial ante la presencia de lo historicosocial.

Dios y el diablo en la tierra del sol aborda la complejidad de estas dos presencias. El vaquero Manuel, Corisco, el beato Sebastián, Antonio das Mortes, Dadá y Rosa son personajes-tipo que asumen y representan una realidad historicosocial, pero conservan todavía una dimensión existencial. Manuel, el personaje-tipo que se libera, mientras formaba parte de una presociedad cerrada y estática, vivía en el conflicto de una existencia negada. En el momento de su liberación, de la entrada en una *posible sociedad abierta*, Manuel, todavía inconciente, siente su completa existencia en un paroxismo de libertad, condición básica para una auténtica integración total. Así, Glauber Rocha logra la verdadera salida existencial, la que está en el límite de una nueva etapa de participación social, de la inserción en una verdadera *sociedad* que incluye y armoniza la *existencia individual* y la *participación colectiva*. De tal manera comienza a formar parte de la temática cinematográfica lo que podemos llamar *humanismo marxista*, o sea, esa forma de humanismo que Henry Lefèbvre, en su libro *Problemas actuales del marxismo*, analizará a través de un brillante estudio de los textos de Marx. Dice Lefèbvre que, para Marx, «el momento decisivo que, revolucionariamente, marca el término de la prehistoria del hombre

es también aquél a través del cual el pleno y libre desenvolvimiento de cada individuo hácese posible». En este momento, «lo social queda subordinado, concretamente, a lo individual, no siendo ya posible al individuo separarse de la sociedad en una tentativa de oposición o de sumisión de la sociedad a su poder».¹⁶

Para Glauber Rocha, «...el destino es del hombre

No es de Dios ni del Diablo

No es de Dios ni del Diablo».¹⁷

Dios y el diablo en la tierra del sol inicia el estudio de una importante temática, la de una sociedad abierta, no ya prometida por místicos, sino para ser concretamente realizada por el hombre.

Al comienzo de este trabajo intentamos conceptualizar una forma de cine estético-sociológico. Proponíamos el término estética como lenguaje que incluye, al lado del concepto, la sensación y el sentimiento. El término sociológico fue usado para designar una perspectiva de conocimiento cinematográfico *directamente* ligado a lo real, como observación de éste. Concluimos que, en rigor, un perfecto equilibrio entre estos dos factores no había sido alcanzado todavía por ninguna obra cinematográfica.

¿*Dios y el diablo en la tierra del sol* logra este equilibrio?

Glauber Rocha logra en su filme un equilibrio amplio entre la *observación racional* y la exposición de ésta a través de una *estética*, o sea, el lenguaje que incluye, al lado del conocimiento, la *sensación* y el *sentimiento*. Sin embargo, no se trata todavía de un equilibrio estético-sociológico, tomada esta expresión en el sentido expuesto antes. En efecto, la observación de Glauber es, sobre todo, una observación *reflexiva*. La observación sociológica que habíamos propuesto es una observación *directa*, ligada de una manera *inmediata* al acontecer real. El equilibrio que *Dios y el diablo en la tierra del sol* logra es el equilibrio entre la razón y la sensación, el concepto y la estética, la realidad y su observación reflexiva.

Así, pues, *Dios y el diablo* puede ser definido como un punto de encuentro entre la creación personal y la observación de la realidad a través de un prisma general de *contemplación*.

De las diversas líneas expuestas en este trabajo, *Dios y el diablo en la tierra del sol* representa un punto de convergencia en el terreno de la creación cinematográfica y la observación reflexiva de lo real.

Sin embargo, desde el inicio de nuestro estudio buscábamos dos fuentes de convergencia. La que organizaba la reflexión y la exposición de la rea-

¹⁶ Op. cit., p. 35.

¹⁷ Último trecho de la balada final.

lidad social a través de un amplio proceso de creación personal, cuya representante hemos encontrado en *Dios y el diablo en la tierra del sol*, y que se proponía estructurar la observación y la reflexión personal de esta misma realidad a través de un proceso que incluía la *presencia directa* de lo real observado y reflejado, cuya primera manifestación, no lograda totalmente, puede ser identificada en *Chronique d'un été*, filme que estudiamos cuando tratábamos del cine sociológico en particular.

¿Por qué *Chronique d'un été* no llegó a la realización completa de esta segunda perspectiva? ¿Por qué *Dios y el diablo en la tierra del sol* pudo llegar, a través de la opción creativa, a una perspectiva completa de observación y reflexión de la realidad? ¿Es imposible alcanzar la reflexión cinematográfica total *al lado* de la presencia concreta e inmediata de la realidad reflejada?

Es lo que intentaremos responder en el sexto y último capítulo de este trabajo.

VI Conclusiones generales

Desde el principio buscábamos una perspectiva de contacto entre el cine y la realidad social. Pasando por el contrapunto de este contacto que procurábamos, a través de la vanguardia francesa, o el cine tomado como estética pura, iniciamos nuestro análisis

de un cine abierto a la realidad social a partir de una perspectiva de observación (cine sociológico) y de creación reflexiva (cine estético-sociológico). Definimos como condición básica para una auténtica perspectiva de contacto con la realidad social, la búsqueda de la totalidad. Era preciso tomar la sociedad en sus relaciones globales. Así, no bastaba simplemente captar fragmentos de la realidad social, como acontecía en varios filmes de tendencia sociológica. Hacíase necesario ligar estos fragmentos a una realidad que los incluyera, que los transformara en elementos *significativos* de un contexto amplio. Partiendo de la forma de creación reflexiva, vimos que era posible alcanzar una visión amplia de la realidad humana a través de la perspectiva historicosocial (*Acorazado Potemkin*) y de la perspectiva histórico-social-existencial (*Dios y el diablo en la tierra del sol*). Sin embargo, continuamos indagando sobre la posibilidad de organizar una reflexión total a través de una observación que contase con la *presencia concreta e inmediata* de la realidad reflejada, en el momento en que *esta reflexión fuera hecha*. Llegamos a abordar una tentativa casi lograda en este punto de vista: *Chronique d'un été*. Pero no encontramos, en rigor, un ejemplo que pudiésemos citar como una verdadera realización en este campo. ¿Sería entonces necesari-

rio concluir que tal realización no era posible?

El cine, hoy separado del día de su descubrimiento por apenas 69 años, surgió inicialmente como forma de registro de momentos reales, sueltos, a través de los primeros filmes de Lumière. En seguida este mismo cine va a transformarse en instrumento de invención con Georges Méliès. A partir de este momento comienza a surgir la definición del cine-arte. Créase también el cine-espectáculo.¹⁸ El *instrumento cinematográfico* pasa a ser el instrumento cinematográfico con Dziga Vertov y continúa siendo simultáneamente arte y espectáculo cinematográfico a través de las formas más variadas posibles.

Así, desde 1895, fecha de la 1ra. exhibición pública de un filme, hasta nuestro días, el cine ha pasado por un proceso de transformación ininterrumpida que continuará sin intervalo.

Podemos afirmar, teniendo a la vista las grandes variaciones que el cine ha sufrido desde su descubrimiento, que el arte, el espectáculo y el instrumento cinematográficos son, sobre todo, momentos de la evolución del cine. Estos momentos no son definidores absolutos de su naturaleza. Representan, al contrario, manifestaciones de la complejidad del fenómeno cinematográfico.

Así, pues, se hace posible la tentativa de definición de una tendencia cine-

matográfica todavía no concretada en un filme, o sea ,todavía no actualizada.

¿Cuáles serían entonces las características necesarias para la formación de un cine como observación y reflexión de la realidad social total, de un cine que contase con una presencia concreta e *inmediata* de esta realidad observada y reflejada, al lado de la reflexión y la observación generalizantes del realizador cinematográfico? El cine posee ya, en su propia naturaleza, elementos de reflexión y de un registro de la realidad reflejada. Lo que acontece, en general, es que estos dos elementos nunca aparecen juntos. El cine-arte *elabora* y *construye* su imagen-registro contando, sin embargo, con un proceso de reflexión-creación que puede alcanzar la totalidad de las relaciones concretas traspuestas al filme. El cine-registro o el cine captador inmediato de la realidad no construye su imagen, sino que sólo selecciona. No obstante, esta segunda forma de cine no usa, en general, el proceso de reflexión común en los filmes del cine-arte. Así, pues, la realidad captada a través de la forma del cine-registro, tórnase fragmentaria como vimos anteriormente, lo que da a

¹⁸ El cine como espectáculo existía ya desde el tiempo de los Lumière. Sin embargo es preciso hacer una distinción. Los primeros filmes de la época del descubrimiento del cine se *mostraban* como espectáculo, pero todavía no estaban compuestos anteriormente como tal.

esta realidad inclusive un carácter falso de *apariencia*. Sin embargo, un cine que se propusiera realizar un proceso de abertura total a la realidad objetiva tendría que conservar la imagen-registro, organizando, sin embargo, este registro en una amplia reflexión.

El cine dispone ya de todos los medios necesarios para esta abertura, como lenguaje y como técnica, lo que ya vimos a través de los varios análisis que hemos hecho de las diversas formas de cine, vuelto hacia la reflexión de la realidad total.

Toca al realizador cinematográfico asumir el compromiso de esta abertura, salir de su mundo cerrado y penetrar en la complejidad de la gran esfera de lo real.

La realidad social, en su complejidad y totalidad, todavía no ha sido abordada por el cine. Sin embargo, el abordaje de esa realidad se ha hecho posible, en principio, a través de la forma cinematográfica.

Resta esperar que esta posibilidad se concrete en un filme.

Creo que no estamos lejos de ese momento.

Río, noviembre de 1964.





Juan Gualberto Gómez
ponencia

Respuesta a comunicación del Gobernador Militar de Cuba
en relación con la Enmienda Platt¹

(Fragmentos)

... La enmienda, en tanto, a pesar de que invoca aquel acuerdo conjunto,² y de que hasta pretende cumplirlo; y a pesar de que alude al Tratado de París, cuando se refiere a ciertas obligaciones que dicen impuestas a los Estados Unidos por dicho pacto, es lo cierto que tiende, por los términos de sus cláusulas principales, a colocar a la Isla de Cuba bajo la jurisdicción, dominio y soberanía de los Estados Unidos; y esto sin que ni por un solo instante cumplan éstos el compromiso que contrajeron de dejar el

¹ Documento discutido en sesión secreta de la Convención Constituyente del 1º de Abril de 1901. (N. de R.)

² «El pueblo de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente»: Resolución Conjunta del Congreso Americano del 19 de Abril de 1898. (N. de R.)

gobierno y dominio de la Isla a su propio pueblo, puesto que antes de crearse aquí un Gobierno cubano, la enmienda exige que se establezca en la Constitución de que haya de nacer dicho Gobierno, o en una ordenanza a ella agregada, para ser después insertados en un tratado permanente, el orden de relaciones en que Cuba haya de quedar respecto a los Estados Unidos. Y ese orden de relaciones, que define la situación de Cuba, como la de un pueblo vasallo, el propio Congreso de los Estados Unidos, que sólo puede legislar para el territorio de la Unión, se sirve dictaminarlo en sus líneas generales y de un modo sustancial, para que no quede duda de que afirma su derecho a seguir permanentemente ejerciendo actos de dominio, jurisdicción y soberanía en nuestro país, llevando su firmeza de propósito y su autoridad al extremo de darnos a escoger entre la aceptación lisa y llana de la soberanía de los Estados Unidos o la continuación de su intervención militar, ya enojosa por injustificada desde hace mucho tiempo y perjudicial por infinidad de motivos. . .

. . . Terminado este análisis³ se impone que formulemos las conclusiones que nos inspira. Y lo primero que se nos ocurre es pensar que se ha debido verificar un cambio lamentable en el concepto que de sus derechos y obligaciones respecto a Cuba abrigan actualmente los Podres de los Estados Unidos, comparándolos con el que manifestaban hace tres años, al declarar que Cuba era y debía ser un pueblo independiente. Hoy parece Cuba un país vencido, al que el vencedor para evacuarlo impone condiciones, que tiene que cumplir precisamente, pues de lo contrario seguirá sometida a la ley del vencedor. Y esas condiciones en el caso presente, son duras, onerosas, humillantes: limitación de la independencia y soberanía, poder de intervención y cesiones territoriales: de todo eso hay en el acuerdo del Congreso de los Estados Unidos que se nos comunica. Si en vez de hacer la guerra a España para asegurar la independencia de Cuba, los Estados Unidos se la hubiesen declarado a Cuba misma por cualquier motivo o cualquier propósito, ¿qué otras condiciones, a no ser la franca incorporación, podrían imponer a los cubanos? ¿Y se aviene esto con lo establecido tan noble y generosamente en el artículo IV de la Joint Resolution de 19 de abril de 1898, que la Ley de Presupuestos dice venir a complementar? La Comisión que suscribe entiende que no.

³ Se refiere a la intensa crítica a que somete cada cláusula de la enmienda. (N. de R.)

Agrava el sentido de algunas de las cláusulas de esa enmienda, el método adoptado y seguido por el Gobierno y el Congreso de los Estados Unidos para poner término a la ocupación militar de la Isla. Antes, conformándose realmente al espíritu de la Joint Resolución de abril de 1898, el procedimiento que se anunciaba era el siguiente: pacificación de la Isla, creación del Gobierno cubano; traspaso a dicho Gobierno del poder que ahora ejercen los Estados Unidos, dejándolo en posesión de todos los atributos de la soberanía. Eso es lo justo y lo racional. Ahora no se procede de este modo. A un pueblo ocupado militarmente —aunque no por fuerzas que deba considerar enemigas sino aliadas— se le pide que antes de constituirse con su gobierno propio, antes de quedar libre en su territorio, reconozca al ocupante militar que vino como amigo y aliado, derechos y facultades que anularían la soberanía de dicho pueblo. Esa es la situación que nos crea el método que acaban de adoptar los Estados Unidos. No puede ser más anormal e inadmisibles.

Aparte del carácter de esas disposiciones, en lo que tienen de esenciales ¿posee la Convención facultades para aceptarlas? Se dice que la Orden número 301 del Cuartel General de la División de Cuba la convocó para hacer la Constitución de Cuba «y como parte de ella, proveer y acordar con el Gobierno de los Estados Unidos en lo que respecta a las relaciones que deberán de existir entre aquel Gobierno y el de Cuba», pero la Orden número 455 modifica en ese extremo a la número 301, estableciendo que en vez de acordar con el Gobierno de los Estados Unidos en lo que respecta a dichas relaciones, sólo debíamos emitir la opinión, de lo que a nuestro juicio, podían o debían ser. A pesar de todo, aunque se admita la supervivencia de la fórmula de la Orden 301 y la caducidad de la Orden número 455, es lo cierto que a nadie se le pudo nunca ocurrir que, dentro o fuera de la Constitución, la Convención tuviese facultades para hacer de la Isla de Cuba otra cosa que un Estado independiente y soberano. Para eso se la convocó; para todo lo que conduzca a constituir en esa forma al país, tiene amplias facultades; pero no las tiene para mermar su independencia y soberanía. El país —y hay tratadistas que opinan por la negativa— puede renunciar a sus derechos; pero tiene que hacerlo en forma taxativa, expresa; así es que para constituir a Cuba en Estado vasallo, protegido o anexo, de los Estados Unidos, esta Convención no tiene facultades. Habría que convocar otra a la que se diera por misión resolver ese problema, en vez de llamarla, como ésta lo ha sido, para constituir un Estado nacional con todos sus atributos esenciales de una indepen-

dencia y soberanía. Y no vale decir que los Estados Unidos dan a la Convención facultades para resolver. Sostener la validez de tal otorgamiento de atribuciones; equivale a encontrar legítimo y moral que, en el orden civil, el tutor pueda emancipar, cuando la emancipación no tenga otro objeto que el de habilitar al pupilo para hacer donaciones al hechor.

Fundándose en las consideraciones expuestas, la Comisión que suscribe entiende que la Comisión debe manifestar al Gobierno de los Estados Unidos, que en el punto concreto de las relaciones que deban existir entre Cuba y los Estados Unidos, sigue pensando lo propio que manifestó en la opinión expresada en su acuerdo de 25 de febrero último; y que en ese sentido, no tendría inconveniente en recomendar favorablemente a la consideración del futuro gobierno de Cuba, las cláusulas 1ª, 2ª, 4ª y 6ª de la enmienda a la Ley de Presupuestos de los Estados Unidos; pero que las cláusulas 3ª, 5ª y 7ª de dicha enmienda las estima atentatorias a la independencia y soberanía de la Isla de Cuba, contrarias a la letra y al espíritu de la Joint Resolution de 19 de abril de 1898, motivos por los cuales no pueden hacer de ellas idéntica recomendación.

La Comisión entiende, además, que convendría hacer presente a los Estados Unidos que la manera única de cumplir la Joint Resolution, como enfáticamente declara que pretende hacerlo, la enmienda a la Ley de Presupuestos consiste en constituir cuando antes el Gobierno de la República de Cuba, tal como lo establece la Constitución que hemos redactado y adoptado como legítimos representantes del pueblo de Cuba, regularmente convocados por el propio Gobierno de los Estados Unidos, el traspaso de los poderes que ahora ejercen, y retiradas de la Isla las tropas americanas, se habrán cumplido La Joint Resolution y el Tratado de París. Cuba independiente y soberana existirá y será una realidad, capacitada para hacer todo lo que pueden los pueblos independientes y soberanos.

Cuando esto haya sucedido, si el Gobierno y el Congreso de los Estados Unidos, lo estimasen aún necesario a su política, conveniente a sus intereses y compatible con los derechos e intereses de Cuba, entonces podrían presentar al Gobierno de la República de Cuba las estipulaciones que estimen deben ser objeto de un tratado entre ambos países, incluso las estipulaciones mismas que la Convención no puede recomendar ahora. El Gobierno cubano ya en funciones procederá con la plenitud de sus facultades, y al negociar con los Estados Unidos, llegara al acuerdo final entre ambos países, en la forma que las leyes autoricen. Lo proba-

ble es que, en ese momento, agradecida Cuba, viendo a los Estados Unidos mostrarse leales a sus compromisos, dejándole realmente libre, sin haber pretendido un instante abusar de su fuerza ni burlar nuestra confianza, llegue el Gobierno de Cuba al máximo de las concesiones en favor de las demandas de los Estados Unidos. Entonces, no estará, en efecto, nuestro Gobierno cohibido por la presencia de ningún poder extraño en la Isla, entonces no habrá dudas ni recelos en el alma cubana, porque entonces se habrán trocado en realidades positivas, las que todavía son para ella ansias inacabables, esperanzas infinitas, pero tormentosas e inquietas de paz definitiva, dentro de la libertad y la independencia que únicamente pueden asegurársela.

Juan Gualberto Gómez⁴

sobre el general José Luis Robau y López⁵

...Al inicio de ese largo trabajo sobre la Enmienda Platt, la actitud de Robau no tenía nada de singular: casi todos los delegados a la Convención Constituyente, conviniendo en que mermaba la soberanía de la Patria, estaban de acuerdo en rechazarla. Sus compañeros de representación, los enviados de Las Villas, eran de los más decididos en esa manera de sentir. Asegurábase que Las Villas iba tan lejos que manifestaba su disposición a levantarse en armas antes que tolerar el más leve atentado a la independencia de Cuba. Pero, cuando se acercó la hora decisiva, empezaron a flaquear los compañeros de Robau, que, al fin, votaron en favor de la enmienda, asegurándole el triunfo, pues es sabido que sólo por un voto de mayoría fue aceptado por la Convención Constituyente, el famoso apéndice que mutila nuestra soberanía y entorpece nuestro libre desenvolvimiento nacional, habituando a nuestro pueblo a no buscar en su propio esfuerzo y en su sentimiento de la responsabilidad propia, el remedio a los males que puedan aquejarle, como han aquejado, en el curso de la historia, a todos, absolutamente a todos los pueblos de la tierra.

⁴ Fragmento de un trabajo publicado por Juan Gualberto Gómez en «El Fígaro» el 23 de enero de 1921 y reproducido en la Sección «Así se forja una Nación», «Bohemia» de Setiembre 26 de 1954. (N. de R.)

⁵ Robau (1871-1909) fue delegado a la Asamblea Constituyente de 1901. (N. de R.)

En ese momento trágico para Cuba, fue cuando se agigantó a mi vista la figura viril y enérgica de José Luis Robau. Separándose de sus compañeros, los delegados villareños, votó que no aceptaba la enmienda y pidió que se le permitiera explicar su voto. Levantose para hacer por vez primera, uso de la palabra, en aquel largo y trascendental debate. La expectación fue grande, porque nadie creía que hablaría en aquella Sesión, después de que Manuel Sanguily, Rafael Portuondo y yo, como Presidente, habíamos discutido largo y tendido. Pero puedo afirmar que las dos frases que pronunció, con acento grave y emoción contenida, constituyeron el discurso de aquella tarde triste y memorable.

«Mis compañeros de Las Villas, —dijo— no me han mandado aquí pensando que yo sería un sabio legislador; no me dieron sus poderes, creyendo que podría dictar preceptos atinados para nuestra constitución. Me escogieron únicamente porque sabían que yo había defendido la independencia de la patria, con las armas en la mano, y con peligro de la vida; eligieron al General de la Revolución, que estaban seguros que amaba sus principios; y partiendo de ese hecho, yo no puedo aceptar nada que atente contra la independencia y la soberanía de Cuba. Por eso he votado: ¡NO!» Y se sentó.

La Asamblea se impresionó tanto que siempre me ha quedado la duda de que si Robau pronuncia esas frases ante de la votación, en vez de hacerlo como mera explicación después del voto, quizás algunos de sus compañeros —sobre todo entre los que procedían del Ejército Libertador— hubieran votado de manera distinta a como lo hicieron, y la Enmienda Platt no figuraría como Apéndice de nuestra Carta Fundamental, por lo menos con el consentimiento de aquella Convención Constituyente, que debió disolverse antes de aceptarla...

salvador cisneros betancourt

voto particular contra la enmienda platt

(Fragmentos)

...Según aparece en el acuerdo del Senado y Cámara de Representantes de los Estados Unidos, no se le deja elección a los cubanos para nada,

supuesto que tienen que aceptar las conclusiones propuestas por el Senador Platt, que fue aceptada en ambas Cámaras por 135 votos contra 111 y pasada al Presidente, fue sancionada por éste, viniendo a ser Ley.

La Convención en mi concepto debe rechazarla sin discusión de ninguna clase y ratificar las conclusiones que en su última sesión acordó, aunque yo no las acepté, a pesar de reconocer el mérito de ellas y de comprender que no se podía haber hecho con más acierto y justicia; pero que por las razones que expuse, no podía hacerlo sin prevaricar de mis principios radicales.

Hoy, por estas mismas razones y las más que expondré, me veo en el caso de hacer mi voto especial sosteniendo lo que en el anterior afirmé: que la Convención no puede ni debe entenderse en las relaciones que deban existir entre los Estados Unidos y la non nata República de Cuba.

Las razones que en mi anterior voto particular expuse, subsisten con más fuerza para ésta y son las siguientes:

Que con dichas relaciones está de manifiesto que los americanos no vinieron a Cuba puramente por humanidad como pregonaban; sino con miras particulares y muy interesadas.

Que no debemos caer en una celada; vendiendo nuestra honra e independencia absoluta, por concesiones que hagamos a favor de los Estados Unidos, sin que por su parte nos concedan ventaja alguna.

Nosotros, por nuestra parte, hemos cumplido con lo que se le ha encomendado a la Convención, formando una Constitución completa para la formación definitiva de la República de Cuba. Luego después hemos entendido en preparar las reglas a que deben ceñirse las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba, disponiéndonos a continuar elaborando la Ley Electoral y lo demás que sea necesario para establecer un Gobierno estable y firme, pero habiendo remitido estos dos documentos a los Estados Unidos, —en lo que no estuve conforme— esta es la hora que no se sabe el paradero ni resultado de ellos; sino que por el contrario el Congreso, precipitando sus trabajos, votó la Ley Platt.

Las razones de todo esto ellos lo sabrán como también en todo el que piense un poco.

Hace mucho tiempo que incondicionalmente han debido reconocer nuestra soberanía e independencia absoluta: supuesto que la hemos ganado según ellos mismos lo confiesan, y lo comprueba al «Joint resolution».

Ellos deben confiar en el agradecimiento y buena fe de los cubanos; y contar con las buenas disposiciones de estos, para que voluntariamente

y sin que ellos lastimaran nuestra dignidad y decoro, se les concedieron cuantas concesiones y beneficios puede dársele a la nación más privilegiada; no entendiéndose por esto menoscabo a la soberanía e independencia de Cuba y que jamás aparezca como imposición por su parte, ni menos como un negocio de compraventa.

Los Estados Unidos en sus últimas conclusiones hacen desaparecer todo lo grande y humanitario que tenía el acto de venir a expulsar a los españoles de Cuba, en favor de los cubanos, toda vez que nos ponen por condición que sin la aceptación de dichas conclusiones seguirían interviniendo en Cuba.

Nosotros los convencionales representantes del pueblo de Cuba, el que ha sancionado nuestra aptitud como lo han probado últimamente con las adhesiones que se nos han hecho y están haciendo en todas las ciudades y pueblos de la Isla; debemos sostener íntegro e incólume los derechos de éstos y con la energía y valor necesarios, oponernos a sus últimas conclusiones por ser denigrantes y atacar a la soberanía e independencia de la Isla de Cuba; y por lo menos debemos sostener las conclusiones de la Convención Constituyente.

No debemos, no, renunciar ni abandonar nuestros puestos, sino defender los derechos del pueblo, hasta sacarlos incólume o sucumbir en el puesto en donde nos ha colocado éste.

Yo por mi parte no renunciaré; y allí me encontrará el gobierno Interventor, dispuesto a sostener la independencia absoluta y los derechos del pueblo que me ha nombrado; o que el gobierno opresor dictatorial interventor me expulse del sacrosanto lugar de la Convención.

Cuba no tiene aun personalidad propia; no es nación reconocida por las demás naciones, ni aun por los mismos Estados Unidos, ¿cómo puede pues, contraer compromisos y hasta donde serían estos válidos? ¿cómo puede el pupilo contratar con su tutor? Reconózcase la independencia de Cuba, y entonces es cuando procede tratar.

Hemos jurado respetar y hacer respetar nuestra Constitución.

¿Sería honrado estatuir una Base al principiar nuestra vida política, barenando ésta nuestros artículos más importantes?

Los Delegados no deben de ningún modo comprometer los intereses de Cuba ni imponer, ni influir en el Ejecutivo y Legislativo, a fin de que estos tengan sus derechos de acción expeditas en asuntos que tan directamente le afectan.

Estas son las razones que tuve para formular mi voto particular con respecto a las relaciones, que la Convención tuvo a bien remitir al gobierno Interventor; las cuales subsisten en pie, y son las mismas que expongo para este otro voto particular que formulo.

Además, ¿somos nosotros parte integrante del territorio de los Estados Unidos? ¿Las leyes que formula el Congreso de los Estados Unidos, tiene acaso que ver algo con los cubanos? ¿Son por ventura obligatorios para individuos que no están bajo su jurisdicción, por más que esté sancionada por el Presidente de los americanos? ¿Podrán ser obligatorias para los que no la han confeccionado por sí o sus legítimos representantes? Sin duda que no, y particularmente para los que como ellos sostienen los principios republicanos y democráticos, por lo que es axiomático, que nadie está comprometiendo a obedecer y cumplir leyes que no han confeccionado.

Los únicos representantes del pueblo de Cuba, somos nosotros los Delegados, por él elegidos; y sólo nosotros podríamos aceptar negociaciones por ellos, pero acabamos de formular nuestro Código fundamental y en él hemos delegado en el ejecutivo y el legislativo, la facultad de hacer negociaciones con las naciones extranjeras.

De suerte que nos hemos cohibido y solo estos poderes pueden hacerlo. Así es que acabe de reconocer el gobierno de los Estados Unidos nuestra soberanía e independencia absoluta y entonces estableceremos nuestro gobierno como república y con ella podrá proceder el gobierno americano, como cualquiera otra nación, a entablar las negociaciones que crean convenientes, porque con la Convención hoy no tendría fuerza legal.

¿Con qué derecho el Senador Platt, ni todo el Congreso con el Presidente de la República a su cabeza puede disponer de los asuntos privados de Cuba?

Ahora bien, es tan palmaria y enorme la injusticia que solo tuvieron una exigua mayoría de veinte individuos. Pero a pesar de eso hay que tener en cuenta que en su mayor parte el pueblo de los Estados Unidos está a favor de la independencia de la Isla de Cuba sosteniendo la «Joint Resolution», que sin duda la han olvidado los que votaron a favor de la proposición Platt.

Sin duda el Presidente de la república americana se ha olvidado por completo del puesto que ocupa para descender al del más vulgar opresor y tiranuelo; oprimiendo a la reciente República de Cuba que tantas pruebas de abnegación ha demostrado para conseguir su independencia absoluta.

Ningún cubano permitirá que se cercene un átomo de su territorio y mucho menos que se vulneren sus derechos cohibiendo las facultades de una naciente nación pisoteada su Independencia y soberanía absoluta...

...¿Son ellos los que han venido a darnos lecciones de buen Gobierno y de enseñarnos los principios liberales y democráticos? ¿Son ellos los descendientes de Jorge Washington y de aquellos hombres eminentes, puros y de principios radicales que consiguieron la Independencia de los Estados Unidos? ¡Ah! ¡Si tan preclaros patriotas, se levantaran de sus tumbas, volverían a ellas avergonzados!

Mas ello es así, pues las pruebas las tenemos en la evolución hecha de venir a ser conquistadores y opresores de los pueblos que dignamente luchan por ser libres e independientes. Puerto Rico que sin inquirir de su pueblo su aquiescencia y sólo a fuer de rehenes por la guerra con España, cayó en las garras del Aguila rapante, para ser un pueblo libre o una adición del territorio americano, no se sabe.

Filipinas que luchaba contra la despótica España para conquistar su independencia tienen ellos el cinismo de comprarle a España, no su territorio, sino la guerra, que le siguen haciendo a unos hombres que peleaban por su libertad, para someterlos, quizás a un coloniaje depresivo, sin recordar que ellos, los filipinos le ayudaron a hacer la guerra a España y con ellos obtuvieron sus triunfos como sucedió en Cuba.

Cuanto mejor no hubiera sido si ellos amantes y consecuentes con sus principios les hubiesen servido de fiadores abonando los veinte millones de pesos a España y les hubiesen dicho a los filipinos: «Sois independientes, pero con la obligación de abonarme los veinte millones en tales y cuales condiciones» y no aparece haber comprado a un pueblo que peleaba por su independencia, por veinte millones de pesos, para subyugarlo y tenerlo en estado de coloniaje, peor sin duda de lo que estaba antes.

A Cuba que según la Joint Resolution, la declararon ante la faz del mundo, que tenía derechos sin condición de ninguna clase a tener su Independencia absoluta, por lo menos desde entonces y cuando mucho más desde que los españoles evacuaron la Isla pretenden ahora después de dos años y medio de un Gobierno militar interventor, que entremos en negociaciones onerosas a trueque de reconocernos nuestra Independencia. Es decir hacer una negociación comercial del amo con el esclavo.

No se atreven a manifestar su idea y propósito franca y lealmente porque se avergüenzan de la intención que trae envuelta la negociación leonina que proponen porque seguro están que no se les admitirá y por ello se

creen facultados para continuar en la Intervención y quedarse con la Isla. Aun no conforme llega su osadía a tal grado, que quieren desmembrar el territorio, quedándose con la Isla de Pinos sin inquirir de sus actuales poseedores y habitantes si están conformes o no con pasar del Gobierno que hasta aquí ha estado sujeto a que sus negocios vayan a ventilarse a un país extraño y a más de 500 leguas.

Ellos tan humanitarios y tan solícitos del bien de sus semejantes y en particular de sus vecinos, se quieren hacer cargo y poner condiciones para mantener la Independencia de Cuba y proteger al pueblo de la misma: «para que el Gobierno de Cuba le venda o arriende al Gobierno de los Estados Unidos las tierras necesarias, para Carboneras o Estaciones Navales, en ciertos puertos determinados que convendrán con el Presidente de los Estados Unidos».

¡¡¡Qué cándidos son!!!

Sin duda se olvidaron o les faltó el resuello para pedir o exigir que se les permitiese levantar un fuertecito con unos cañoncitos y un número de soldados suficientes para proteger y sostener las dichas Carboneras o Estaciones Navales.

Sin duda quieren otro Gibraltar o el clavo del Jesuíta, para tenernos siempre a merced de ellos.

¡Qué astutos son y cómo se interesan por sus bienes propios!

... Por todo lo expuesto he sacado estas últimas conclusiones.

Que los Estados Unidos no tienen más derecho para exigir a Cuba nada absolutamente que el de la fuerza.

Que su Ley Platt a nada obliga a los cubanos y que sus proposiciones para establecer las Relaciones entre Cuba y los Estados Unidos quebrantan por completo la Joint Resolution, y los principios liberales y democráticos de que tanto alarde hacen.

Que las palabras de su Presidente Mac Kinley, juntamente con la del General Wood, a pesar de haber sido la palabra honrada de un General, se las ha llevado el viento: que por desgracia mi vaticinio con respecto a los propósitos que indujeron a los americanos a declarar la guerra a los españoles por humanidad desde el momento que desembarcaron sus fuerzas a tierra costaría trabajo el que abandonasen la Isla y que difícilmente lo harán.

Que las Relaciones acordadas, sin duda hechas expresamente con la mira de que los cubanos, como es natural, no las acepten, es el tener un motivo de discordia para quedarse con la Isla, que ha sido, es y será el propósito

de toda su vida aún por los mismos ingleses antes que los Estados se independizasen.

Que con las dichas relaciones propuestas Cuba no tendrá su Independencia absoluta; y desafío al más erudito diplomático que me diga que clase de Gobierno tendrá, porque el aceptarlas, ni tendrá soberanía, ni Independencia absoluta, ni será República, ni anexada, ni protegida, ni territorio de los Estados Unidos; y de consiguiente creo que mis dignos compañeros de la Convención deben rechazarlas de plano y en caso de tener opinión contraria, establezco mi protesta más formal, sosteniéndola con este mi voto particular, la Independencia absoluta o nada. No estar ligado a Gobierno alguno ni con el hilo de la araña, según ha dicho nuestro digno compañero el General Lacret.

Los Estados Unidos, sosteniendo los principios Justos y Republicanos de sus antecesores han prosperado y llegado al pináculo y a una grandeza inconcebible y seguirán así, mientras tanto sostengan los principios y máximas que el padre de la Patria, Washington, le legó.

Por desgracia, intentan apartarse de ellas, y su ruina empezará con la adquisición arbitraria de Filipinas, Puerto Rico y la ocupación a mano armada que intentan por la fuerza posesionándose de la Isla de Pinos y aún como se comprende, de Cuba, sino de su territorio por lo menos de lo que nos es grato, de su soberanía e Independencia absoluta. Recuerden que no hay enemigo chico y que el siglo XX concluirá con su decadencia y no figurarán más entre las Naciones de primer orden.. ¡Ojalá este augurio que hago no salga tan cierto como parece que va a resultar con el que hice de Cuba, cuando los americanos desembarcaron en Santiago de Cuba, que predije la pérdida absoluta de nuestra Independencia. Creo que la Convención debe sostenerse, ya que así lo ha acordado (con mi voto en contra) que las Relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, deben llevarse a cabo cuando la República de Cuba esté legalmente constituida y nombrada los poderes para su Gobierno, entonces, no antes, es la oportunidad para que el Gobierno de los Estados Unidos ocurran al de Cuba, como lo pueden hacer las demás Naciones y celebrar cuantos tratados crean convenientes, y entonces no será degradante al Gobierno de Cuba el aceptarlas ni menos aparecerá que el Gobierno de los Estados Unidos aprovechándose de la oportunidad se nos quiera imponer.

Por tanto repito, que desde luego me opongo a que la asamblea acepte Relaciones ninguna con la que va a ser República de Cuba, porque coartaría con ello la facultad del Poder Ejecutivo y el Legislativo.

Creo que nosotros los cubanos debemos manifestarle al Gobierno Americano todas nuestras simpatías y agradecimientos, siempre que sea con honra y provecho para ambos; y únicamente se me ocurre que nosotros aconsejemos a los que deben intervenir en dichas relaciones, para que se guarde todas las consideraciones que se le pueda tener como a la Nación más privilegiada.

Habana 15 de Marzo de 1901.

julio César gandarilla⁶

«contra el yanqui»

PECHO AL SACRIFICIO

Generalmente los mayores en años siempre tienen a boca el argumento de sus años más, contra los que tienen menos años que ellos; e irremisiblemente dueños de ese argumento figúranse con infalibles poderes para combatir a quien toma en su verbo la verdad y acertadamente discurre.

Una firma protectorista más que fecunda, en las columnas de un diario colonizador combate por exagerado mi diáfano teorema: «No hay en Cuba motivos de gratitud al yanqui», y dice que esto «es un error explicable en quien, porque sólo tenía seis años al comienzo de la Revolución del 95, no ha podido conocer al dedillo los incidentes de su terminación ni por ende darse cuenta exacta de que lejos de robarnos algo los yanquis nos dieron todo lo conseguido, lo que no hubieran podido obtener por sí solos los revolucionarios contra el aguerrido ejército español».

Véase en las anteriores textuales palabras, el argumento Aquiles de los protectoristas cubanos, que realmente son yanquis honorarios y guerrilleros de Cerdolia. Otra firma hácele coro a esas palabras serviles, y óyese decir por esas firmas, que «el yanqui es el padre amante que sólo manda notas para moralizar». Tanto desenfado contra el país, revienta de indignación el pecho; y si no hubiera bastante desprecio en los cubanos dignos contra las prosas anexionistas, serían éstas las flores de villanía sobre

⁶ (1888-1923) Abogado y periodista manzanillero que dedicó sus energías a combatir la dominación norteamericana en Cuba. Recopiló diversos artículos en su libro «Contra el Yanqui», publicado en 1913. (N. de R.)

la tumba deshonrada de Cuba. Viviendo el cubano bajo el abuso extraño y el insulto de aquellas prosas, debe alzarse al combate de su decoro y morir con dignidad en la lucha de su Independencia.

¿Quién le dijo a la firma colonial que en plena juventud yo desconozco al dedillo los incidentes de la terminación de la guerra del noventa y cinco? Que ¿acaso con las canas se adquiere el conocimiento de esos incidentes y detalles? Qué, ¿acaso por el hecho de ser viejo se conoce la minucia de un período de tiempo? El límite de edad puesto entre la firma colonial y la juventud, no prueba que ésta desconozca lo más reciente de su historia patria.

El joven que tiene razón frente a un viejo errado, especialmente sobre el decoro de su patria, es más augusto que el viejo, más vale que las canas del viejo, es más respetable que el límite que lo separa de los años avanzados y debe ser un estímulo para los viejos que lejos de amar su patria, defienden e inciensan los usurpadores extraños.

Precisamente porque conozco (por lo menos tan bien como la firma protectorista) los incidentes de la terminación de la Guerra del 95, yo digo que Cuba no está obligada a agradecer nada a Yanquilandia; porque conozco las minucias y «secretos» de la última etapa de la historia de mi país, yo sé que la Enmienda del señor Platt, impuesta a la descarada, fue por los Estados Unidos; yo sé que el Abuso Platt, es un garrote para la Patria cubana y que es la verdadera Constitución de Cuba; yo sé lo que en el país se siente contra la falsa amistad del lobo; yo sé que los primeros Constituyentes cubanos a gusto no enmendaron su Constitución, porque ellos sabían que la reforma es obra de otra Convención Constituyente; yo sé que si una Ley Platt deroga la Carta Básica de un Estado, este Estado no es libre; yo sé que si la Constitución de un Estado, se aplica por excepción y una Emienda extranjera como principal y constante, ese Estado es un criado del Enmendador, no tiene lugar en el concierto de los Estados Soberanos, no tiene puesto en la libertad ni es independiente; yo sé que por simple afecto y gratitud, Cuba no se hubiera puesto ella misma «la camisa de fuerza» (como llama un mercader de las letras y poeta de Wilson a la vil Enmienda), no se hubiera ella misma puesto bajo el yugo del imperialismo, ni metido bajo la garra del antropófago, porque hubiera sido una necedad peor que la de encomendar las ovejas al cuidado del lobo, o la hacienda u otras cosas a quien las pierda o destruya.

Pero yo sé más: yo sé que aunque los constituyentes cubanos hubieran abrogado la facultad de ligar a Cuba a los colmillos de la fiera yan-

qui, habrían cometido la más absurda y horrenda traición ocurrida en el Universo, que en modo alguno puede ligar nunca jamás al pueblo de Cuba; yo sé que la alevosía yanqui mantiene en cada alma digna un odio santo contra la iniquidad imperialista.

Pero también debo decir que si he de conocer la historia de mi país al modo del viejo protectorista, prefiero quedar ignorante de ella para clamar para mi Patria por un yugo; más deseo nada saber de los incidentes a que alude la firma colonial antes que defender la dominación de los extranjeros y justificar el derecho que a inmiscuirse en mi nación se abra un conquistador insaciable.

¿Quién puede tenerle gratitud al yanqui? El que suspire porque los botines del tirano no abandonen jamás este rico suelo que debe ser sólo cubano, cubano siempre, sobra en Cuba y debe emigrar hacia el territorio de los vándalos imperialistas.

La juventud cubana debe erguirse con sus años pocos frente a las vejezces implorativas de yugo y de amo, regar de nuevo el fuego de la absoluta independencia y poner pecho al sacrificio.

LOS CULPABLES

I

La defensa del Pueblo. Las masas se preparan

Enumerando los culpables de que existan los términos del Tratado Platt, veo que se incluye al pueblo, «del cual, dicen, pocas voces se han alzado para protestar de este estado de cosas».

Yo sostengo un juicio opuesto. No es culpable el pueblo del aparente silencio habido en Cuba sobre el llamado Tratado Permanente entre Cuba y los Estados Unidos o Apéndice Platt, de la falta de ruidosa protesta, hasta hoy, contra el indecoroso cepo. ¿Cómo ha de ser él, culpable de no decir su protesta, si los únicos que pueden decir y hablar no le permiten el vehículo pacífico de la protesta: la prensa?

Culpables son los directores de la política cubana. Culpables del silencio son más bien, los que monopolizan la prensa; los timadores, serviles o proteccionistas que escriben en los diarios y dieron sus prosas como el eco

del sentir popular y reflejo de la pública opinión, los que llenan las redacciones con su venalismo, los que sólo para ganar oro fundan periódicos; los que han hecho de la prensa periódica una mina en explotación, una mera empresa mercantil, cuyos accionistas sólo ansían su mezquino provecho privado.

Los diarios factorías no pueden ser voceros de la opinión, ni ecos, ni reflejos del público sentir, ni de las ansias populares. En sus columnas no tiene acceso el ideal nacional, no cabe el viril rugido de los que aman el país sin sombras ni vituperios, es decir, sin eso que los reaccionarios llaman garantía de la Independencia, sin el rabo plattista, sin el deshonor a cuesta, sin el grillete en la frente, sin la camisa de fuerza. En esos diarios no puede escribir quien ardiente y radicalmente quiere ver la Patria libre. Quien desea que el ambiente nacional sea cubano y lanzar los animantes clarines del Juramento Mambí, encuentra un valladar en que se estrella: la **discreción** o tinte protectorista del diario o mejor dicho, el anticubano inconsciente o solapado o franco. Las redacciones tienen una muralla contra el pueblo, el insolvente pueblo cuyas pasiones son dinamos y cuyas fuerzas las del mar, contra el pueblo que no renuncia sus aspiraciones, que aun apresado y bajo la ventosa, suspira por verse grandioso y soberano, que confía en los que eleva, y que sufre el engaño de los que no cumplieron sus inefables aspiraciones. Ese pueblo que parece mudo ante el riesgo de la Patria, al que arrojan los diarios doctrinas aviesas en pro del Esclavista, y defensas a Platt; ese pueblo abnegado no habla por los diarios mercenarios, a éstos su voz no llega. Ese pueblo tiene por heraldos el rumor de su protesta en los hogares, calles y plazas; el temblor que trasmite al ambiente, el soplo que se presiente de su indignación contenida. En los diarios han escrito principalmente, hasta hoy, los que aplauden la ajena tiranía, los que pregonan sumisión, llaman evangelista a Wilson y le mandan parabienes por sus notas contra Cuba, los que tienen el encargo de decir que el platt-bozal de Cuba es una bendición de la Providencia; y la misión de desarmar la agitación de la vergüenza cubana, de convertir en gratitud el odio popular contra el tirano, de propagar que el Apéndice Constitucional lejos de amenguar, ensancha la independencia. El pueblo sabe que el Apéndice hecho y admitido **legalmente**, es un vergonzante Código de limitaciones de las actividades cubanas y un escarnio a la declaración de soberanía de nuestra Carta Fundamental, pero muchos diarios se han afanado en demostrar que el Apéndice es divino, que es una panetela para gozo del país.

Visten con oropeles los diarios ricos el yugo del extraño y toman como fuente de derecho un voraz antojo hecho Tratado Permanente por la real conveniencia y ventaja de quien León se llama y como León procede. Todos los días véanse magistrales defensas a la Tutoría Yanqui. ¡Claro!, esos amigos del amo necesitan que el amo no se lleve el cepo, para así disfrutar de paz bendita; que el amo absorba el país para que sus intereses no peligren ante un noble arranque del pueblo; que el sueño no se les turbe; que el pueblo siga esclavo para que sus coterráneos nunca sean dignos; que el amo les aumente el capital. Defienden al amo porque temen al pueblo. Y dicen que la Enmienda es excelente prenda de paz que evita los disturbios cubanos, y que el yanqui es generoso amigo.

¡Qué amigo que impone su extraño y odioso mandato! ¡Qué amigo que es fiera que ya empieza a digerir a Cuba! ¡Qué cuidado el de la fiera tutora que desea el abandono del pupilo a los colmillos altruistas! ¡Qué manera de evitar disturbios y convulsiones en Cuba por los que no son de ella, y tienen como ideal anexarla! ¡Qué prenda de paz es la que se impondría asesinando cubanos si éstos levantasen sus brazos frente a la Intervención! ¡Que paz la hecha a tiros por los extranjeros contra los nativos! ¿De esto gustan los protectoristas? ¿Esto es velar por Cuba?

Arguyen con razones carnalescas que el Apéndice Platt preserva la Independencia. ¡Qué preservadores pueden ser los yanquis que sólo han luchado para su ventaja, que ven en Cuba una dependencia, que la subyugan porque sí a cuanto les conviene, y que la ordenan con amenaza, no cumpliendo el Apéndice, sino «preventivamente», como se hizo con la Ley de Amnistía!

Pero el pueblo sabe que un enemigo como tutor es un asesinato seguro, que un lobo como padre de una oveja es un manjar para el lobo. Sabe el pueblo que a cambio de lo que es su derecho, inalienable y sagrado, no debe sufrir una perpetua humillación. Altruismo es defender e irse; pero el yanqui no vino a defender al cubano, sino a castigar la voladura del Maine. Y los yanquis no se han ido; ahí están, más acá que allá, ojo agresivo, en alarde de abuso. La prueba de que nada han hecho por el país con desinterés, es que nada hubieran intentado ni hecho si no hubiera sido por el más positivo y abundante bien para ellos; y que nada han obligado a hacer ni permitido, como no sea en efectivo beneficio de ellos. Los detalles bullen a raíz de la menor curiosidad.

El pueblo cubano no ha podido hacer oír su opinión con el rotundo tono que se le escapa de los labios, porque cierta prensa le ha negado su apoyo;

porque cierta prensa, sabedora del incorruptible sentimiento verdaderamente cubano, no cesó ni cesa de pintar al yanqui como el evangelista que sólo bienes depara a la víctima Cuba. Pero el movimiento popular se acentúa, y cuando El Comercio, Cuba, La Noche, El Reconcentrado, Región y Patria y El Debate, atacan al absorbente tirano yanqui y aluden con elogio al puro separatismo que siente el pueblo, éste se eriza y augusto y resuelto responde en la vanguardia.

El pueblo, sin prensa, como en los coloniales tiempos, trabaja por la redención, dispónese a repeler el asesinato, aunque su acción suponga lo que llaman suicidio; niégase a ser manjar de fiera, y forma un bloque, el cubano baluarte que se alzaré contra el Imperialista para arrojarlo de Cuba. Aunque el pueblo parezca callado, hará un acto ejemplar; de él tiene que venir, no de los que le pregonan gratitud, es decir, sumisión, esclavitud y cobardía. Aunque el pueblo no tenga prensa, está estremecido y se prepara...

II

Tengamos la vergüenza

Convento en que los constituyentes cubanos que acordaron (sin facultades para ello) el Apéndice Platt, son culpables de esa Ley del Embudo. Creo que debieron mantener en guerra al país y llevarlo al desastre o la apoteosis, bullente como estaba la pasión mambisa. Creo que la Convención debió eruirse a los primeros amagos del platismo y jamás regalar la soberanía de la Patria al Cerdo Platt, aunque la yanqui presión fuese terminante. Más, también creo que si la Convención cedió al temor, a pesar de nada deber al yanqui, faltó la voluntad, y por tanto, el consentimiento adolece de vicio de nulidad. Cuando se vence a un pueblo, impone condiciones el vencedor; pero Cuba no fue vencida por el yanqui ni con él estaba en guerra. Los yanquis usaron violencia, intimidación y dolo para arrancar el consentimiento de Cuba, a pesar de no haber sido Cuba enemiga de ellos, de nada deberles y de haber ellos declarado el derecho de Cuba a la libertad. Luego, en todo tiempo hay el derecho de protesta contra la amarra en que nos retorremos.

La gran intimidación de que fue víctima la Convención cubana prueba el infinito provecho que para el yanqui se deriva del Tratado Platt, de-

muestra que Cuba no era libre y que en lo futuro no le sería permitida tampoco la libertad, que ese Tratado sólo a ellos beneficia, que ellos se anexaron a Cuba, cubriendo la forma legal con el uso de la fórmula: «todo esto se hace para bien de Cuba y preservar su independencia», es decir, untando de miel el bozal y floreado la traición y el despojo, para que en todo tiempo puedan los diaristas cubanos decir que los americanos son tan generosos que merecen también a Cuba por Patria, que Cerdolia es muy altruista y manga abierta, porque venció a los «aguerridos» españoles y le dio a Cuba lo que ésta sola no hubiera podido alcanzar, que los americanos son los libertadores y padres de Cuba, que se han tomado el trabajo de preservar la independencia y de evitar las convulsiones.

¡Preservación!... he ahí la fiera protegiendo la libertad de la liebre. Véase qué **preservación**... para ser los yanquis, únicos acaparadores del país. La palabra preservar es la lámpara fabulosa que seduce a algunos pocos avisados, y el arsenal donde se parquean los panegiristas de Wilson y Roosevelt. Hay endechas y odas al cielo y servicio que prestan los yanquis a Cuba, que no las mejora el propio Wilson. Un señor diarista está semidemente ante la virtud yanqui y se arrodilla en gracias a esa virtud que evita la convulsión, y se queja porque esa virtud en México no tuerza el ceño contra «la convulsión sin tregua» que tiñe la tierra. Ese señor merece que los yanquis le erijan un trono para ponerlo encima del Capitolio de Washington. Sus defensas al yanqui parecen alegatos de una marica en pro de un rufián sin entrañas.

Justamente la palabra «preservar» es el mandato de la deshonra, el barniz de dolo puesto a la malignidad, lo dorado de la cadena para que el esclavo se enorgullezca de su atributo. El dolo estuvo unido a la violencia. ¿Cómo se explica que hubieran los yanquis tenido que intimidar a Cuba para que aceptase la Ley Platt, si ésta tiene por objeto, como dicen los protectoristas, garantizar la independencia? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Había que obligar a Cuba a ser libre? ¿A Cuba, cuyas generaciones morían durante medio siglo por el ideal de libertad; a Cuba que fue más sublime que los espartanos en luchar?

—Sí, había que obligarla a ser libre... para el yanqui; y se urdió ese depreciativo carnaval permanente que figura con el nombre de Tratado o Apéndice.

¡Tratado!... ¿Con qué beneficios para Cuba?: con el de fusilar los cubanos, como hacía España, que no acaten la majestad de Cerdolia.

¡Preservación del Protector!... ¡Viólese los términos de la Enmienda y los cañones yanquis devorarán la estirpe cubana, con igual inclemencia y barbarie que España castigaba los súbditos cubanos antes del 98. Examínese el origen de la amistad mentida. La voladura del Maine trajo los yanquis a territorio que luchaba por su libertad y que debieron respetar.

Y se afianzaron en el territorio a pesar de que fueron los primeros en declarar la libertad de Cuba. Y a manera del clásico Tartufo, resultaron a la postre dueños; vinieron a usurpar con artes dolosas nuestra patria.

Justificar, pues, la intromisión americana en Cuba con la Ley Platt, es decir, tomar esa Ley como fuente de derecho, es un escarnio y un baldón; basarse en el Tratado Permanente Platt, es bárbaro y sangriento.

¡Tratado llaman la Ley Platt! Pero, ¿cómo Tratado, si sólo una de las partes se beneficia y la otra pacta su hundimiento? ¿No es el Tratado del León, de a León? Y siendo así, ¿puede invocarse esa fuente de derecho? Por ingeniosas artes, se nos ha querido sumar a la Unión Norteamericana. No tenga ningún cubano gusto en engañarse ni engañar sus coterráneos. El Tratado Platt no fue dictado por la voluntad de dos naciones; no. Sólo rigió en él, el solo capricho del poderoso, la exigencia del Fuerte, del capaz por su material grandeza, de imponer su antojo. No disculpe ningún cubano el latrocinio. El Apéndice fue impuesto no por deber religioso del fuerte ni piedad: fue impuesto porque es ley de gana real. No complazcan los cubanos con su alabanza al águila asesina.

El Tratado Platt fue impuesto con intimidación, dolo y violencia a unos inexpertos políticos cubanos. El Tratado es falso. Fue nulo el consentimiento cubano. Lúchese pues. Es más bello el espectáculo de la dignidad en lucha con el inicuo abuso de la fuerza, contra la infame fuerza del abuso, que la abyecta servidumbre en el silencio.

Tenemos la razón, tenemos el derecho; tengamos la vergüenza y triunfaremos...

enrique josé varona

«el protectorado»

No es posible desconocer que la revuelta de agosto está dando sus naturales frutos. La confusión de los espíritus es cada vez mayor; la sorda in-

quietud que a muchos embarga se hace contagiosa; se presienten males mayores, y se demanda con ansiedad el remedio.

Todo ello es natural, pero no por natural menos peligroso. Nunca nos ha importado más a los cubanos concertarnos, siquiera con respecto a unas cuantas ideas capitales, y aunar nuestros esfuerzos en alguna dirección determinada. Nuestra impotencia actual para entendernos acabará por desacreditarnos, más aún de lo que ya estamos, después de la insensata aventura que nos hicieron correr nuestros políticos profesionales. Y me parece necesario que nos persuadamos de que cuanto haga mermar nuestro concepto de hombres laboriosos, previsores y capaces de regirnos con cordura, nos impulsa por una pendiente irresistible, a la absorción en el seno de la gigantesca federación americana.

A la absorción y a la desaparición.

El concepto que hoy domina las relaciones de los pueblos ricos y fuertes con los pueblos pequeños es que el título valedero de posesión de un territorio consiste en saberlo utilizar. El trabajo, que asegura el dominio cada vez más extenso del hombre sobre la naturaleza, y el orden, que permite a la asociación centuplicar las fuerzas dirigidas por la inteligencia a esa conquista, son los únicos derechos, atendidos por los demás, que pueden alegarse para vivir, bajo leyes propias en la tierra en que se ha nacido. Esto podrá parecernos bien o mal, justo o injusto; pero no por eso deja de ser un hecho, independiente de nuestra opinión, y con ese hecho tenemos que contar.

Necesitamos, pues, trabajar en paz y sosiego para que nuestra tierra adquiera todo su valor en nuestras manos, rinda todas las utilidades de que es susceptible; y necesitamos educarnos de modo que el hombre que aquí nazca sea un ejemplar digno del concepto superior de humanidad, un hombre inteligente, culto, probo y justiciero.

No pocos cubanos, dignos de ser oídos, han expresado en estos últimos días su manera de apreciar nuestras necesidades de la hora actual, y han expuesto el modo de garantizar la tranquilidad pública, sin la cual saben muy bien que estamos condenados a la ruina colectiva. Mucho respeto me inspira su juicio ilustrado por la observación y el estudio, pero me atrevo a creer que nos señalan un camino extraviado. Buscan ellos el remedio de nuestros males en cambiar la forma de nuestras relaciones con los Estados Unidos; y entiendo yo que el remedio debe buscarse en el cambio de nuestra organización política interna. Ellos piden la medicina a la acción de un agente extraño; yo creo más eficaz buscarla en las

fuerzas vitales de nuestro cuerpo social. Porque si éstas no existen, o están tan depauperadas que no sean capaces de hacernos convalecer, no hay pócima política que nos salve.

Y digo que tengo por más eficaz lo segundo, porque no acierto a comprender de qué suerte puede ser más eficiente el control americano sobre nuestros asuntos de lo que resulta ya con la Enmienda Platt, obra extraordinaria de sagacidad política, desde el punto de vista americano, e instrumento de singular precisión en manos del gobierno de Washington, como lo han demostrado los sucesos recientes. Por ella, ese gobierno tiene la alta inspección de nuestra hacienda, en todo lo que se refiere a deudas públicas, y puede intervenir, por su propia iniciativa, para defender nuestra independencia y normalizar nuestro gobierno, es decir, para todo lo que atañe esencialmente a nuestra vida política. Por ella, el presidente de los Estados Unidos puede movilizar sus fuerzas de mar y tierra, sin anuencia del Congreso, y ocupar nuestro territorio, con tanta celeridad como si se tratara de Texas o Florida.

No veo qué mayores garantías pueda dar a los intereses que se sientan aquí temerosos la presencia de un ministro residente en La Habana, ni aún la de un ejército de ocupación. Ese ministro sería una rueda inútil. La Habana está a minutos de Washington por el cable. Y las costas de Cuba están a pocas horas de las costas americanas; y las estaciones navales de los Estados Unidos están enclavadas en nuestro territorio. El senador Platt no dejaría de tener todo esto presente.

Los distinguidos publicistas, que comienzan ahora a pedir el protectorado, no ignoran que la eficacia de éste no depende de los organismos que cree en el país protegido, sino de la fuerza moral que posea y el respeto que inspire, dentro y fuera, la nación protectora.

Inglaterra se limita a tener en Nepal un Ministro residente con una pequeña escolta de cipayos, y no interviene para nada en su administración; Francia mantiene en Túnez un ejército de 20,000 hombres; y siete de los nueve ministros del bey son franceses.

A mi juicio, si no logramos concertar mejor nuestras leyes orgánicas, para que respondan a nuestras necesidades políticas; si no aprendemos a respetarnos, de modo que se haga posible la cooperación de los partidos, a pesar de sus diferencias doctrinales; si no somos nosotros los instrumentos de nuestra pacificación y la garantía de los intereses que aquí se han arraigado, toda ampliación y transformación de la Ley Platt serán

inútiles. A no ser que se llegue al establecimiento de una guarnición residente en cada poblado y de un policía residente en cada casa.

De «Mirando en Torno», 1906

manuel sanguily

el tratado de reciprocidad⁸

...Señores senadores: defendamos la República; pero para eso ejercitemos nuestros derechos, al amparo de la ley y de la justicia; defendámonos, aun cuando sea difícil; pues nunca sería una imprudencia y menos una insensatez, como algunos quieren suponerlo, aun en frente de los mismos Estados Unidos. Es verdad que esta gran nación ha tomado nuevos derroteros, inseguros y pavorosos, después de la guerra con España; pero el pueblo americano, lastimado como el nuestro también por vetustas e inhumanas instituciones económicas, es y debe ser nuestro amigo como nosotros somos amigos suyos, y es, por encima de todo, un pueblo de altísima moralidad que, por lo mismo, respetará a los cubanos, sabrá amparar a los cubanos, en el ejercicio de sus derechos. ¡Ah, señores senadores! no somos tan débiles poseyendo la fuerza mayor que produce y acata la civilización. Cuando el señor Presidente del Senado ocupaba en la Convención Constituyente análogo puesto, fue a los Estados Unidos con otros compañeros —en comisión de aquel cuerpo, para aclarar el sentido de la Enmienda Platt que se nos impuso con sorpresa general y profunda repugnancia de todos los cubanos, y procurar asimismo su modificación, de manera que en último extremo pudiera aceptarse sin desdoro ni amargura,— argüíale al Secretario de la Guerra que de nada valdrían las cláusulas de la Enmienda ni nuestro consentimiento a la intervención americana en nuestros asuntos, si los Estados Unidos no disponían de fuerzas suficientes para realizar su objeto, ya que en las cuestiones internacionales la fuerza es la suprema razón; a lo que el Secretario de la gran nación tuvo a bien replicar que aquella afirmación era sólo una verdad parcial, porque si bien suele ser la fuerza la última

⁸ Fragmento del discurso pronunciado contra el dictamen de la Comisión del Senado, en la sesión de marzo 9 de 1903. (N. de R.)

razón, es también verdad que no informa ella ni inspira siempre el derecho internacional, pues si no se respetara la legitimidad de ciertos derechos habrían dejado de existir naciones como Suiza, Bélgica y Holanda. Hay, pues, —añadía,— que respetar ciertos derechos que son la única fuerza de los pequeños. Un estado pequeño, apoyado por derechos de todos conocidos, es un estado pequeño que dispone de una fuerza inmensa que todos los grandes respetan, para no merecer que se les considere como enemigos del género humano; y además de la fuerza con que cuentan los Estados Unidos, buscan la fuerza del derecho para interponerse con fuerza y con derecho a todo ataque contra la independencia de la Isla de Cuba.

¡Ah! y así tiene que ser, y quiero creer que así será. El día que en cualquier manifestación de nuestra vida así no sucediese, me habrían dicho antes quizás que se había roto y caído en lo profundo del mar el brazo de la colosal estatua que en el puerto de New York, menos que para iluminar con sus eléctricos reflejos la entrada de las naves extranjeras, se alza como un símbolo, sobre su pedestal de granito, proclamando que los Estados Unidos, con el ejemplo de sus instituciones y de la virtud de su pueblo, irradian sobre las conciencias el resplandor de una aurora boreal; ¡y fuera preciso un eclipse moral pavoroso para que yo no estuviera persuadido de que siempre, amparando nuestro derecho, existirá y podrá existir junto al coloso, esta pobre pero gloriosa República de Cuba!...

Añadid que, desde el punto de vista de la reciprocidad, el nombre está impropriamente aplicado, porque nosotros recibimos de los Estados Unidos el beneficio de un 20 por 100, y ellos reciben, en cambio, de nosotros, una serie progresiva de beneficios; y como la totalidad de lo que nos conceden es sorprendentemente inferior a la totalidad que les concedemos, no puede negarse la incorrección de considerar a éste como un tratado de verdadera y equitativa reciprocidad.

Hay algo todavía superior a todo esto y de mayor gravedad, que la Comisión no ha querido ver, o ha olvidado. Ese tratado implica una política comercial por parte de los Estados Unidos, en relación con el porvenir de la isla de Cuba. Notad, señores senadores, que el agente y representante del Gobierno americano para concertar con el nuestro el Tratado de Reciprocidad ha sido el oficial que durante la Intervención desempeñó el cargo de Colector de las Aduanas de Cuba. Pues bien, en enero de este año, abrió la Cámara de Representantes de los Estados

Unidos, por el órgano de su Comisión de Medios y Arbitrios, una minuciosísima información, que se ha impreso en un grueso volumen, acerca de cuanto pudiera referirse a las circunstancias actuales y posibles del Tratado de Reciprocidad entre Cuba y los Estados, y ante aquella Comisión compareció el hoy general Bliss, exponiendo un proyecto meditado, un conjunto de medidas a que había Cuba de someterse a cambio de ventajas que estaban y están —por la ley arancelaria americana de 1897— al alcance de todos los demás países, mas con las cuales se contaba para acaparar en su totalidad o en lo posible nuestro mercado, con exclusión de los competidores europeos; y ha sucedido a la postre que el propio general Bliss fue cabalmente el agente que los Estados Unidos autorizaron para pactar con los cubanos el Tratado de Reciprocidad, conforme a las bases y propósitos por él expuestos ante la referida Comisión de la Cámara de Representantes.

Se asegura que nuestro gobierno pudo resistir, logrando que aquel representante extranjero renunciara a buena parte de sus primeras pretensiones; pero, de todos modos, el principio ha quedado en pie: sigue de manifiesto la diversidad de servicios mutuos, en calidad y cuantía, pues que las concesiones que se nos hacen tienen infinitamente menos valor que las que hacia ellos se nos imponen; de donde ha resultado que los Estados Unidos, en cuanto las circunstancias actuales lo consienten, se ha subrogado a nuestra antigua metrópoli española; han reducido nuestra condición general, bajo el aspecto de la hacienda y del comercio, aquellas mismas relaciones sustanciales en que se encontraba Cuba respecto de España, cuando España dominaba en Cuba; han convertido, por tanto, nuestra nación en una colonia mercantil y a los Estados Unidos en su metrópoli.

¶ Pero si uno de los poderosos motivos, si uno de los grandes alientos, si la fuerza propulsora mayor para sublevar al pueblo cubano contra la dominación española, fue la absurda situación económica en que se le colocó respecto de la Península, ¿cómo suprimir tanta sangre, la guerra devastadora, las calamidades sin cuento, para volver atrás la corriente de los sucesos, reproduciendo el pasado en una como apostasía que revive un régimen condenado de manera formidable? Porque, entiéndase bien, aquí, en el fondo, está planteado un conflicto posible entre la libertad y la opresión, entre la libre competencia y los monopolios, cuyas consecuencias pueden ser la tiranía del capital, con el predominio de los trusts, o la tiranía del Estado o de la masa, en todas las posibles mani-

festaciones del socialismo. No os sorprendáis ni extrañéis de nada de esto, señores senadores. En cuanto a mí, he podido afirmar mi convencimiento leyendo días atrás nada menos que un libro de autoridad tan respetable como la de Mr. Francis A. Walker, profesor de Economía Política en la Universidad de Yale, que todo tratado de comercio envuelve o encubre una cuestión política que inspira y determina sus cláusulas o disposiciones, y en el fondo del que examinamos nadie podría negar que palpita un pensamiento político para nosotros pavoroso; por cuyo presentimiento considero que no hay más que un camino, si queremos evitar relaciones de estrecha dependencia que serían eternas, y consiste en inspirarnos en principios opuestos, en preparar nuestra vida financiera y económica conforme a las doctrinas que nos recomiendan como más provechosas para nosotros la libre concurrencia en nuestro suelo de los productos extranjeros, el libre cambio entre los suyos y los nuestros, según más o menos de prisa nos lo consientan nuestras particulares condiciones...

...No hay un solo país en el mundo que venda exactamente lo que compra; es decir, que en ningún país está en el fiel la balanza mercantil. Mas —por otra parte— es muy natural que los Estados Unidos nos compren más a nosotros de lo que nosotros les compramos a ellos; porque nuestra población es extraordinariamente inferior respecto de la suya; nuestra capacidad para adquirir, esto es, nuestra facultad o medios de comprar, es sumamente limitada en comparación de la suya; lógico, por tanto, es que ochenta millones de hombres, tan próximos a nosotros, y por lo general tan ricos, nos compren más de lo que nosotros, con una población de millón y medio, podemos comprarles.

Pero hay, además, otro motivo que refuerza la anterior consideración, y es que nosotros nos encontramos respecto a nuestros especiales frutos en maravillosa relación con los Estados Unidos. Ellos son un gran territorio de zonas, ora frías, ora templadas: nosotros poseemos un país tropical; producimos, por esta condición, en número portentoso frutos, únicos algunos por su excelencia, que desde la colonización de la América han ido, más o menos rápida, pero seguramente, siendo elementos indispensables en el progreso y refinamiento de la civilización; y por otras muchas circunstancias, por motivos nacidos de la legislación y de la historia, producimos nosotros los dos frutos principales de nuestra agricultura y nuestra industria, que son frutos por esencia coloniales, como un

gigante, siendo nosotros un pigmeo; mientras que los Estados Unidos, que son un coloso, producen esos mismos frutos como un pigmeo.

Esta relación entre sus gustos y nuestras producciones principales, entre su suelo y el nuestro, sus necesidades y los resultados de nuestra organización y nuestra actividad, determinan la persistencia de aquel fenómeno, que continuará siendo como ha sido, con o sin el Tratado de Reciprocidad.

José miró argenter **crónicas de la guerra***

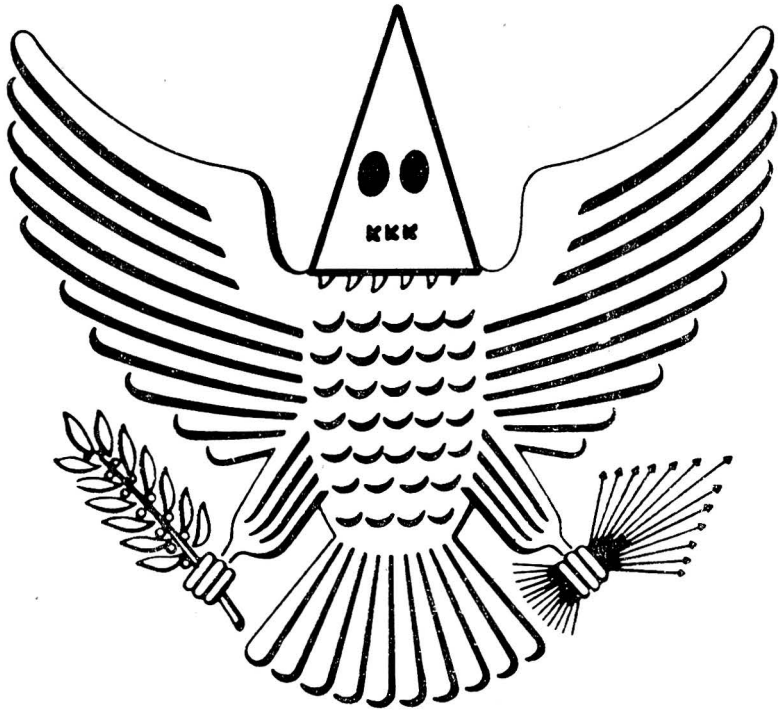
... El primer despliegue no pudieron efectuarlo los españoles. Maceo cayó entonces sobre la segunda línea, que adoptó la formación triangular aprovechando el espacio despejado de la meseta, rompió una de las caras, la pasó a cuchillo, y desbarató la otra a machetazos y a descargas cerradas. Este rebato, el más furioso de la pelea, costó a los insurrectos 15 peones; los españoles perdieron más de cien. Maceo dio el ataque con su escolta, una sección de la brigada de Occidente, y las escoltas del general Pedro Díaz, del general Rius y los oficiales del Estado Mayor: por junto, ciento veinte hombres. La escolta del cuartel general hizo prodigios, pues atacó a pie con la hoja desnuda sin respetos a la formación triangular, y pasó al lado opuesto de los españoles con los machetes tinto en sangre, para maniobrar entonces con el fusil a la voz de mando del General que dejó para otra oportunidad la expresión del homenaje.

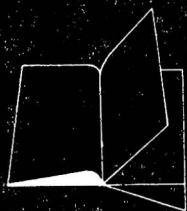
—«Ea! —dijo únicamente: ¡fuego ahora sobre la nube de panchos que nos viene encima!» —Cuando Maceo llama panchos a los soldados españoles, no tenía frases acerbas para los suyos: era, pues, singular demostración de regocijo en medio del combate.

... La mente se abisma al solo pensamiento de lo que hubiera acaecido en este país, viviendo los dos Maceo en el período de la primera intervención americana y en medio de las grandes miserias que han venido después. Pero es forzoso llegar a este dilema: o no hay ensayos de república jamás, y corren ríos de sangre, y la convulsión no es intermitente,

* Crónicas de la guerra. Las campañas de Maceo. 1909. Fragmentos del Tercer Tomo. (N. de R.)

sino continua, o la república se establece sobre bases firmes y perdurables con toda la verdad de los principios revolucionarios. Cayeron los héroes que levantaron el pedestal de la patria libre, y con la desaparición de los varones intrépidos que amaestraron los ánimos con la energía de su voluntad, vinieron los derrumbes parciales que, en medio de un progreso aparatoso, preparan la ruina de todo el edificio de la revolución, no insensiblemente, sino con usurpaciones cada vez más atrevidas. Las almas están tristes o perturbadas; ha muerto la fe; están casi al secarse las fuentes del patriotismo, cuyo caudal parecía inagotable, y los mismos hombres, unidos ayer por un sentimiento común, aparecen hoy como extraños los unos a los otros, cuando no se repudian y ofenden con insensato furor. ¡Ya no hay tropa que aclame a los caudillos, ni caudillos que alcen la bandera de la Revolución!...





LIBROS RECIBIDOS

La violencia en Guatemala, 76 páginas. Ediciones Hora Cero. Cuaderno 1 México, 1967.

Un documentado estudio elaborado por el Comité de defensa de los derechos humanos de Guatemala, que muestra con abundantes datos la vinculación de las organizaciones terroristas derechistas MANO y NOA con el ejército y el Gobierno del presidente Méndez Montenegro.

Che Guevara, el teórico y el combatiente, 128 páginas. Cuadernos de Marcha No. 7, Montevideo, 1967. Una antología de escritos y discursos del Comandante Ernesto Che Guevara.

Juan Rivano, **El Punto de Vista de la Miseria**, 175 páginas. Facultad de Filosofía y Educación. Universidad de Chile, Santiago, 1965.

Nelson de la Torre, Julio C. Rodríguez, Lucía Salas de Tournon, **Artigas: Tierra y Revolución**, 172 páginas. Bolsilibros Arca. Editorial Arca. Montevideo, 1967.

The Incompatibles: trade union militancy and the consensus, 280 páginas. Edited by Robin Blackburn and Alexander Cockburn. Published by Penguin Books. London, 1967.

Recopilación de artículos de diferentes autores que analizan las raíces del tradeunionismo inglés, sus funciones presentes, propósitos y sus relaciones con el Partido Laborista.

Chumy Chuméz, **El campo, los pobres, los ricos, la opinión, U.S.A. y etcétera**. Editorial Ciencia Nueva. Colección «Los complementarios». Madrid, 1967.

Ho Chi Minh, **Oeuvres Choisies**, 182 páginas. Collection «Tricontinentale». Francois Masperó. París, 1967. Este volumen contiene los textos fundamentales de la larga lucha política de Ho Chi Minh después de los años 20. Contiene entre otros: El Proceso de la colonización francesa, su intervención sobre el problema nacional y colonial en el V Congreso de la III Internacional; los textos de la resistencia, de la construcción de un Viet Nam Independiente, la carta al presidente Johnson.



LOS AUTORES

André Gunder Frank. Economista norteamericano de origen alemán; es conocido por sus estudios sobre el subdesarrollo en América Latina. Ha ejercido la docencia en Universidades de México, Chile y Brasil. Su libro **Capitalismo y subdesarrollo en América Latina** será publicado próximamente en Cuba.

Jon Holliday. Escritor inglés; ha trabajado principalmente sobre problemas económicos y sociales del Lejano Oriente.

Jean Pierre Vigier. Físico francés; profesor de la Universidad de París miembro del Tribunal contra los crímenes de guerra en Viet Nam.

Perry Anderson. Sociólogo inglés; editor de la revista *New Left Review*; profesor de la Universidad de Londres. Se dedica principalmente al estudio de los problemas políticos; actualmente está trabajando en un análisis de las estructuras de poder en Brasil.

Nicolás Krassó. Ensayista inglés; miembro de la «nueva izquierda» inglesa; se ha significado polémicamente por sus interpretaciones de la revolución socialista de octubre.

Norma Bahía Pontes. Escritora brasileña; se dedica a la crítica cinematográfica. Su nombre aparece ligado al movimiento «cinema nuovo» en Brasil.

UNIDAD PRODUCTORA 09, "JOSÉ MARTÍ", DEL INSTITUTO DEL LIBRO



